
EL
CANTO
DEL CISNE
ALAS DE ESCARCHA Y ORO
MARTA MORILLO
ALFAGUARA

MARTA MORILLO

EL CANTO DEL CISNE

ALAS DE ESCARCHA Y ORO

ALFAGUARA

Para quienes nunca soltaron mi mano cuando todo temblaba.
Gracias por hacer de vuestra lealtad un hogar.

PRÓLOGO

No creo que seamos esclavos de nuestras promesas, pero sí de nuestros anhelos. De las expectativas incumplidas y del futuro que habíamos planeado y que nunca llegará.

Somos esclavos de aquello que decidimos creer con una fe ciega, como la de una niña que se encomienda en la oscuridad de la noche a una deidad helada que observa impasible desde el firmamento. Una que hace años que fue olvidada.

Yo me creí con esa misma devoción todos sus engaños. Recorrí un camino que creía trazado por el ingenio cuando en realidad mis pasos estaban guiados por la necedad propia de aquellos que entregan sin esperar nada a cambio.

No la culpo por no haber sido fiel a su palabra o por no haber sido digna de esa confianza que tanto me reclamaba. La culpo por haberme dado esperanza cuando ya hasta la palabra me resultaba ajena.

Esa noche solo hubo un motivo por el que me obligué a no derramar una lágrima, y no fue ella. ¿De qué habría servido ocultarlo, si cuando sus ojos me buscaron desde lo alto de la escalera supe que veía la destrucción que llevaba dentro? La que ella misma había provocado.

Nunca me había considerado una persona que pagase la traición

con la misma moneda. Quizá porque jamás había tenido ni el poder ni los medios para devolver el daño que se me había hecho. Pero en ese momento, el corazón, fragmentado en mil esquirlas que me arañaban como filos, me latía con rabia. No quería que viese mi dolor: quería que lo sintiera.

Supongo que por eso me fui.

Porque la quería demasiado como para quedarme y arriesgarme a herirla.

Porque la quería demasiado como para quedarme y ver cómo me seguía rompiendo.

«Esta noche, más que nunca, necesito que confíes en mí», me había dicho con urgencia mientras me sujetaba la mano entre las suyas.

Pero yo le había jurado que, si alguna vez me pedía algo injusto, se lo negaría.

I

A mi llegada a Eakheral, el primero en darme la bienvenida no fue un sirviente; tampoco una doncella ni mucho menos la princesa heredera.

Fue el sol.

En cuanto la puerta del carruaje se entreabrió, unos destellos cegadores envolvieron cuanto era observable. Nunca lo había visto brillar así, sin rastro de nubes que lo hiciesen parecer un astro distante y moribundo.

Me cubrí los ojos con una mano para poder buscar con el pie el estribo, pues sabía que los miembros de mi escolta no me ayudarían a bajar. Incluso allí, a treinta y siete días de viaje de la Corte Imperial, ninguno quería arriesgarse a despertar la ira del Gran Príncipe por el simple hecho de rozarme la piel.

Los zapatos se me hundieron en la arena y entonces me recibió el calor, que sin pedir permiso se abrió paso hasta los pulmones, quemando mi siguiente inspiración. A pesar de que la ropa se me pegaba al cuerpo, me ajusté con decisión la capucha de la capa sobre la cabeza.

—Las ruedas del carruaje se han atascado —informó uno de los hombres del Imperio sin mirarme—. Seguiremos a pie.

Nadie esperó un asentimiento o palabra de confirmación por mi

parte. De inmediato cogieron mi equipaje, que consistía en un pequeño baúl que podía cargar un solo hombre, y emprendieron la marcha guiados por los soldados de Eakheral. La arena me engullía los pies a cada paso y pronto me sentí danzar sobre los granos como si fuese descalza.

Había quien decía que el páramo helado sobre el que se extendía el núcleo principal del Imperio era un lugar muerto; sin embargo, el sitio en el que me encontraba no parecía albergar mucha más vida. Si bien el paisaje era radicalmente opuesto, el desierto hacía que el carruaje pareciese una perla negra perdida en una inmensidad de polvo.

Solo a lo lejos podían atisbarse unos edificios oscuros de puntas afiladas que se curvaban hacia el cielo como las garras de una criatura que dormitaba bajo tierra.

Al acercarme, descubrí anillos que se enroscaban alrededor de las torres con forma de cuerno y las pasarelas flotantes que los comunicaban. Las viviendas más bajas salpicaban la tierra árida en torno a una gran superficie de agua donde la vegetación volvía verde el dorado de una forma impensable.

Atisbé nuestro destino: el palacio. Si el resto de las edificaciones de la ciudad eran las garras, yo me encontraba ante los colmillos, dispuestos a triturarme antes de engullirme. Entre las tres enormes torres, un balcón rectangular con pilares a ambos lados se cernía sobre la ciudad y proyectaba una larga sombra sobre el bullicio del vulgo.

Había visto metáforas más sutiles.

Del interior del palacio, poco se me permitió explorar en ese momento. Fui relegada sin ninguna indicación, y mucho menos una despedida, a una habitación opulenta, de ventanas sin cristal que jamás habrían podido usarse en el lugar del que venía. Desde ellas

contemplé cómo el sol perdía su fuerza y la ciudad se llenaba de pequeños faroles que desde aquella altura titilaban como miles de gotas de pintura dorada.

La brisa fresca que el atardecer trajo consigo me hizo sentir más cómoda en mis ropajes pesados, pero esa calma no duró demasiado. Con la cena llegaron también unas doncellas completamente vestidas de blanco y con una única pluma en la pechera. En sus brazos traían doblados vestidos del mismo color y, antes de que hubiesen terminado de posarlos sobre la cama, se deshicieron en promesas de confeccionar pronto otros más adecuados. Parpadearon desconcertadas cuando me negué a desnudarme para que me tomasen medidas, si bien yo tenía otras preocupaciones más apremiantes.

En cuanto salieron, pasé las yemas por la tela vaporosa de las prendas, aunque no con afán de recrearme en aquel lujo del que me estaban haciendo partícipe. El temblor de las manos podía dar testimonio de ello. Hasta entonces, siempre había usado ropa de colores oscuros y telas opacas; algo a lo que cualquiera con dos heridas permanentemente abiertas en la espalda se acostumbraría.

Mis dedos se toparon entonces con un pequeño broche dorado con forma de mariposa, fabricado con cristales de diferentes tonalidades de naranja y de cuyas alas colgaban unas cadenitas que sonaban con el movimiento. Que un objeto que estaba hecho para identificarnos fuese tan bonito me provocó desconfianza.

* * *

El grupo de candidatas no estuvo completo hasta dos días después. Dos días sin mayor entretenimiento que observar a gente diminuta

desde mi ventana. Tuve tiempo para convertir las escasas prendas claras de mi equipaje en trozos de tela que poder colocar bajo los vestidos y evitar así mancharlos de sangre. Mantener la mente ocupada me ayudaba a no sentirme una prisionera, pues no podía abandonar el ala de los dormitorios salvo para acudir a los baños.

En esos breves momentos que se asemejaban a la libertad, tuve ocasión de ver a las otras chicas conforme iban llegando. No fueron sus broches —que anunciaban nuestra presencia como los cencerros de las reses— los que me confirmaron que su papel allí era el mismo que el mío, sino sus caras de desamparo y confusión.

Las diez estaban presentes en el gran salón donde nos reunieron para desayunar tras la que fue la última noche de calma. Sentadas en una larguísima mesa de piedra negra con vetas doradas, once jóvenes de vestidos blancos y broches dorados comíamos en silencio. Enseguida supe que éramos demasiadas para servir a una única princesa, por mucho que en el futuro fuese a convertirse en reina.

Cuatro de ellas tenían acompañantes, que identifiqué como sus intérpretes en cuanto una mujer esbelta y con una media melena cana y llena de trenzas de raíz comenzó a hablar.

—Quien se convierta en asistente de la princesa será su acompañante, su confidente, su ayuda más leal —enumeró la autodenominada «Maestra de Aspirantes» marcando las consonantes tal y como era habitual en el idioma de Eakheral—. Pertenecer al círculo más cercano de una futura reina es uno de los mayores honores. Sois muy afortunadas por tener la oportunidad de optar a tal responsabilidad.

Quizá aquellas que estaban allí por voluntad propia lo vieran de ese modo.

La mujer extendió con dedos huesudos un pergamino enrollado

y nos lo mostró. Las chicas a mi alrededor se inclinaron con elegancia para intentar ver lo que ponía. Yo, a pesar de encontrarme en la parte más alejada de la mesa, no necesité esforzarme para distinguir varios nombres escritos con una caligrafía impecable. El mío estaba entre ellos, acompañado del linaje de mi padre.

—Tomaréis vuestras comidas en esta sala, donde cada mañana se actualizará esta lista para indicaros las tareas a completar, su horario y su ubicación. Al principio, todas tendréis actividades parecidas, pero a medida que se sucedan las pruebas se os asignarán algunas más concretas.

La palabra «pruebas» despertó más revuelo del que se habría esperado. Frente a mí, una chica de cabello dorado ensortijado nos observaba con una sonrisa de lado que parecía decir: «Ingenuas». No obstante, se esfumó de su rostro tan pronto como una chica, con un moño tenso que no dejaba escapar ni un mechón, levantó la mano para solicitar el turno de palabra.

—¿Cuántas pruebas tendremos que superar?

—Me temo que esa no es una información que pueda daros. —No añadió ningún «Todavía»—. Ahora, si me acompañáis…

El palacio de Eakheral ascendía como un bosque de colosos de piedra, con esas tres torres que evidenciaban quién dominaba aquel desierto. A distintas alturas, plataformas semicirculares flotaban sobre el vacío, sostenidas por columnas que parecían las costillas de una criatura inmensa. Las escaleras de caracol se enroscaban sobre sí mismas hasta hacer imposible ver el final y en el suelo brazales de fuego domesticado marcaban bordes y sendas en líneas finísimas.

Apenas visitamos aquel día los niveles inferiores, donde se agolpaban los almacenes, talleres, lavanderías y cocinas; fue en los niveles intermedios donde comenzamos a ver salas de audiencias, cámaras de instrucción y aquellas lo suficientemente importantes

como para recibir nombre: la Galería de los Espejos, que reflejaba la luz del exterior hasta volverla cegadora; la Rotonda de Arena, con un suelo de vidrio que permitía observar el desierto a nuestros pies, o el Patio Helicoidal, donde se realizaban ejercicios de estrategia militar. En la cumbre se encontraba el ámbito privado de la familia real, con habitaciones que habían sido talladas directamente en la curvatura de la torre. Las aspirantes habíamos sido alojadas allí, cerca de la Cámara de la Princesa.

Pese al vértigo que provocaba la escasez de barandillas al ser el equilibrio lo único que me separaba el cuerpo del vacío, una sensación de calma me envolvió durante la visita, pues, incluso en las salas interiores, me reconfortaba la apertura de los espacios.

Era un palacio construido para mirar desde arriba. Para gobernar desde arriba.

Nuestro paseo finalizó en un gran patio perteneciente a los jardines. Había aprendido a no dejarme impresionar por aquello que promete dejar un vacío irreparable si alguna vez te lo arrebatan. No obstante, no pude contener el suspiro que se me escapó cuando lo contemplé.

Contenida por muretes bajos de piedra, había una charca que en el Imperio de Aesnovar habría estado indudablemente helada. En su centro se erigía una torre con varios niveles de formas redondas, como platos gigantes apilados cuya única función parecía ser sostener líquido sin intención de conservarlo. De su cima surgían chorros que se derramaban con suavidad y fluían como la sangre que brota de una herida hasta caer en su base, donde unas bestias talladas en piedra expulsaban también pequeñas cascadas por la boca. Por su superficie se deslizaban las criaturas más elegantes que había visto, de largo cuello y plumaje blanco, a excepción de la zona negra que rodeaba su pico anaranjado.

Las demás aspirantes no parecían desconcertadas por la decisión de exhibir el agua como si fuese un adorno. Para mí, era un recurso difícil de ver en estado líquido.

—En Eakheral —el sonido repentino de la voz de la Maestra me hizo encogerme—, cada soberana escoge un animal para vestir su Corte. Como podéis observar, la elección de la difunta reina fue el cisne.

Me volví hacia ella al escuchar aquella palabra. «Cisne».

—Cuando el rey regente fallezca y la princesa Danayher ascienda al trono —continuó—, la Era del Cisne dará paso a la Era de la Mariposa.

Mis dedos viajaron inconscientemente al broche que llevaba en la parte izquierda del pecho. Con el chapoteo de aquellas aves como testigo, me hice una promesa: presenciaría aquel cambio al lado de la nueva reina.

—Debo advertiros que la princesa Danayher ha sido muy clara al expresar sus necesidades —continuó—: solo elegirá a una asistente, que recibirá el nombre de «Mariposa». Las demás tendrán la libertad de abandonar la Corte y volver a sus hogares.

Los gritos ahogados, las réplicas y las preguntas me llegaron amortiguados, como si alguien hubiera apoyado un cojín sobre ellos; aunque en realidad era yo la que se estaba asfixiando.

La única frase que escuchaba con completa claridad, repitiéndose una y otra vez en mi cabeza, era: «Las demás tendrán la libertad de abandonar la Corte y volver a sus hogares».

Para mí no había libertad. No había hogar.

En Aesnovar no habría un sol que me recibiera. Allí cualquier luz se extinguía para convertir la esperanza en sentencia.

Si regresaba, sabía que la nieve se teñiría de carmín: así firmaba el Imperio sus despedidas.

2

En las sucesivas jornadas, comenzó la verdadera instrucción. Nos enseñaron la vestimenta típica de la región y la forma de disponer las prendas a la hora de ayudar a vestir a una dama. Aprendimos a peinar y a hacer tocados que siguieran el estilo del reino y a servir la comida y la bebida con las normas de etiqueta adecuadas.

Motivada por la supervivencia, me esforzaba en cada una de aquellas tediosas lecciones, pero para el resto de las extranjeras no era tan fácil mantener el ánimo cuando no habían visto ni una sola vez a la mujer a la que debían impresionar.

Las preguntas susurradas sobre cuándo conoceríamos a la princesa se repetían y, pese a que no exteriorizaba mi curiosidad, sí prestaba atención a las respuestas que les daban las aspirantes que se habían criado en Eakheral. ¿De qué color era su cabello? Negro. ¿Y sus ojos? Dorados. ¿Su estatura? Más alta de lo que la gente solía esperar, aunque nunca miraba desde arriba. ¿Era tan hermosa como decían? Depende de a quién se le preguntase, pero nadie usaba la palabra «común» para describir su belleza.

La mayoría de las preguntas iban dirigidas a Celharine, que se negaba a contestarlas, pues eran las más personales. Después de anunciar que la princesa solo elegiría a una Mariposa, la Maestra nos había presentado una a una, enumerando nuestros nombres y

lugares de origen. Fue entonces cuando comprendí que Celharine era la amiga de la infancia de la princesa Danayher. La forma en que algunas de las candidatas se revolvieron en sus asientos demostró su recelo ante la que consideraban una evidente ventaja. Sin embargo, bajo mi criterio, si se había organizado una selección con postulantes extranjeras, significaba que ella no era una elección tan obvia.

—¿Y sabes por qué la princesa solo elegirá a una única Mariposa?

Esa era la que más se repetía y siempre decía lo mismo, sin ni siquiera volverse, como si se tratase de un acto reflejo:

—Danayher no comparte conmigo decisiones políticas.

—Y dinos, ¿es divertida?

—No sé si «divertida» es la palabra. No considero que un puesto como el suyo deje demasiado tiempo para la diversión.

—Es severa, entonces.

Eso hizo que por fin se girara hacia la otra aspirante, aunque fuera con el ceño fruncido.

—¡Yo no he dicho eso! Danayher es… —Varias de las chicas se inclinaron hacia delante en sus sillas y Celharine sacudió la cabeza—. ¡No voy a deciros nada! Si ha decidido no mostrarse todavía, sus motivos tendrá.

Su nombre fue el único que concedí aprenderme. No echaba en falta saber los del resto, pues asistía en silencio a donde se solicitaba mi presencia y abandonaba el lugar del mismo modo. No iba a ver a mis contrincantes como algo diferente a lo que eran: obstáculos para ser seleccionada. Era una carrera que necesitaba ganar.

En aquellas primeras etapas, ni siquiera tenía que tratar con todas ellas. Las nobles que requerían de intérpretes recibían su instrucción por separado, complementándola con clases dedicadas a

aprender el idioma y pulir su acento. Para mí, por suerte, aquello no era un impedimento. Mi padre me había enseñado la lengua del reino vecino desde temprana edad, al igual que la del resto de países próximos a la capital imperial, si bien no las controlaba todas con la misma fluidez. Una fugitiva siempre tenía más posibilidades de sobrevivir si podía desenvolverse con el lenguaje, y si algo había intentado ofrecerme eran vías de escape.

Por otro lado, había lecciones innecesarias para las aspirantes que se habían criado en Eakheral, como las de Historia, salvo días como aquel, en el que realizaríamos un ejercicio práctico.

El olor a tinta fresca y pergamino flotaba en la atmósfera asfixiante de la sala, donde unos pupitres con hojas boca abajo nos aguardaban entre cuatro paredes llenas de mapas. Nuestro instructor, el profesor Halvar, comenzó a hablar cuando tomamos asiento:

—Cada una tiene un breve informe sobre una reina distinta de Eakheral. Todas ellas tienen algo en común: una crisis durante su mandato. Vuestro cometido hoy es analizar sus errores políticos. —Deslicé los dedos hasta el borde del papel, preparada para voltearlo en cuanto diese la orden—. Podéis comenzar.

«Reina Rimeyah de Lyr. La Rebelión de los Nueve Sellos», rezaba el título, seguido de tres reformas: la apertura de los altos templos a las clases bajas, el freno de la corrupción en las rutas comerciales y la abolición del tributo requerido para unirse a la milicia. Estas medidas habían encontrado resistencia inmediata, pues las facciones conservadoras declaraban que favorecían «intereses ajenos al espíritu fundacional del reino». La tensión había escalado hasta disturbios coordinados en tres ciudades clave, sabotajes en el suministro de recursos a la capital y, finalmente, en la negación simultánea de los Nueve Sellos territoriales a ratificar los edictos de

la reina. La única forma de sofocar el descontento había sido retractarse, lo cual se describía como «un punto muerto en la ambición modernizadora de la Corona, que careció del apoyo institucional necesario».

Sentí los ojos de la aspirante de cabello color miel clavados en mí en cuanto mi pluma comenzó a rasgar el papel, y los de la candidata que siempre adornaba su pelo cobrizo con un gran lazo blanco al terminar la primera.

Cuando llegó el turno de exponer nuestros análisis en voz alta, los suyos fueron cautos, demasiado indulgentes para los graves fallos estratégicos que enumeraban. La Ruptura de los Tres Puentes, el Levantamiento del Pliegue, la Cisma del Umbral… Nombres grandiosos para hechos que parecían complejos y que sus bocas convertían en anodinos.

—La reina Rimeyah de Lyr —anunció el profesor, señalando que había llegado mi turno—. La Rebelión de los Nueve Sellos.

Él mismo resumió el conflicto con palabras similares a las que había encontrado en mi pergamino. Mientras me ponía en pie, sentí que unos iris verdes se me posaban en el rostro; estaban muy abiertos, casi con espanto. Otra de las candidatas empezó a toquetearse el pelo, despeinándolo aún más, aunque no se giró para observarme con esos ojos redondos que me recordaban a los de un venado. El comportamiento de ambas debería haber sido suficiente para trasladarme su alarma, pero estaba demasiado segura de mis resoluciones como para percibir la incomodidad que aquel título había despertado en el ambiente.

—La reina Rimeyah subestimó la profundidad del agravio a los grupos más conservadores —comencé con un hilo de voz tembloroso. Nunca había disfrutado de la atención que acaparaba hablar en público. Cogí aire y me esforcé en impregnar de mayor

confianza mis palabras. De nada servía que mi discurso fuese coherente si lo trasladaba con inseguridad—. Interpretó la resistencia como un problema de facciones, no como un síntoma estructural, y eso la llevó a cometer varios errores. El primero, de lectura política. Debió prever que la oposición se uniría en vez de fragmentarse ante las reformas. El segundo, de ritmo. Introdujo cambios notables en un corto periodo de tiempo sin, aparentemente, construir alianzas previas. —El profesor Halvar me animó a continuar con un asentimiento cuando levanté la vista de mis anotaciones. Tenía el ceño fruncido, pero la forma en que ladeaba la cabeza me hizo identificarlo como concentración en vez de desacuerdo—. El tercero, un error de cálculo institucional. Favoreció al pueblo, sí, pero atacó al mismo tiempo a tres partes troncales de cualquier gobierno: clero, ejército y nobleza. Y, por último, un error simbólico. Mantuvo el sello de la Corona visible en todas las reformas, en vez de delegar en el Consejo para diluir la responsabilidad.

Había planeado terminar así mi discurso, pero el efusivo asentimiento de aquel hombre evitó que me parase a pensar antes de añadir:

—Creyó que las reformas se sostienen solo con intención, lo cual es un exceso de confianza impropio de cualquier estratega. Fue ingenua. O arrogante. Los dos atributos tienen el mismo precio.

Las reacciones se expandieron como el fuego. Los ojos verdes huyeron de mí. La candidata rubia, sin embargo, sonrió con disfrute.

—Ese juicio es injusto. —El cuerpo de Celharine estaba rígido, la barbilla levantada—. La reina Rimeyah intentó corregir unos desequilibrios sociales que llevaban perpetuándose demasiado tiempo. Fue la única que tuvo el valor de enfrentarlos.

Con lentitud, tomé asiento sin dejar de observar a aquella chica de piel olivácea y mirada fulminante. Mi seguridad se esfumó al

escuchar su tono frío y cualquier intención de defender mi postura se desvaneció cuando se puso en pie. Me encogí en el asiento confundida, aunque el cuerpo me pidiese enseñar los dientes. Ante mi silencio, añadió:

—Si aspiras a convertirte en la Mariposa de Danayher, al menos podrías hablar con respeto de su difunta madre.

La mujer que me habían asignado era la última reina. Agradecí ser incapaz de ruborizarme, pues esta vez todas las candidatas habían centrado su atención en mí.

—No seas dura con ella, Celharine. —Al ver a la aspirante de ojos verdes intervenir en mi favor, sentí un fuerte calor que nada tenía que ver con la gratitud, sino con una profunda humillación—. Ella no conoce con detalle la situación del reino cuando Rimeyah estaba en el trono. Solo puede guiarse por la información de su pergamino.

La expresión de Celharine no se suavizó.

—Con tal desconocimiento, debería prescindir de juicios de valor.

—Ciertamente, este ejercicio consiste en analizar hechos objetivos. —El profesor elevó su intervención por encima del barullo para recuperar el control de la clase—. Eso incluye dejar de lado cualquier tipo de afectividad —sus pupilas dejaron de observar a la aspirante para clavarse en mí—, y también los descalificativos. Continuemos. Celharine, aprovechemos que ya estás de pie.

Procedió a enunciar la historia detrás de la crisis que agitó el gobierno que le habían asignado. Sin embargo, no conseguí retener ninguna de sus palabras y menos encontrarles un sentido.

En palacio no había que preguntarse si llegaría la trampa, sino cuándo lo haría. Morder con tanta facilidad lo que sin duda era un anzuelo me convertía en una ingenua a ojos del resto. No haberle plantado cara a Celharine, en un objetivo débil. Y en una Corte, ese

tipo de personas eran el tentempié favorito: el que se servía antes del primer brindis.

* * *

No quería que las aspirantes pudiesen ver mi vergüenza, y mucho menos darles una nueva oportunidad de increparme, de modo que, en cuanto pude escabullirme de la Sala de Mapas, me dirigí a mis aposentos.

Con movimientos mecánicos, dejé el vestido sobre la cama, me quité los paños manchados y me coloqué en la espalda otros que guardaba en el baúl que había traído conmigo. En un reino donde todo era del color de la tierra, el oro y el ónice, el blanco destacaba frente a los cabellos oscuros y las pieles morenas de las doncellas; no obstante, en mi caso parecía fundirse con mi tez, pálida hasta el extremo, y con mi pelo blanquecino. Si en ese momento hubiera tenido humor para bromas, me habría reído al imaginarme convertida en una de las ánimas de las historias que quitaban el sueño a los niños de Aesnovar.

No paraba de repetirme las palabras que había utilizado para describir a la madre de Danayher. Era patético haber cometido un error nada más empezar por un exceso de confianza en las enseñanzas de mi padre. Sería expulsada de la selección antes de la primera prueba.

Si algo castigaban en el Imperio era la mediocridad. Allí nunca había destacado; al menos no por los motivos correctos. No sabía por qué había esperado que en la Corte Cisne fuese a ser diferente.

Lancé con rabia los paños manchados de sangre al baúl. Cayeron sobre una cajita de madera tallada y los pensamientos se me

cortaron de golpe al verla, como si los hubieran arrancado con un tirón. Cuando la tuve entre las manos, deslicé el índice por los relieves de la tapa, aunque no tuve fuerzas para abrirla. No estaba segura de si los objetos que guardaba en su interior tendrían un efecto diferente lejos de casa.

«Casa».

¿Acaso alguna vez había usado ese término para referirme a la Corte Imperial? Dudaba que lo mereciese, ni siquiera en la soledad de mis pensamientos. Nunca había tenido un verdadero hogar.

No sabía por qué había decidido traer conmigo aquella maldita caja. Aun así, cuando volví a depositarla en el baúl, lo hice con delicadeza.

Escondí los paños ensangrentados y me dirigí a la biblioteca con toda la decisión de la que pude hacer acopio. En aquel enrevesado laberinto de escaleras de caracol, era uno de los pocos sitios para los que no necesitaba indicaciones. Allí realizábamos algunos de los ejercicios de nuestra instrucción, y en uno de ellos se encontraban afanadas algunas de las aspirantes cuando atravesé las puertas altas sin aliento.

Era evidente que sin un conocimiento básico sobre Eakheral estaba en desventaja, no solo frente a las aspirantes autóctonas, sino también ante aquellas que llevaban años preparándose para convertirse en asistentes de la futura reina. Debía buscar la forma de no cometer un error similar si decidían ignorar mi agravio y permitir que me quedase.

Paseé entre las estanterías repletas de rollos apilados hasta formar un bosque de pergaminos cuya clasificación hablaba de siglos de trabajo. Entre las filas de columnas que sostenían un cielo de piedra, se colaban haces de luz que iluminaban el polvo suspendido en el aire. Nada tenía que ver con la Biblioteca Imperial, que

prescindía de adornos como los relieves de las paredes o las estatuas que vigilaban el recinto con una serenidad severa. Aquel era un lugar que olía a tinta seca, cuero curtido y tiempo detenido. Donde la voz de los muertos aún buscaba algún oído vivo.

—Quisiera consultar información sobre el reinado de Rimeyah.

El bibliotecario era un hombre de avanzada edad con unas gafas redondas que solía colocarse sobre la parte superior de la cabeza, ausente de pelo. Estaba familiarizado con la presencia de las aspirantes, a las que se nos había permitido consultar cualquier manuscrito por orden de la princesa.

—Enseguida —respondió sin levantar la mirada del documento que estaba consultando.

Rastreé los pergaminos que me proporcionó con impaciencia, buscando cualquier indicio que respaldara la imprudencia de la madre de Danayher y demostrara que mi análisis, aunque áspero, había sido acertado. Sin embargo, la información que mostraban me llevó en una dirección inesperada. Las reformas enumeradas en el ejercicio de Historia eran solo una pequeña parte de las que en realidad se habían aplicado. Eso hacía que mi argumento sobre el error de ritmo ganase fuerza, pero también me permitió comprender mejor las palabras de Celharine. Rimeyah había abolido el sistema por el que los hijos de sirvientes podían ser reclamados por los patrones, instaurado un derecho a cambio de señor si se demostraban abusos y acabado con el control de los clanes nobles sobre el agua, inaugurando los primeros pozos libres, que habían supuesto un escándalo económico. No obstante, hubo una reforma en concreto que hizo que una llama se me encendiese en el pecho. La reina había eliminado la opción de los clanes antiguos de reclamar a niños huérfanos con talento para criarlos como suyos, catalogándola de «adopción coercitiva» y «apropiación nobiliaria».

Tal vez la había juzgado con demasiada dureza. Tal vez no había sido una cuestión de ingenuidad ni de arrogancia, sino de una mujer con grandes sueños rodeada de personas con mentes pequeñas.

Comencé a leer los pergaminos con mayor atención y descubrí que aquello no era lo único que me habían ocultado en la Sala de Mapas. Los motines y sabotajes no se habían realizado solo por parte de las facciones conservadoras: el pueblo también se había rebelado. Había sido la primera ocasión en la que el poder ponía el foco en los más necesitados y, al ver que estaban a punto de arrebatarles lo que tanto les había costado conseguir, la tensión y el descontento habían desembocado en disturbios que requirieron intervención militar.

Entonces, el nombre de una Danayher más joven, apenas entrada en la adolescencia, empezó a hacer su aparición en el texto. Entre informes médicos y listas de suministros, un patrón se repetía: «La princesa Danayher se desplazó hasta el lugar para supervisar las necesidades del pueblo». Los testimonios se sucedían: Danayher con las mangas arremangadas en los hospitales de campaña; Danayher interviniendo en disputas entre comerciantes para garantizar rutas de comida; Danayher haciendo pequeñas promesas sobre materiales, medicinas… y cumpliendo todas ellas.

Mientras las diferentes facciones intentaban conservar sus privilegios a dentelladas, ella había sido la única que no había luchado por poder, sino por estabilidad. Por las vidas de su gente. Ese era el tipo de memoria que el pueblo no olvidaba.

Continué desenrollando el manuscrito a la espera de encontrar más información sobre las acciones de la heredera. En su lugar, lo que hallé fue un retrato a color. En él, el escriba había dibujado a una mujer con el cuerpo ligeramente ladeado, pero el rostro vuelto al frente. Cruzaba los brazos bajo un escote generoso en forma de

pico y sobre las clavículas se deslizaban unas cadenas metálicas que relucían con un brillo frío, al igual que lo era su actitud impenetrable, a un paso de convertirse en filo. El rostro ovalado parecía tallado en calma, con un equilibrio frágil entre la inocencia que despertaban las numerosas pecas y el desafío que había en la tensión de los labios. Ya había escuchado a las aspirantes hablar del cabello negro, que caía como un telón sobre unas hombreras que imitaban escamas, al igual que de los ojos del color del oro; sin embargo, estos últimos habían conseguido sorprenderme. No estaba segura de si se trataba de una licencia del artista, pero no había esperado encontrar en su mirada vulnerabilidad, opacada por una contención propia de quien había sido educada para ser observada.

—Lamento interrumpirla. —El bibliotecario murmuró otra disculpa al verme dar un brinco en mi asiento—. La biblioteca debe abandonarse antes de que anochezca. Si me lo permite, puedo ir colocando los pergaminos que ya no esté consultando.

Hacía tiempo que el resto de las aspirantes se habían marchado y la luz cada vez era más tenue. El tiempo se me había echado encima y no solo sentí vergüenza por el toque de atención, sino porque con toda probabilidad llegaría tarde a la cena.

—Por supuesto. De hecho, también he terminado con este. —Comencé a enrollar el pergamino con torpeza hasta que aquella princesa de papel y tinta dejó de observarme—. Gracias.

Lo recibió con un asentimiento cortés y se alejó con los manuscritos en los brazos.

Al atravesar la puerta y girar la esquina vi una sombra blanca que caminaba en dirección a la biblioteca vacía. No sabría decir qué era más representativo de ella, si el lazo que siempre adornaba su cabello cobrizo o su sonrisa satisfecha; la misma que mostraba pese a no saber que alguien la estaba observando.

3

Un golpe seco me hizo abrir los ojos. Venía del corredor. Agucé el oído. Era el sonido de una puerta sacudida por el viento. Mi instinto me invitó a apretar los párpados con fuerza y a tratar de volver a conciliar el sueño. Si algo fuera de lo normal estaba sucediendo, los soldados se encargarían. Pero el ruido seguía repitiéndose sin que nadie le pusiese remedio, como gotas de agua reverberando en una cueva: rítmico, constante e imposible de ignorar.

Tanteé el suelo, frío como la cencellada, con los pies en busca de mi calzado. A juzgar por la negrura que mostraba el cielo, era bien entrada la madrugada.

Lo primero que noté al abrir la puerta fue que los faroles estaban apagados. Si algo podía asegurar en el poco tiempo que llevaba allí, era que el pasillo siempre estaba iluminado hasta que amanecía. No todo era penumbra, sin embargo. La puerta que separaba nuestros dormitorios de la antesala a la Cámara de la Princesa se bamboleaba con el viento fresco y los cristales que la conformaban temblaban peligrosamente cada vez que golpeaba la pared. Allí el fuego arrojaba luz sobre el espacio que debería estar ocupado por dos guardias. En su lugar, alumbraba una lanza que habían abandonado en el suelo con descuido. O con prisa.

Me acerqué y sujeté el pomo entre las manos. El pasillo quedó

envuelto en un silencio denso que no evocaba calma. Era como si el palacio estuviese conteniendo la respiración.

—Los guardias nunca abandonan su puesto en la puerta de la princesa.

No pude contener el grito ahogado. Por un momento, tardé en reconocer a la aspirante sin el moño tirante coronándole la cabeza. Unas grandes ojeras se le dibujaban bajo los ojos, normalmente ocultas tras las gafas que siempre llevaba consigo y que en ese momento le colgaban del cuello, sujetas por una cadenita metálica.

—Ni siquiera cuando duerme —añadió para llenar mi mutismo.

Tres campanas sonaron y con ellas se abrieron más puertas. Cuatro chicas se unieron a nosotras en el pasillo y enseguida se enfrascaron en una discusión sobre la ausencia de los soldados. Una de ellas juraba haber oído a una doncella decir algo sospechoso, mientras otra aseguraba que había notado algo diferente en el aire. Solo parecían ponerse de acuerdo en una cosa: todas querían demostrar que tenían algún tipo de control de la situación.

La aparición de una sirvienta temblorosa cargando unas vendas zanjó aquella charla insulsa.

—¡¿Qué pasa?! —preguntó una de las candidatas con voz demandante.

La mujer no se detuvo ni abrió la boca. Salió de la Cámara de la Princesa al trote y se perdió tras la curva al final del pasillo. La aspirante de cabello dorado corrió tras ella, aunque no logró alcanzarla.

—Hay movimiento de más doncellas en las escaleras. Hay manchas secas de barro en el suelo y… —su voz se quebró y tardó un momento en poder recuperarla— gotas de sangre en la barandilla.

Eso bastó para tensarnos a todas. Por instinto, solté el pomo y el

sonido que provocó al golpearse de nuevo contra la pared no ayudó a calmar los ánimos.

—Si está sucediendo algo y nosotras actuamos primero, Danayher lo recordará —susurró una de las candidatas, mientras se ajustaba el estúpido lazo en el pelo.

—¿Estás insinuando que vayamos a los aposentos de la princesa? —preguntó con incredulidad la de ojos verdes.

No tenía claro si su afán de protección era genuino o solo pretendía ascender puestos en la escalera que era esa competición, pero la alternativa de volver a nuestros aposentos como si nada hubiera sucedido tampoco me parecía adecuada.

—Los guardias estarán donde se los necesita. —Cuando nos volvimos hacia ella, bajó la mirada y se puso las gafas—. Se nos ha ordenado permanecer en esta zona del palacio por las noches. Debemos volver a nuestros dormitorios.

—Pero es innegable que algo está pasando. —La muchacha rubia había abandonado su posición en el otro extremo del pasillo y se dirigía hacia nosotras con unos pasos decididos que sorprendentemente no despertaron a las demás—. Si Danayher está en peligro, nosotras podemos correr su misma suerte.

—Peligro —repitió una de las aspirantes con voz temblorosa.

No dominaba el idioma, de modo que esa debía de ser una de las pocas palabras que había entendido. Tenía los ojos azules muy abiertos y, en conjunto con su cara pálida llena de pecas y las trenzas pelirrojas medio deshechas, parecía una niña pequeña.

—Habitación. —Hizo un gesto con el brazo como si fuese una barrera—. Puerta.

—¿Qué dice? —preguntó con tono desdeñoso la chica rubia.

Antes de que pudieran responderle, la aspirante pelirroja corrió a su dormitorio y se encerró. Al otro lado, escuchamos lo que parecía

un mueble al arrastrarse y eso nos dio las respuestas que necesitábamos.

Aquel acto que unas podrían haber considerado obediencia y otras, como yo, cobardía pareció servir para acelerar los acontecimientos. Con el lazo de encaje sacudiéndosele con gracia en la cabeza, la chica de pelo cobrizo se adentró en el pequeño vestíbulo que precedía a la Cámara de la Princesa. Unas suaves cortinas de seda eran todo lo que la separaba de la más profunda intimidad de Danayher y, cuando extendió el brazo para apartarlas, una mano se le cerró en torno a la muñeca.

—No podemos irrumpir en sus aposentos de esta forma.

Como siempre era tan correcta, no había esperado tanta determinación. Las gafas se le torcieron sobre el puente de la nariz cuando la candidata del lazo se zafó de su agarre con brusquedad.

—Prefiero que me castiguen por excederme que por haberla dejado morir.

Y sin más dilación, apartó las cortinas de un solo movimiento.

No había nadie en la antesala; aunque algunos faroles estaban encendidos, en otros solo quedaban unas brasas descuidadas.

No me moví, pero mis ojos viajaron a un escritorio impecable sobre el que descansaban los fragmentos de una copa rota y una mancha carmesí que esperé que fuese vino.

—¡¿Princesa Danayher?!

Esas dos palabras rebotaron con fuerza contra las paredes y, cuando el eco se extinguió, todo lo que quedó por respuesta fue un silencio interrumpido por el coro agitado de nuestras respiraciones.

Por primera vez, me planteé las implicaciones que tendría para mí que algo le hubiese sucedido a Danayher. Sin princesa no habría selección y, sin selección, me obligarían a volver al Imperio de Aesnovar.

La aspirante, que se había adentrado más en la sala, se detuvo junto a la mesa con el ceño fruncido.

—Hay unos sobres con nuestros nombres escritos.

Con un sonido a medio camino entre la risa y la incredulidad, empezó a toquetearlos uno por uno, claramente buscando el suyo.

—Estamos incumpliendo las órdenes que nos han dado. —Sus insistencias habían perdido fuerza. Una pequeña lágrima se deslizó tras el cristal de las gafas—. Deberíamos irnos.

Pese a que ansiaba marcharse, los pies parecían mantenerla allí anclada, incapaz de permanecer ajena a la escena que se desarrollaba ante nosotras.

—Lo que deberíamos hacer es abrirlos. —La aspirante se colocó uno de los tirabuzones rubios, impecables pese a haber estado acostada hacía unos minutos, tras la oreja y se adentró en el interior con pasos calculados. Cuando estuvo ante el escritorio, cogió uno de los sobres y lo giró entre las manos—. No negaré que tengo curiosidad por saber qué contiene el mío, pero tenemos una oportunidad perfecta para sacar ventaja. Vamos a abrir las cartas de las aspirantes que continúan dormidas. —A su lado, el rostro de la otra candidata se rajó en una sonrisa de satisfacción—. Así podremos saber qué información contienen. Y si no debían abrirse, será a ellas a quienes castiguen.

—¡No! —La aspirante a mi izquierda tenía los ojos verdes desorbitados—. ¡Eso no sería justo!

—¿Acaso esperas que esta competición lo sea?

Aquello fue una constatación. No le importaba ensuciarse las manos si al final del día sus acciones inculpaban a otros. Si bien había que conceder que su propuesta era una buena estrategia, había un problema: yo también quería saber qué contenía mi sobre, aun cuando sospechaba que sería un arma de doble filo y que el

precio por satisfacer mi curiosidad podría resultar en una ventaja para mis contrincantes.

Y eso me dejaba con una opción, aunque rompiese mi propósito de no intervenir. Convertí la voz en un susurro apenas audible cuando acerqué los labios a su oreja.

—Si abrimos todos los sobres, no podrán saber quién lo hizo.

Dio un paso atrás y sus ojos verdes se clavaron en mí. Tras un instante de desconcierto, caminó hasta adentrarse en los aposentos de la heredera para intentar captar la atención de las dos aspirantes que ya habían comenzado a abrir los primeros sobres.

—Abrámoslos todos —dijo con un tono poco convincente—. Así sabremos qué dicen los nuestros sin señalar quiénes lo hicieron.

Ambas sonrieron, visiblemente complacidas por esa nueva idea. Antes de que pudieran dar su aprobación, unos zapatos de tacón repiquetearon en el interior de la estancia.

Tras un panel de madera tallada había surgido una silueta. Su figura, alta y esbelta, se movía con una elegancia calculada, y en el rostro ovalado se dibujaba una sonrisa de dientes blancos que no alcanzaba los ojos felinos: dorados y fríos como dos monedas.

Ya había visto a esa mujer antes. Dibujada en un pergamino en el que su nombre se repetía sin cesar.

Danayher.

Su vista fue a descansar en las aspirantes que se encontraban junto al escritorio.

—Qué rápido se olvida la preocupación cuando se tiene la oportunidad de husmear, ¿no creéis?

Su voz era cristalina y su tono, cortante.

Las aspirantes titubearon, asustadas, e hicieron amago de dejar los sobres sobre la superficie de madera, pero la princesa sacudió las manos en el aire con fingida inocencia y las inclinó hacia ellas, en

una clara invitación.

—Oh, no, por favor. Continuad. —Al ver que aún pretendían deshacerse de los sobres, añadió con voz aterciopelada—: No era una sugerencia. Compartid con nosotras el contenido de los que llevan vuestros nombres.

Con manos temblorosas, la aspirante de pelo cobrizo extendió la carta con nerviosismo. Su voz sonó ronca cuando la convocó:

—«Tus aspiraciones son fuego sin brasero. Arden, iluminan un instante… y luego consumen todo lo que tocan. —Se tocó el lazo blanco, recolocándolo pese a que no se había movido de su sitio. Continuó deslizando los ojos por las siguientes líneas, pero tardó un momento en verbalizarlas y, cuando lo hizo, fue en un susurro ahogado y apenas audible—. No fallas por falta de talento, sino por no saber esperar. Quien corre hacia la cima sin tener en cuenta el precipicio cae antes que el resto».

Alzó la mirada del papel, pero esta vez nos miró a nosotras con el mentón alzado. Danayher la había tachado de ambiciosa, pero había omitido el orgullo.

—Ahora tú.

La aspirante de cabello rubio no tuvo más remedio que obedecer.

—«Crees que la crítica ajena es tu enemiga, cuando en realidad lo es tu propia resistencia a equivocarte. Usas la excelencia como un escudo y, sin embargo, cada gesto medido pesa más que cualquier error que intentas evitar. —Apretó con tanta fuerza el papel que los bordes comenzaron a arrugarse—. Quien teme lo inesperado se convierte en prisionero de su propio cálculo».

Perfeccionismo.

Entonces, Danayher se volvió hacia la aspirante que permanecía envarada junto a la cortina. La chica que había intercedido por mí en el ejercicio de Historia, mientras Celharine se ensañaba sin ningún

reparo. Se había criado en Eakheral y la princesa conocía su nombre. Ella misma se ocupó de buscar el sobre que le correspondía.

—Tú también —dijo cuando se lo tendió.

Aquellos ojos verdes parecían a punto de llorar, pero de algún modo consiguió recomponerse para leer sin ninguna emoción aparente:

—«Te deshaces por aliviar las cargas del resto, pero eso no es virtud: es incapacidad para soportar el sufrimiento ajeno. Te entregas tanto que no queda nada de ti para ofrecer. Quien no tolera el dolor acaba siendo dominado por él».

Empatía.

Danayher había decidido no aparecer ante nosotras pese a que llevábamos días durmiendo a solo unos pasos de ella. Sin embargo, los maestros, las doncellas… todos habían sido sus ojos y oídos. Le habían mostrado un retrato lo suficientemente detallado como para que pudiera formarse una primera impresión de cuáles eran nuestras mayores debilidades. Y ella había decidido reflejarlas con una precisión cruel.

No parecía la misma princesa que tantos elogios había recibido en el manuscrito. Cálida, considerada, respetada, gentil. Aquella actitud de hielo estaba fuera de lugar en aquel reino abrasador. ¿Esa era la mujer a la que ansiábamos servir? ¿La mujer en cuyas manos estaba mi vida?

Danayher caminó hacia las dos aspirantes que no habíamos traspasado el umbral; una línea invisible que había cobrado una importancia repentina. La diferencia entre haber violado la intimidad de la princesa o haberla respetado. Entre haber priorizado el honor a la indiscreción. No estaba segura de que no hubiese visto cómo me inclinaba a susurrar a la otra aspirante, pero una parte de mí ansiaba que lo hubiera hecho para saber qué debilidad consideraban que

tenía. Si es que solo me achacaba una.

La princesa no me señaló y tampoco a la chica que permanecía unos pasos detrás de mí, aunque yo ya conocía el contenido de su sobre. Solo tenía que pensar en cómo parecía incapaz de tomar la palabra si no se la invitaba a hablar, en cómo se sentaba con la misma rectitud con la que cada cabello permanecía en aquel moño apretado. En los ejercicios, sus ojos buscaban a la figura de autoridad, cada acto medido de la forma en que lo hace alguien que está acostumbrada a que la evalúen. Aquella noche, la simple idea de estar vulnerando las órdenes que habíamos recibido había provocado que se le saltasen las lágrimas. Sabía que procedía de la Confederación de Kharrûn, donde los clanes nómadas estaban subyugados a estrictos pactos de arena y a una tradición guerrera ceremonial. Esa educación, estricta, disciplinada, había convertido una virtud en su mayor debilidad.

Obediencia.

—¿Tu nombre? —demandó Danayher devolviéndome su atención tras haber hecho la misma pregunta a la otra candidata.

—Eira.

Sus ojos dorados permanecieron fijos en mi rostro, pese a que el mensaje era para todas, incluso para las que permanecían en la seguridad de sus camas:

—Vuestra primera prueba acaba de finalizar.

4

La primera vez que vi a mi padre torturar a un hombre tenía ocho años.

No lo recuerdo por la sangre. Tampoco por los gritos. En Aesnovar ambas cosas terminaban filtrándose en la rutina con demasiada facilidad como para conservar su capacidad de conmoción.

Lo recuerdo por el silencio que siguió después.

Había bajado a las galerías inferiores buscándolo. Una tormenta había comenzado a descargarse sobre el castillo y los truenos hacían vibrar las ventanas de mi dormitorio. Cuando eso pasaba, él solía arrodillarse a un lado de mi cama y me aseguraba con su voz grave e imponente: «No voy a permitir que nada te haga daño».

De niña, sus palabras todavía servían para permitirme conciliar el sueño y para espantar las pesadillas. Cuando crecí, sin embargo, comprendí que había una persona de la que ni siquiera él podría protegerme.

Los soldados apostados en los corredores solo se apartaron a mi paso cuando me reconocieron. Algunos intentaron advertirme de que no debía continuar, pero ninguno se atrevió realmente a impedírmelo.

El hombre estaba arrodillado cuando llegué.

Tenía las manos atadas a la espalda y el rostro hinchado dificultaba distinguir sus facciones. Había sangre en las losas y también en las mangas oscuras de mi padre, que permanecía frente a él con esa quietud aterradora que siempre precedía a la violencia.

No levantó la voz para continuar con sus amenazas.

Nunca necesitaba hacerlo, aunque eso lo descubrí tiempo después.

El prisionero suplicaba. No entendí todas las palabras. Solo fragmentos atropellados sobre hijos, hambre y una orden incumplida. Mi padre desenvainó el arma con un movimiento limpio. El sonido del metal provocó que el hombre empezara a llorar. Las rendijas que le quedaban por ojos entre toda aquella carne magullada se clavaron en mí.

—Niña. —Su voz sonó desgarrada—. Niña, ayúdame.

Entonces mi padre giró la cabeza y me vio.

Recuerdo el instante exacto en que le cambió la expresión. Se desprendió de aquella frialdad insoportable; se le suavizó la mirada.

—No te dirijas a ella —escupió entre dientes sin siquiera mirarlo.

Soltó el arma y el acero golpeó el suelo con un sonido seco, igual que había sucedido el día en que me conoció.

Creí que iba a reprenderme; en cambio, se arrodilló frente a mí y se quitó los guantes para apartar un mechón de pelo que se me había pegado a la mejilla.

—No deberías estar despierta a estas horas.

Lo dijo con voz tranquila. Tanto que costaba reconciliarla con el hombre que acababa de condenar a alguien sin alterar siquiera la respiración.

No fui capaz de apartar la mirada del prisionero. Otro de los soldados se había acercado a recoger la espada que mi padre había dejado olvidada y los gritos se habían reactivado.

Mi padre alzó una mano y me cubrió los ojos antes de que pudiera ver qué ocurría después. Escuché las súplicas. También el sonido de la hoja cortando el aire. Y entonces un golpe seco.

La palma era grande y cálida contra mi rostro. Olía a hierro.

—Ya está —murmuró con voz suave.

Cuando retiró la mano, los soldados evitaron mirarme directamente. El cuerpo había desaparecido. Solo quedaba la sangre extendiéndose lentamente entre las juntas de piedra.

Mi padre se puso en pie y me tomó en brazos como si aún fuese lo bastante pequeña para ello. Los soldados agacharon la cabeza a nuestro paso. Recuerdo haberle apoyado la cabeza contra el hombro mientras abandonábamos las galerías. Incluso cubierta por el olor metálico de una muerte reciente, lo único que fui capaz de sentir al rodearle el cuello con los brazos fue seguridad. La certeza de que ningún horror me alcanzaría mientras él siguiera en pie.

Esa certeza había desaparecido.

Apenas había podido llorar su muerte. El luto requería quietud y mi vida no había dejado de arder el tiempo suficiente para concedérmela. La supervivencia había ocupado cada espacio que el duelo intentaba reclamar, y solo me quedaba aprender a moverme alrededor del vacío que aquel hombre había dejado. A vivir en un mundo donde él ya no existía. A enfrentar la crueldad sin que él me cubriera los ojos. A vencer los miedos sin que él se arrodillara junto a mi cama.

* * *

—A mí me encanta la improvisación —comentó al día siguiente la chica del pelo cobrizo, a la que en mi mente había empezado a

llamar «Ambición»—. Mi madre siempre decía que vivir en una isla volcánica enseña a decidir rápido. Cuando la tierra tiembla, no hay tiempo para dudar.

No conocía mucho del reino insular de Hanyu-So, de donde ella provenía, más allá de que consistía en un archipiélago de origen volcánico caracterizado por sus puertos estratégicos, su cortesía rígida y su arte del duelo.

Esa mañana habíamos tenido una lección de acompañamiento. Habíamos practicado cuándo debíamos colocarnos a cada lado, cuándo acercarnos o alejarnos y cuándo hablar o mantener silencio. Una actividad que había requerido de una espontaneidad que para algunas había sido un contratiempo.

—Yo la odio —intervino Perfeccionismo—. En Vhalérium nos enseñan justo lo contrario: nada valioso nace de la prisa.

De Vhalérium conocía algo más, debido a su proximidad al Imperio. Era un reino pequeño, formado por una única ciudad construida sobre terrazas de mármol blanco. Todo en él era un exceso refinado: academias de dicción, concursos de etiqueta, arquitectura ornamental y una aristocracia cuya mejor arma era la sutileza.

Aunque yo no sentía ni el orgullo ni la añoranza que llevaba a una persona a hablar de su hogar, a las demás les encantaba hacerlo. Lo convertían en una especie de competición donde, entre sonrisas y comentarios de falso interés, intentaban que sus lugares de origen resultasen los más interesantes, estrictos, exigentes o despiadados, lo cual ayudaba a entender cuáles eran las cualidades que cada una consideraba más valiosas. Yo prefería escuchar sus intercambios en silencio, sin establecer un contacto visual que pudiera llevarlas a intentar que me uniera, y con ello descubrí que las había subestimado. Esa cordialidad era una herramienta para

conocer más sobre el resto y evaluarlas. No buscaban amigas: medían a sus contrincantes. Aunque siempre había excepciones, como Empatía. Ella observaba el mundo con unos ojos verdes llenos de bondad e inocencia.

—Supongo que todo depende de las lecciones que hayas aprendido de niña. —Los labios de Ambición formaron una sonrisa—. Las decisiones vienen de lejos, de la tradición y de lo que absorbes en la mente antes de siquiera caminar. En mis islas, por ejemplo, cuando un bebé nace, se deja un alfanje junto a su cuna. Para acostumbrarlo a su sombra.

—Qué… práctico. —Perfeccionismo se limpió con esmero los dedos en la servilleta antes de atusarse el pelo rubio con nerviosismo—. De niña, yo debatía con mi tutora qué adverbio era más elegante para una carta de agradecimiento. —Carraspeó con incomodidad—. Supongo que cada una sobrevivía a su manera.

La otra aspirante respondió a su comentario con una sonrisa comedida.

La diferencia entre ambas era clara y también la pregunta que se había quedado flotando en el aire: ¿qué facultades serían más útiles para la Corte Cisne? Eakheral era un país guerrero. La propia familia real contaba con formación militar y sin duda un conocimiento en combate podría considerarse valioso. Sin embargo, el papel de una asistente requería educación, diplomacia y el don de la palabra.

Yo, por desgracia, no encajaba en ninguno de los dos grupos.

Antes de que pudiesen buscar un nuevo tema de conversación, otra aspirante irrumpió en la sala con el ímpetu de un vendaval. Era menuda y llevaba el pelo cortado a una longitud que solo había visto en hombres. No había reparado en su ausencia en la mesa hasta entonces, pues solía permanecer en un educado silencio. En ese momento, sin embargo, parecía muy dispuesta a hablar. Seguida de

su intérprete, se dirigió con decisión a uno de los extremos de la mesa, donde la Maestra de Aspirantes presidía cada comida. Su enfado, combinado con el escaso conocimiento del idioma, hizo que en su discurso predominasen palabras de su lugar de origen, de las que sí pude capturar dos: «joyas» y «robo».

—Durante las clases de la mañana, alguien ha sustraído unos pendientes de sus aposentos —informó la mujer que acompañaba a la aspirante—. Tienen un alto valor sentimental, de modo que ruega que le sean devueltos.

—Doncellas.

Pese al acento marcado, la palabra fue cristalina.

La Maestra de Aspirantes alternaba la mirada entre una y otra, visiblemente confundida. Algo había cambiado en su expresión al escuchar la palabra «sustraído». No me costaba imaginar que un reino como aquel tuviese leyes duras contra ese tipo de delitos.

—¿Crees que las sirvientas han podido ser las artífices?

Intérprete y aspirante asintieron. A pesar de que no parecía compartir su convencimiento, la Maestra se puso en pie, aún con las cejas arqueadas por la confusión.

—Acompañadme. El resto deberéis permanecer en esta sala hasta que termine el registro.

Fue como si hubieran liberado cientos de abejas de su panal. La orden levantó un murmullo que se extendió como un incendio, envolviendo la sala en un zumbido.

—Es impensable que en este lugar el servicio no sea confiable —comentó Ambición mientras se toqueteaba el lazo con nerviosismo —. En mis islas, a los ladrones se los obliga a sumergir las manos en metal fundido. Si aplicasen ese tipo de medidas aquí, no existirían estos problemas.

—No es de las doncellas de quienes no se fían —respondió

Perfeccionismo. Torció los labios en una mueca de fastidio, como si le molestase tener que explicar su hilo de pensamientos—. Si quieren que nos quedemos en esta sala, es porque van a registrar nuestros aposentos.

—¡Eso es ridículo! ¡¿Cómo va a ser una de nosotras la ladrona?!

Elevó el tono lo suficiente como para que las aspirantes más próximas interviniesen, pero yo no fui capaz de seguir el ritmo de la conversación. Un pensamiento predominaba sobre el resto.

Los paños.

No era tan ingenua como para no haber contemplado la posibilidad de que las doncellas abriesen nuestros armarios o baúles y hurgasen en nuestras pertenencias. Hasta entonces me había encargado de dejar los paños ensangrentados escondidos hasta que tenía ocasión de lavarlos con el agua que me sobraba de mis baños. Un registro, sin embargo, implicaba una búsqueda exhaustiva en cualquier rincón y recodo. Iban a encontrarlos y no solo tendría que elaborar una excusa, sino asegurarme de que no encontrasen ninguno más si volvían a registrar mi dormitorio en el futuro. Cada vez que abandonábamos nuestros aposentos, todos los habitantes del palacio tenían acceso a su interior. Nuestra intimidad era suya. Y también del resto de aspirantes.

Un claro ejercicio de confianza que no tardamos en descubrir que se había traicionado.

La Maestra de Aspirantes regresó acompañada de la candidata, cuyo pelo corto permitía mostrar unos pendientes de oro con piedras preciosas engastadas que componían la forma de un ojo.

—Me siento profundamente decepcionada. Entiendo que procedéis de lugares con culturas muy variadas, pero en la Corte Cisne no se toleran este tipo de comportamientos. —Detuvo la mirada en cada uno de nuestros rostros, congelados por la

anticipación, hasta que finalmente se centró en uno—. Los hemos encontrado en uno de los jarrones decorativos de tu dormitorio. Acompáñame, por favor.

Todas las aspirantes nos volvimos hacia la apelada: Obediencia, que parecía la encarnación de la rectitud, con su postura cuidada, el moño tenso e impoluto y unas gafas con forma de medialuna que aseveraban su rostro alargado. Perdió todo el color de la piel, a salvedad de unos puntitos rosados que le iban cubriendo con lentitud las mejillas como si se tratara de un sarpullido.

—¿Qué? —preguntó con desconcierto. Ni siquiera elevó la voz, presa de la irritación o la ofensa. Más bien parecía aterrada—. Yo no he robado nada. Lo juro. Por favor, tiene que creerme.

La posibilidad de que otra aspirante los hubiese colocado allí para inculparla era una sombra en la estancia que todas parecían querer ignorar. O tal vez no todas, porque, de haber tenido la certeza, no me cabía duda de que la Maestra la habría expulsado en ese mismo instante.

Cuando la mujer consiguió sacar a la muchacha de la habitación entre súplicas, me escabullí. Aquellas escaleras de caracol imposibles me hicieron llegar a la puerta de mi dormitorio entre jadeos. Aunque no suponía una sorpresa, el sobrecogimiento me atenazó de igual forma.

Los paños habían desaparecido.

5

La Maestra me estaba esperando en la puerta de la sala donde desayunábamos cada día.

—Eira, quería hablar contigo acerca de un asunto delicado. Si me acompañas.

Con un gesto de la mano, me invitó a seguirla en silencio, hasta girar en una esquina que daba a un pasillo vacío, lejos de los oídos del resto de aspirantes. Agradecí su discreción, pues ya sabía el tema que quería tratar. Noté una punzada de dolor en las heridas de la espalda, como si hubieran sentido un arrebato de culpabilidad.

En la Corte Imperial de Aesnovar, había encontrado la forma de escabullirme a la lavandería. Había terminado entablando una buena relación con las doncellas, que no pusieron nunca objeción a que lavase mis prendas allí. Aunque no me habían pasado desapercibidas sus miradas de curiosidad y cuchicheos, nunca me habían exigido una explicación. A veces, en el escalafón más bajo se encontraban mayor educación y decoro que entre los nobles que hablaban con lenguas de oro.

A raíz del registro en el que habían encontrado los paños, había decidido guardarlos en el interior de la caja de madera que había traído entre mis pertenencias. Se trataba del lugar más seguro de mi dormitorio, pues el Gran Príncipe se había asegurado de mantener

mis tormentos personales a buen recaudo. La caja solo respondía a las manos adecuadas, aquellas que supieran encontrar el mecanismo que la abría.

—Durante el registro de tus aposentos en busca de los pendientes robados, se reportó la existencia de unos paños manchados con sangre seca —declaró la Maestra—. ¿Serías tan amable de explicarme su procedencia? Si se trata de tu menstruación, has de dejarlos con el resto de ropa usada.

Había tenido tiempo para decidir qué iba a decir. Mi padre me había enseñado que rara vez había que recurrir a la franqueza, y no iba a contradecirle en esta ocasión; no obstante, también había aprendido de la experiencia que las mentiras eran más duraderas cuando se aproximaban a la verdad.

—Me hice un rasguño. Aún está curando, pero hasta entonces quería evitar ensuciar los vestidos.

La frente de la Maestra se llenó de arrugas cuando frunció el ceño.

—¿Necesitas que el sanador real te examine la herida? Las infecciones son peligrosas.

—No, no se preocupe. —Mostré una sonrisa sin dientes, aunque, a juzgar por cómo se le intensificó el ceño, no debió de resultar convincente—. Es pequeña.

—En ese caso, ve a ver a Milenka. Se encarga de elaborar los remedios naturales en el palacio. Pregunta al servicio dónde encontrarla y vuelve al desayuno lo antes posible.

A diferencia de la anciana que había imaginado, Milenka resultó ser una joven de pelo rizado que se ensortijaba alrededor de la cabeza como si fuese una nube. En cuanto la vi titubear en un simple saludo, supe que podría salirme con la mía.

—¿P-podría examinar l-la herida? —susurró más que preguntó.

Convoqué la sonrisa más dulce de la que era capaz.

—Preferiría no tener que desnudarme, si no es inconveniente. Es un simple arañazo en la espalda, me lo hice con el pico de una mesa de madera.

—P-por supuesto.

Sin decir nada más, se volvió hacia su escritorio y comenzó a seleccionar distintos frascos etiquetados con pulcritud de uno de los estantes que cubrían las paredes. Mientras pesaba los ingredientes en una balanza y los machacaba en un mortero, eché un vistazo a la sala de remedios. Se encontraba en una galería luminosa, cerca de los jardines, donde la luz se filtraba a través de unas pesadas cortinas, revelando las partículas aromáticas que flotaban sobre las mesas. Del techo pendían flores secas, cortezas y tallos; en uno de los laterales, el fuego de un brasero soltaba pavesas que iluminaban una mesa baja llena de libros antiguos abiertos por páginas manchadas de tinturas.

Pese a que el lugar estaba bien ventilado, el olor a resina y humo era penetrante y me encontré luchando por dar la siguiente bocanada. Agradecí que Milenka se volviese rápido hacia mí, con un tarro de cristal entre las manos que contenía una pasta de un color ocre verdoso.

—Es una cataplasma de alhárida, resina de sombra y arcilla. —La voz no le vaciló esta vez—. Debería calmar el dolor y proteger la herida incluso de la arena.

Tras un agradecimiento y una sonrisa, eché a correr en cuanto salí de su campo de visión. Las miradas de los sirvientes que atraje por mi falta de decoro no fueron recompensadas, pues, para cuando llegué a la Sala de Aspirantes, ya estaban saliendo entre pequeñas conversaciones, lo que me dejó caminando hacia la primera lección del día en ayunas.

Comprendí la importancia que tendría aquella clase en cuanto vi a las aspirantes que aún no dominaban el idioma aparecer con sus intérpretes. Todas las candidatas extranjeras habíamos sido invitadas a aquella enseñanza sobre Teología, que, a diferencia de otras materias, se impartiría fuera del palacio. Avanzamos escoltadas por soldados de la Guardia Real, ataviados con una túnica ocre sobre la que llevaban un chaleco de cuero ajustado mediante correas finas y un cinturón ancho del que colgaba una espada curva.

El templo no era un edificio único, sino ocho construcciones conectadas por un patio central. El agua discurría por elaborados canales y saltaba en chorros que formaban figuras en el aire. En el poco tiempo que llevaba viviendo en Eakheral, había comprendido que el agua era un recurso valioso y limitado, por lo que aquella era una clara demostración de poder.

Las ocho torres se habían erigido siguiendo diferentes patrones, estilos arquitectónicos y materiales, formando un conjunto armónico pero asimétrico. Siete de las puertas permanecían cerradas, mientras que la octava dejaba que la luz se escapase por el umbral e iluminase las piedras del suelo y a las dos figuras que aguardaban ante ella.

El nombre de la princesa comenzó a repetirse como un coro entre las aspirantes, que comenzaron a hacer las reverencias pertinentes. Llevaba un vestido negro que se ataba al cuello con una cadena dorada y, sobre el cabello suelto, un largo velo le caía hasta los pies. A su lado, un hombre nos observaba en un silencio solemne. Tenía una cara estrecha, angulosa, de pómulos marcados y una mandíbula firme afeitada con pulcritud. Los ojos eran demasiado claros para el estándar del reino, de un gris tan aguado que resultaba inquietante. Vestía varias túnicas superpuestas, de mangas largas pese al calor.

—Bienvenidas al Alto Templo. La clase de hoy será impartida por el Ajustador de Presencias Sorenh —anunció Danayher—. Lleva muchos años al servicio del reino, asegurándose de que las decisiones que se toman para su gobierno no contradicen la voluntad del dios que se encuentra en Presencia.

—Según me ha comunicado la Maestra de Aspirantes —el hombre tomó la palabra de inmediato—, cada una de vosotras ha recibido un manuscrito con información relevante acerca de nuestras deidades.

La candidata de rostro severo y gafas de medialuna, Obediencia, dio un paso adelante, separándose del grupo. No fue capaz de despegar la mirada del suelo cuando habló:

—Yo no he logrado encontrar mi manuscrito. Lo dejé en mi puesto en la biblioteca, pero cuando fui a buscarlo ya no estaba. No sé si alguien —hizo una pausa demasiado larga, durante la cual se retorció las manos— ha podido cogerlo por error.

Los ojos dorados de Danayher siguieron el movimiento de la aspirante que siempre llevaba un lazo en el pelo: Ambición. En esta ocasión, no parecía tan convencida de culpar a las doncellas como lo había estado con el robo de los pendientes, sino que comentó en un tono lo suficientemente alto como para que todos lo escucháramos:

—Podemos compartir mis notas para la clase, querida.

—Muy amable por tu parte —concedió la princesa con un asentimiento—. Prosiga entonces, Ajustador.

Ambición mostró esa sonrisa satisfecha que tanto la caracterizaba, y trajo a mis pensamientos un recuerdo: esa misma chica dirigiéndose a la biblioteca cuando estaba a punto de cerrar sus puertas. Podía ser una simple coincidencia, pero la rapidez con la que había dado un paso al frente para ofrecer su generosidad bastó para sembrar en mí una sospecha.

—Los templos de Eakheral constan de ocho santuarios —comenzó el Ajustador. Tenía una voz potente, que proyectaba sin ninguna dificultad, dejando claro que estaba acostumbrado a hacerse oír—, uno para cada dios de nuestro panteón. Los que pertenecen a los dioses que se encuentran en Letargo se mantienen cerrados y en plena oscuridad. Solo el dios que los Cronistas de Ciclo han determinado en Presencia puede ser reconocido, y su santuario es el único que permanece iluminado y accesible. —Se giró hacia la puerta abierta a su espalda—. Este es el de Savor. Ahora mismo nos encontramos bajo su influencia.

Aunque algunas de las torres resultaban llamativas por sus ligeras inclinaciones, sus cúpulas translúcidas, los relieves grabados o los muros curvados, la pequeña construcción que teníamos ante nosotras se asemejaba a un cubo de piedra lisa, sobria, sin adornos; apenas un pequeño reflejo en el mármol pulido.

La escasa información que nos habían proporcionado en el manuscrito había revelado una religión confusa, con dioses que no contaban con una apariencia animal o humana, sino que constituían patrones de acción del mundo; con influencia directa en el comportamiento de la sociedad cuando se encontraban en «Presencia». Los dividían en cuatro categorías: los dioses del Pulso, que presidían aquello que era mutable e inestable; de la Trama, que regulaban lo que perduraba, como las estructuras, las jerarquías y las narrativas; del Eco, que se manifestaban cuando la realidad devolvía aquello que había recibido, y los del Umbral, que aparecían en los cambios de fase. Al consultar mis notas, vi que Savor pertenecía a este último grupo.

—Savor es el Cruce Mudo, donde nadie elige un camino ni expresa con claridad lo que de verdad importa —continuó el Ajustador con tono reverente—. Bajo su influjo, la historia toma una

bifurcación casi imperceptible, donde las acciones mínimas se vuelven definitivas.

—Por ejemplo, el Consejo se niega a tomar decisiones críticas cuando Savor está en Presencia —intervino Danayher—. Nadie habla de lo que en realidad teme. Los rumores existen, pero no se verbalizan por completo. Los conflictos no estallan, pero hierven. —El Ajustador se volvió hacia ella y su ceño fruncido dejaba claro que no estaba de acuerdo con las explicaciones mundanas de la princesa, que distaban del misticismo e intriga de su sermón—. Savor no enfrenta ni une: petrifica.

El intérprete de una de las aspirantes levantó la mano. El gesto salió torpe, casi incompleto.

—Mi señora pregunta si la candidata elegida deberá convertirse. Su religión tiene… discrepancias con la de este reino.

La palabra «convertirse» quedó suspendida en el aire. El Ajustador observó a la muchacha sin pestañear. Ella bajó la mirada y se toqueteó el borde de la manga con dedos tensos.

—Interesante pregunta.

Durante unos instantes, no añadió nada. La frase quedó abierta, una grieta donde las suposiciones podían colarse.

—Nuestra religión no requiere de una conversión. Nosotros no oramos a los dioses: los reconocemos. Siempre que se acate el comportamiento que requiere el dios en Presencia, no entrará en conflicto con otras creencias. —La aspirante pareció soltar el aire que había estado reteniendo, pero el Ajustador no había terminado —: En cuanto a esas «discrepancias» —pronunció la palabra con sorna— lo relevante son las respuestas a ciertas preguntas. Si vuestra fe entrase en conflicto con una orden directa de la princesa, ¿la obedeceríais de igual forma? ¿Aceptaríais participar en un rito de la Corona que contradice uno de vuestra infancia? ¿Podríais servir a

un dios de nuestra fe si sentís que traicionáis la vuestra?

Cuando su voz cesó, el silencio fue denso. Una respuesta diferente al sí para todas esas cuestiones nos impediría convertirnos en la Mariposa de la princesa.

En Aesnovar la única figura que se idolatraba era la del Emperador, de modo que la ausencia de deidades se suplía honrando la concepción de las Tres Voces: piel, que negociaba con el mundo visible; sangre, el impulso vital, el deseo, la audacia, la ira; y hueso, la memoria profunda, la responsabilidad, la continuidad. En una sociedad que ensalzaba la armonía, el peor pecado era el desequilibrio. Un exceso de piel llevaba a superficialidad y manipulación; un exceso de sangre, a la temeridad, y un exceso de hueso, a la rigidez e incapacidad de cambio. Incluso en el caso de haber sido creyente, no habría supuesto ningún conflicto; pero yo no tenía a nadie a quien adorar. Prefería la ausencia al peso de una fe que no prometía justicia.

—No. No puedo —dijo entonces la aspirante, cargando el idioma de Eakheral con su acento.

No conocía demasiado del Reino Lacustre de Loryss, del que ella provenía. Húmedo, brumoso, con ciudades construidas sobre pilotes. Pero todos conocían su rasgo más distintivo: una religión íntimamente relacionada con la magia del agua. Para ellos, era sagrada.

—Entonces, me temo que deberéis abandonar la Corte Cisne al alba.

Los murmullos se extendieron como una chispa entre la hierba seca. Solo cesaron cuando Danayher se volvió hacia aquel hombre con la mirada igual de encendida.

—No. No voy a expulsar a una de mis aspirantes solo por no querer abrazar nuestra religión.

—Permitidme una observación pastoral. No es peligroso que exista un Negador de Presencia; los dioses siempre han sabido convivir con la imperfección humana. Lo delicado, alteza, es que el error parezca contar con la protección de la Corona. Ahí es cuando el reino empieza a preguntarse a quién obedece realmente.

Los labios de Danayher, apretados hasta formar una línea, parecían contener una promesa: la de vengar aquella amenaza velada cuando ascendiera al trono.

—Me iré —dijo con determinación la aspirante cuando su intérprete terminó de transmitirle la discusión.

—Si ese es tu deseo —dijo la princesa en un tono contenido—, se dispondrá vuestra partida mañana. El santuario es pequeño —añadió, rompiendo la agonía—, así que es mejor que paséis en grupos de tres. —Devolvió la mirada a la aspirante—. Puedes visitarlo con el resto, si te complace.

Cuando me llegó el turno de entrar, encontré paredes lisas, sin adornos ni artificios, y un suelo reluciente en el que había dibujadas dos líneas negras que lo atravesaban de un lado a otro sin tocarse.

En el centro había una mesa tallada en madera, sobre la que se encontraban un cuenco volcado boca abajo, un quemador y dos vasijas con un contenido granulado. Me acerqué a ellas llena de curiosidad. De la primera surgía un aroma suave que me recordó al olor que envolvía la lavandería cuando la ropa estaba tendida. Me volví hacia el otro recipiente y entonces sentí un tirón en el hombro que me hizo retroceder un paso.

—Ese incienso no es para cualquiera —dijo el Ajustador con hosquedad—. Está reservado para…

Se detuvo al ver que Danayher cogía la vasija entre las manos con el rostro carente de emoción. No había ninguna solemnidad en su gesto ni una reverencia ritual cuando me la tendió.

—Huele.

No tuve ocasión de obedecer, ni siquiera de dudar acerca de si debía hacerlo.

—Alteza, no puede. Ese incienso es sagrado. Solo la familia real…

—Puede —le interrumpió—. Si despierta su curiosidad, el conocimiento le pertenece. —Enseñó los dientes en una sonrisa dulce y cargó la voz de cinismo cuando siguió—: ¿Cómo van estas jóvenes a interesarse por nuestra religión si lo primero que les enseñamos son restricciones?

—Las restricciones forman parte de la fe. No existen para negar al creyente, sino para asegurar que cada paso que dé esté dentro de los límites que los dioses han trazado.

—Nuestros dioses no distinguen entre familia real y vulgo, y ninguno de ellos ha determinado qué símbolos se reservan para cada uno. —Los iris, que hacía un instante habían evocado la calidez líquida de la miel, se le habían solidificado—. Así que nadie tiene la potestad de hacerlo. Ni siquiera usted.

El hombre retrocedió, como si hubiese recibido un empujón; sus facciones contraídas por el horror.

Durante mi vida, había aprendido la importancia de evadir el conflicto. Tuve que controlarme para no entrar en pánico cuando la incomodidad que se había quedado suspendida en el aire me golpeó como una bofetada.

—Huele —repitió Danayher volviendo a acercar la vasija a mi cara.

No dudé en cumplir la orden, aunque lo hiciese temblando como las hojas a la llegada del invierno.

6

La comida era el momento en que las aspirantes recibían su correspondencia. Hacía días que la esperanza de no ser la única que no contase con seres queridos se había esfumado. Ya ni siquiera resultaba amargo. Me había acostumbrado a centrarme en mi plato, perdida en mis pensamientos hasta que se iniciaba una conversación a la que poder asistir en silencio.

Mi siguiente bocado se vio interrumpido por un sirviente, que depositó un sobre junto a mi servilleta. El primer impulso fue volverme para comunicarle su error; sin embargo, vi mi nombre escrito en él.

Eira del Estandarte Kestrel.

La comida que había ingerido se me removió en el estómago cuando imaginé quién podría ser el remitente. Irme a Eakheral debería haberme alejado de su influencia, pero bien sabía que sus garras podían extenderse lejos y alcanzarme si así lo deseaba. Nada escapaba de la voluntad del Gran Príncipe de Aesnovar.

Abrí el sobre con una agitación que atrajo algunas miradas, rompiendo el papel sin detenerme a usar un abrecartas. Mi mirada saltó disparada al final del texto, donde la firma revelaba qué mano la había redactado.

Silas Drask.

Había esperado extrañarle más, pero la nueva rutina de la Corte Cisne había engullido cualquier recuerdo suyo, sustituyéndolo por las necesidades más inmediatas: mantener mi puesto en la competición.

Tras leer su nombre, sin embargo, mi mente evocó sus ojos azul oscuro, abiertos con horror al conocer los planes que el Emperador había dispuesto para mí. Esa noche, en la que había conseguido escabullirme hasta encontrar el puesto que ocupaba durante su ronda nocturna, se expuso al castigo que supondría que alguien lo descubriera abrazándome. Sus gestos de cariño siempre me habían resultado cálidos y reconfortantes, pero aquel adquirió un matiz diferenciador. No era amor y consuelo lo que regalaba, sino premura y dolor. El que provocaba ver arder cualquier oportunidad de cumplir ese futuro juntos que me había prometido en mis peores momentos, cuando las únicas palabras que me ofrecían alivio eran las que sugerían huir del Imperio.

Sabía que Silas se había alegrado de que pudiera escapar de ese tormento, pero también que le destrozaba que fuese lejos de él. El Gran Príncipe también era consciente, por supuesto, y se encargó de que fuese parte de la escolta que me acompañó hasta las murallas de la capital. Lo suficiente como para experimentar el sufrimiento de verme partir, pero no el consuelo de compartir los días de viaje. «El frío solo vence a quien se detiene», había susurrado con una sonrisa la mañana en que nos separamos, recordando la frase que le había repetido mi padre cuando había sido uno de los reclutas a su cargo. «Eso intento, padre», me dije mientras mis ojos caminaban, esta vez con calma, al inicio de la carta.

> Querida Eira. No escribo por urgencia, solo por costumbre. Resulta extraño llevar tanto tiempo sin saber de ti y a la Corte Imperial le gustaría saber cómo estás.

Torcí el gesto ante aquella forma de enunciarlo. Dudaba que a alguien aparte de Silas le preocupase mi bienestar.

> ¿Reconoces tus días en aquel reino de sol y arena? ¿Es buena la comida? ¿Congenias con tus compañeras?

La palabra «compañeras» me hizo volver a detener mi lectura. Nunca las había visto de esa forma. Rivales, obstáculos, oponentes, adversarias. ¿Pero compañeras? Si decía eso, era porque no sabía que Danayher solo elegiría a una. En cambio, yo lo tenía muy presente.

> Espero que la princesa pueda ver las virtudes que guardas y encuentre en ti alguien digno de su confianza. Aprovecho esta carta para trasladarte el interés del Imperio en conocer tus avances en la selección.

¿Por qué debería importarles si era o no elegida? No me cabía duda de que tras aquella misiva se encontraba el Gran Príncipe y eso hacía que quisiera hacer lo posible por frustrar sus deseos.

—¡¿Quién ha sido?!

Las puertas se agitaron sobre sus goznes. Desistí de intentar continuar mi lectura al ver que los ojos verdes de Empatía estaban desorbitados. Recorrieron la mesa, se posaron en cada una de nosotras y repitió la pregunta deteniéndose en cada palabra. Obediencia se puso en pie. Pese a que tras los cristales de sus gafas podía apreciarse la preocupación, no hizo ademán de acercarse. Fue la Maestra de Aspirantes quien caminó hacia ella, visiblemente molesta por la falta de modales.

—¿Qué ocurre?

—Al volver a mis aposentos he encontrado mi tocador

destrozado. —La voz le temblaba, pero, para mi sorpresa, no era por agitación o por nervios. Era pura rabia—. Los frascos estaban rotos; su contenido, derramado. Han tirado algunas de mis joyas al suelo, hecho jirones los vestidos. —Se detuvo para realizar varias respiraciones, con las manos formando firmes puños—. Y había un mensaje desagradable escrito en el espejo.

Eso pareció captar la atención de la Maestra.

—¿Qué mensaje?

—Preferiría no repetir esas palabras.

La preocupación cavó pequeñas zanjas en la frente de la Maestra.

—¿Qué mensaje?

Empatía cuadró la mandíbula, elevando la barbilla con orgullo.

—«Las traidoras no tienen lugar aquí».

La larga melena negra de la muchacha ondeó a su espalda cuando la Maestra de Aspirantes la cogió del brazo, casi arrastrándola hacia la salida. La sala se llenó de una curiosidad burbujeante, pero había tres candidatas que no participaron en las conversaciones y solo intercambiaron miradas. Las tres tenían algo en común: habían nacido en Eakheral, igual que Empatía.

En otras circunstancias, quizá su nivel de alteración la habría eximido de participar en la lección de la tarde, pero ese día tendríamos nuestra segunda prueba.

Nos condujeron a unos pequeños bancos de piedra en los jardines donde esperar nuestro turno. Allí el verdor no abundaba, sino que estaba estratégicamente colocado, formando trazados geométricos combinados con franjas de arena que reflejaban la luz como metal pálido. El agua discurría en canales estrechos, casi escondidos, refrescando los pétalos rosas y azulados que salpicaban los arbustos bajos. Suponía un contraste con los invernaderos

abovedados de Aesnovar, donde la tierra era fértil y olvidaba la nieve que en el exterior cubría cada árbol y congelaba cada flor.

Al principio, la conversación se centró en lo que había ocurrido en los aposentos de Empatía, pero su perpetua amabilidad no parecía ser enemiga de la contundencia y dejó claro que solo hablaría del tema con la Maestra.

—He oído al servicio comentar que hoy la princesa estaba de muy buen humor —dijo entonces con un exagerado tono alegre, aunque sin dejar de toquetearse las uñas en el regazo—. Ojalá sea cierto. Estas pruebas me ponen de los nervios.

—Es muy posible que lo esté —intervino Perfeccionismo mientras se enrollaba en el dedo índice uno de sus tirabuzones rubios—. Es el efecto que causa la buena compañía.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ambición inclinándose hacia delante para poder mirarla a la cara. Su pelo cobrizo le cayó en cascada a un lado de la cara—. ¿Has visto a la princesa hoy?

—Ayer.

—¿A solas? ¡¿Cómo?!

Perfeccionismo soltó una risita breve.

—Nos cruzamos cuando volvía a mis aposentos. Tuvimos una amena conversación.

Sus palabras atrajeron la atención de más aspirantes. Sentí un pellizco en el estómago, como si una bestia hubiese decidido darle un mordisco. Parecía evidente que algunas aspirantes comenzaban a despuntar, y yo estaba condenada a quedarme rezagada.

—Una situación así no se da por casualidad. Con el resto no ha tenido un momento a solas. —Empatía miró a su alrededor, buscando en nuestras caras una confirmación—. ¿O sí?

—A mí no me parece tan extraño. —Perfeccionismo se tomó un momento, como si midiera cuánto decir—. La princesa me confesó

que prefiere la compañía de las mujeres.

—Eso se dice de muchas mujeres poderosas. —Ambición puso los ojos en blanco—. Por eso busca a una como Mariposa, pero eso no explica…

—No me refiero a eso. Las prefiere en todos los ámbitos.

—¿Eso lo sabes o lo supones?

—Ella misma lo dijo. —Levantó la barbilla, como si la simple duda le ofendiese—. Y antes de que lo preguntéis, no buscaba aprobación. Solo lealtad.

Sin mediar palabra, Obediencia se puso en pie. Empatía siguió con la mirada su camino hacia otro banco, donde un grupo de aspirantes charlaban ajenas a nuestra conversación.

—¿En qué contexto alguien… confía algo así? —inquirió otra de las candidatas, cuya mejilla estaba cubierta por una mancha que parecía formar un mapa propio.

—En un intercambio donde quedó claro que las presencias masculinas no son bienvenidas en ciertos espacios, ni ahora ni nunca. Cuando insistí, por dudas de protocolo, me corrigió.

—¿Cómo te corrigió? —quiso saber Empatía con sus ojos verdes muy abiertos.

Perfeccionismo parecía profundamente satisfecha por la pregunta. Sonrió de lado y elevó el dedo índice mientras citaba a la princesa.

—Dijo: «No me interesan; ni como pasatiempo ni como consortes. Y no es una cuestión abierta a debate político». —Varias aspirantes ahogaron gritos, pero Perfeccionismo prosiguió como si no las hubiese escuchado—: Me pareció auténtico. Propio de quien decide no fingir, aunque el mundo exija una farsa.

Mi corazón se saltó un latido, como si quisiera comulgar con el silencio que reinó de pronto. Ambición fue la única que se atrevió a

romperlo:

—Entonces ¿creéis que alguna de nosotras…?

—No. —Su tono no dejó opción a réplica—. No fue una invitación.

—Pero cambia muchas cosas.

—No cambia nada. Nosotras estamos a su servicio y ella no va a vernos de una forma diferente a eso. Por supuesto, si para alguna supone algún impedimento, siempre puede renunciar. —La forma en que sonrió me provocó un escalofrío—. Nos facilitaría las cosas al resto.

Entonces la Maestra apareció y la conversación murió de forma repentina, dejando un ambiente pesado como recuerdo. Me alegré de que fuese mi nombre el que pronunció, para poder ordenar mis pensamientos sin tenerlas delante. La mujer hizo un gesto con la cabeza que me invitaba a seguirla y me alisé la falda con dedos temblorosos antes de hacerlo. Danayher esperaba sentada en un cenador decorado con hojas y flores. Llevaba el pelo recogido en una larga trenza que le caía sobre el pecho y descansaba sobre la gasa naranja oscura. Llevaba los ojos dorados delineados en negro, lo que hacía que su mirada felina se intensificara.

—Eira —me saludó.

Que recordase mi nombre me pilló con la guardia baja y trastabillé con una de las piedras decorativas. Para mi fortuna, no hizo ningún comentario al respecto, sino que aguardó hasta que tomé asiento junto a ella. El banco era pequeño y la tela que nos cubría las piernas entró en contacto.

—Hoy vas a tener que tomar decisiones complicadas. —Me descolocó su sonrisa, como la que esgrimiría un niño que acaba de cometer una travesura—. Si algo valora una regente de una asistente personal es su consejo. Supongamos que durante mi

reinado se me planteara una situación ante la que tuviera muchas dudas y requiriera tu opinión. Querría sinceridad, valentía para decir algo impopular y habilidad para encontrar el equilibrio entre la verdad y la diplomacia. —Alzó las cejas y me observó con atención —. ¿Lo has entendido?

—Sí.

—Bien. Un general brillante ha liderado batallas que nadie más en su cargo habría ganado. El ejército lo idolatra, pero en realidad conspira contra la Corona. Si lo destituyera, el ejército se fracturaría. Si lo ejecutara, habría sublevaciones. Si lo mantuviera, tendría un traidor al trono en una posición de poder. —Danayher apoyó la barbilla en la palma de la mano y tamborileó con los dedos sobre sus labios, atrayendo mi atención hacia ellos—. ¿Qué harías?

—Lo mantendría donde está —las cejas de la princesa se elevaron por la sorpresa—, pero me encargaría de que dejase de ser imprescindible.

Entrecerró los ojos.

—¿Cómo? Una espada sigue teniendo filo, aunque se le quite el mango.

—Fragmentaría su red de apoyos, ascendiendo a subordinados directos y reasignando a sus hombres más fieles lejos de su mando. Haría que sus decisiones pasasen por filtros cada vez más densos.

Danayher frunció el ceño.

—¿Y si atacara antes de quedarse aislado?

—Lo haría sin apoyos cercanos, sin una justificación clara ni un relato de héroe traicionado.

La princesa volvió a mostrar aquella sonrisa divertida.

—Quizá hacerte una pregunta militar no ha sido muy justo por mi parte. Si alguien podría responderla, es la hija adoptiva del antiguo líder de los ejércitos de Aesnovar. —¿Era eso un halago? ¿Le

había agradado mi respuesta?—. Lamento tu pérdida. ¿Cómo lo llamaban allí?

—Máximo Ejecutor del Brazo Imperial.

Danayher se reclinó en su asiento con satisfacción y colocó las manos en el regazo.

—Vale, vamos a probar con otro supuesto, para hacerlo más equitativo hacia tus competidoras. —«Competidoras», no «compañeras»—. Un hombre corriente presencia una negociación secreta entre la Corona y una facción extranjera. No es traición, más bien diplomacia sucia. Un acuerdo que reportaría algún beneficio significativo para el reino, pero que, de hacerse público, supondría una fractura. No podría comprar su silencio sin crear un precedente, exiliarlo sería insuficiente y matarlo atraería preguntas indeseadas; si ya le hubiera contado lo sucedido a alguien, su muerte podría incluso convertirlo en un símbolo. ¿Qué harías?

Para esa respuesta, me tomé más tiempo, no por duda, sino porque cuando por fin hablase quería tener todas las piezas dispuestas.

—Lo primero sería despojarlo de su credibilidad y para ello habría que convertirlo en culpable. —Danayher enarcó una ceja—. Le atribuiría un crimen relacionado con su peor vicio conocido. Le juzgaría sin prisa, con un proceso impecable que nadie pudiera tildar de irregular. Un mártir inspira. Un preso olvidado, no. Si en alguna parte del proceso se decidiera a hablar, ya no sería un testigo, sino un culpable intentando negociar su libertad.

—¿Y si estuviéramos ante una persona intachable?

Se me escapó una pequeña sonrisa.

—Ese sería el mejor escenario. No hay nada que cause más satisfacción que confirmar que aquel al que envidiaban por su perfección pertenecía en realidad a la peor calaña.

Danayher permaneció en silencio tiempo después de que se me hubiera extinguido la voz. Me observaba con atención, como si fuese un animal exótico al que no había tenido ocasión de contemplar antes.

—¿Podrías dormir sabiendo que le robaste la vida a un inocente?

Le sostuve la mirada.

—Si con eso evitase una fractura del reino, sí. Podría dormir porque nadie más sabría que es inocente.

Cualquier rastro de sonrisa había desaparecido y también la comodidad con la que se había recostado contra el respaldo.

—No sé si admirar tu implacabilidad o temerla. —Sus ojos dorados apenas parpadearon—. Ha sido un placer, Eira. Dile a la Maestra de Aspirantes que llame a la siguiente, por favor.

Pensé mucho en aquella interacción. La repetí en mi cabeza incansables veces; barajé qué otras respuestas podría haber dado e intenté analizar qué había de errónea en la que había elegido, si es que lo había sido. No estaba segura de si le había disgustado la propuesta en sí misma o la frialdad del análisis, pero la última vez que me había dejado llevar por mis emociones había acabado insultando a la difunta reina. No entendía qué se esperaba de mí, aunque empezaba a dudar que fuera sinceridad, por más que todos se empeñasen en decir lo contrario.

Sin embargo, una de las aspirantes enunció ese atributo esa noche cuando, antes de dirigirnos a nuestros aposentos para acostarnos, la Maestra nos preguntó cuál considerábamos que era la virtud más valiosa para una asistente real.

—La princesa necesita a su lado una presencia fuerte —había dicho—, no alguien dócil que reduzca su valor a la adulación.

Palabras como honor, lealtad, inteligencia y educación se repitieron, pero todas sonaban igual de vacías que el cascarón de

una nuez.

—Libertad —dije cuando llegó mi turno.

Porque aquello era lo que separaba a una cortesana de una Mariposa. Aquel día lo había comprobado. Danayher había propuesto como prueba una petición de consejo, presentándolo como un escenario que no solo era viable, sino que podría volverse común. Dudaba que la opinión de cualquier noble fuese tenida en la misma consideración, ni que se pudiera hablar con la misma llaneza.

—Una cosa es el libre albedrío y otra la desobediencia —me advirtió entonces la Maestra, que con el resto de las respuestas se había limitado a asentir—, y es muy fácil confundir una con otra. Los deseos de la futura reina siempre estarán por encima de los tuyos propios.

Sentí el peso de aquella frase, amable pero afilada, y cuando me acosté, sus palabras me persiguieron igual que las de Danayher. Habría podido dormir sabiendo que había condenado a un inocente porque había aprendido que no se debía regalar la clemencia.

En uno de los inviernos más duros que viví en Aesnovar, incluso algunas cosechas de los invernaderos se habían congelado y había comenzado el racionamiento. Mi padre adoptivo descubrió que había estado robando comida para dársela a una de las lavanderas, que se había quedado embarazada de un soldado. Yo era demasiado pequeña para entender las implicaciones, pero había escuchado a otras doncellas comentar que, cuando no pudiese ocultarlo con los ropajes, la echarían. Eso me causó lástima, así que quise ayudar. Mi padre no la delató, pero sí me sacó al exterior, a la zona de pantanos donde el ejército enterraba a sus muertos. Aquel día, el agua estaba congelada, pero los cuervos seguían revoloteando sobre las cruces de madera.

Extendió la mano, con pequeños trozos de carne cruda en la

palma. Un par de aves se acercaron, primero con cobardía, luego con avidez. Me sorprendió que se mantuviese firme, que no apartase la mano hasta que lo inevitable sucedió. Cuando los pedazos se terminaron, uno de los cuervos clavó el pico con un movimiento rápido y preciso que le desgarró la piel. Retrocedí al ver la sangre.

—Si les das compasión —me dijo con aquel tono profundo que utilizaba en mis lecciones—, te arrancarán los ojos. ¿Quieres morir como murieron tus padres?

Pensé también en Silas y en su carta, que terminaría de leer y contestaría sin falta al día siguiente. «El frío solo vence a quien se detiene». En aquel palacio, hasta el tiempo parecía haberlo hecho. De ello se encargaban incluso sus dioses.

Por suerte, el frío nunca había sido mi enemigo.

7

«Al menos no tendrás que hablar con ellos», me repetía una y otra vez mientras me colocaba los paños. El peso de la tela sobre las heridas me provocó un escalofrío e hizo que se me humedecieran los ojos, pero necesitaba que estuvieran bien sujetos. Esa noche no podía permitirme ensuciarme el vestido.

Me habían dejado cuatro diferentes sobre la cama, aunque solo uno me cubría la espalda. Era blanco, por supuesto, si bien mucho más elegante que los que solíamos utilizar a diario. El tejido era tan suave que se amoldaba a la piel y de no haber tenido varias capas superpuestas me habría hecho sentir desnuda.

La selección de joyas a mi disposición era ostentosa, pensada para destacar en una velada en la que debíamos pasar desapercibidas. La justificación que me di para desecharlas fue que tal vez se trataba de una prueba más, porque me avergonzaba admitir que la prohibición que la Corte Imperial me había impuesto aún pudiese condicionarme. Me coloqué con cuidado el broche de la mariposa en el pecho y permití que ese fuera mi único adorno.

En cuanto abandoné la habitación, sentí que la boca se me secaba. Jugueteé con las cutículas alrededor de las uñas para mantener la mente entretenida mientras seguía a dos aspirantes por la pasarela que nos llevaría al Gran Salón. La Maestra estaba

esperándonos en la antesala del servicio, pues debíamos recibir su aprobación antes de entrar.

«Al menos no tendrás que hablar con ellos», me dije de nuevo; era el único pensamiento en el que encontraba consuelo. Ambición no parecía compartir mi forma de afrontar aquel espectáculo cortesano.

—Años aprendiendo el idioma de Eakheral para que ahora no podamos relacionarnos con los nobles —se lamentaba a nadie en particular.

—Ciertamente es una oportunidad perdida para poder escalar puestos en la Corte —comenté.

La aspirante se volvió hacia mí con sorpresa.

—¡Anda! ¡Pero si hablas! —Parpadeó un par de veces y luego entrecerró los ojos—. Que hasta tú te quejes denota lo demencial de la situación.

Más bien quería comprobar algo.

—Me confunde. Creía que una cualidad importante para una Mariposa era saber desenvolverse entre la nobleza.

—¡Y yo, querida! ¡Y yo!

Sonreí encogiéndome de hombros.

—Se ve que estábamos equivocadas.

—No, qué va. Ninguna fiesta quiere a una cortesana que se limite a servir el vino. —Soltó un bufido—. Sé que un diplomático de mis islas estará presente. ¿Y se supone que no debo siquiera saludarle?

Tuve que contener el pellizco de excitación que sentí. Tal vez mi plan podía funcionar.

—Podría considerar la ausencia de saludo como una falta de educación —aseveré.

—¡Exacto!

Se toqueteó las mangas del vestido, cada vez más alterada.

—Confío en que hayan informado a los asistentes de nuestras órdenes.

—Ya… —murmuró, pero su mirada y su mente parecían muy lejos de aquella sala.

—Eira. —La voz firme de la Maestra hizo que se me encogiese el estómago—. ¿Las doncellas no dejaron joyas en tus aposentos?

—Lo hicieron, señora, pero me resultaron demasiado llamativas para el papel que debemos adoptar hoy.

—No todas parecen compartir tu opinión.

Volvió la cabeza hacia la aspirante de pelo corto. No solo llevaba tantos anillos y pulseras como su fisionomía le permitía, sino que había desoído las propuestas de las doncellas y en su lugar lucía los pendientes que le habían robado, en un claro gesto de desafío.

Separé los labios para responder con un comentario educado, cuando un grito silenció cualquier palabra que hubiera podido salir de mi boca.

Empatía se llevó las manos al estómago, donde una mancha carmesí cubría la parte delantera de un vestido que en sus curvas resultaba despampanante. A su lado, una doncella que cargaba una bandeja con delicadas copas se deshacía en disculpas.

—¿Cómo puedes ser tan torpe? —le siseó la Maestra entre dientes—. Las aspirantes deben entrar ya en la sala.

—Lo lamento mucho, mi señora.

No solo esa muchacha parecía a punto de llorar: Empatía tenía los ojos verdes abiertos con horror.

—Pero podré ir a cambiarme, ¿verdad? ¡No puedo salir así!

—No hay tiempo para que vuelvas al ala de dormitorios. El protocolo requiere unos tiempos exactos.

El pecho de Empatía se elevaba y descendía a una velocidad

acelerada.

—Pero… —Su tono estaba más cerca de la súplica que de la queja.

—Lamento interrumpir, pero he traído otro de mis vestidos. Lo dejé en aquella silla. —Tanto aspirante como Maestra se volvieron en la dirección que señaló Perfeccionismo—. Puedes usarlo, si quieres.

La Maestra soltó un suspiro de rendición.

—Bien, pruébatelo. Deprisa.

Empatía cogió las manos de la aspirante y depositó un beso en cada dorso.

—¡Gracias! ¡Gracias!

La constitución y la altura de ambas era opuesta, y allí donde el anterior vestido había insinuado, el nuevo se ceñía hasta rozar lo inapropiado. Sin embargo, desfavorecida o no, era todo cuando Empatía tenía.

La Maestra nos hizo ponernos en fila. Colocó a Perfeccionismo en primer lugar por, según dijo, «haber comprendido la importancia de la primera impresión». Me consoló no ser la última. Ese puesto fue para Empatía, quien sin duda habría encabezado la marcha de haber contado con su anterior vestido.

El Gran Salón estaba repleto cuando entramos. Era un lugar donde el poder no necesitaba alzar la voz, pues la arquitectura hablaba por él. El espacio se extendía en una explanada suspendida en el aire, con enormes columnas clavadas en el suelo como estacas y líneas incandescentes que iluminaban la estancia con trazados precisos. Más allá, la capital se desplegaba en estructuras que desafiaban la lógica del peso, brillando bajo el calor del fuego.

Los invitados vestían ropajes donde el lujo estaba en la caída, no en el volumen. Las prendas se ceñían en los hombros, con cadenas finas que sonaban con el movimiento y luego parecían flotar

alrededor de sus cuerpos, como nubes de vapor de colores condicionados por rango en vez de gusto. Los tonos más oscuros se reservaban para quienes tenían voz; los claros, para quienes solo estaban presentes. Nosotras vestíamos el más puro de todos: el mismo que el servicio y, en ausencia del rey regente, la princesa lucía el negro. Me molestó lo fácil que era localizarla en la sala. La luz quedaba atrapada en su piel como si la eligiera a ella primero.

Rodeada de nobles, no alzó la mirada para reconocer nuestra presencia, aunque sí atrajimos las del resto. Éramos la nueva atracción de la Corte. Debíamos rellenar copas vacías y adornar la habitación con una bonita sonrisa. Se nos había prohibido intervenir en conversaciones, pero no había nada que nos impidiera escucharlas.

—Tres audiencias —decía una anciana enjuta entre susurros mientras toqueteaba una cadena de cuentas de hueso—. Tres. Canceladas. Y sin una sola disculpa.

Su interlocutor, un hombre de mediana edad tan bajo como entrado en carnes, se secó el sudor de la frente con un pañuelo.

—Ya sabe usted, baronesa, que la relación de la princesa con el clero…

No continuó, dejó la frase en el aire, libre para el entendimiento y el sentido que quisiera dársele.

—El Consejo debe de estar… inquieto —concluyó la dama—. Es inminente.

—Puedo asegurarle que es una de nuestras prioridades, pero el rey…

Fingí recolocar las copas que sostenía en la bandeja para poder aguardar a que aquel hombre, que al parecer era un miembro del Consejo Real, terminase. No sucedió y, en su lugar, la baronesa respondió:

—Lo sé. El Ajustador me lo ha comentado.

Recordé aquellos ojos claros e inquietantes. Era la máxima autoridad religiosa, de modo que aquella mujer debía ser poderosa si podía relacionarse con él con facilidad.

Otros nobles se unieron a ellos y la conversación tomó un rumbo que, si bien seguía tocando el tema religioso, no era en absoluto interesante. Me paseé entre los diferentes grupos, usando mi bandeja como excusa para escuchar retazos de conversaciones que pudieran resultarme útiles. Había algo en aquella sala —en las pausas, los silencios, las respiraciones contenidas y los gestos interrumpidos— que evidenciaba la búsqueda de ambigüedad. Recordé las palabras que había dicho Danayher acerca de Savor, el dios que se encontraba en Presencia: «Nadie habla de lo que en realidad teme. Los rumores existen, pero no se verbalizan por completo». ¿Era eso lo que estaba haciendo la Corte? «Los conflictos no estallan, pero hierven». ¿Estaba ella ignorando al clero a sabiendas de que no podrían enfrentarla de forma directa?

Sentí que, por primera vez desde que había llegado a Eakheral, estaba escuchando a la Corte Cisne hablar en su propio idioma.

Una mujer recostada en un diván se inclinó hacia delante, atrayendo la atención de otras nobles que la rondaban, igual que insectos alrededor de fruta madura. Era atractiva e iba ataviada de un vestido y un velo morado, un color que allí se reservaba para el luto. Fue su tono confidente el que me invitó a acercarme con la excusa de recoger las copas que habían dejado en una mesa baja.

—La hija de los Yssen… —El vino estuvo a punto de derramarse por el borde de su cáliz cuando gesticuló con una mano cargada de pesados anillos—. ¿De verdad se plantean tenerla tan cerca del trono? No quiero ser injusta con la chiquilla, pero me hiere en lo personal.

—Oh, señora Odhalis, no se preocupe —dijo entonces una de las jóvenes—. Es comprensible. Por supuesto, debéis guardar una gran antipatía a su tío.

La mujer dejó la copa sobre la mesa con un movimiento demasiado brusco y me recorrió con la mirada.

—La reina Rimeyah se aseguró de que todas sus Cisnes fuésemos leales. Y también nuestras familias.

El silencio que siguió fue elocuente. Pensaba que Danayher debía seguir la prudencia de su madre.

Pese a que deseaba saber a quién se referían, no podía demorarme más junto a ellas. Dediqué los últimos instantes mientras me alejaba a recordar los rasgos suaves y redondeados de la señora Odhalis. Imaginé que aquel término, «Cisnes», era el equivalente a Mariposa para nosotras. Si había sido una de las asistentes de la antigua reina, era posible que pudiera obtener de ella información valiosa o consejo.

Mientras sorteaba a nobles, pude lanzar un breve vistazo a Ambición. A juzgar por la forma en que se reía y gesticulaba animadamente, no parecía tener intención de ocultar las palabras que estaba intercambiando con el que, supuse, era el noble proveniente de sus islas. Una sonrisa involuntaria se me deslizó por los labios. No había forma de que la Maestra o Danayher no hubieran reparado en aquella descarada violación de las normas.

Traté de escuchar más conversaciones en mi camino a la antesala del servicio para dejar las copas vacías. La mayor parte se pronunciaban en susurros que no me permitían acercarme lo suficiente, o la velocidad y los acentos marcados de otras regiones de Eakheral suponían demasiado desafío para mi dominio del idioma. Lo único útil que pude oír fue:

—He oído que la princesa ahora solo toma vino blanco.

Aceleré el ritmo, con intención de conseguirle una copa a la princesa, cuando un cuerpo impactó con fuerza contra el mío y me arrojó al suelo. El estallido del cristal llenó el aire a mi alrededor y mi vestido se manchó del mismo color que el de Empatía, con la salvedad de que en mi caso no se trataba de vino, sino de la sangre que emanaba de unos cortes profundos en las palmas de las manos.

No conseguí ver quién me había tirado al suelo, solo un destello blanco, que bien podía pertenecer a una doncella o a una aspirante, escurriéndose entre los nobles cuya atención había atraído. El corazón se me disparó. Se suponía que aquella noche iba a ser invisible, una sombra sin relevancia ni voz. Pero las miradas, los cuchicheos, las risas que se revelaban tras las manos que intentaban cubrirlas… me convertían en parte del entretenimiento. Me apoyé en el suelo, sin importarme que nuevas esquirlas se me hundiesen en la piel. Necesitaba levantarme y salir de allí antes de que me obligaran a cantar, a bailar o a narrar la masacre de mi pueblo.

Entonces alguien me cogió una de las manos. Incluso en el calor del desierto, el contacto se sintió como una llama lamiéndome la piel. Los presentes ahogaron gritos al ver a la princesa acuclillarse sobre los cristales. Los zapatos de tacón provocaron chasquidos allí donde los aplastó bajo su peso. Con delicadeza, fue arrancando uno a uno los pedazos que se me habían clavado en la palma y que brillaban sobre la sangre como gotas de lluvia. No me atreví a moverme, igual que un animal herido y asustado. Estaba tan cerca que cuando el aliento se me escapó en un suspiro tembloroso, los mechones negros que le enmarcaban el rostro se agitaron.

En cuanto terminó con esa mano, cogió la derecha. Al alzar la mirada, pude ver cómo incluso algunas de mis competidoras se habían acercado a observar la escena. O la misma concentración que fruncía la frente de la princesa evitó que escuchara los murmullos, o

decidió ignorarlos; continuó como si estuviésemos solo ella y yo, hasta que la última esquirla tintineó en el suelo. El ceño se intensificó cuando rozó una zona del dorso con el pulgar.

La cara de Danayher desapareció.

Ya no me examinaban sus ojos dorados, sino unos que se encontraban grabados en lo más profundo de mi memoria: grises, forjados con hielo. El rostro alargado, el pelo que teníamos prohibido llamar «pajizo» y la sonrisa macabra.

Me miré la palma y ya no vi los cortes. En su lugar, había líneas finas, realizadas con la precisión de una daga, que formaban un grotesco copo de nieve rojo.

—¿Vas a gritar, Eira? —había preguntado con sorna. Incluso aunque llevase semanas sin escuchar su voz, mi mente replicó a la perfección el timbre—. ¿O vas a llorar? —Su tono era burlón y su agarre, férreo—. La próxima vez que desobedezcas, me veré obligado a marcarte la cara. Quizá eso te ayude a recordar a quién perteneces.

Aparté la mano para liberarla, con la angustia aprisionándome el pecho, y apreté los párpados con fuerza.

«No es real. Él no está aquí. Es solo un recuerdo. No es real», me repetí mientras intentaba acompasar la respiración a cada frase.

Tardé en abrir los ojos de nuevo y, cuando lo conseguí, Danayher apareció de nuevo ante mí. Se había apartado, seguramente por mi brusquedad, y en su semblante había más seriedad que desconcierto. Se puso en pie y me observó desde arriba como quien contemplaría a un insecto.

—Ve a lavarte las heridas. La velada ha terminado.

Pude escuchar todo tipo de comentarios de descontento mientras recorría la distancia hasta las cocinas. Mi torpeza había acabado con su diversión, aunque la escena sin duda les daría de

qué hablar durante días.

En cuanto terminé de limpiarme la sangre de las manos, pues la del vestido era un caso perdido, subí las escaleras hasta la Sala de Aspirantes, donde habíamos acordado reunirnos una vez acabase la fiesta. Las magulladuras de las rodillas me dolían y sentía el peso de la idea de ser expulsada lastrando cada paso.

La Maestra estaba visiblemente descontenta cuando llegué y la sala estaba cargada de inquietud, la que traía consigo la incertidumbre.

—Convertirse en la Mariposa de la princesa —dijo cuando la última candidata tomó asiento— consiste en renunciar a la vanidad. No importa cuán prestigiosos sean vuestros lugares de origen o cuán influyentes sean vuestros linajes. Es dejar a un lado el propio yo para ponerlo a la disposición de algo mayor. De eso se trataba el ejercicio de hoy y me decepciona haber comprobado que me equivocaba al pensar que todas estabais preparadas. —La tensión se transformó en expectación cuando su mirada se dirigió hacia el rostro de Ambición—. Teníais prohibido interactuar con cualquiera de los asistentes. Sin importar si los conocíais o no —añadió al ver que la aspirante abría la boca para defenderse—. Haber ignorado esa orden supone una clara demostración de arrogancia que la princesa Danayher no está dispuesta a tolerar. Deberás abandonar la Corte Cisne al alba.

—¡¿Qué?! —El pelo cobrizo le cayó por la espalda cuando se puso en pie de un brinco—. ¡No! ¡No es mi culpa que vuestras normas sean absurdas! ¡No pienso irme!

La Maestra ni siquiera se tomó la molestia de escuchar sus quejas con cortesía. Nos deseó las buenas noches al resto y desapareció acompañada de uno de los guardias reales. Las candidatas se acercaron a Ambición y trataron de consolarla con

comentarios que solo escondían la satisfacción que sentían. Habíamos pasado a ser nueve.

En ese momento confirmé que podía influir en la selección sin exponerme. Que podía usar la debilidad de cada candidata en su contra. Solo era cuestión de empujar las piezas que se tambaleaban.

8

La velada de la noche anterior nos trajo una expulsión, pero también un castigo. Daba igual que solo Ambición se hubiese saltado las normas, la princesa quería darnos «una lección de humildad».

Esa mañana, lavaríamos la ropa ceremonial. Yo estaba en el segundo turno, encargado de recoger, clasificar, planchar y perfumar. Tareas más complejas que proporcionaban una mejor oportunidad de destacar.

Sin embargo, en aquel palacio el estado de alerta debía ser permanente y cualquier certeza, erradicada.

—Necesito que consultéis esta nueva lista —dijo la Maestra de Aspirantes, cruzando las puertas dobles con un pergamino en la mano derecha.

El sonido de las sillas arrastrándose llenó la estancia. Por suerte, no necesité acercarme tanto como el resto y pude encontrar mi nombre entre las ocho cabezas que se agolpaban para intentar leer. Me habían cambiado al primer turno.

Busqué entre los nombres del resto aquel que pertenecía al linaje que había escuchado mencionar a la señora Odhalis: los Yssen. «Mayrah». Estaba en mi mismo grupo. Si una de las asistentes de la antigua reina tenía enemistad con su tío, entonces debía haberse criado en Eakheral, y eso me proporcionó la

respuesta: Empatía.

«Las traidoras no tienen lugar aquí», habían escrito en su espejo.

—Pero yo estaba en el segundo turno, Maestra —comentó Celharine.

—Hoy necesito manos rápidas. El viento sur se ha levantado antes de lo previsto. Si no adelantamos el secado, la ropa quedará áspera para mañana. Debéis poneros en marcha ya.

Intenté que no se notase lo halagada que me sentía; otras aspirantes, en cambio, no se esforzaron tanto en ocultar su molestia por haber sido relegadas.

—¿Podrás ocuparte bien de esta tarea con las manos así? —me susurró la que seguiría siendo «Empatía» para mí mientras seguíamos a una doncella para que nos indicara el camino a la lavandería—. ¿Cómo están tus heridas?

Mi primer instinto fue responder con un simple «Sí», pero si había una persona accesible en ese palacio incluso para alguien como yo, era ella. En sus ojos verdes había preocupación genuina. La empatía era un defecto difícil de sabotear sin que se viese como una virtud, pero si me acercaba a ella, tal vez podría descubrir qué mácula guardaban los Yssen.

—Creo que podré lidiar con ello. Están mejor, gracias por tu preocupación.

Su sonrisa fue mucho más sincera que la que yo me había esforzado en esbozar; por suerte, no mostró intención de continuar la conversación.

Al llegar, el vapor nos golpeó el rostro como un muro. La lavandería ocupaba una crujía baja, enterrada parcialmente en la piedra para preservar el frescor. No había ventanas amplias, sino aberturas estrechas y altas, protegidas por celosías de yeso, que

dejaban pasar la luz sin permitir que el sol castigara el interior. El agua llegaba por canales de cerámica y se distribuía en unas piletas profundas.

Mi posición en la Corte Imperial nunca había implicado tener que realizar tareas domésticas, pero en mis paseos por la lavandería me habían ofrecido algunos consejos; yo los había tomado todos, con intención de poder conocer esa profesión en caso de tener que huir. Al acercarme y sumergir la mano en el agua, deseé haberlo hecho para encontrarme lejos de allí.

—Está demasiado caliente —dije a las aspirantes que me acompañaban—. Si lavamos ahora esos mantos y velos —señalé con el índice la montaña de tejidos de aspecto delicado—, los arruinaremos.

—¿Y qué hacemos? —inquirió Empatía con angustia—. La Maestra ha sido clara: debemos ser rápidas. No podemos esperar a que se enfríe.

Notaba cada instante transcurrido a través del pulso que me retumbaba en las sienes. El tiempo era apremiante, pero si destrozábamos aquellas telas sagradas, poco importaría su aspereza tras el secado. Las cuatro tenían los hombros tensos y me miraban como si en mis ojos azules estuviera escrito el itinerario que debían seguir. Apenas habían escuchado mi voz y, sin embargo, parecían dispuestas a seguirla.

Paseé por la sala intentando encontrar una solución. Las telas colgaban en estructuras de madera oscura y metal con unos pesos en los extremos que impedían que el viento las deformara. Una corriente de aire me agitó el pelo blanco y atrajo una mezcla áspera de jabón y resina que se me quedó atorada en la garganta. Sentí que por fin podía tragar saliva cuando vi unas vasijas que parecían hechas de un material poroso, quizá arcilla.

—Llenad estos cántaros y colocadlos aquí, donde el aire enfriará el agua. Usaremos la caliente con las telas más gruesas y los colores menos fuertes.

Ninguna se quedó indiferente ante mi tono. Sonaba como una orden. Era una orden.

Y Obediencia la cumplió como tal. Se acercó para coger la vasija que aún sostenía entre las manos y corrió hacia una de las piletas. La siguiente en moverse fue Empatía, con más decisión, pero no tanta premura. Celharine adoptó una posición intermedia: comenzó a seleccionar los tejidos más pesados y los llevó hasta las piletas. Quería colaborar, pero no realizando la tarea que significaba subordinarse a mí.

La aspirante restante nos observó con los brazos cruzados desde el centro de la lavandería, donde las corrientes de aire le agitaban los mechones cortos del pelo. No pensaba excederme en mi aparente y breve liderazgo, así que empecé a sumergir las telas con rapidez para suplir su parte. Para mi sorpresa, fueron las doncellas quienes tuvieron algo que decir cuando hicieron acto de presencia:

—¿Por qué no estás trabajando?

Lo primero que me llamó la atención de la doncella fue la quemadura que tenía en uno de los lados de la cara, la cual hacía que su piel se plegara formando pequeñas rugosidades; lo segundo, su pelo grisáceo, pese a no parecer muchos años mayor que yo.

La aspirante no estaba acompañada de su intérprete, de modo que lo máximo que hizo fue volverse hacia ellas con una ceja enarcada. Se señaló el pecho con el índice con una pregunta implícita.

—Sí, tú. ¿Qué estás haciendo?

—Esto. —Abarcó el espacio con los brazos abiertos—. Trabajo de siervas.

Una de las sirvientas, de un cabello canoso que en esa ocasión sí denotaba una avanzada edad, se echó a reír. Cuando levantó la mano para dar en el brazo a una de sus compañeras, pude ver que estaba llena de cicatrices.

—¿Habéis oído? Es demasiado señorita para mojarse. —Le lanzó una mirada de arriba abajo y murmuró con desprecio—: Se supone que estáis aquí para aprender humildad. Pienso encargarme personalmente de que la princesa te ponga a limpiar bacinillas.

Poco le importó la cara de confusión de la aspirante, que solo estaba comprendiendo palabras sueltas y seguramente «bacinillas» no se encontraba entre ellas. Hasta a mí me costó reconocer la palabra en el idioma de Eakheral.

—Ese sí que es un trabajo de nobles —comentó la tercera doncella entre risas.

Se aproximaron a Empatía y Obediencia, que estaban tendiendo los mantos que habíamos podido lavar en agua caliente. Aunque habían permanecido en buenas condiciones, habían sufrido por la alta temperatura: algunos colores se habían abierto como capullos y muchos de los bordados se habían deshilachado. Las frentes de ambas aspirantes estaban perladas, al igual que la de Celharine, que sumergía junto a mí las telas más delicadas en el agua que habíamos conseguido templar en las vasijas. No obstante, no era un indicativo de esfuerzo. Las mejillas de las doncellas se habían coloreado en cuanto habían entrado, pues el aire se calentaba más a medida que el sol ascendía en el cielo. La excepción era la mujer que tenía una quemadura en la tez. Parecía impasible al calor, sin una sola gota de sudor resbalando por la sien, y eso me hizo preguntarme si mi incapacidad para sudar sería vista con la misma admiración con la que yo la observaba a ella.

Pese a que lo dijo en un susurro reservado para sus

acompañantes, escuché como la más anciana, sin apartar los ojos de la aspirante que se negaba a trabajar, decía:

—Algunas olvidan que, mientras miran por encima del hombro, desde abajo también se clava la daga.

La Maestra apareció poco después. Contempló las prendas, ya tendidas, con ojo crítico, pasando las manos por algunas de ellas. Su rostro, que solía ser una representación de serenidad y templanza, se alteró; los huesos de la mandíbula se le marcaron como si estuviese apretando los dientes con fuerza. Al volverse hacia nosotras, mostró una sonrisa tensa.

—Veo que habéis… improvisado.

Una idea se me plantó entonces en la mente, demasiado joven para llegar a florecer en ese momento. Tal vez la temperatura del agua no se debía a haber adelantado el lavado. Tal vez el cambio de turno no había sido un halago.

—Acompañadme. Os están esperando.

Ese día, también tendríamos que comer con algunas de las doncellas. El comedor era una sala amplia, pero con un techo bajo que obligaba a encorvarse. A pesar del bullicio y del sonido de los cubiertos, nuestra entrada captó la atención de todas las presentes.

Por mucho que aquella actividad tuviera como objetivo imbuirnos algo de modestia, Danayher parecía conocer el límite donde el ego se dañaba de forma irreparable, pues aun cuando las doncellas se servían de las ollas, depositaron nuestras raciones directamente en el plato.

La comida estaba lejos de poder compararse con la que nos servían varios pisos más arriba. El pan distaba de estar recién hecho y el caldo que nos sirvieron carecía de especias y hierbas aromáticas. No había cortes de carne acompañados de salsas de frutas y miel, sino legumbres y verduras al vapor.

Me fijé en una doncella en concreto a la que le temblaba la mano mientras sujetaba el cucharón. Al notar mis ojos azules sobre ella, se envaró. Su mirada recorrió la sala con avidez, dejó la cacerola que sostenía sobre la mesa y desapareció por el pasillo que llevaba a las cocinas, del que surgieron más doncellas. Supuse que su inquietud se debía a aquella invasión de su espacio. Aquel lugar era el único en el que podían retirarse a descansar sin necesidad de sonreír con complacencia a los nobles. Para ellas, comer era una pausa funcional, no un acto social. A diferencia de esa chica, la mayoría de las doncellas parecían ignorarnos, aunque era evidente que tenían muy presente qué temas no debían tocar delante de nosotras y limitaban sus pequeñas charlas al calor, sus tareas o el estado de sus sandalias.

Sin embargo, importantes o no, las conversaciones se zanjaron de golpe cuando un ruido se elevó por encima del vocerío. Celharine tosía sin parar. Pese a que en un primer momento parecía un simple atragantamiento, cuando se aferró el cuello, con tanta fuerza que los tendones de las manos se le marcaron, demostró tratarse de algo más serio. La doncella más anciana se acercó a ella con decisión y comenzó a darle golpes secos en la espalda. Celharine, sin embargo, cada vez parecía tener más dificultad para tomar bocanadas de aire. Tenía los ojos desorbitados y el blanco empezó a cubrirse de telarañas rojas. La aspirante intentó ponerse en pie, pero no logró incorporarse. Se produjo un ruido sordo cuando el suelo recibió su peso. El cuerpo, de pronto rígido, empezó a sacudirse sin ritmo ni piedad. La doncella retrocedió un paso, con el horror pintado en el rostro.

—¡Buscad a la Maestra! ¡Y haced venir al sanador real!

Varias doncellas echaron a correr por los pasillos. Empatía se arrodilló a su lado, con los ojos verdes húmedos y las manos

suspendidas en el aire, como si no supiera qué parte tocar o si debía hacerlo. Finalmente le cogió la mano y los dedos de Celharine se cerraron con la misma fuerza con la que ella intentaba aferrarse a la vida. Ya no tosía, solo jadeaba, y al sonido de sus costosas inspiraciones se unieron los sollozos de algunas aspirantes. Me puse en pie, sin tener claro qué podía hacer. Continuaba agitándose con violencia; la mandíbula bloqueada, las venas del cuello marcadas, la piel olivácea tornándose azulada. La imagen resultaba grotesca y, sin embargo, no podía dejar de mirar. Me sentía congelada. Impotente.

Entonces su cuerpo dejó de moverse, su pecho de alzarse. Pero la inmovilidad no era contención. Era ausencia. Los labios estaban agrietados y grisáceos, los ojos negros, abiertos. Ya no había fuerza en la mano que seguía sujetando Empatía. No necesité esperar a que le tomasen el pulso para saber que estaba muerta.

Lo único que fue capaz de arrancarme de ese estado de estupor fue una palabra, susurrada por distintas voces hasta parecer un eco: «envenenada». Mi cuerpo recibió la orden antes de que mi mente siquiera la hubiera procesado. Corrí a uno de los rincones de la habitación y me introduje los dedos índice y corazón en la boca hasta vaciar el contenido del estómago sobre aquel suelo de piedra.

Las demás estaban conmocionadas, apenadas, pero no asustadas. Trataban en vano de contener los sollozos. La imagen del rostro de mi padre, desfigurado hasta casi parecer irreconocible, me acudió a la mente y el recuerdo dolió con la misma intensidad que la vivencia. Aquella había sido la primera vez que había visto un cuerpo sin vida.

Aunque, en realidad, me había criado entre muerte.

Para mí, eran los vínculos los que determinaban la profundidad de la herida. Aunque no me alegraba que hubiera fallecido, Celharine no significaba nada para mí. Su muerte, sin embargo, sí era

reveladora. Si una de las favoritas, la amiga de la infancia de la princesa, había sido el objetivo de un envenenamiento… Entonces ninguna de nosotras estábamos a salvo.

9

Esa mañana la lista de aspirantes no mostraba lecciones ni tareas, sino el orden en que Danayher hablaría con cada una de nosotras. Sería en su despacho, un lugar al que nunca se nos había permitido acceder y que todas habríamos preferido visitar en otras circunstancias.

Me demoré en tomar el desayuno, permitiendo que la sala se fuese vaciando. Cuando salí, no me dirigí a la galería en la que nos habían indicado que debíamos esperar, sino que descendí hasta los pisos inferiores. En un primer vistazo, los vestidos de las aspirantes podían confundirse con los de las doncellas, aunque un examen más detallado mostraría que los nuestros eran más elaborados y elegantes. En mi caso, sin embargo, el pelo blanco resultaba fácilmente reconocible. La tensión recorría los pasillos y no hubo un solo sirviente con el que me cruzase que no se volviese para mirarme. Por suerte, ninguno me impidió seguir avanzando hacia mi objetivo: el comedor de las doncellas. Tardé más tiempo del que pretendía en localizarlo y una vez estuve allí me pregunté si aquella escapada merecería la pena.

En ese momento de la mañana, las largas mesas de madera desgastada estaban vacías. Paseé entre ellas, reconstruyendo lo sucedido. «Algunas olvidan que, mientras miran por encima del

hombro, desde abajo también se clava la daga». ¿Acaso alguna de las doncellas tenía motivos para haber llegado tan lejos? A mi mente acudió el rostro de la doncella que había actuado con un nerviosismo que yo había achacado a nuestra presencia. ¿Y si sabía algo? ¿Y si era culpable? No estaba segura de ser capaz de reconocerla y ni siquiera tenía la certeza de volver a cruzármela en la inmensidad de aquel palacio, pero sí recordaba el pasillo por el que había desaparecido con urgencia: era el que llevaba a las cocinas del servicio.

Pese a las telas húmedas que habían colgado de las puertas para rebajar la temperatura, aquel lugar latía como un órgano oculto del palacio. Siempre caliente, siempre despierto. Una mujer limpiaba con un paño una mesa desnuda y se volvió con confusión cuando mis pasos resonaron sobre el suelo pegajoso. Ya no tenía sentido huir, aunque la idea de recibir un castigo si la Maestra descubría que había estado husmeando me inquietara.

—Disculpa la interrupción, pero quería preguntarte si sabes qué pudo suceder ayer.

La mujer mudó la expresión, que parecía estar a medio camino entre el temor y la molestia.

—¡Ya he respondido una decena de veces! ¡Preparé su comida aparte para que no llevase ni un rastro de jengibre! De pronto me dijeron que tenía que cocinar para nueve personas más, ¡y aun así tuve mucho cuidado! —La voz se le volvía cada vez más y más aguda y temí que alguien viniese a comprobar qué ocurría—. ¡No sé qué le ha pasado a esa pobre chica! ¡Pero no es mi culpa! —Estrujó el trapo entre las manos y contuvo un sollozo—. No es mi culpa…

Me violentó verla al borde del llanto. Empecé a retroceder antes siquiera de haberme despedido.

—Lamento haberte importunado.

Contuve las ganas de echar a correr lejos de allí para no atraer todavía más la atención del servicio. El corazón me latía al mismo ritmo frenético al que me bullía la mente. Aunque no sabía si la teoría que se estaba formando en ella tenía algún fundamento o era solo fruto de mi invención, me parecía lo suficientemente plausible como para valorarla. La cocinera había mencionado el jengibre, de modo que debía de ser una especia que Celharine no podía consumir. El hecho de que hubiese cocinado su comida aparte hacía su plato fácilmente identificable. Quien lo había servido sabía que iba dirigido a ella. Tal vez su muerte no fuera por un envenenamiento, sino por lo que contenía, pero, de ser así, me costaba asumir que hubiese sido algo accidental.

Nadie me preguntó dónde había estado cuando llegué a la galería donde las aspirantes aguardaban su turno. Unas habían tomado asiento en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y las rodillas abrazadas contra el pecho; otras parecían incapaces de permanecer quietas y paseaban de un lado a otro del corredor. Las reacciones que reflejaban los rostros de las candidatas que iban saliendo del despacho también eran de lo más variadas. Unas tenían los ojos llorosos, otras parecían aliviadas. Solo una sonreía, haciendo que unos hoyuelos se le marcaran en la piel negra.

En el despacho de la princesa cada objeto parecía haber sido colocado con precisión y cálculo. La gran estantería que cubría una de las paredes tenía los manuscritos colocados con esmero, probablemente siguiendo un orden que ella misma había establecido. Sobre las mesas bajas, unas esferas de vidrio y mecanismos de metal giraban con una lentitud casi imperceptible; no parecían ser parte de la sobria decoración, sino instrumentos de medida. A decir verdad, nada allí parecía dispuesto para adornar. Todo insinuaba control, previsión y la necesidad de entender antes

de decidir.

Danayher estaba ovillada en un sillón, con las rodillas encogidas de forma que los pies descalzos descansasen sobre la tela. A su lado, había una mesita con una pila de libros y una copa de vino blanco. Frente a ella, había otro sillón idéntico, y sus ojos siguieron mi camino hasta él. Estaban ligeramente hinchados y enrojecidos. Aunque había intentado ocultarlo con maquillaje, era evidente que había estado llorando.

—Hola, Eira —dijo en un tono invariable que incluso podría haberse interpretado como aburrido—. Como ya sabrás, necesito haceros unas preguntas para intentar comprender qué le sucedió a Celharine. —Parecía dolerle pronunciar su nombre—. Siéntate. ¿Cómo tienes las manos?

—Mejor. Gracias, alteza.

Era consciente de que lo más correcto era darle mis condolencias, pero me sentía torpe con ese tipo de normas sociales. La princesa se irguió levemente en su asiento, aunque no bajó los pies al suelo. Llevaba las uñas pintadas de color morado. Me pregunté si esa era la única muestra de luto que se le permitía.

—Celharine y tú, ¿erais cercanas?

—No. Solo hablamos en una ocasión. Durante una lección.

—¿Fue una interacción agradable?

Recordé el ejercicio de Historia; la frialdad de sus ojos y el tono despectivo con el que había cargado sus palabras.

—Cordial.

Dio un pequeño cabeceo como asentimiento.

—¿Sabes qué estaba comiendo justo antes de que empezase a toser?

—No. Estaba sentada en una mesa diferente a la mía. Solo sé que estaba en un cuenco.

—¿Tienes alguna información que creas que podría ser de interés para esclarecer lo sucedido?

La cocinera había dicho que había respondido a la pregunta una decena de veces, y no me cabía duda de que al menos una de ellas había sido ante Danayher. Ella misma podía sacar las mismas conclusiones que yo. Eran simples elucubraciones y no consideré prudente ser quien las evidenciara.

—No.

—¿Sabes si tenía algún enemigo? ¿Alguien que pudiera desearle algún mal?

Tuve que hacer un esfuerzo para no echarme a reír. Era imposible que fuera tan ingenua. Desconocía con cuánta fiereza deseaba el resto el puesto, pero si la necesidad de alguna de ellas se aproximaba a la mía, era cuestión de tiempo que se traspasasen ciertas líneas.

—Supongo que, en cierto modo, el hecho de que solo vaya a haber una elegida nos convierte a todas en enemigas.

La mano con la que se abrazaba una de las rodillas cayó sobre el reposabrazos. Los pies descendieron finalmente al suelo y el torso se volvió por completo hacia mí. Su expresión me recordó a la de la imagen que había visto dibujada en aquel pergamino de la biblioteca. Desafiante.

—¿Piensas entonces que es culpa mía que haya muerto? ¿Por poneros en su contra?

Noté como el hielo bajo mis pies se resquebrajaba y estudié con precaución en qué dirección quería dar el siguiente paso.

—Jamás me atrevería a insinuar algo así, alteza.

—¿Qué querías insinuar, entonces? —Su voz había perdido el deje monótono que había intentado usar para ocultar sus verdaderas emociones—. ¿Piensas que una o más aspirantes pueden estar

detrás de su asesinato?

«Asesinato». No había sido un accidente.

—Me temo que no tengo suficiente información como para elaborar ninguna teoría.

Me inquietó percibir con tanta claridad que estaba agotando su paciencia.

—Tengo dos preguntas más. Luego podrás irte. ¿Qué pensarías de alguien que se defiende antes de que le acusen?

—Que no confía en que vayan a preguntarle antes de que lo señalen.

Se le agitaron las aletas de la nariz.

—¿Y de alguien que calla para proteger a otra persona?

Entonces entendí a dónde quería llegar.

—¿Pensáis que es lo que estoy haciendo? —inquirí con desconcierto.

Los labios dejaron de formar una fina línea para convertirse en una sonrisa de lado.

—Jamás me atrevería a insinuar algo así —repitió con sorna.

Se apoyó los antebrazos sobre el regazo, inclinándose hacia delante hasta que su cara quedó a un palmo de la mía. Sentí el aliento rozándome la cara cuando, sin perder la sonrisa, aseveró:

—Sé que ocultas algo.

Tal vez ese recurso le había servido con alguna de las chicas que habían pasado por ese despacho, pero en el lugar del que yo venía esas técnicas eran un juego de críos. Parpadeé varias veces, con el rostro imperturbable, antes de contestar.

—No sé nada.

—Me gustaría dejar claro que conmigo la franqueza nunca será castigada. En todo caso, recompensada.

—¿Queréis que adorne la mentira hasta que resulte útil?

Me miró directamente a los ojos, con las cejas a punto de tocarse.

—Quiero que confíes en mí.

Había una sinceridad tan desesperada y cruda en su expresión que, por un instante, lamenté ser incapaz de cumplir su voluntad. Deseé poder liberarme de la carga agotadora que suponía vivir siempre alerta. Había pensado que Eakheral me permitiría conocer una realidad distinta a la del Imperio. Y esa posibilidad se había esfumado ante mis ojos.

—Creí que esta selección sería una competición justa —confesé en un murmullo derrotado.

Así era. Una parte de mí anhelaba seguridad y certeza, méritos en vez de juegos sucios y asesinatos. Otra sabía que estaba siendo hipócrita, porque yo también estaba dispuesta a aprovechar cuanto pudiera proporcionarme una ventaja.

Relajó el ceño, pero no los hombros. Se apartó de mí con brusquedad y se quedó erguida, con la espalda envarada.

—La justicia no dura en esta Corte.

* * *

No se nos permitió acudir a las honras fúnebres. Sin un culpable claro, la familia no nos quería allí, y tampoco a ninguna de las doncellas. La Maestra de Aspirantes, sin embargo, pensó que una visita del Ajustador vendría bien para levantarnos el ánimo.

Aun en el silencio de mis aposentos, sin más compañía que el chapoteo que producía en el agua de la bañera, podía escuchar el discurso de aquel hombre. Su voz poderosa, proyectada a cada rincón.

—En momentos así, sé que el miedo se vuelve impaciente. Nos susurra que el orden no basta. Que la vigilancia falla. Que quizá haya atajos para protegerse, para ver antes, para saber más. En el pasado, algunos llegaron a recurrir a lo prohibido: a la magia. —Había sentido un pinchazo en los cortes de la espalda al escuchar la palabra—. Siempre aparece cuando el límite duele y alguien decide que no debería existir. Las voces prometen claridad sin esfuerzo, poder sin responsabilidad. No llegan con violencia, sino con consuelo. —En las pausas, podían oírse los sollozos de algunas candidatas—. No os diré que reneguéis del miedo. El miedo es natural. Sin embargo, hay una diferencia entre sentirlo y permitir que nos gobierne. Ahora más que nunca debemos confiar en los dioses que rigen nuestro camino, en las normas que aceptamos y en las renuncias que nadie celebra, pero que sostienen el mundo. Un reino sin límites no tarda en devorarse a sí mismo.

Puede que Eakheral no persiguiese la magia como lo hacía el Imperio de Aesnovar, pero aquel alegato me había dejado muy clara su postura: la temían.

Froté con fuerza el trapo húmedo sobre la piel, como si de esa forma pudiese borrar una mancha que en realidad no estaba ahí. Ni iba a irse.

Primero había llegado el golpe del pequeño Gran Príncipe, que con su bota negra me había obligado a permanecer tumbada mientras decía cosas horribles. Luego, la escarcha, que había arrastrado sus brazos gélidos por el suelo, tornándolo blanco hasta alcanzarle los pies. No sé quién de los dos había echado a correr antes, pero sí sé quién recibió el castigo después.

Mi padre me enseñó a contener la bestia de hielo que yacía en mi interior, aunque despertase más por miedo que por ira.

Seguí frotando el paño con fuerza, hasta que la piel se enrojeció

y algunas heridas de las manos se reabrieron. Solo el dolor y el escozor me ayudaron a centrarme.

—Si no lo controlas, no podrás quedarte —me advertía.

«¿Y si no quiero quedarme?», me preguntaba cada vez.

10

Empecé a sospechar que las siete aspirantes que seguían junto a mí en la selección tenían sus propios motivos para necesitar ser elegidas. Era la única explicación que encontraba a que ninguna hubiera abandonado todavía. La mañana tras las honras fúnebres, la lista indicaba el regreso a las lecciones diarias. Sin una explicación sobre qué le había sucedido a Celharine. Sin medidas extraordinarias que asegurasen que otra de nosotras no fuese la siguiente.

Esa mañana, con la indignación siendo una invitada más, las conversaciones insulsas que normalmente acompañaban al desayuno habían desaparecido. La Maestra no parecía haberlas añorado y ocupó el silencio anunciando que la aspirante de pelo corto debería cumplir el castigo que las doncellas habían prometido por desatender las labores de lavandería. Como alternativa a la limpieza de las letrinas, se le ofreció abandonar. No añadió ninguna queja, pese a estar visiblemente molesta, pero fue satisfactorio verla arrugar la nariz con desagrado. Cuando el resto abandonamos nuestro sitio en la mesa, ella permaneció sentada, con la barbilla levantada y las aletas de la nariz dilatadas.

—La princesa y yo hemos pasado por alto durante este tiempo que las reverencias que realizáis ante ella no sean adecuadas — declaró la Maestra una vez estuvimos todas dentro de la imponente

sala a la que nos había dirigido—, pero eso se ha terminado. Vuestra siguiente aparición en sociedad debe ser impoluta. Colocaos frente a los espejos.

Los paneles de metal pulido que flanqueaban ambos lados de la Galería de los Espejos eran un recuerdo patente de que nada se encontraba fuera de juicio. Cualquier error quedaba multiplicado, repetido desde todos los ángulos hasta volverse intolerable. Mi reflejo me devolvía una versión de mí misma demasiado tensa, demasiado alerta, demasiado consciente de cada movimiento.

La Maestra iba alternando los rangos de los interlocutores con los que fingíamos cruzarnos: flexión leve de rodillas y espalda recta para nobles menores, una más profunda, con la cabeza gacha y la mirada al suelo, para los clanes principales.

—No importa cuál fuese la posición o el linaje que ostentarais en vuestros lugares de origen —dijo con una voz potente que se reflejó hasta llegar a cada rincón—. Hasta que una de vosotras sea seleccionada, solo sois una parte más del servicio. Todos aquellos merecedores de un saludo oficial están en un rango superior al vuestro.

Sus correcciones llenaban la sala y nosotras intentábamos aplicar las que nos correspondían y también las del resto. «Baja la barbilla». «Dobla más las rodillas». «Nunca sostengas la mirada a un superior salvo que estéis manteniendo una conversación». Perfeccionismo era la única que no recibía ninguna reprimenda, pues sus movimientos eran calculados e impolutos. La aspirante de cabello despeinado, en cambio, nos observaba con sus ojos de cervatillo e intentaba imitar nuestros gestos. Aun así, cometía de forma constante el mismo error: cambiar la posición de las manos en mitad de la reverencia, en lugar de mantener la derecha sobre la izquierda, con los pulgares alineados.

—Demasiada duda. Como siempre —murmuró la Maestra cuando pasó por su lado—. Los movimientos deben ser limpios.

«Inseguridad», pensé. Era la otra cara de la moneda de Perfeccionismo, ambas lastradas por el miedo a cometer un error, pero por motivos diferentes.

—Ahora practicaremos el saludo a Danayher —anunció la Maestra—. Vosotras estáis bajo el mando directo de la princesa heredera, por lo que debéis inclinaros de igual forma que ante el rey regente.

Hice la reverencia tan profunda como me permitió el miedo a excederme. Me quedé quieta en el punto más bajo, a la espera de recibir permiso para incorporarme. La Maestra, sin embargo, abrió la boca para decir algo distinto:

—No.

Su voz sonaba distante, así que no creía que fuese a mí a quien estuviera amonestando. Todas las aspirantes seguíamos dobladas por la cintura, a excepción de aquella con la gran mancha en la cara. Se había levantado antes de tiempo. Un error pequeño en cuanto a técnica e imperdonable a nivel simbólico. Denotaba iniciativa donde solo debía haber sumisión.

—El resto, levantaos. Tú, hazlo de nuevo.

Obedeció de inmediato y esta vez permaneció abajo.

—Demasiado rápido.

Los dedos de la aspirante temblaban cuando se incorporó. Se acomodó en su sitio, buscando la postura correcta de los pies, tomándose su tiempo.

—La vista debe estar en el suelo antes de inclinarse, no después. Otra vez.

Al erguirse, lanzó miradas a su alrededor. No solo nosotras la observábamos, también lo hacían nuestros reflejos. La mejilla que

no estaba cubierta por aquella mancha oscura estaba enrojecida. Repitió el gesto, pero había dejado de resultar natural. Las rodillas le temblaban, los tendones del cuello se le marcaban como las cuerdas de un instrumento. Cuando alcanzó la mayor inclinación, la Maestra dijo:

—Detente. —La chica se quedó congelada durante el tiempo que se alargó la pausa—. Quien no es capaz de retener una instrucción sencilla no debería aspirar a servir a la futura reina. Retírate. El resto, proseguid.

No solo hubo desconcierto en los ojos de esa aspirante. Pude ver cómo el resto intercambiaba miradas significativas. Parecían sorprendidas, incluso asustadas. Empatía tenía las cejas arqueadas con lástima y parecía querer echar a correr hacia la candidata para sujetar los pedazos en los que la había quebrado la Maestra. A mí, en cambio, la situación me trajo un recuerdo.

Cuando tenía siete años, el hermano del Emperador acudió a una fiesta en la Corte Imperial. Mi padre se acercó a presentarle sus respetos y yo estaba tan nerviosa que imité el saludo que él había efectuado, sin tener en cuenta que el rango de mi padre era superior al mío. Ni el Emperador ni su hermano parecieron reparar en ello, pero los ojos del Gran Príncipe se habían clavado en mí. Esbozó una sonrisa ante mi error y yo me atreví a devolvérsela con timidez, creyéndola un gesto de complicidad. Por aquel entonces, aún no había conocido su crueldad, solo una curiosidad punzante.

A mitad de la velada, mientras yo agitaba las piernas en un pequeño diván en el que intentaba pasar desapercibida, él se acercó. Con sus diez años, no tenía una gran estatura y su cara casi estaba a la altura de la mía pese a encontrarse de pie.

—Ven —dijo. No era una petición.

Me agarró del brazo y me arrastró por el pasillo hasta una sala

contigua y vacía. No fue gentil, pero tampoco me llegó a alarmar su brusquedad

—Eira. —No estaba segura de si alguna vez antes le había oído decir mi nombre. Tenía un peso extraño en su lengua—. Sé que eres consciente de que no has saludado a mi tío de manera adecuada. —Tragué saliva costosamente y asentí—. Vas a practicar la reverencia correcta delante de mí. Vamos —insistió al ver que me había quedado perpleja.

La fiesta duró dos horas más. Dos horas que estuvimos en aquella sala. Dos horas en las que me incliné sin descanso, incapaz de replicar los deseos del Gran Príncipe.

No iba a arriesgarme a que volviesen a enseñarme aquella lección, de modo que me esforcé en seguir las indicaciones de la Maestra con rigurosidad hasta que la clase terminó. Al salir, me crucé con la aspirante que había sido expulsada en el umbral.

—La Maestra ya ha salido —le dije, pues asumí que quería hablar con ella o disculparse.

—Lo sé —dijo en su lugar.

Me quedé quieta y seguí con la mirada sus pasos, que la llevaron frente a uno de los espejos. Allí, comenzó a repetir la reverencia reservada para la princesa heredera y el rey. Solté un suspiro cuando vi en el reflejo del cristal las lágrimas que empezaban a caerle por las mejillas.

«Si les das compasión —me recordó la voz de mi padre en mi mente— te arrancarán los ojos».

«Que lo intenten», le respondí.

—Las indicaciones eran en realidad una distracción —le dije una vez nos quedamos solas. Ella se volvió con sorpresa y se pasó la manga del vestido por la cara para borrar el rastro que había dejado su llanto—. Supongo que porque le molestó que te levantases antes

de tiempo. Luego quería comprobar si corregías por ti misma el verdadero error.

—¿Qué error? —preguntó con la voz llena de congoja.

Le señalé los pies.

—Tu cuerpo se inclina demasiado hacia delante, de modo que invades el espacio de tu interlocutor. Cuando se trata de alguien como la princesa, puede ser preocupante.

Parpadeó, confusa, y se giró hacia el espejo, pero esta vez de perfil, para poder observarse mientras llevaba el cuerpo hacia delante.

—Tienes razón —susurró. Yo ya lo sabía—. Gracias. De verdad. —El agradecimiento me incomodó y comencé a retroceder. Abrí la boca para despedirme, pero ella volvió a intervenir—. Eres Eira, ¿verdad?

—Sí.

—Xytherel. —Quería irme de allí—. No soy buena en todo esto, pero no tengo más opción que intentarlo… —Hizo una pausa. Parecía hablar consigo misma en lugar de conmigo—. No puedo volver a casa.

Aquellas palabras resonaron dentro de mí, provocándome una familiaridad molesta.

—¿Por qué? —pregunté sin pensar.

—Porque me obligarán a casarme con un hombre que solo sabe comportarse cuando hay alguien mirando.

* * *

—Hoy nos acompañará un invitado. Espero que le deis el mejor de los tratos y le mostréis la cortesía de Eakheral. Serviréis el

almuerzo. La comida ya está en camino.

No sé si el resto compartió mi decepción ante esas palabras. El protocolo era estricto: movimientos suaves, servicio por el lado correcto, inclinación exacta de cabeza, pasos silenciosos y, lo más importante, no hablar salvo que se indicase. No tendríamos ocasión de conversar con la princesa. Solo estábamos allí como integrantes del servicio. Una vez más.

Me alegré de haberme puesto guantes. Aunque hacía días que las heridas habían sanado, los cortes y las cicatrices que habían dejado aún eran visibles. No parecía la mejor carta de presentación para un invitado en la mesa.

El noble entró con una reverencia que le habría encantado a la Maestra. Era significativamente alto, con un rostro de líneas definidas pero no duras. El verde de su túnica larga hacía que el maquillaje dorado que le decoraba la piel tostada resaltase.

—Su Alteza —saludó llevándose dos dedos al pecho.

Danayher respondió con un gesto mínimo de cabeza. En cuanto tomó asiento, Obediencia le ofreció una copa de vino que él aceptó e hizo girar entre los dedos, observándola al contraluz.

—Interesante elección —no bebió. Aspiró el aroma y sonrió—, pero esperaba una nota más seca. ¿Podrías traerme la alternativa que suelen reservar para los invitados del oeste?

Danayher lanzó una mirada a Obediencia, que inclinó la cabeza al instante.

—Claro, mi señor. Ahora mismo.

La aspirante de pelo corto colocó ante ambos el primer plato, mientras yo me ocupaba de los cubiertos. El noble toqueteó el cuenco con los dedos.

—¿Qué contiene?

—Guiso de verduras y carne —dijo con un acento marcado pero

comprensible.

Había mejorado bastante su manejo del idioma de Eakheral, si bien no resultaba tan perfecto como el del noble, que hacía alarde de un dominio inusual para un extranjero.

—¿Podrías indicarme qué carne y qué verduras? Tengo ciertas… preferencias.

La aspirante dudó un instante, lejos de la diligencia con la que había respondido la primera vez. El noble empujó el cuenco lejos de él.

—Comprendo —dijo al ver que no respondía—. Quizá hoy no sea el día adecuado para sorpresas culinarias. ¿Serías tan amable de retirarlo?

El plato desapareció en un instante. Obediencia había llegado con una nueva jarra de vino, la cual le tendió a Perfeccionismo, que rellenó las copas de ambos con un cuidado impecable.

—El servicio es muy eficiente —comentó el hombre. Sin embargo, tras tomar un trago, añadió—: Aunque algo apresurado. La temperatura no es adecuada. Estos vinos deben servirse fríos.

Perfeccionismo entreabrió la boca, congelándose en mitad de una respiración. Danayher se volvió hacia ella con una ceja enarcada. No necesitó hablar: la muchacha comprendió al instante que debía retirar el cáliz.

—Encargaré que le traigan otro, mi señor.

El noble colocó los cubiertos hasta dejarlos alineados con una precisión casi ceremoniosa.

—No será necesario. No se enfriará a tiempo. —Levantó su mirada, de un negro profundo, hasta encontrar la de Perfeccionismo —. Cuando se sirve a una mesa reducida, conviene anticipar las necesidades. Da una impresión más segura.

Ella asintió tensa.

—Tomaré nota, mi señor.

Danayher apoyó la barbilla en la mano. Seguía cada gesto con los ojos. Él sonrió satisfecho.

—Estoy seguro de que sí.

Entonces llegó el segundo. Me acerqué con paso seguro y coloqué ante ellos los platos, sirviendo por la izquierda como indicaba el protocolo.

—Alondra con romero, tomillo y turma —anuncié adelantándome a su intervención.

No tenía ni idea de qué contenía realmente aquella elaboración, pero se asemejaba a alguno de los platos que nos habían servido durante nuestras comidas.

—Exquisito —se limitó a decir él. Realizó un corte sobre la carne jugosa, que se deshizo bajo el cuchillo—. ¿Siempre sirven así en palacio? Con tanta… contención.

Miré a Danayher de reojo. No parecía dispuesta a intervenir.

—Es la forma correcta —respondí tratando de sonar segura.

—¿Correcta según quién? En mi tierra, la corrección es una cuestión de intención, no de forma. ¿No lo ves así?

No pensaba dejarme escapatoria. Si no respondía, iba a insistir hasta acorralarme. Si le llevaba la contraria, parecería maleducada.

—Es posible.

Él inclinó la cabeza, como si evaluara dónde clavar el filo.

—¿Y si la forma se usa deliberadamente para ocultar la intención?

Hablé sin pensar, ansiosa por escapar de aquel interrogatorio envenenado:

—Lo lamento, no se nos permite discutir supuestos durante el servicio.

El noble soltó una carcajada y, para nuestra sorpresa, Danayher

se unió a él. Era una risa genuina y ligeramente nasal, alejada de la contención que solía mostrarse en una corte. Parecía impensable que alguien fuese capaz de divertir de esa forma a la princesa tras la muerte de Celharine.

—Vaya —el hombre me guiñó un ojo y yo parpadeé—, tenemos a una buena mentirosa.

Sentí calor en el rostro ante la acusación, pero, antes de que pudiese defenderme, Danayher intervino:

—Oh, vamos, déjala en paz. Yo tampoco habría sabido cómo hacer que te callases. —Se limpió con cuidado una lágrima que se le había escapado del ojo, amenazando con estropearle el maquillaje—. Os presento a Caelion de Veyross, que, lejos de ser un noble extranjero, pertenece a mi círculo más cercano. Podría deciros que todo ha sido una mera actuación, pero en realidad es así de molesto.

El joven se puso en pie para realizar una reverencia llena de florituras. Las aspirantes seguíamos petrificadas en el sitio.

—Ha sido un almuerzo muy agradable, señoritas.

—Y ha llegado a su fin —añadió Danayher con una pequeña palmada, pese a que apenas había probado bocado—. Recoged todo, por favor.

Comenzamos a retirar el servicio, aún atoradas por la trampa que ambos habían organizado. Los cambios de humor de Danayher me confundían. Era una mujer con múltiples rostros y cuando parecía conocer uno de ellos, otro diferente ocupaba su lugar, como en un cambio de guardia.

—Espera, Eira —pidió la heredera cuando nos disponíamos a abandonar la estancia tras terminar y realizar la reverencia protocolaria.

El resto cruzó miradas y, con distintos grados de decisión, abandonaron la sala. Danayher se puso en pie y caminó con pasos

seguros hasta colocarse ante mí.

—Respecto a tus respuestas —dijo en un susurro reservado para mis oídos—, ¿serías igual de buena mintiéndome a mí?

La Sala de Aspirantes se desvaneció ante mis ojos y en su lugar apareció el imponente salón del trono del castillo de Aesnovar; o, al menos, la imagen que conservaban mis recuerdos. En él, el Gran Príncipe estaba recostado, disfrutando de una copa de néctar que hacía girar entre los dedos. Sabía que si su padre lo descubría allí lo castigaría, pero le gustaba demasiado deleitarse en la anticipación de lo que un día le pertenecería.

Las rodillas me dolían después de tanto tiempo sobre ellas. Cargué mis palabras de falsa devoción, de un anhelo que había visto en aquellos que frecuentaban su círculo. Me esforcé por resultar convincente. Necesitaba que me creyese, que no supiera cuánto ansiaba huir de su alcance.

—Siempre estaré dispuesta a serviros, mi príncipe imperial.

Se tomó su tiempo para bajar los escalones hasta quedar erguido ante mí. Me clavó los dedos en las mejillas y me obligó a alzar la cabeza para que mirase esos ojos helados. No mostraba la sonrisa desquiciada que solía reservar para aquellos momentos. Estaba muy serio y hundió con más fuerza su agarre en mi piel.

—¿Cuándo has aprendido a mentir así?

Tuve que luchar para regresar al presente, donde Danayher seguía mirándome con una seriedad equiparable, pese a que la pregunta no había conservado el tono de amenaza.

—Debo irme o llegaré tarde al almuerzo. —Repetí la reverencia, esta vez con torpeza—. Lo siento.

En realidad, tenía que hacer una parada antes de dirigirme a la Sala de Aspirantes. Había fallado y solo podía pensar en que eso requería visitar la caja. El Gran Príncipe había conseguido lo que

quería. Su castigo personal se había convertido en uno autoimpuesto.

II

Entre nuestras lecciones contábamos con breves momentos de descanso que invitaban a la socialización. Con el paso de los días, había ganado confianza para llenar mi tiempo paseando por el palacio, sin un rumbo fijo, consciente de que aún me quedaba mucho por conocer.

En esa ocasión, sin embargo, sabía bien a dónde me dirigía.

Tras la muerte de Celharine, el trasiego constante del servicio se había reducido a movimientos rápidos y contenidos. Los ojos de cada doncella parecían reflejar los dorados de Danayher, listos para captar cualquier detalle. Intenté evitar ser vista mientras me dirigía a las cocinas, donde pretendía buscar a la mujer que había visto alterada en el comedor antes de que Celharine comenzase a toser.

No llegué a cruzar el umbral.

—Aspirante.

Una sirvienta se había adelantado desde uno de los laterales del corredor. No reconocí su rostro, aunque su postura rígida bastó para indicarme que no se trataba de una interrupción casual.

—No puedes estar aquí. Al servicio de la cocina se le ha prohibido interactuar con vosotras.

Las cejas se me arquearon con desconcierto.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace seis días.

Desde la muerte de Celharine.

La comprensión llegó antes que las conclusiones completas. La comida que le habían servido había pasado por demasiadas manos como para poder actuar con contundencia, pero Danayher no permitiría que el posible responsable siguiera moviéndose con libertad. Eso significaba que la heredera sospechaba del servicio.

La doncella dio un paso atrás, incómoda bajo mi atención. No insistí. Me limité a ascender de vuelta a los pisos superiores.

Llegué a un pasillo que me resultó familiar, aunque no estaba segura de si se debía a que había sido parte del itinerario de mi primera visita o a que se asemejaba a otro que ya había recorrido. La luz se colaba por unas aberturas estrechas cerca del techo que obligaban al aire caliente a marcharse.

El sonido de unos pasos agitados me hizo volverme. Cuatro doncellas corrían por uno de los corredores contiguos.

Al asomarme, vi que perseguían a unos cisnes que agitaban las alas y correteaban en todas direcciones, como niños revoltosos huyendo de sus madres. Hacía tiempo que no tenía el impulso de sonreír y me dejé llevar por él mientras caminaba a unos pasos de distancia. Las mujeres lograron atraparlos junto a una gran arcada por la que la luz entraba a raudales. Aunque ellas se alejaron, quejándose entre susurros por la rebeldía de las aves, yo me aventuré a asomarme al exterior, donde el sol me golpeó y me hizo cubrirme los ojos con la mano.

Unas largas escaleras se enroscaban alrededor de la torre y, al asomarme para contemplar su final, encontré una hondonada artificial, excavada en la roca del desierto. Era una extensión amplia y desnuda, en la que el calor golpeaba sin tregua a excepción de uno de los extremos, donde unas telas gruesas tensadas

proyectaban sombra sobre unos recintos de piedra baja. No pude contemplar qué se encontraba bajo ellas, pero sí a las personas que se agrupaban en parejas o grupos para practicar lucha. Era el patio de armas.

Alrededor se habían excavado terrazas escalonadas que formaban balcones y pasillos abiertos desde los que observar sin participar, y mis pasos me llevaron hasta una.

Entonces la vi.

No la reconocí por su apariencia, muy distinta a la que nos tenía acostumbradas, sino por la forma en que el mundo se disponía a su alrededor. Pese a encontrarse apartada, cerca de la zona sombreada, no parecía ser su refugio lo que buscaba, sino intimidad. Su única contrincante era una mujer de gran envergadura que enarbolaba un arma real. La princesa había dejado su posición a un lado y era quien recibía las órdenes. Giró en torno a su oponente y entonces pude verle la cara. Tenía el ceño fruncido, pero la mirada en calma, con las pupilas moviéndose con rapidez para intentar anticipar todas las variables.

Su oponente se lanzó hacia ella y en un parpadeo la mano de Danayher estaba vacía, aún en su posición de agarre; la espada había caído tintineando al suelo. Se la había arrebatado con la facilidad con la que se quitaba un juguete a un niño. La mujer alzó la punta de su arma hacia el pecho de Danayher, que había mudado la expresión a una de irritación.

Me aproximé unos pasos y el cambio de posición me permitió ver qué había bajo las lonas: bestias de gran envergadura, músculos largos y espalda baja, con dos colmillos curvos y afilados que descendían más allá del fin de su mandíbula. Había varios, pero uno de ellos avanzó hacia el murete de piedra bajo que rodeaba su parcela. Curvó los labios para enseñar los dientes mientras emitía un

gruñido bajo y profundo.

El corazón me dio un vuelco.

Un sonido constante y repetitivo, el de una decena de fauces abriéndose y cerrándose a través de unos barrotes. Chasquidos húmedos y hambrientos. Dentelladas feroces que llegaban a arañar la carne. La sangre deslizándose por el brazo, siendo lo único cálido en la estancia oscura y minúscula. Sentí que el aire se me congelaba en el pecho, igual que lo hizo aquel día.

—¿Eira?

Boqueé en busca de aliento.

Danayher se había acercado a la base de las terrazas y me observaba con las cejas arqueadas. También había atraído la atención de algunos soldados y de la mujer que se encontraba con ella.

—¿Te encuentras bien? —insistió—. ¿Estás herida?

Y entonces comprendí que había gritado. Dirigí los ojos de nuevo a aquellas bestias. Ya no había ninguna que gruñese ni enseñase los dientes.

La princesa se giró en la misma dirección. Le desaparecieron las arrugas de la frente y en su lugar surgió una pequeña sonrisa. Había tristeza en ella, a juego con las bolsas que conservaba bajo los ojos. El mundo le había dicho que debía retomar sus tareas como heredera, que el tiempo para llorar la pérdida de Celharine había acabado. Su rostro era el único que parecía rebelarse ante ello.

—¿Te ha asustado esta grandullona? Sahr es un poco territorial y no le gusta que me apunten con un arma. —Se volvió hacia la mujer, que nos observaba a ambas con los brazos cruzados y expresión malhumorada. Supuse que no le había complacido la interrupción—. Pero si entreno en el lado contrario del patio está aún más inquieta. Es todo apariencias, en realidad es inofensiva. Si intentase algo, la

capitana Ylvar le daría una buena lección. —Centró la mirada dorada en mí de nuevo y extendió una mano hacia donde me encontraba—. ¿Quieres conocerla?

—Danayher —la llamó la capitana—. Estábamos en medio de un combate y os recuerdo que acababais de ser desarmada.

—¡Entonces supongo que podré disfrutar brevemente del descanso que me habría proporcionado la muerte! —respondió en tono cantarín.

No había despegado los ojos de mí y su mano seguía abierta en una invitación. Recordé el pellizco en el estómago que había sentido al descubrir que Perfeccionismo había tenido un momento a solas con ella. Era una buena oportunidad para ganar puestos en aquella injusta competición.

Me atreví a tomar la mano que me tendía. Ella intensificó su agarre para ayudarme a bajar hasta la arena. No me soltó una vez sentí el calor atravesando las suelas, sino que tironeó de mí para acercarme al murete. Avancé con reticencia a medida que la bestia volvía a levantarse. A esa distancia, pude verle el vientre abultado. Estaba embarazada.

Danayher tendió la mano libre hacia la enorme cabeza del animal, que, de inmediato, cerró los ojos y se inclinó buscando su caricia.

—Son colmillos de escarcha —me dijo—. Las monturas de la Guardia Real.

Me volví hacia ella sorprendida.

—Pensaba que se habían extinguido.

—Casi lo hicieron. Sus colmillos estaban muy cotizados por los cazadores. Sin embargo, una de las antiguas reinas de Eakheral los escogió como animal de su Corte y se volvieron intocables bajo pena de muerte. Si bien no pudo evitar que el Imperio de Aesnovar

siguiera matando a los que se encontraban en su territorio, comenzó a criarlos aquí. —La mirada con la que observaba al felino se había suavizado. Le deslizó la mano hacia el cuello, donde pareció encontrar un punto muy placentero—. Es posible que estos sean los últimos ejemplares que queden de su especie. Sé que el clima no es el ideal para ellos, que deberían estar en las montañas nevadas… —Me encogí al pensar en ellas. Por suerte, no pareció percibirlo—. Pero solo conocen este entorno. No sobrevivirían en su hábitat sin ayuda. —Hizo una pausa, dándome la oportunidad de intervenir. Al ver que no lo hacía, levantó nuestras manos entrelazadas—. ¿Quieres tocarla?

Sentí un hormigueo en los dedos y el corazón se me aceleró. Era como si una cuerda invisible tirase de mí hacia aquella criatura. Quería hundir los dedos en su pelaje suave; quería subirme en su lomo y volver a sentir la nieve en la piel.

Al dejar de recibir caricias, Sahr abrió los ojos. Contrastaban con su pelaje grisáceo de la misma forma en que lo hacían los míos con mi piel. Pero había algo más. Unas sombras que danzaban sobre el azul de sus iris rajados por la pupila alargada. Me concentré en ellas, tratando de buscarle un sentido a las formas que se arremolinaban. Sentí que me quedaba sin aliento cuando las comprendí.

Vi bosques cubiertos de nieve.

Ríos helados.

El humo de las hogueras elevándose entre los árboles.

Sentí la sensación de hogar.

De pertenencia.

De pérdida.

Tragué saliva y me obligué a romper el contacto visual. Aquella extraña conexión desapareció al instante. Danayher interpretó mi silencio como miedo y me liberó la mano, que cayó junto a mi

costado.

—Eres más… comedida que cualquiera de los aristócratas de Aesnovar con los que he tratado. —Ladeó la cabeza y me observó con diversión—. Si continúas así, vas a alterar la reputación que precede a la Corte Imperial.

¿A qué reputación se refería? Preguntarlo me dejaría como una estúpida, pero quedarme callada no era una opción tras su comentario. Lo único que acudió a mi mente fue una pregunta que llevaba tiempo haciéndome:

—¿Por qué elegisteis la mariposa como animal para vuestra Corte?

Sus labios formaron un círculo perfecto y de él escapó un pequeño suspiro que sonó como un «Oh».

—Los cortesanos gustan de atribuir motivos a mi elección, pero no muchos preguntan la razón real. Admito que los suyos suenan más interesantes. —Soltó una risita y apartó la mirada para clavarla en el suelo—. Las criarán para usarlas en los momentos importantes, pero luego, una vez las suelten, quedarán libres. No quiero condenar a animales a la cautividad, y menos a unos con una vida tan corta.

Pero había algo más. Lo vi en la forma en que cruzó los brazos por delante del pecho mientras rehuía el contacto visual. Había levantado una barrera entre nosotras.

—Danayher. —En el tono de la capitana había un deje de advertencia.

—Tengo que volver al entrenamiento, pero antes ¿podrías hacerme un favor? —No esperó a mi respuesta. La conocía—. El marqués de Rethor se está alojando estos días en palacio. —Bajó la voz hasta casi convertirla en un susurro. Estaba muy seria—. Anoche visité sus aposentos y dejé olvidados unos pendientes. No se trataba de una visita oficial, de modo que no me gustaría que este asunto

trascendiera. ¿Puedo confiar en tu discreción para recuperarlos?

Tenía preguntas, muchas, pero me limité a responder:

—Sí.

—Bien. No debes preguntar por él. Dirígete a la torre donde se encuentran nuestros dormitorios, pero antes de llegar toma la escalera de la derecha, la que no está decorada. Sube un único nivel y avanza por el corredor hasta llegar al tercer tramo. Tiene tapices nuevos. Fíjate en las lámparas. Si dejan de ser de cristal tallado y pasan a ser de aceite, has avanzado demasiado. Su puerta tiene un sello discreto en la jamba. De color verde.

—¿Cómo son los pendientes?

—Dorados, con piedras blancas engastadas. Seguramente los encuentres sobre el escritorio. Déjalos en la hornacina que hay antes de la galería de nuestros aposentos. La que tiene un busto. —Asentí, repasando todas las indicaciones que acababa de recibir—. Ah, y Eira… no mires sus cartas. A los hombres como él no les gusta que se sepa cuánto pesan sus palabras.

Bastaba que me lo hubiese dicho para provocar en mí curiosidad. Ella lo sabía. Pero estaba dispuesta a no fallar a su confianza.

—Nadie puede verte. —Pude escuchar con claridad la orden implícita—. Y mucho menos él. Provocaría un conflicto que supiera que su intimidad ha sido invadida.

Pero ella sí parecía haberse adentrado en esa intimidad con el refugio de la noche. Había intencionalidad en la forma en que había elegido las palabras, pero no entendía cómo encajaba ese relato con la confesión que la princesa había compartido con Perfeccionismo. Si solo buscaba la compañía de mujeres, ¿cómo había olvidado una joya en la habitación del marqués? ¿Era posible que Perfeccionismo se lo hubiera inventado? ¿O que Danayher hubiese mentido sobre sus preferencias?

No supe identificar por qué esa última idea me incomodaba.

—No sucederá —le aseguré.

Entonces la sonrisa volvió a aparecer, estirándose como un gato.

—Me complace comprobar que estás dispuesta a transgredir ciertas normas por mí.

12

—No hay mejor lugar para compartir secretos que la Sala de los Vientos —había dicho Danayher con una sonrisa burlona.

Los techos altos, sostenidos por columnas de piedra oscura, estaban tallados con motivos de nubes y ráfagas. Las ventanas alargadas y estrechas dejaban que el sol iluminara los tapices de hilos metálicos, provocando la ilusión de movimiento, y también permitían que el aire se colase para danzar en el círculo de fuentes calibradas que hacían levitar pétalos, plumas y polvo dorado. Aunque tenía la certeza de que en aquel reino no usaban la magia, costaba creer que no se tratase de un truco.

Era la primera vez que la proximidad de una prueba no me había provocado angustia. Habían pasado días desde que había visto a Danayher en el patio de armas y, puesto que los pendientes habían desaparecido de la hornacina, solo podía confiar en que hubiese sido ella quien los había cogido. Si conseguía más momentos a solas, quizá tendría una oportunidad de superar al resto.

La princesa había dispuesto cojines a lo largo de la estancia ovalada y unas tablillas sobre las que habíamos redactado nuestra tercera prueba. Ella estaba sentada sobre una mesa baja, con los pies balanceándose sin seguir un ritmo marcado.

—¿Alguna voluntaria?

—Si ninguna otra quiere comenzar —dijo Perfeccionismo tras unos instantes de silencio—, yo puedo ser la primera.

—Adelante.

Se puso en pie con elegancia. Los tirabuzones rubios le caían por la espalda como la miel derramándose de un tarro. Había seguridad en la rectitud de su espalda y la alineación de sus hombros. Demasiada para alguien que estaba a punto de revelar su mayor miedo a sus oponentes.

—Hubo una restauradora de tapices reales. Durante años trabajó en silencio, recomponiendo hilo a hilo las obras antiguas del palacio. Tenía manos pacientes y una memoria precisa. Sin embargo, un día comprendió algo inquietante. Uno de los tapices más celebrados de la Corte no era extraordinario por su arte, sino porque nadie recordaba ya el original. Solo ella lo había visto antes del desgaste, antes del tiempo. Entendió que, al restaurarlo, no lo había devuelto a su antigua belleza. Había sustituido el recuerdo por su propia versión, más pobre, más limitada. La obra que todos alababan era un eco que estaba lejos de ser sublime. El miedo se apoderó de ella entonces; miedo a haber dedicado su vida a conservar la excelencia… y, sin pretenderlo, haberla borrado.

—Gracias por compartirlo con nosotras —respondió Danayher con seriedad.

Era un buen intento. Hacía parecer que su exigencia iba dirigida a sí misma en lugar de ser competitiva. Pero cualquiera que hubiera tratado con ella sabía que su verdadero temor era ser reemplazable, y que estaba dispuesta a luchar por ser la última en mantenerse en pie.

—¿Quién quiere ser la siguiente?

Obediencia levantó el brazo y Danayher extendió la mano para invitarla a comenzar. La aspirante se levantó con el pergamino entre

los dedos.

—Mi historia trata sobre una hija que fue prometida desde pequeña. Ella siempre había aprendido que debía cumplir órdenes y respetar la autoridad, de modo que no dijo una palabra que pudiera contradecir los deseos de sus padres. —Se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz con dedos temblorosos—. El día antes de su boda, entendió que nunca había podido verbalizar los suyos propios y temió no tener nunca ocasión de hacerlo. Quedarse en un lugar donde su voluntad no existiera.

En el silencio que siguió a sus palabras, la observé con horror. En la simpleza de su relato se encontraba la verdad, desnuda y directa. Había mostrado su vulnerabilidad en aquel nido de víboras para cumplir con la orden que Danayher nos había dado: redactar nuestro mayor miedo como si fuera una historia ajena y luego leerla ante el resto.

«Nunca le digas la verdad a un verdugo», me había dicho mi padre. Y yo había aplicado su enseñanza.

Danayher repitió su agradecimiento, aunque percibí un ligero cambio en su tono.

Empatía fue la última voluntaria. Relató a una curandera que, en su afán por ayudar a todos, acabó atendiendo a un criminal que más tarde acabaría matando a un niño del pueblo. Desde entonces, tenía miedo a ayudar a alguien que luego pudiera herir a otro.

A partir de ese momento, fue Danayher quien señaló quién sería la siguiente, y la primera elegida fue la aspirante de cabello pelirrojo y piel pálida y pecosa. Abrió los ojos de forma desmedida cuando la princesa centró su atención en ella, y se puso de pie con tanta rapidez que perdió el equilibrio.

Su historia resultó igual de olvidable que ella. La princesa parecía haber despachado a los intérpretes que habían acompañado desde

el inicio a algunas de las aspirantes, y la joven todavía no era capaz de comunicarse bien sola. La única conclusión que saqué de lo poco que pude entender fue que intentó convertir al protagonista de su historia en alguien valiente, incluso temerario, aunque el gesto más heroico que recordaba de ella era haberse encerrado en su dormitorio la noche en que pensamos que Danayher se encontraba en peligro.

La heredera se limitó a agradecer sus palabras con la misma frase que había usado para el resto y cedió el siguiente turno a Xytherel, que no levantó la mirada de su pergamino para narrar la historia de un músico que había tardado décadas en componer una ópera. Para cuando por fin la había terminado, el público había perdido el interés por ese estilo. Era la representación del miedo a invertir su vida en algo que, al concluir, ya no importase.

Pese a no saber su debilidad, pude deducir que no estaba diciendo la verdad. Me había confiado el motivo por el que no quería volver a casa, y el temor que le inspiraba el hombre que la esperaba en ella tenía más peso que el que acababa de enunciar. Sin embargo, había decidido jugar al mismo juego que el resto: rondar en torno a la debilidad conocida por Danayher y, presumiblemente, por el resto. Y eso despertó mi curiosidad hacia ella.

—Yo… yo cuento historia de un hombre. Él trabaja con familias. Nombres y linajes. Trabajo muy… importante. Pero un día él hace error. Cambia linaje pequeño por grande, prestigioso. Nadie ve. Todos creen verdad. Y linaje crece muchos años. Él… él tiene miedo. Miedo que historia dice mentira como verdad.

La aspirante de pelo corto consiguió defenderse mejor con el idioma, aunque no pude estar segura de comprender por completo si la preocupación por el rigor histórico era el mensaje que quería transmitir.

La siguiente apelada fue Inseguridad, lo que confirmó mis sospechas: me había dejado a mí para el final. Se metió unos mechones de pelo castaño y encrespado tras la oreja y repasó las líneas que había escrito antes de atreverse a comenzar:

—Un mensajero del templo había aprendido desde niño a escuchar primero y hablar después. La gente empezó a confiar en él. Decían que era prudente, porque no discutía. Decían que era sabio, porque siempre encontraba las palabras correctas. —La voz le temblaba ante nuestra atención, pero eso no impedía que su relato resultase de algún modo cautivador—. Y un día, cuando un anciano le preguntó su opinión, no supo responder. Había pasado tanto tiempo diciendo lo que otros necesitaban oír, que no recordaba qué palabras eran suyas. Y le asustó la idea de que, si un día dejaban de necesitarlo, hubiera olvidado quién había sido antes de ponerse al servicio del resto.

El silencio se extendió hasta que Danayher pareció recordar las palabras de agradecimiento. En la Sala de los Vientos, el aire se había enrarecido por un peso diferente. A pesar de ello, la princesa se volvió hacia mí con la impasividad con la que había escuchado cada historia, sin que un mínimo gesto delatase qué callaba.

Me puse en pie sin necesidad de que pronunciase mi nombre y extendí el pergamino ante mis ojos. Había tenido tiempo de elaborar mi embuste. Necesitaba algo que explicase por qué nunca intervenía en las conversaciones, por qué mantenía distancia, y la solución era reflejar una imagen que en realidad no sentía. Un secreto que nadie pudiera usar contra mí y que escondiese la realidad de mis heridas bajo otra capa de nieve. Era el miedo que el resto esperaría de alguien como yo.

«¿Serías igual de buena mintiéndome a mí?». Las palabras de Danayher resonaron en mi mente. «Eso espero», respondí.

—En las tierras de donde vengo, se habla de la historia de una muchacha criada para la caza. Desde niña, la enseñaron a caminar sobre la nieve sin dejar huella, a soportar el hambre y a no encender fuego aun cuando el frío mordía la piel. Le enseñaron que un cazador vive de su propia fuerza y que depender de otros era morir antes de tiempo. Pero un invierno enfermó. La fiebre la dejó sin fuerzas en medio del bosque y otros tuvieron que cargar con ella hasta el poblado, donde la cuidaron durante semanas. Sobrevivió, sí, pero no había sido su resistencia ni su entrenamiento lo que la había salvado, sino la bondad del resto. Desde entonces, aprendió a temer la deuda.

—Gracias por compartirlo con nosotras —dijo de nuevo Danayher tras una breve inclinación de cabeza—. Espero que hayáis encontrado esta actividad constructiva. Para mí, desde luego, ha sido muy interesante. No tardaréis en saber de mí. Esta prueba aún no ha terminado.

Solo Danayher podía convertir algo tan ansiado, como era pasar tiempo con ella, en una amenaza que inspirase más terror que los miedos que habíamos enumerado.

* * *

La sombra de una doncella se proyectó sobre mi ejercicio de Arte. Era la primera vez que veía a una de ellas en la biblioteca.

—Su Alteza desea veros en su despacho.

Se trataba de la anciana que había increpado a una de las aspirantes por no querer trabajar en la lavandería. No se esforzó en mantener un tono bajo por el lugar en el que nos encontrábamos, y mucho menos para evitar captar la atención de otras candidatas,

que no dudaron en alzar las miradas hacia mí.

No habían reflejado esa actividad en la lista de aspirantes, de modo que la expectativa de una reprimenda o incluso de mi expulsión estaba muy presente.

La mujer me acompañó hasta la pesada puerta del despacho y aguardó a mi lado hasta que la golpeé con los nudillos. Un alegre «Adelante» nos llegó desde el otro lado; sin embargo, con el humor de Danayher, tan variable como una ventisca, no podía aún descartar el enfado.

La princesa se encontraba en el mismo sillón que en el interrogatorio tras la muerte de Celharine. Rodeada de aquellos cachivaches metálicos, tenía esa postura aovillada; los pies desnudos sobre la tela y la seda de su vestido desparramándose en torno a los muslos.

—Su Alteza —saludé con la reverencia protocolaria antes de tomar asiento.

—¿Quieres té?

Señaló una pequeña tetera que descansaba en la mesita baja. Había tres tazas de delicada elaboración. Una de ellas aún humeaba. Otra persona había estado antes que yo. Negué con la cabeza y tomé asiento.

—Te he hecho llamar para continuar tu tercera prueba. Quiero que me cuentes cuál es tu mayor temor.

Arqueé las cejas.

—¿Queréis que vuelva a contaros la historia que relaté ayer?

Frunció los labios en una falsa expresión pensativa.

—Hmm…, creo que esta vez prefiero la de verdad.

Enrosqué los dedos de los pies dentro de los zapatos para intentar que ninguna otra parte del cuerpo delatase la tensión. ¿Era un farol? No podía saber con certeza que había mentido, ¿o sí?

La observé con detenimiento. No varió el semblante, ni tampoco apartó la mirada. Estaba decidida a sacarme la verdad, pero ¿era Danayher, la mujer que tantas buenas obras enumeraba aquel pergamino sobre las revueltas, un verdugo también? En esa prueba, la sinceridad podía llevarme en una única dirección; de la princesa dependía que el destino fuese el cadalso o una posición a la derecha de su trono.

No confiaba en ella, pero tenía una certeza: era voluble, no cruel. En el segundo tipo yo tenía sobrada experiencia.

Esperó con paciencia. No insistió ni me presionó. Despegó los ojos de los míos solo cuando separé los labios.

—Mi mayor temor es volver al Imperio de Aesnovar.

13

El silencio tras mi confesión fue tan asfixiante como el humo de una hoguera que llevaba ardiendo demasiado tiempo. Un pequeño rictus agitó las facciones estudiadamente calmadas de Danayher. Había conseguido sorprenderla. Aunque no sabía si en un sentido que fuese a hacer que me arrepintiera.

Había una pregunta no verbalizada: «¿Por qué?». No responderla era blandir una verdad a medias, pero hacerlo significaba más preguntas.

La princesa, por supuesto, no estaba dispuesta a conformarse.

—Creía haber pedido una historia. Y también confianza.

Pero uno solo puede ganar la confianza de aquellos en los que deposita la suya.

—¿Por qué la mariposa?

Sus labios se arquearon como el lomo de un gato. La sonrisa fue tan amplia que me permitió ver sus colmillos afilados. Era fiera, también sincera. La que se dedica a un digno adversario. Aunque yo nunca fuese a serlo.

—Simboliza muchas de las cualidades que querría para mi reinado. La transformación, el cambio. —Se volvió hacia la mesita y cogió una de las tazas entre los dedos. Sus ojos dorados danzaron tras el humo que emanaba del contenido—. El renacimiento. No

quiero que la Era de la Mariposa suponga el fin de la Era del Cisne. Para mí, representa una continuación de su legado. Una nueva oportunidad para cumplir los deseos que mi madre no se atrevió a ejecutar por miedo a más revueltas.

«¿Y qué os hace pensar que a vos os escucharán?», era la pregunta que quería hacerle. Sin embargo, lo que dije después de que diese un largo sorbo fue:

—Si vuelvo, el Gran Príncipe me matará.

¿Sería capaz de enviarme de vuelta tras esa confesión?

Se me hizo extraño pronunciar su título en el idioma de Eakheral. Sonaba muy diferente a la forma en que me refería a él en mi cabeza. Más tosco, pero a la vez menos amenazante. La taza descendió con lentitud hasta su regazo, mostrando su rostro de nuevo. Los labios estaban entreabiertos, la respiración era superficial.

—Si esos fueran sus deseos, no tengo duda de que los habría ejecutado antes de enviarte. Salvo que esperase algo de ti.

Sabía que me encontraba sobre una capa muy fina de hielo. La que marcaba la diferencia entre seguir caminando como una aspirante o ahogarme como una posible amenaza política.

—No hay nada que pueda ofrecerle al Imperio.

Bajó los pies al suelo e inclinó el cuerpo hacia delante, dedicándome toda su atención.

—¿Vas a decirme que Aesnovar no tiene interés en que una antigua miembro de su Corte Imperial se convierta en la asistente personal de la princesa de Eakheral?

Recordé lo que Silas había escrito: «Aprovecho esta carta para trasladarte el interés del Imperio en conocer tus avances en la selección». Danayher sabía el contenido de aquella misiva. No me resultaba descabellado que revisaran nuestra correspondencia antes

de que llegase a nuestras manos.

—Al Gran Príncipe no le importa mi éxito o mi fracaso; solo perderme de vista. El Emperador me envió aquí en deferencia a la amistad y lealtad que mi padre le había brindado. Si hubiera dependido de su hijo, el resultado habría sido distinto.

—La versión que muestras del Gran Príncipe se contradice con mi visión. Tenía la impresión de que estaba incluso preocupado por tu bienestar.

Se me escapó un chasquido de la lengua. Danayher enarcó una ceja.

—Si lo decís por la carta que recibí, Silas Drask era un soldado de mi padre. Una de las pocas personas que me dirigía la palabra en aquel castillo. Estoy segura de que utilizó el nombre del Imperio de forma protocolaria, pero que el interés era particular.

—No es lo único a lo que me remito. —Ladeó los labios en una sonrisa escéptica—. Supongo que no estás al corriente de que ese mismo soldado ha solicitado audiencia y se dirige hacia aquí para comprobar por sí mismo tu estado. ¿Te parece esa una acción particular?

Cerré los dedos como un cepo alrededor del borde del reposabrazos. Cuando intenté hablar, el sonido salió entrecortado, igual que el quejido de un animal herido.

—¿Qué?

—Dime, Eira, ¿por qué el Gran Príncipe se tomaría tantas molestias por alguien de quien no dudaría en deshacerse en cuanto pusiera un pie en el Imperio?

Fui incapaz de mirar un punto fijo. Sus palabras me llegaban lejanas, amortiguadas. ¿Silas estaba viajando al palacio? ¿Por qué?

—La historia ha sido decepcionante —prosiguió—. Es posible que los escribas la tachasen de incoherente incluso. Quizá puedas

resarcirte contándome otra: ¿qué es lo peor que el Gran Príncipe te ha hecho?

Abrí los ojos desmesuradamente. Un suceso acudió de inmediato a mi memoria. Un indicativo de que esa era la historia que me pedía. No obstante, eso no significaba que deseara compartirla.

—Si quieres que te crea —susurró al ver resistencia en mi expresión—, debes mostrarme de lo que es capaz.

Aquello no equiparaba la confianza que ella había depositado en mí. Compartir con ella ese recuerdo significaba desnudarme, dejar las heridas expuestas y permitirle hundir el dedo en ellas. Callármelo, sin embargo, me señalaba como una informante del Imperio.

De haber sabido que Silas cabalgaba hacia allí, jamás habría confesado.

Tuve el impulso de suplicar para poder guardar silencio y eso fue lo que me hizo decantarme por hablar.

—Aprovechando que mi padre se había ausentado para contener un conflicto, el Gran Príncipe me encerró. La única explicación que recibí fue que se trataba de una lección. Para «curar mi orgullo». La celda era estrecha, la piedra húmeda. Una franja de luz sucia aparecía y desaparecía sin un ritmo claro.

»Colocaron a unos perros hambrientos en las celdas contiguas. Metían el hocico entre los barrotes hasta que las encías les sangraban. Sus colmillos se cerraban a solo un dedo de mis brazos. Algunos llegaron a arañarme la carne. El Gran Príncipe dijo que así aprendería, que sería otra bestia domada más.

Tragué saliva y obligué a las palabras a ascender por la garganta. Temía que, si me detenía, no fuese capaz de continuar.

—El ruido era insoportable. Los ladridos continuos, los chasquidos de las dentelladas, las respiraciones pesadas, el metal

vibrando cada vez que se abalanzaban contra él para intentar alcanzarme. Conté los días guiándome por los momentos en que les traían agua, hasta que estuve tantos sin dormir que comenzaron las alucinaciones. Después se los llevaron y el vacío fue peor. Solo abrían la puerta para dejar un cuenco. No miraban dentro. No limpiaban la suciedad acumulada en uno de los rincones.

»La comida me hizo comprender que mi cautiverio iba a prolongarse y pronto entendí que era una nueva forma de jugar conmigo. A veces era más elaborada o el agua estaba más fresca. Al principio pensé que se trataba de una forma de premiar mi comportamiento, de modo que intenté replicar la quietud, el silencio o la falta de reacciones para ver si conseguía más. Empecé a darme cuenta de que a veces todavía tenía el estómago lleno cuando traían el siguiente plato; otras, me lo tendían cuando ya me sentía desfallecer. Seguir la cuenta de los días que llevaba allí perdió sentido y lo ganó la urgencia de desconocer si mi cuerpo aguantaría hasta la siguiente vez que me diesen de beber.

»Pensé que iba a perder la cabeza. Que iba a morir allí. Así que me abrí la piel de los dedos contra la piedra y escribí en la pared con mi propia sangre. Frases cortas. Hechos simples. Mi nombre. Cualquier cosa que demostrara que seguía siendo una persona y no la criatura que él pretendía fabricar.

Continué observándome los dedos, reacia a continuar. Me habría gustado afirmarle con fiereza que aquel encierro no me había enseñado obediencia, ni tampoco me había despojado de la humanidad que él no creía que tuviera.

No obstante, no era del todo cierto.

Después de aquello, dejé de creer que el dolor tuviera un límite. Se volvía soportable si se fragmentaba, de igual forma que el miedo; si se repetía lo suficiente, perdía su filo y se convertía en ruido.

Aprendí a no necesitar a nadie, a no esperar que alguien fuese a entrar por la puerta para salvarme. Y, sobre todo, que lo único que me separaba de aquello en lo que quería convertirme el Gran Príncipe era la voluntad de mantenerme intacta en un espacio pensado para deshacerme.

Solté un largo suspiro y me decidí a alzar por fin la vista. Danayher me observaba con la frente contraída en una expresión de compasión que me resultó humillante. Tenía las manos tensas y entrelazadas, los hombros encorvados y los ojos dorados mostraban una humedad que antes no había estado allí. Esa consternación no me servía de nada si ella misma la había provocado.

—Llegué a culpabilizar a mi padre por no haber estado allí —añadí con la garganta seca—. Por haberme dejado sola. Sin embargo, tenía un buen motivo.

»El Gran Príncipe vino a visitarme. Yo me levanté al reconocerle, reacia ante la idea de que me viese desmadejada y sucia en el suelo. "Veo que no has aprendido nada", dijo con una sonrisa, y pude ver en sus ojos cómo maquinaba una nueva forma de "curar mi orgullo". Me propuso una elección: quedarme en aquella celda de pie o salir de rodillas. Por supuesto, su propuesta venía acompañada de una noticia. Sabía que de otra forma no habría cedido.

No quería contarle el resto de la historia, pero había pedido ver el peor lado del Gran Príncipe y eso estaba por llegar.

—Me dijo que mi padre había muerto. Fui consciente de que, de ser cierto, podía ser mi última oportunidad de escapar. No descartaba que su ofrecimiento estuviese motivado por su incapacidad de contenerse más tiempo si continuaba a su disposición. Ya no había nadie que le impidiese ensañarse conmigo.

Recordaba el nudo en la garganta y el ardor en los ojos. El miedo. La simple idea de que mi padre pudiera estar muerto había

convocado las lágrimas, pero me había encargado de no derramar ninguna en su presencia.

—Me puse de rodillas y comencé a avanzar hacia la salida. Antes de que pudiera llegar a sus pies, me posó una de sus botas sobre la parte alta de la cabeza. Ejerció presión para obligarme a inclinarme hasta que apenas rocé el suelo con la nariz. Luego me colocó esa misma bota bajo la cara. "Este sitio está hecho una pocilga. Antes de irte, quiero que te encargues de limpiarme el calzado". No necesitó especificar cómo. La escasa distancia entre mis labios y el cuero fueron indicativo suficiente.

»No me permitió lavarme la boca, ni tampoco ninguna otra parte del cuerpo, antes de encontrarme con el cadáver de mi padre. Supongo que al Gran Príncipe pueden atribuírsele muchas faltas, salvo la mentira.

Bloqueé los recuerdos que empezaban a filtrarse desde mi memoria. Aquellos que retrataban la última vez que había visto a Urthal del Estandarte Kestrel, Máximo Ejecutor del Brazo Imperial. La única persona que alguna vez me había hecho sentir a salvo.

—Pocos días después de aquello, emprendí mi viaje a Eakheral. —Me levanté sin que me lo pidiese y me incliné en una reverencia más profunda de lo que se consideraba adecuado—. Espero que hayáis disfrutado de la historia, alteza. Ahora, si me disculpáis.

Apreté los dientes con fuerza para conseguir mantener la espalda inclinada. La espera se prolongó de forma insoportable hasta que ella murmuró con voz afectada:

—Puedes marcharte.

La vergüenza me siguió más allá de la puerta.

* * *

La ausencia de Obediencia quedó patente la mañana siguiente. Fue el tema más comentado en el desayuno, aunque no pudimos conocer la causa hasta que Empatía se sentó a la mesa.

Unas grandes ojeras le ensombrecían la mirada. Parecía estar lejos de allí, masticando más por costumbre que por consciencia. Solo aguantó un par de posibilidades lanzadas al aire («¿Estará dormida?», «¿estará enferma?») antes de dejar caer con fuerza la cucharilla sobre el plato.

—Expulsada. Está expulsada.

Abrí los ojos tanto como el resto.

—¿Por qué? —preguntaron varias al mismo tiempo.

—Porque Danayher descubrió al preguntarle en privado que el miedo que nos confesó era real. Le dijo que tenía buen corazón, pero que, por desgracia, eso no prosperaba en la Corte Cisne. —Había amargura en su voz. Más de la que era prudente mostrar ante la Maestra. Parecía estar cuestionando la decisión de la princesa. Probablemente lo hacía—. La han echado por ser sincera.

«Me gustaría dejar claro que conmigo la franqueza nunca será castigada. En todo caso, recompensada». Ese había sido el alegato de Danayher mientras trataba de ganarse mi confianza para sonsacarme información sobre el asesinato de Celharine. No sentía que se hubiera contradicho, aunque tampoco había sido completamente transparente.

La intención de la prueba había sido comprobar si éramos capaces de reconocer que en la Corte la verdad no era necesariamente lo contrario de la mentira, sino aquello que podías permitirte verbalizar sin debilitarte. Eso significaba que, si las otras seis seguían sentadas en aquella sala, habían ocultado su verdadero temor; ante el resto o ante Danayher.

Perfeccionismo dejó la taza sobre su platito y la alineó para que

quedase en el centro exacto.

—No ha sido la sinceridad lo que ha provocado su expulsión —dijo—. Ha sido la ingenuidad.

Empatía clavó en ella el fuego verde que le ardía en los ojos.

—Solo cumplió lo que se le había ordenado. La verdad no debería ser castigada.

—Sí cuando se descuida —puntualizó Perfeccionismo sin alzar la voz—. Hay que ser precavido con qué se entrega a los enemigos. Tú misma lo sabes. Elegiste mentir.

El silencio que siguió fue incómodo. Xytherel dejó de masticar, Inseguridad pellizcó el bollo que había ante ella sin llevarse ningún pedazo a la boca.

La aspirante de pelo corto carraspeó. Siempre tardaba un momento en encontrar las palabras correctas en el idioma de Eakheral.

—En mi tierra —empezó despacio—, la hija no es solo hija. Es… —frunció el ceño buscando el término— continuidad. Familia vive en ella. Linaje vive en ella. Si ella habla mal… no habla ella sola. Habla casa, habla antepasados, habla futuro. —Hizo un gesto amplio con la mano, como si abarcara generaciones enteras—. No puede permitirse debilidad. Ni hablar mal de familia.

No era la primera vez que mencionaba el linaje. Lo había hecho también cuando había hablado de su miedo, aunque ahora sabía que muy probablemente había mentido. Aquello añadía información a la que ya poseía sobre el Sultanato de Veirad: riqueza obscena, una gran red de mercaderes… y de espías. Obediencia había expresado el miedo a que su voluntad quedase aplastada por las imposiciones de sus padres y de su sociedad. Si la familia era importante para ella, no iba a ver su crítica con buenos ojos.

Había llegado a plantearme si su debilidad sería el orgullo, pero

acababa de comprender que su defensa del honor no era una cuestión de soberbia, sino de responsabilidad. Era el nombre de su familia el que cargaría con el peso de sus acciones; el que se vería empañado por sus errores.

Su prioridad era la reputación; su verdadera debilidad, dañarla.

Empatía apartó la mirada y se puso en pie.

—¿Puedo retirarme, Maestra? —inquirió alzando el tono.

La mujer asintió con gesto severo.

—Lo suficiente para calmarte. Nos iremos de inmediato.

Ese día las clases se habían suspendido. En su lugar, se celebraría un evento del que apenas nos habían dado información.

—No esperaba que fuese a molestarse tanto —comentó Perfeccionismo tras limpiarse los labios con ligeros toques de la servilleta.

—Supongo que no le gusta catalogar acciones como correctas o incorrectas —intervino entonces Xytherel—. Al fin y al cabo, todo depende del criterio de Danayher y de lo que ella valore.

—Yo siempre supe que esta competición no sería justa —respondió Perfeccionismo encogiéndose de hombros—. Ninguna lo es.

Había dicho lo mismo en la primera prueba, mientras sostenía el sobre con el nombre de otra aspirante escrito. Era una visión un tanto cínica, pero también realista.

—¿Por qué dices eso? —preguntó entonces Inseguridad, con los ojos redondos y de largas pestañas muy abiertos.

Perfeccionismo acarició el borde de su plato y no alzó la mirada.

—En mi ciudad organizaron una selección para elegir al nuevo consejero de impuestos. Durante meses preparé los cálculos para mi padre. Revisé cada cifra decenas de veces. No había un solo error. —Sus dedos juguetearon con el asa de la taza—. Ganó el sobrino del

gobernador. Ni siquiera sabía sumar sin ayudantes. Desde entonces, procuro no confiar demasiado en la justicia de los sistemas.

Parecía sorprendente viniendo del reino de Vhalérium, que siempre remarcaba la importancia del meritaje.

Xytherel carraspeó en un intento por llenar el silencio incómodo.

—El calor hoy va a ser insoportable, pero merecerá la pena. Ya lo veréis. —Nunca la había visto tan emocionada—. Ha pasado mucho tiempo desde la última exhibición.

Pese a que no sabía en qué consistiría dicha exhibición, el entusiasmo con el que Inseguridad asintió para darle la razón resultó contagioso. No obstante, yo no estaba lista para cambiar de conversación. Seguía sin comprender los motivos que podría tener Empatía para reaccionar de forma tan visceral a la expulsión de Obediencia. Por mucho que su debilidad fuese la compasión, me costaba imaginar que pudiese afectarle tanto. Nos colocaba un paso más cerca de nuestro objetivo.

—¿Puedo ir un momento a mis aposentos, Maestra? —pregunté poniéndome en pie.

—Solo si es rápido.

Tal vez interesarme por su bienestar era un buen comienzo para acercarme a ella. Crear vínculos no era mi fuerte, pero todavía quería descubrir qué escondían los Yssen.

Me dirigí a la galería de nuestros dormitorios, aunque no tenía la convicción de encontrarla allí. A esa hora, el corredor todavía guardaba la frescura de la noche y la luz se colaba por las celosías, dibujando sobre el suelo franjas doradas y estrechas que me hicieron pensar en barrotes.

Detuve el paso al ver que la puerta del dormitorio de Obediencia estaba entornada. Imaginé que estaría terminando su equipaje o aguardando a que preparasen el carruaje con el que abandonaría la

Corte Cisne para siempre. La incomodidad me invadió de repente. No habíamos tenido suficiente trato como para que esperase de mí unas palabras de consuelo; sin embargo, pasar de largo era insensible. ¿Debía importarme la impresión que proyectase a alguien a quien no iba a volver a ver?

Entonces oí un murmullo. Había alguien más con ella. Di un paso, sin pensar, y al asomarme vi dos cuerpos sentados sobre la cama. Estaban muy cerca. Demasiado para tratarse de una conversación. Una inclinada hacia la otra, compartiendo aliento como si el mundo entero se hubiera reducido al espacio entre sus respiraciones. Como si el silencio fuese parte de lo que se estaban diciendo.

Empatía sostenía las manos de Obediencia con una suavidad que no pertenecía ni a la amistad ni al consuelo. Sonreía de un modo que nunca le había visto, pese a que la dulzura formaba parte de ella.

Retrocedí un paso y el borde de mi sandalia rozó la madera.

El leve sonido bastó.

Las dos se giraron y el color les desapareció de los rostros. Empatía separó sus manos, no en un gesto brusco, pero sí medido.

—Eira…

No supe qué expresión tenía yo. Sentía una incomodidad extraña por haber presenciado una situación así contra mi voluntad.

Se levantó y caminó hacia mí. Obediencia, en cambio, permaneció sentada, con la cara vuelta. Cerró la puerta con cuidado a su espalda.

—No has visto nada —dijo en voz baja, sin dureza, pero con urgencia contenida—. Por favor.

Asentí de inmediato.

—No diré nada.

Me sostuvo la mirada un instante, buscando algo más que una promesa, y solo entonces pareció respirar. Pasé de largo con el pulso alterado, consciente de que acababa de convertirme en guardiana de algo mucho más frágil que un secreto. En la Corte, los rumores podían determinar tu ascenso o tu declive.

Empatía estaba en deuda conmigo.

14

El lugar al que nos llevaron era una herida en el desierto, excavada en el límite del desfiladero hasta conseguir un semicírculo perfecto. Las arcadas se sucedían, abrazando la curvatura de la roca, conectadas por escaleras adheridas a la piedra. La gente ya llenaba las gradas, expuestas con crudeza al calor. La única sombra era la que proyectaban los postes que sostenían los estandartes de Eakheral: tres cuernos que ascendían desde la base y se curvaban sin llegar a tocarse; entre ellos, unos haces afilados que representaban los rayos del sol. Juntos, completaban la silueta de una corona.

Nos acomodaron en unos asientos privilegiados, desde los que teníamos una visión completa de la arena, cuyo borde era un corte abrupto y sin delimitar donde cualquier paso en falso podía convertirse con facilidad en una condena.

Nueve hombres salieron a recibir la ovación del público. Apenas proyectaban sombra, pues el sol estaba cada vez más alto. Se acercaron al palco principal, donde hicieron una profunda reverencia a otro de cabello blanco y trenzado que vestía una túnica negra que lo señalaba inequívocamente como el rey regente. Me sorprendió su avanzada edad y su aspecto frágil. Su aura de majestuosidad venía dada por su compañía más que por su propia presencia. Estaba

rodeado de nobles que, supuse, encabezaban los clanes de la Corona. Localicé entre ellos a Caelion, aunque la princesa no estaba a su lado.

Los soldados vestían capas cortas de lino ceñidas por cinturones de cuero. Las únicas protecciones, que consistían en unas placas pequeñas cosidas a la tela, estaban situadas en las clavículas, las costillas y los antebrazos.

Las armas eran variadas, desde lanzas cortas hasta cuchillos largos, pasando por cimitarras estrechas y curvadas. No se trataba de armas ceremoniales: podía ver mellas en los filos y cortes profundos en los escudos.

El crujido de la arena bajo las sandalias de uno de los guerreros dio inicio al combate. Los gestos eran medidos, coordinados, pero realistas. Se rodeaban, se cruzaban, se empujaban hacia la linde. Las hojas no buscaban cortar ni atravesar, solo conducir y hostigar.

Tras esa demostración llegaron las monturas. Los guerreros recorrieron el perímetro de la arena a lomos de los colmillos de escarcha, que levantaban la arena bajo zancadas largas y pesadas. Los rugidos fueron ensordecidos por los gritos del público, que señalaban a los animales con sonrisas en los rostros.

Entonces un silencio progresivo, casi reverente, se fue instaurando en las gradas sin necesidad de que nadie lo pidiera.

Danayher no saludó ni buscó los vítores de su pueblo. Se limitó a caminar hasta el centro de la arena como si aquel lugar ya le perteneciese y hubiese regresado tras una larga estancia fuera. La luz del desfiladero le caía sobre la espalda y recortaba su silueta esbelta contra el suelo.

Comprendí que sería la siguiente en luchar al verla armada. Una empuñadura nacía de cada muñeca hasta terminar en una hoja ancha y triangular que se alineaba con su antebrazo como si se

tratara de una prolongación.

Las cadenas que llevaba adornándole la trenza lanzaron destellos en todas direcciones, pero fue la pintura dorada que le cubría la piel tostada la que acaparó la atención. Nunca había vestido ante nosotras prendas que dejasen tanto expuesto. Aunque su abdomen y sus brazos no tenían líneas tan definidas como las de los soldados, había firmeza y fuerza trabajadas a base de meticulosidad y disciplina.

Su contrincante descendió los escalones con pasos medidos, asentando el talón primero, como si comprobase la estabilidad del suelo. Su cabello era tan rojo que parecía antinatural y llevaba un tridente corto en cada mano, con la punta central larga y dos guardas laterales curvas unidas a la empuñadura. Unas armas pensadas para bloquear y enganchar.

La aparición de aquella mujer levantó revuelo en el palco principal. Había nobles que excedían la cortesía de los aplausos y agitaban los brazos entre vítores. Quien captó mi atención, sin embargo, fue Caelion, que abandonó la grada.

La curiosidad ganó a la prudencia.

—¿Quién es? —pregunté a nadie en particular.

—Ysolde —respondió Empatía—. Solo visita Eakheral en momentos puntuales, pues normalmente se encuentra realizando labores diplomáticas para el reino. —Una forma elegante de llamar al espionaje—. A veces, cuando regresa, Danayher organiza este tipo de espectáculos. Xytherel puede contarte más sobre ella.

La aludida apartó los ojos de la arena con gesto confundido.

—¿Yo?

—Sois amigas, ¿no? Ella te recomendó a la princesa.

Ese comentario me hizo preguntarme qué habría motivado la elección de Empatía e Inseguridad.

—Bueno, no sé si «amigas» es la palabra adecuada… ¡Quiero decir! ¡A mí me encantaría! Pero no sé si ella lo verá así… —Se estrujó las manos con nerviosismo—. No hay mucho más que decir. Pertenece al círculo íntimo de la princesa junto con Caelion de Veyross.

—¿Cómo de íntimo? —inquirió Perfeccionismo con una ceja enarcada.

No me gustó la insinuación tras su pregunta.

—Creo que sus gustos no le prohíben buscar una simple amistad —dijo Empatía, demasiado cortante pese a que parecía haber intentado sonar casual.

Durante nuestra breve conversación, el combate había comenzado, pero Danayher no había perdido la sonrisa radiante con la que había recibido a Ysolde. Parecía complacida de verla, pese a lo tenaz que estaba resultando como oponente.

Sus movimientos no buscaban cerrar la distancia, sino gobernarla. Avanzaba y cedía terreno en pulsos breves, obligando a la princesa a reajustarse sin encontrar un punto estable. Con aquellas hojas cortas, acercarse en el momento equivocado equivalía a ofrecer su sangre. La princesa dio un paso seco, el brazo ya alineado, la hoja buscando el centro. Ysolde cruzó uno de los tridentes contra el antebrazo armado y desvió la trayectoria en el último instante. Con la princesa dentro de su alcance, cargó en diagonal. Danayher no retrocedió. Su rodilla impactó contra el muslo de Ysolde, lo que bastó para hacerla perder el equilibrio y retroceder dos pasos.

Todo se aceleró. Las embestidas fueron feroces. Los golpes, secos, rápidos, cortos. Las hojas de Danayher trazaron destellos plateados dirigidos a las articulaciones que los tridentes desviaron sin descanso. Uno de ellos alcanzó el hombro de la princesa y la tela

se abrió. El público exhaló.

Por primera vez, parecía alcanzable, vulnerable.

La sonrisa seguía ahí, aunque ya no escondía una bienvenida. Había una capa más, una emoción tensa, contenida, que hervía bajo la piel. Luchaba sin florituras ni gestos pensados para dar espectáculo. Su cuerpo se movía con precisión, minimizando los giros y las fintas como si cada acción tuviera un coste que ya hubiera calculado.

La batalla se había alejado del público para ir a acariciar el borde del desfiladero, donde el viento ascendía en ráfagas y les agitaba el cabello. La princesa avanzaba con insistencia, levantando polvo que el aire arrastraba directamente hacia el abismo.

Danayher se abalanzó sobre Ysolde y la llevó al suelo. La mujer trató de liberarse y estuvo a punto de alcanzar el rostro de la heredera con el codo. Rodaron por la arena y, cuando se detuvieron, la princesa estaba encima. Una rodilla fijando la cadera, la hoja de su arma descansando bajo la mandíbula, con la punta apenas insinuada contra la piel. Sus rostros se encontraban a un suspiro.

La mujer pelirroja giró el hombro con brusquedad, clavó el talón contra la arena y consiguió zafarse de la sujeción. El movimiento fue desordenado, más instinto que técnica, pero bastó para quitarse a Danayher de encima. Se puso en pie y retrocedió de espaldas, tratando de apartarse de ella.

Su cuerpo se quedó suspendido en el límite del abismo; el vacío abierto tras ella. El público contuvo el aliento, como si un solo suspiro pudiese empujarla.

Danayher le posó una mano firme en el hombro. Ya no sonreía. Su mirada era fiera. Permitió que se quedase un instante allí. Lo suficiente para que sintiera el aire bajo los pies, la caída sin resistencia, el silencio que esperaba abajo. No la soltó hasta que los

dedos de Ysolde temblaron y el único tridente que le quedaba cayó a la arena.

Danayher tiró de ella para ponerla a salvo.

El público estalló. La princesa le pasó un brazo por los hombros y la estrechó contra su cuerpo entre comentarios susurrados. Como si lo que había sucedido hubiese sido una mera exhibición. Sin embargo, los pasos inestables de Ysolde y su sonrisa tensa la delataban. No había sido ensayado.

Aquello había sido una advertencia. Una muestra de poder. Danayher conocía dónde estaban los límites… y la precisión con la que elegía no traspasarlos.

15

Sentía que estaba mendigando la compañía de Danayher, y cada día me resultaba más difícil convencerme de que mi perseverancia se debía únicamente a la supervivencia.

Había comenzado a recorrer en los ratos libres entre lecciones las zonas en las que habíamos interactuado en el pasado: la galería de nuestros dormitorios, su despacho y el patio de armas. No tenía una intención clara, ni siquiera estaba segura de qué tema de conversación podía interesarle en el dudable caso de que nos cruzáramos y en el más improbable aún de que se detuviera a hablar conmigo.

El máximo avance que había conseguido había sido encontrarla en su despacho. Sin embargo, no estaba sola. La voz de la Maestra de Aspirantes había llegado hasta mí a través de la hendidura de la puerta entreabierta.

—Debéis comprender, alteza, que el profesor Halvar y yo hemos estudiado con sumo cuidado las pruebas de las aspirantes. Pusimos atención en que sus resultados arrojasen un reflejo fiel de su progreso en las lecciones.

—Sin que ello supusiese una ventaja para las aspirantes de Eakheral —intervino el hombre—. Haber incluido a aspirantes extranjeras ha sido una decisión insólita, lo que ha añadido

complejidad al proceso.

Me pregunté qué habría motivado dicha decisión. De no tratarse de una tradición heredada, ¿por qué habría decidido arriesgarse a colocar en una posición de confianza a alguien ajeno a los intereses de Eakheral? ¿Era una cuestión diplomática? ¿O política?

—No tengo queja de vuestra… dedicación. —Danayher puso un énfasis extraño en la palabra—. Sé que estáis muy involucrados en su formación, lo cual agradezco. Es precisamente por ello que he tomado esta decisión. Confío en que vosotros podáis trasladarme de forma directa el progreso que mencionáis.

—Pero, alteza… —dijo la Maestra—. Algunas de las pruebas nuevas…

—No están abiertas a debate —interrumpió la princesa. El tono rozaba la línea entre la conciliación y la autoridad—. Considero más valioso evaluar si mi futura Mariposa es leal o humilde que comprobar si sabe realizar la inclinación adecuada al último noble de la Corte. Quiero saber si es astuta, útil, si congenia conmigo. Prefiero eso a que sepa recitar poemas del reino de memoria.

Su voz no dio opción a réplica, pero, si la hubo, tampoco pude escucharla. El sonido de pasos al final del pasillo me hizo emprender una marcha acelerada en dirección contraria. Lo último que deseaba era que llegase a oídos de Danayher que me habían encontrado escuchando a escondidas.

Tardé tres días en volver a escuchar la voz de la heredera. Estaba caminando, más por costumbre que por esperanza, hacia las largas escaleras que llevaban hasta la hondonada donde los soldados entrenaban.

El corazón me dio un vuelco cuando la encontré apoyada contra uno de los muretes de piedra. Aunque, desde la altura en que yo me encontraba, una de las lonas que proyectaban sombra a los colmillos

de escarcha le cubría el rostro, reconocí de inmediato su figura y su porte.

Vacilé en mi escalón. ¿Qué iba a decirle cuando la tuviese delante? ¿Qué excusa iba a inventarme para estar allí? Pensé en dar media vuelta, pero resultaba humillante tener al alcance el objetivo que había estado persiguiendo durante días y dejarlo ir con tanta facilidad. La cobardía no me llevaría lejos en aquel reino.

Comencé a descender la escalera, repitiéndome a cada paso que lo peor que podía sucederme era un rechazo.

La simple idea me revolvió el estómago.

Tomé asiento en una de las terrazas escalonadas que hacían las veces de gradas. Aun cuando no conocía el protocolo en situaciones como aquella, sabía que no se consideraría adecuado aproximarme a la princesa sin su permiso.

Pasó bastante tiempo hasta que reparó en mi presencia. Tiempo que invertí en observarla. Lejos de todo escrutinio, no parecía más que una muchacha pocos años mayor que yo. Había cruzado la pequeña puerta del cercado y se había sentado sobre la arena, junto al animal. Tenía el cabello recogido en un moño descuidado, y el calor le había pegado algunos mechones sueltos a la sien. La manga de su camisa, que llevaba doblada a la altura del codo, dejaba ver la línea firme de su antebrazo mientras acariciaba la cabeza de un colmillo de escarcha.

El animal respiraba con esfuerzo y me pregunté si estaría enfermo. Había apoyado la enorme cabeza contra el hombro de Danayher en actitud confiada y ella mantenía una mano firme en su cuello; sin caricias, solo presencia. Imaginé que se trataba de Sahr, el ejemplar de la otra vez, con el que Danayher debía de tener una vinculación especial.

Sus movimientos eran lentos, casi dulces. La última vez que

había escuchado su voz había mantenido a la Maestra en el redil sin necesidad de alzarla. Allí, sin protocolo, sin autoridad, sin nadie a quien impresionar, parecía más… auténtica. Como si ese momento le perteneciera más que el trono.

Estaba lo suficientemente lejos para no escuchar su voz, pero vi cómo sus labios formaban mi nombre. Por un momento pareció sorprendida, pero se repuso de inmediato y una pequeña sonrisa le apareció en el rostro. Agitó una mano para invitarme a unirme a ella y sentí el gesto frío en comparación a cuando había tomado la mía para ayudarme a bajar. Ni siquiera me preguntó qué me traía por allí.

—¡Llegas en un momento único! —exclamó emocionada sin darme ocasión a hacer la reverencia—. ¡Quizá no tengas ocasión de volver a presenciar algo así! Acércate con pasos lentos. Y no cruces el muro.

El olor me llegó antes que la imagen: heno caliente, polvo y algo más denso, metálico. La puerta del cercado estaba entreabierta. Dentro, una franja de luz dorada caía desde lo alto y moría antes de tocar el fondo. Allí, donde la sombra era más espesa, la arena estaba removida en un círculo amplio, oscurecida en algunos puntos, y las paredes conservaban arañazos recientes.

La criatura tensó el lomo al verme y alzó ligeramente la cabeza. Me recorrió con los ojos, pero no llegó a gruñir.

—Está bien, Sahr. —Le dio una palmadita en el cuello—. Podemos confiar en ella. —Entonces se volvió hacia mí—. Mira —susurró—. Junto a su vientre.

Eran absurdamente pequeños para su raza. Tres cuerpos pegados entre sí, de pelaje aún húmedo y pegajoso. Se empujaban torpemente, buscando a ciegas. Uno emitió un sonido agudo, breve, nada parecido al rugido que se esperaría de ellos algún día.

—Acércate más. Despacio.

La arena crujió bajo mis pasos y, sin embargo, el animal no se movió. Cuando estuve lo bastante cerca, Danayher alargó la mano hacia uno de los cachorros y lo tomó con convicción. Lo sostuvo sobre las palmas y lo levantó hasta la barbilla.

La princesa arrugó la nariz y enseñó los dientes con un gesto burlón.

—Venga, Therk. Enséñale a Eira lo fiero que eres.

Entonces el cachorro abrió sus diminutas fauces, pero fue un bostezo y no un rugido lo que salió y no pude contener la risa. Había olvidado cómo sonaba, pero no la ligereza que traía consigo una sonrisa sincera.

Los ojos dorados y brillantes de Danayher parpadearon y me recorrieron el rostro con intensidad, lo que provocó que el carcajeo se me extinguiera en la garganta.

—Eso también ha sido un momento bastante único. —Volvió a dejar a la cría junto a sus hermanos—. Espero que yo sí tenga ocasión de volver a presenciarlo.

De haber sido capaz de sonrojarme, lo habría hecho.

—Creo que lo mejor será que me retire —farfullé con la vista clavada en el suelo—. Sahr necesita descansar.

Danayher asintió y se giró para volver a atender al animal.

—Eira —me llamó sin mirarme. La diversión había abandonado su voz—. ¿Sigues teniendo las notas de Teología que enumeran los dioses?

—¿Sí?

—Lee acerca de Meyra. Esta noche.

—Sí, alteza.

Cuando llegué a la base de las escaleras no sabía si mi corazón estaba tan acelerado por la declaración que Danayher había hecho

sobre mi risa o por la rapidez con la que había huido de ella. Entonces encontré otro motivo para que mi pulso continuase desbocado: Perfeccionismo se encontraba en el escalón más alto, observándome. La mandíbula tensa, como la cuerda antes del disparo; la mirada fija, como la de un cazador que ya había elegido a su presa.

16

El zafiro me brillaba con demasiada intensidad en el pecho, haciendo que el azul de mis iris pareciese más oscuro. Los pendientes de plata se veían desproporcionados en mis orejas, expuestas al llevar el cabello recogido en un moño. Sabía que ni siquiera la diadema de perlas alcanzaba la opulencia de la que harían gala mis contrincantes y, sin embargo, lo sentía como un exceso.

Esa noche no estaba hecha para que pasásemos desapercibidas. En aquella velada, nosotras seríamos las protagonistas.

Sentí náuseas ante la mera idea.

Tuve el impulso de arrancarme cada joya y un fuerte deseo de tumbarme sobre el colchón y cubrirme la cabeza con las sábanas; igual que hacía de niña cuando me veía arrastrada a actos a los que mi padre había sido invitado.

En lugar de eso, me uní al río de aspirantes que recorría el pasillo en dirección al Gran Salón. No fue la Maestra quien estaba aguardándonos en la antesala del servicio, sino Danayher.

La tela negra le caía recta desde los hombros. Seguía las curvas de su cuerpo sin llegar a ceñirse. Las mangas eran largas y estrechas en el antebrazo, para ir a abrirse desde el codo. A diferencia de los escotes que solía lucir durante el día, la prenda

ascendía hasta su nuez y terminaba en un bordado de hilo de oro que descendía por la garganta hasta el vientre. La única joyería era un pendiente largo, de metal sin piedras, y un fajín rígido rematado por pequeñas placas metálicas mate, más cercanas al atalaje de una montura que a un adorno cortesano.

—Seré breve. No tenemos mucho tiempo. —Su coleta alta se balanceó cuando se aproximó a nosotras—. Este tipo de actos sociales están profundamente influenciados por el dios que se encuentra en Presencia. Hace unos días, los Cronistas de Ciclo señalaron a Orhal, el Tejido Silente.

Se levantó un leve murmullo a mi espalda y una pregunta sonó más alto que la del resto: «¿Quién?».

—He decidido ser yo quien os informe de esto —prosiguió la princesa como si no hubiese sido interrumpida— porque no pretendo asumir que todas recordáis qué significa.

»Orhal es uno de los dos dioses de la Trama, aquellos que regulan lo que perdura. Bajo su dominio, las instituciones se fortalecen, los protocolos se vuelven más estrictos. Las tradiciones pesan más que la voluntad propia.

Un suspiro escapó de sus labios carentes de maquillaje. Me pregunté por qué mencionaba a aquel dios mientras la tarde anterior me había pedido que leyese sobre Meyra. Ella era una diosa del Eco, que se manifestaba cuando la realidad respondía. En mis notas se detallaba cómo bajo su influjo lo que se ocultaba regresaba amplificado, cómo las mentiras generaban consecuencias visibles y cómo las viejas tensiones estallaban. Si habían pasado días desde el cambio de dios en Presencia, no podía haber sido una equivocación.

—Los rumores habrán vuelto —prosiguió la heredera—, a diferencia de lo que presenciasteis en la anterior velada, pero no serán las opiniones propias quienes los motiven, sino la presión por

encajar en ese molde castizo que impone Orhal. —Un sombreado ahumado le adornaba los ojos dorados y, cuando los entrecerró, me recordaron a los de un felino agazapado—. Mi recomendación es que no os dejéis arrastrar. Sed cordiales, pero no entréis en su juego.

Alzó el brazo para atrapar un mechón suelto tras la oreja. La manga le resbaló por el brazo y por un instante olvidé escuchar lo que estaba diciendo.

—Buena suerte en vuestra cuarta prueba —fue lo último que añadió con una sonrisa que no le llegó a los ojos.

El salón estaba abarrotado. No se trataba solo del elevado número de personas, sino del ruido: telas rozándose, risas contenidas, copas chocando, conversaciones que empezaban y terminaban sin cerrarse nunca. Mi primera reacción fue quedarme paralizada como un perro abandonado, del mismo modo que había hecho la aspirante pelirroja, que observaba su alrededor con ojos atemorizados. Busqué a Xytherel y a Empatía con la mirada, pero ambas, al igual que Inseguridad, estaban ya enfrascadas en diferentes conversaciones con nobles que posiblemente las conociesen desde niñas.

Debía encontrar a una candidata que también fuese extranjera, pero que no fuese capaz de opacarme en una conversación, lo cual no era fácil, pues no había sido dotada con el don de la palabra. Perfeccionismo reía con facilidad e intervenía en el momento exacto. Inclinaba la cabeza con delicadeza hacia sus interlocutores, como si cada una de sus palabras mereciera atención especial. Reputación se había acercado al grupo correcto, pues reconocí en él al consejero real junto a la mujer con la que le había escuchado hablar sobre la relación de Danayher con el clero en la anterior velada; no obstante, no parecía estar haciéndose entender. Los nobles la observaban con confusión mientras ella gesticulaba en exceso.

Me acerqué a ella con paso seguro.

El consejero fue el primero en reaccionar.

—Ah. Otra de las aspirantes —dijo abriéndome el círculo con un deslizamiento leve—. Consejero Havel de Osprey. —Inclinó la cabeza como saludo y la mujer que lo acompañaba clavó los pequeños ojos en mí—. Y esta es la baronesa de Dorthen. Siempre es un placer comprobar que la juventud no rehúye las reuniones formales.

—Eira. El placer es mío —respondí con más sequedad de la que pretendía.

Reputación me dedicó una sonrisa breve, aunque no supe ver la intención. La piel oscura le brillaba bajo la luz del fuego.

—Hablamos de mi tierra —aclaró marcando en exceso las erres.

—Un Sultanato próspero —precisó el consejero. Me costó entender la palabra con su marcado acento de Eakheral—. Con rutas comerciales envidiables… y una inmejorable red diplomática. —La miraba como si evaluara una inversión—. Estoy al tanto de que uno de mis compañeros en el Consejo Real tiene un vínculo muy cercano con Veirad.

Esa información me cayó en el estómago con el mismo aplomo que si me hubiese tragado una piedra. Podía suponer una ventaja para Reputación.

—Mi pueblo cree en alianzas que duran —respondió ella.

La cadencia distinta de su voz no rompía el ritmo; lo marcaba. La baronesa inclinó la cabeza, como si quisiera escucharla mejor.

—Las alianzas requieren paciencia —dijo—. Y memoria.

—Mi madre decía eso —contestó Reputación, sosteniéndole la mirada con tranquilidad—. Acuerdos sobreviven si alguien —frunció el ceño, intentando buscar la palabra— esfuerza y acuerda.

—Una enseñanza valiosa —repuso ella. Giró ligeramente la copa entre los dedos huesudos—. ¿Por eso la han enviado tan lejos de

casa? ¿Para establecer alianzas?

Podía sonar como una pregunta, pero no lo era.

—La Corte ofrece… aprendizaje.

Noté que la conversación se cerraba alrededor de ella, como si yo no estuviera allí. Cambié el peso del cuerpo de una pierna a otra, preguntándome si lo mejor sería que elaborase una breve disculpa con la que poder irme. El consejero debió de percibir mi movimiento, pues se volvió para mirarme.

—¿Y a usted? ¿Le está resultando difícil adaptarse? Nuestro idioma no es sencillo para quienes no han crecido con él.

—Creo que me defiendo, aunque siempre hay ocasión de aprender algo nuevo.

—Esa sí es una pronunciación pulida —concedió la baronesa, sin mostrar ningún tipo de reparo por que Reputación siguiese delante —. La princesa parece interesada en que sus aspirantes aprendan rápido. De lo contrario, no os habría lanzado a la arena esta noche. La disciplina siempre ha sido importante para ella.

—Es una virtud necesaria en una futura reina —terció el consejero—. Especialmente cuando se trata de asistir a los encuentros adecuados. —La mujer asintió con solemnidad y añadió con una suavidad medida—: Hay tradiciones que no dependen del gusto personal. Y hay figuras a las que no conviene hacer esperar demasiado.

«Tres audiencias», había dicho la anciana en la anterior fiesta. «Tres. Canceladas. Y sin una sola disculpa». Su comentario no había sido casual. No hablaban para nosotras, hablaban delante de nosotras. La única que parecía no haberlo entendido era Reputación, y me produjo satisfacción esa pequeña victoria.

La mirada de los dos nobles se deslizó en la misma dirección. Al otro lado del salón, Danayher conversaba con varios invitados.

Caelion, al que ya habíamos conocido como uno de los amigos más cercanos de la princesa, estaba inclinado hacia ella lo suficiente para hablar sin alzar la voz. Pese a que el atuendo que había llevado el día en que había fingido ser un visitante extranjero me había sorprendido, comprendí que se trataba de lo más comedido de su vestidor. En aquella velada, la casaca le caía ajustada en un lado y cedía en el otro, como si no respondiera a una misma medida, y los puños no coincidían ni en forma ni en cierre. Las capas tampoco seguían un orden claro. Había tela sobre tela, con colores que no terminaban de asentarse juntos. Llevaba un solo guante y en la mano descubierta lucía anillos dorados, igual que la pintura que adornaba su rostro.

—Las compañías también influyen —observó la baronesa—. Para bien o para mal.

—A veces más de lo conveniente —respondió el consejero. Una sonrisa forzada apareció en su rostro redondo cuando volvió a centrar su atención en nosotras—. Pero para eso tenemos a un grupo de selectas damas. Estoy seguro de que la elegida será una maravillosa compañía para la princesa.

—Eso deseamos —concedí.

—¿Usted viene de muy lejos?

—En realidad, no. Del vecino Imperio de Aesnovar.

No me sorprendió la forma en que cerró la boca de golpe o cómo intercambiaron miradas. Aesnovar solía tener ese efecto. O más bien sus pretensiones expansionistas.

—Debería hablar con el marqués de Rethor, entonces —dijo ella —. Le encanta jactarse de ser el único mercader en contar con un acuerdo comercial con el Imperio.

Ese nombre me resonó en la mente con una familiaridad particular. Antes de que pudiera recordarlo, el consejero señaló a un

hombre de espalda recta y cabello impecable.

—De hecho, allí está. Reunido con dos aristócratas de Aesnovar —carraspeó y, cuando continuó, su tono había cambiado—, cuya asistencia a esta velada nos tiene muy sorprendidos.

Reconocí de inmediato a Bergen del Estandarte Crovak. Pertenecía al círculo de mayor confianza del Gran Príncipe. ¿Qué hacían allí? ¿Los había enviado él para vigilarme? ¿Para matarme? Mi corazón se aceleró y retrocedí un paso de manera instintiva.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —preguntó el consejero.

No respondí. No podía apartar la mirada de él y de la forma en que apretaba la copa como si se tratase del cuello de un conejo.

—Solo necesito un poco de aire —fue lo máximo que logré articular.

No podía abandonar la sala, de modo que me quedé junto a una de las puertas, por la que se colaban pequeñas ráfagas frescas en las que me concentré como si fuesen mi última salvación.

Los nobles pasaban por mi lado en dirección a los jardines, sin reparar en la chiquilla que luchaba por lograr la siguiente inspiración. Me llevé las manos temblorosas al collar de zafiro. Pese a que me colgaba con holgura hasta reposar sobre el esternón, sentí que me asfixiaba. Tironeé de él, barajando la idea de arrancármelo del cuello.

—No lo devuelvas al finalizar la noche. —Su voz me robó el poco aliento que me quedaba—. Quédatelo. Realza el azul de tus ojos.

Abrí los labios, aturullada, para intentar darle una respuesta, pero Danayher me interrumpió, salvándome de incumplir una de las normas que habían fijado para aquella prueba: no hablar directamente con la princesa.

—No era una sugerencia.

Recordé esas palabras. Las había pronunciado en nuestra

primera prueba, cuando había obligado a las aspirantes a abrir los sobres con sus nombres. Su tono entonces no tenía nada que ver con el que usó en ese momento. Tenía una sonrisa escueta en el rostro y, cuando se apoyó a mi lado en la pared, dejó caer la cabeza contra ella con actitud cansada. Tal vez ella también necesitaba escapar de todos esos nobles que se acercaban como insectos a la miel.

Lamenté no poder preguntarle por qué me había pedido leer sobre la diosa. Su voz había sido seria, con una nota incluso urgente. ¿Era una advertencia? Y de ser así, ¿cuál era la amenaza?

Deseé poder decirle que estaba asustada. Que no sabía si aquellos hombres estaban allí para deshacerse de mí. Me sentí patética por ansiar con tanta fuerza que ella fuese el escudo que se interpusiera entre mis miedos y yo.

—Deberías volver a la fiesta —susurró volviéndose hacia mí sin apartar la cabeza de la pared. No parecía importarle estropearse el peinado—. Parece que te están esperando.

Perfeccionismo nos observaba con fijeza. Sabía que aquello tampoco era una sugerencia, de modo que me aparté de la princesa. Pese a evitar el contacto visual de forma deliberada, la aspirante extendió el brazo por delante de mi abdomen para que no pudiese pasar de largo.

—Tienes mala cara. —Hizo un falso mohín—. Creo que deberías beber algo.

Con un gesto educado llamó la atención de la doncella de pelo grisáceo y una quemadura en la cara que había visto en la lavandería. Se apresuró a caminar hacia nosotras sin que una sola gota se derramase de la única copa que sostenía en su bandeja. Perfeccionismo la tomó y me la tendió con una sonrisa.

No necesitaba volverme para saber que Danayher nos estaba

observando. Por mucho que fuese consciente de que éramos rivales, dudaba que le gustase ver a una de las candidatas arrear un manotazo a otra, que era lo que más deseaba en ese momento. Tomé la copa y continué mi avance hacia el rincón opuesto a los hombres de Aesnovar.

No tenía certeza de que el contenido de la copa estuviese alterado, solo tendría oportunidad de comprobarlo si otra persona la bebía en mi lugar. Y tenía claro que esa persona sería la aspirante cuya debilidad aún no conocía con certeza. La candidata pelirroja estaba sentada en un silloncito con una sonrisa tensa, fingiendo participar en una conversación de la que claramente no estaba entendiendo la mitad de las palabras.

Pasé por detrás de su asiento y le toqué el hombro. Me miró con unos ojos más propios de un perro apaleado que de una cortesana, como si yo tuviera algún poder de decisión sobre su futuro. Pensé, con una pizca de diversión, que quizá lo tenía. Todo dependía de qué contuviese esa copa.

—¿Puedes tomarte tú esta bebida? Me la han ofrecido y me pareció maleducado rechazarla, pero ya me encuentro algo mareada.

Hablé rápido para que no pudiese entenderme, pero lo suficientemente alto como para que sus acompañantes me escucharan.

Se la acerqué más, para que comprendiese que quería que la cogiera, y ella levantó con lentitud su mano de dedos temblorosos. En cuanto se cerraron en torno al cristal, la solté.

—Bébela, querida —dijo una de las damas—. Está todo buenísimo.

—Sin duda —corroboré con una sonrisa.

Permanecí junto a ellas el tiempo justo para ver cómo se la

llevaba a los labios. De estar adulterado, era preferible que no me encontrasen a su lado cuando hiciese efecto. Me alejé sin perder de vista a los aristócratas del Imperio, que habían buscado una compañía diferente a la del marqués de Rethor.

Mi mente trajo un recuerdo vinculado a ese nombre: el de unos pendientes dorados reposando sobre la madera de un escritorio. Era el noble en cuya habitación Danayher me había pedido adentrarme tras lo que parecía un escarceo nocturno. Lo busqué con la mirada mientras barajaba una idea que iba ganando fuerza con cada paso que daba: si hablaba con él, quizá lograse saber el tipo de relación que tenía con la princesa.

Lo localicé al fondo de la estancia, donde la luz del fuego era más tenue. Aun así, no me impidió verle las mejillas, sonrosadas por el vino. Parecía enfrascado en una conversación estimulante, pues sus gestos eran amplios y su expresión, efusiva. Resultaría grosero que me uniera a ella sin ser invitada, pero sí podía quedarme cerca hasta captar su interés… Sería cuestión de tiempo. Éramos las nuevas mascotas de Danayher, a las que todos los presentes querían observar de cerca.

Sin embargo, antes de alcanzar mi destino, el murmullo constante que había a mi espalda cambió. No fue un grito, sino un corte en las conversaciones, copas que dejaron de sonar al mismo tiempo, un pequeño vacío que se abrió en el aire como si alguien hubiera retirado una pieza invisible.

El cuerpo de la aspirante había quedado a medio camino del suelo, recogido con torpeza por uno de los invitados, que no había logrado sostenerla por completo. El naranja encendido de su cabello contrastaba con la palidez de su rostro, más acentuada que de costumbre. Se llevó una mano a la frente, con los labios entreabiertos. No parecía reconocer el lugar en el que se

encontraba.

—¡Apartaos!

—¿Qué le ocurre?

—Dejadla respirar.

Las voces se superponían sin orden. Las telas se agitaban alrededor de ella como alas inútiles. Algunos retrocedían por puro reflejo, como si el desmayo fuera contagioso. Otros se inclinaban para poder curiosear, entorpeciendo más que ayudando.

El hombre que había impedido que cayese al suelo la ayudó a erguirse y, con la ayuda de un segundo, la acompañaron hacia una de las salidas. Danayher llegó con paso apresurado. Se puso de puntillas para seguirlos con la mirada entre las cabezas de los invitados.

—¿Qué ha pasado? —preguntó al aire con la certeza de que habría respuesta.

Las palabras se atropellaron mientras un buen puñado de nobles trataba de ser quien le explicase lo sucedido, aunque dudaba que alguien más que Perfeccionismo y yo supiera lo que había sucedido en realidad.

La ira se me asentó en el pecho como una piedra colocada sobre el fuego. Cada latido golpeaba desde dentro con un ritmo lento y pesado. La mandíbula se me tensó hasta doler. Sentí los dientes encajar con una precisión casi violenta. Las manos, quietas a los lados, estaban tan rígidas que me dolían. No quería moverme. Si lo hacía, sabía que iría a por ella.

La busqué entre la multitud, con esa expresión de falsa preocupación que ocultaba la verdadera satisfacción sibilina. No podía encararla allí, con tanta gente como testigo, durante una prueba en la que se valoraría nuestro saber estar. Me obligué a recordarme dónde estaba, quién podía estar mirando. No iba a

perder el control y permitir que consiguiese lo que quería.

Bajé la mirada. Conté las vetas oscuras de la piedra bajo mis pies. Una. Dos. Tres. El pulso seguía golpeando, pero ya no marcaba el ritmo; lo obedecía. Aflojé los dedos poco a poco, como si deshiciera un nudo invisible. Sentí cómo las uñas abandonaban la carne de mi palma. El dolor leve me ancló. Inspiré por la nariz, despacio, sin que se notara. El aire entró seco, caliente. Lo mantuve un instante. Lo solté igual de despacio.

Cuando levanté la vista, mi rostro ya no me delataba. La piedra seguía en el pecho, pero ya no ardía: aguardaba el momento en que pudiera llevar a cabo su venganza.

17

Danayher hizo amago de seguir a la aspirante y a los hombres que la cargaban. Caelion permaneció a su lado como una sombra fiel mientras la princesa intentaba sortear a los nobles que trataban de cazar su atención.

Solo hubo una que logró que se detuviese.

Ysolde, la mujer de pelo rojizo que había luchado contra la heredera en la arena, irrumpió en la sala y se dirigió disparada como una flecha hacia ella. Sus zapatos de tacón resonaron cuando los nobles se quedaron en silencio.

Sus iris parecían haberse contagiado por el color de su cabello cuando alzó la mirada hacia Danayher y le tendió un pequeño pergamino doblado. Caelion se colocó a su espalda, bloqueando la vista de los más curiosos. Los ojos de la princesa se deslizaron sobre el papel. Una vez hubo terminado, volvió a doblarlo y estiró los labios en una sonrisa calmada. Sin embargo, las aletas de la nariz de Caelion se habían agitado. Se mordió el labio y se inclinó hacia su oreja. Ella levantó la mano, en una orden muda de que se detuviese. Había demasiados oídos escuchando.

Recordé las palabras de mi padre: «Si quieres saber lo que siente el Emperador, no le mires a él, mira a quien le acompaña. Observa las expresiones de sus sirvientes, la tensión de su amante,

la inquietud de su guardia». La princesa no había fruncido el ceño ante el contenido de aquella misiva, pero su amigo había dejado de respirar.

La voz del heraldo se elevó por encima de la sala:

—Su alteza real Therenya.

El nombre recorrió el salón como una corriente fría.

El rostro era firme, con unos rasgos suaves que no debilitaban la impresión que causaba. El fuego pareció arrancar destellos rojizos de sus ojos marrón claro, aunque tal vez se debía a que llevaba un vestido de ese mismo color. No había escuchado nunca el nombre de la segunda hija de Rimeyah, pero el parecido no dejaba lugar a dudas.

Therenya avanzó sin prisa. Había algo sereno en su porte, una compostura que no pedía atención y, sin embargo, la reclamaba. Algunos nobles se inclinaron con una rapidez mayor de la necesaria. Otros se demoraron como si de esa forma pudieran evitar la reverencia. El hombre a mi derecha dejó de hablar a mitad de frase; el consejero imperial sonrió como si acabara de recordar una antigua chanza.

Danayher no cambió de postura, pero sí de expresión. La tensión medida que mantenía en los hombros se aflojó. Curvó los labios en una sonrisa que no ofrecía en público con facilidad. En cuanto tuvo enfrente a su hermana, la envolvió en un abrazo.

—No esperaba verte esta noche. —Se apartó y cogió con suavidad el brazo de Therenya—. Ven. Tienes mucho que contarme.

La heredera la llevó hacia una de las galerías laterales, lejos del círculo principal. Las puertas no se cerraron tras ellas. No hacía falta. La sala entera había entendido que querían intimidad.

El revuelo había interrumpido la conversación del marqués de Rethor con la despampanante mujer que hacía un momento le había

causado tanta fascinación, de modo que aproveché para aproximarme.

Mantuve la mirada lejos de él, pero pude ver como mi cuerpo capturaba la suya. Me detuve a unos pasos de distancia, cruzada de brazos y con la vista puesta en la puerta por la que se habían escabullido las princesas. No tuve que esperar para notar que ocupaban el espacio a mi izquierda. Olía a tinta y vino especiado.

—Parece que la velada ha perdido su interés principal —comentó en tono casual.

Hablaba rápido, como si el tiempo fuese tan preciado como los bienes que obtenía en sus rutas comerciales.

Se situó a una distancia lo suficientemente próxima como para no necesitar elevar la voz. Las canas habían vencido la batalla en sus sienes y libraban una lucha con parte del vello de su cuidada barba.

—Oh, ¿tenía intención de hablar con ella?

—No especialmente. Pero mire al resto —señaló con la barbilla a los grupos que había frente a nosotros—. Son ovejas perdidas sin su pastor. Ya no tienen el aliciente de que la princesa les dedique una mirada.

—¿A usted no le interesa su atención?

¿Acaso disponía de ella cuando le placía? Una sombra de sonrisa le cruzó el rostro.

—Supongo que otra persona ha acaparado la mía.

No me miró al decirlo. Observaba el fondo de su copa, como si la frase estuviera destinada al vino. Luego posó los ojos en mí. Esperaba una respuesta. Si Danayher lo había elegido como amante, tenía un gusto cuestionable. No solo no resultaba llamativo, sino que además no parecía dispuesto a respetarla.

Yo no sabía cómo seguir aquel tipo de juegos. Con Silas nunca me había visto en la necesidad de buscar qué decir para

impresionarlo. Desde el principio, me había deseado con una claridad casi torpe; me había observado como si yo fuera la única persona en una habitación vacía. Allí era una opción entre muchas y de mis palabras dependía retener el interés el tiempo suficiente. Si era cierto que estaba vinculado a la princesa, debía tener cuidado en no excederme.

Incliné ligeramente la cabeza y solté una breve risa.

—No pretenderá que me crea que encuentra a una simple aspirante más interesante que a la heredera de Eakheral.

Me sostuvo la mirada más tiempo del necesario y luego la desvió hacia las copas, hacia el fuego, hacia cualquier cosa que impidiera que el gesto pareciera intencionado.

—Es una mujer exigente —añadió—. No concede su atención sin propósito.

La respuesta fue demasiado limpia. No había orgullo oculto, tampoco añoranza. Si había algo entre él y Danayher, no era personal. O no lo suficiente como para que le importara negarlo.

—Debe de ser frustrante —murmuré.

Se volvió hacia mí. Un ajuste mínimo de posición que redujo la distancia entre nuestros hombros sin que pareciera deliberado.

—No, más bien aburrido. —Bajó la mirada hasta mi boca y regresó a mis ojos—. Para mí, la frustración es un estímulo interesante. —Sentí el calor subir por el cuello, pero no aparté la mirada—. Y la recompensa puede ser muy satisfactoria cuando se espera pacientemente.

La conversación se había distanciado tanto de la princesa que no vi forma de reconducirla.

—La paciencia es una cualidad admirable —respondí intentando que mi sonrisa no se desvaneciese.

Una voz femenina, firme y perfectamente modulada, se deslizó

entonces entre nosotros.

—También lo es la discreción.

No necesitó alzar la voz. Su presencia bastó. La mujer era alta y vestía con un verde que no buscaba competir con nadie. Observaba la distancia exacta entre nuestros cuerpos.

—Querida —dijo él volviéndose con una calma que parecía ensayada—, hablábamos de política.

—Por supuesto —respondió—. Es un tema que requiere mucha proximidad.

Sentí un nudo en la garganta. Debía de ser su esposa. Posó los ojos en mí. No había escándalo en ellos, solo evaluación.

—Aspirante, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Entonces te aconsejo prudencia. Esta Corte recuerda más de lo que uno cree.

El noble carraspeó con discreción.

—No dramatices.

—No lo hago —replicó ella sin apartar la vista de mí—. Es normal que siendo extranjera no conozca la forma adecuada de comportarse. He oído que en Aesnovar las huérfanas aprenden rápido a suplir sus carencias, pero debe saber que aquí no necesita usar su cuerpo para que la toleremos.

El insulto no vino precedido por una advertencia en el tono ni en la postura. Fue limpio, directo y cortante.

El impulso inmediato fue responder con fiereza. Una decena de frases igual de ofensivas e hirientes me acudieron a la cabeza. Pero su comentario había atraído la atención de cuantos nos rodeaban y una réplica precipitada me dejaría en peor lugar que a ella. Era una trampa pequeña y elegante.

Habría deseado poder fingir indiferencia, pero no estaba

dispuesta a permitir que se insinuara que aquella había sido mi conducta en la Corte Imperial. Si hubiera estado tan segura de sí misma como aparentaba, no habría necesitado advertirme. Podía jugar con eso.

—Tengo clara la forma de actuar, en esta y en cualquier corte. Aunque sea huérfana, he recibido una exquisita educación —mis palabras levantaron murmullos. Deslicé la mirada por su cuerpo con desprecio— y me esfuerzo en demostrarlo. Le aconsejo hacer lo mismo.

La contención también la abandonó a ella. Cerró los dedos como garras alrededor de mi brazo y tiró de mí para apartarme del marqués. Los pies se me enredaron y perdí momentáneamente el equilibrio. Ella se encargó de que no pudiese recuperarlo. Con un empujón me envió al suelo, donde me propinó un sonoro bofetón. El sonido seco sonó en medio de los murmullos.

Sentí el escozor extenderse desde el pómulo a la sien, aunque no dolía tanto como la humillación.

El espectáculo seguramente ya habría captado la atención de los hombres de Aesnovar. Estarían disfrutando de comprobar que incluso allí seguía en la misma posición en la que me había mantenido siempre el Gran Príncipe: de rodillas. Se pelearían por ser el primero en contárselo cuando volvieran. Qué regocijo le provocaría saberlo.

El corazón parecía empujarme las costillas, buscando una salida. Sentí un hormigueo en los brazos que me invitaba a devolver el golpe. Sin embargo, antes de que pudiese ponerme en pie, una mano pesada se me posó en el hombro y me obligó a mantenerme en el suelo. Sentí cada uno de sus dedos hundiéndose en la piel.

—Es una alborotadora violenta —dijo la mujer contemplándome desde arriba con desdén—. Mira esa mirada de salvaje. —Sus ojos

se clavaron en el guardia que me mantenía sujeta—. Creo que necesita otra lección. Para dar ejemplo.

El hombre dudó, pero cuando la mujer levantó las cejas con impaciencia, no se demoró en obedecer. El golpe fue más intenso que el de la bofetada. Quizá el dorso de la mano enguantada, quizá un anillo metálico que llevase debajo.

El estallido blanco en mi visión llegó antes que el dolor. Caí hacia delante con el tiempo justo para colocar las manos antes de golpearme la cara con la piedra. Me quedé allí, resollando. En la misma posición que un perro. Sentí un reguero cálido deslizarse hasta la comisura del labio, donde pude saborear el regusto metálico de la sangre.

—Llévatela. Ya ha dado suficiente espectáculo.

Oponer resistencia solo haría que la herida se hiciese más grande. No la física; la que haría que me expulsasen a la mañana siguiente. Me quedé allí, con mirada fiera pero posición sumisa hasta que el guardia me sujetó del brazo para levantarme. Permití que me sacase del Gran Salón entre cuerpos que parecían reacios a apartarse. Todos los nobles querían verme de cerca, como si fuese una bestia exótica que había escapado de su jaula.

Mantuve la mirada clavada en mis zapatos blancos. No quería ver la satisfacción en la cara del resto de aspirantes. La diversión de los aristócratas de Aesnovar. Y ante todo, si cabía una remota posibilidad de que Danayher me viera, no quería ver la decepción en sus ojos.

Pensé que me escoltaría hasta mis aposentos, donde se me obligaría a permanecer hasta el amanecer o hasta que la Maestra viniese a decirme que recogiese mis cosas; lo que antes sucediera. Sin embargo, comenzamos a descender escaleras con los tirones del brazo marcando el ritmo.

Comprendí demasiado tarde lo que iba a suceder. Tras tomarse su tiempo en buscar la llave correcta, abrió una puerta gruesa. Cuando vi la sala diminuta que guardaba en su interior, no hubo tiempo para la dignidad. Me revolví y supliqué hasta que las palabras se atropellaron y perdieron el sentido. Él se mantuvo impasible y me lanzó con fuerza al suelo. Traté de ponerme en pie y correr hacia la salida, pero la puerta se cerró antes de alcanzar el umbral. El chasquido de la llave en la cerradura resonó dentro de mí como una sentencia.

No era una celda húmeda. No estaba helada. Tampoco tenía barrotes. No había perros ni ladridos. Me esforcé en prestar atención a todas las cosas que suponían una diferencia para que el pánico no se apoderase de mí.

Pese a mi estatura, al ponerme en pie las perlas de la diadema rozaron la piedra del techo. Encorvada, conté los pasos que había desde la puerta hasta la pared del fondo. Tres. No quise confirmar la distancia entre las paredes laterales. Tenía la impresión de que, si extendía los brazos, habría podido tocar ambas, pero me dio miedo comprobarlo.

Era bien entrada la noche, así que la luz que se colaba por una rendija más estrecha que la palma de una mano era escasa; no obstante, me permitió ver que el polvo que levantaban mis pasos caía a plomo al suelo en lugar de quedarse suspendido. El aire parecía haberse detenido. De nada sirvió intentar negociar conmigo misma. El pensamiento se volvió imparable como una gran masa de agua que se me iba abriendo paso en la mente hasta llenar cada resquicio. No iba a poder respirar. Noté cómo el pecho se comprimía y la garganta se estrechaba. Me obligué a tragar y sentí que no había saliva para humedecerla. Era como una piedra dura que arañaba y rasgaba a su paso.

¿Era aquello una burla de la princesa? ¿Estaba usando mi mayor miedo, el que había sido tan estúpida de confiarle, contra mí?

El único mobiliario era un banco que ocupaba más espacio del que debería. Me dejé caer sobre él con torpeza. La piedra era dura y pude sentir su tacto helado traspasando la tela de mi vestido. Me abracé el cuerpo, aunque no fuese capaz de sentir frío. No podía escuchar nada al otro lado de la pesada puerta. Solo mi pulso, repiqueteando en los oídos, replicándose en la punta de mis dedos.

Las imágenes no tardaron en llegar. Pequeños destellos que se superponían a la realidad. Las fauces de los perros arañándome la piel de los brazos. La sangre manchando las paredes con palabras cada vez más incoherentes. El olor a deshechos acumulados durante días. La mugre de mi cuerpo y mis ropajes. Los ojos del Gran Príncipe; un brillo gélido al otro lado de los barrotes.

Las paredes cada vez parecían más cercanas. Cerré los ojos y todas las imágenes se sucedieron como una avalancha. Sentí la desesperación arañándome el pecho. Y también un sentimiento que hacía mucho tiempo que no sentía.

La última vez había ido dirigido a mi padre.

No había vuelto a depositar esperanza en nadie más desde entonces, así que había sido inmune a la decepción. En ese momento, sin embargo, sentí que Danayher me había fallado de la peor de las formas.

Qué ingenua fui al pensar que eso era lo más doloroso que podía hacerme.

18

El encierro solo duró una noche, pero fue una de las más largas de mi vida.

Cuando la puerta se abrió y la luz entró a raudales en aquel pequeño habitáculo, estaba en el suelo hecha un ovillo. El banco parecía diseñado para evitar que encontrase una postura cómoda, y solo en el suelo había conseguido reconducir la respiración. No había podido dormir, por supuesto, pero al menos había mantenido el control lo suficiente como para no echarme a llorar. Aunque allí no hubiese nadie que fuese a castigarme por hacerlo, suponía conservar la poca dignidad que me quedaba.

Confusa, me cubrí los ojos con la mano para poder ver a quién pertenecía la silueta que el sol recortaba en el umbral. Debía de tener el pelo revuelto, el vestido blanco sucio. Notaba hinchado el verdugón que me había provocado el golpe del guardia en la mejilla.

Danayher aún conservaba una mano sobre el pomo. Su cuerpo se había quedado rígido, congelado desde el momento en que había posado los ojos sobre mí. Al incorporarme comprendí por qué.

El suelo a mi alrededor estaba helado. La escarcha se había extendido y había cubierto la piedra con un patrón irregular, similar al de un copo de nieve, que enmarcaba mi figura como si alguien se hubiera tomado el tiempo de dibujarla.

La princesa soltó el aliento de golpe y una nube de vapor se elevó ante su rostro. En un palacio en pleno desierto, no había forma de explicar una habitación helada. No obstante, Danayher no me pidió una aclaración. En cuanto consiguió liberarse del aturdimiento, cerró la puerta a su espalda y se aproximó a mí con el mismo cuidado que había mostrado cuando me quitó los cristales de las manos.

La rabia que se me había comenzado a gestar en el estómago desapareció. Parecía profundamente confusa y, aunque me resistía a volver a depositar más confianza en ella, era evidente que no había tenido nada que ver con lo sucedido.

—¿Quién te ha encerrado aquí? —Había urgencia en su tono—. ¿Por qué?

Ya debía de tener la respuesta, ¿no? De lo contrario, ¿cómo me había encontrado? No sabía si era una prueba. Si lo que quería comprobar era mi discreción. De modo que fruncí los labios como respuesta.

La princesa no solicitó más de mí. Se limitó a ayudarme a ponerme en pie y a llegar hasta la puerta. Fuera, los guardias esperaban con expresiones de preocupación. Danayher se apresuró a cerrar con llave.

—¡¿Quién?! —A pesar de su envergadura, los cuatro hombres se encogieron. El corazón me dio un vuelco. Nunca la había escuchado tan fuera de sí—. ¡¿Quién ha sido?! —Dudé de su capacidad para articular palabra. Parecían estar conteniendo la respiración—. Quiero que traigáis a mi despacho a todos los soldados que estaban ayer custodiando la velada. Me da igual si están asignados a otras tareas o si tenéis que sacarlos de sus camas. Los quiero a todos. ¡Ya!

Ese fue también nuestro destino. Me ayudó a sentarme con delicadeza y lanzó una mirada rápida a la herida de la mejilla antes

de recorrer la habitación con pasos rápidos y mirada perdida. La luz entraba con fuerza por los ventanales cuando por fin llegaron los soldados.

Eran tantos que tuvieron que apiñarse para entrar en la habitación sin invadir mi espacio. Danayher esperó a que todos se encontraran dentro y la puerta estuviera cerrada para colocarse ante ellos. Aunque muchos mostraban expresiones de miedo, angustia y confusión, ninguna podía compararse con la del soldado que me había golpeado y encerrado. Cuando nuestras miradas se encontraron, la suya contenía puro horror.

—Os he traído aquí porque esta mañana la Maestra de Aspirantes ha reportado la ausencia de una de ellas en el desayuno y en su dormitorio. Supe más tarde por el testimonio de varios nobles que anoche se había producido un incidente que había derivado en Eira saliendo escoltada del Gran Salón. La capitana Ylvar no parecía saber nada al respecto. —Soltó un suspiro, como si estuviera decepcionada, aunque sonó falso. Su tono delataba que en realidad estaba furiosa—. Algo muy irregular, puesto que cualquier actuación de este tipo debe ser reportada a un superior. Imaginé que, por tanto, no la encontraría en los calabozos, así que me vi obligada a recorrer cada una de las salas de corrección hasta encontrarla.

Parpadeé, sorprendida de que la princesa en persona hubiera dedicado tanto esfuerzo. Odiaba sentirme aliviada.

—Sin embargo, el asunto que quiero tratar no es por qué no se informó de inmediato, de forma que hubiera podido evitar perder mi tiempo en indagaciones. De eso se encargará la capitana. —Su timbre se endureció hasta obligarla a masticarlo y a escupirlo entre los dientes—. Quiero saber quién ha osado ponerle la mano encima. Ninguno de vosotros tenéis derecho a tocar a mis aspirantes.

Los guardias intercambiaron miradas. El hombre que me había encerrado dio un paso al frente.

—Yo, alteza.

Habría sido estúpido seguir fomentando su ira. Tanto él como yo sabíamos que los había hecho traer ante mí para pedirme que señalase a mi captor. Me alegraba no haber tenido que llegar a ese punto.

—¿Por qué? —demandó cuando los hombres se separaron para dejar que su compañero llegase hasta ella.

—La marquesa de Rethor dijo que se había comportado de forma violenta y que requería una lección. Luego me pidió que me la llevase de la fiesta.

Danayher recortó la distancia. El hombre se envaró cuando ella se estiró como un junco, hasta que su cara quedó a unos dedos de la de él.

—Eira es mía. —Danayher puso énfasis en cada palabra para que calara, aunque, en realidad, fue en mi pecho donde reverberaron cada una de ellas—. Está bajo mi protección. Si debe ser castigada, seré yo quien lo ordene. ¡Nadie más!

—Sí, alteza.

—Marchaos. Todos.

No necesitó repetirlo ni elevar el volumen de la voz. Los soldados chocaron unos contra otros en su afán por abandonar el despacho. La espalda de Danayher subió y bajó con varias respiraciones antes de encararme.

No dijo nada mientras me cogía la barbilla y me hacía girar la cara hacia la luz para poder observar la herida.

—Será bestia…

Se centró entonces en las muñecas y las hizo girar entre los dedos. Imaginé que buscaba más magulladuras, así que empecé a

abrir la boca para disuadirla de seguir buscando, cuando sus yemas recorrieron la cicatriz con forma de copo. De igual forma que había hecho cuando había intentado arrancarme los cristales de la palma.

—Quien te hizo esto no sabía lo que tenía entre sus manos. —El tono fue igual de íntimo, pero esa vez pude asegurar que se dirigía a mí porque su mirada dorada se alzó hasta chocar con la mía—. ¿Fue él?

El hecho de que decidiera omitir el nombre me pareció significativo, respetuoso. Me conmovió de una forma que me disgustó.

—Sí.

Danayher suspiró, si bien no hizo ningún comentario al respecto. Tironeó de las mangas sucias de mi vestido para dejarme los brazos al descubierto y poder examinarlos.

—¿Qué enfadó tanto a la marquesa?

No sonó como una acusación. Parecía más exasperada que molesta.

—Malinterpretó mis intenciones con su marido.

La comisura derecha de los labios le tembló.

—Y eso sin saber que estuviste en sus aposentos.

Me pregunté en qué contexto habría dejado sus pendientes olvidados en aquella habitación y por qué había recurrido a mí para recuperarlos. ¿Acaso había sido otra su intención?

—Quizá esto te sorprenda —Danayher se arrodilló ante mí y, sin miramientos, me levantó la falda del vestido hasta dejar mis muslos expuestos. El aliento se me quedó atascado en la garganta—, pero jamás he viajado a la frontera. Nunca he visto las montañas de cerca. Salvo esos bloques que transportan los comerciantes, esta mañana ha sido la primera vez que he visto hielo. —No levantó la mirada hasta mi cara. Continuó estudiando cada palmo de mi piel

con actitud crítica, en busca de más lesiones. Lo único que pudo captar su atención fueron unos hematomas en las rodillas—. No es algo muy común en la Corona del Desierto de Eakheral, como habrás comprobado. —Entonces me envolvió uno de los tobillos con los dedos. No prestó atención a mi sobresalto. Cuando alzó el rostro, sus cejas parecían a punto de tocarse y sus labios fruncidos no necesitaron pronunciar palabra para que supiese que esperaba una explicación—. Tampoco lo es que los habitantes de este reino tengan la piel helada, incluso cuando está siendo besada por el sol.

Me soltó y se puso en pie. Tuve que echar la cabeza atrás para poder mantener el contacto visual. Había resultado fácil olvidar su posición mientras se mostraba preocupada por que hubiese sufrido algún daño. Verla observarme desde esa altura, sin embargo, me hizo recordar con quién estaba tratando.

—Necesito respuestas, Eira, porque no encuentro ninguna racional para justificar lo que he presenciado. Parecía… magia.

Le costó un gran esfuerzo pronunciar la palabra y yo la sentí como un golpe directo en el estómago. Sentí el pánico instalándoseme en el pecho por lo cerca que se encontraba de la verdad. Aún recordaba el discurso contra la magia que el Ajustador había pronunciado tras la muerte de Celharine. No había forma de que saliese de allí con vida si confesaba.

Danayher aguardó con paciencia, pero terminó fijando la vista en el collar que todavía me descansaba sobre el pecho. Cogió el zafiro y lo hizo girar entre los dedos con expresión abstraída. Entonces desplazó los ojos hasta mi hombro. La tela del vestido se había deslizado levemente, dejando expuestas sobre la piel pálida las sombras oscuras que habían dejado cada una de las yemas del guardia.

La princesa apartó la tela con cuidado hasta dejar parte de mi

espalda al descubierto. No fue la vergüenza lo que me paralizó, sino la perspectiva de que viera las heridas. Cerré los ojos, esperando el grito ahogado.

No llegó.

—¿Esto también te lo ha hecho el soldado?

Cualquier información que pudiera darle implicaba admitir que no era humana, si bien permitir que castigaran al guardia por mi mentira podía granjearme más enemigos.

—No. Quizá me raspé con la pared de la celda, yo no…

—No me mientas. Necesito saber lo que pasó.

Agarré en un puño la tela que seguía deslizándose con suavidad por el brazo, tratando de cubrirme.

—No miento.

Mi afirmación careció de firmeza; aun así, lo dejó pasar. Se apartó de mí y dejó caer su peso sobre el sillón. Parecía profundamente cansada pese a que el día apenas había comenzado.

—Me encargaré personalmente de que te proporcionen paños de seda para que sean lo más gentiles posibles con las heridas. Lo ideal sería que no tuvieras que cubrirlas, pero eso solo suscitaría preguntas.

—Os lo agradezco, alteza.

—Tómate el resto del día libre. Yo avisaré a la Maestra. Descansa y encuentra algún momento para ir a ver a Milenka. —No mostré ningún tipo de familiaridad con el nombre. No estaba segura de si Danayher había sido informada de la existencia de paños manchados de sangre en mi dormitorio. Esperaba que no fuese así. Se me acababan las oportunidades de fingir que aquellas heridas eran puntuales—. Estoy segura de que encontrará un remedio para las heridas de la espalda y para evitar que el verdugón siga inflamándose y afecte al ojo.

—Sí, alteza.

—En mis indagaciones para resolver dónde te encontrabas, dos mujeres reportaron que habías sido tú quien había ofrecido la bebida que había provocado el desmayo de una aspirante.

—Solo le ofrecí la copa que otra de las candidatas me había ofrecido a mí. Sucedió, de hecho, ante vuestros ojos.

Soltó un suspiro.

—Averelle… —Imaginé que ese era el nombre real de Perfeccionismo—. Representas exactamente lo que más detesta: alguien que avanza sin seguir las reglas del mérito perfecto. —Hizo una pausa, en la que no supe si esperaba una respuesta por mi parte. Ni siquiera había digerido lo que eso significaba—. No puedo negar que su determinación es admirable, ni que es precisamente el motivo por el que soy reacia a expulsarla, pero si vuelve a poner en peligro tu seguridad o la de alguna de las aspirantes, necesito que me lo comuniquéis.

—Sí, alteza.

Me puse en pie, asumiendo que aquello era una despedida. Al inclinar el cuerpo para hacer la reverencia, volví a escuchar su voz:

—¿Algún otro noble te importunó anoche?

Me erguí con lentitud.

—No.

Ella enarcó una ceja al ver que me callaba de golpe. Tal vez advertirle acerca del consejero suponía excederme; no obstante, no solo me había rescatado de mi encierro: me había defendido ante los guardias y se había preocupado por mis magulladuras. Odiaba sentir que estaba en deuda con ella y esa podía ser una forma de saldarla para abandonar ese despacho en paz.

—Solo conversé con el consejero de Osprey y la baronesa de Dorthen. Fueron amables conmigo, si bien hicieron insinuaciones

sobre vuestra ausencia en encuentros relacionados con la tradición y la espera que eso suponía para ciertas figuras. —Al ver que no parecía enfadada, añadí—: También aludieron a la influencia de vuestras compañías.

Danayher soltó una risa incrédula.

—Respeto que tengan sus propias opiniones sobre mí y las decisiones que tomo. Lo que no comparto es que las expongan delante de mis aspirantes. —Soltó un bufido por la nariz—. Ya que han decidido hacerte partícipe, te lo explicaré: algunos nobles no aprueban que haya rechazado varias audiencias con los Cronistas de Ciclo. Por eso han traído a mi pobre hermana de la frontera. Piensan que su compañía me aportará algo de sensatez. Son muy ingenuos al pensar que eso cambiará algo.

—¿No deseáis tener una buena relación con el clero?

Se encogió de hombros con fingida inocencia.

—Me temo que no es una decisión que recaiga solo sobre mí. Siempre he escuchado sus conclusiones con atención, aunque puede que no con fe. Si les disgusta que las contraste antes de adoptarlas como propias, me temo que no puedo hacer nada.

—¿Tiene eso que ver con que me pidierais leer acerca de Meyra en lugar de sobre Orhal?

Me había acostumbrado a ver su sonrisa en cada uno de nuestros encuentros, y aquel no fue la excepción.

—Cuidado, Eira. En esta Corte, se premia la ignorancia bien representada. Ante el resto, conviene aparentar ver solo hilos sueltos.

19

Mis motivos para ver a Milenka eran muy diferentes a los que había propuesto la princesa.

Se encogió como una niña ante una reprimenda al escuchar el sonido de la puerta abriéndose. Al reconocerme, su expresión se relajó, pese a que no iba a darle motivos para la calma.

—S-señorita Eira. ¿Q-qué le ha ocurrido en la c-cara?

—Tengo un asunto más urgente que tratar contigo.

En esa ocasión, no mostré ninguna sonrisa dulce que me permitiese conseguir lo que quería. No la necesitaba.

—¿S-señorita? —preguntó con voz aguda cuando cerré la puerta y eliminé la distancia entre nosotras.

—Dime, ¿qué llevaba la bebida que esa doncella distribuyó con tanta libertad anoche?

—N-no sé a q-qué se refiere.

La forma en que el color le había abandonado las mejillas hablaba por sí misma.

—O tal vez puedas contarme qué veneno usaste para matar a Celharine.

Parpadeó dos veces seguidas, demasiado rápido. Pude ver cómo se le dilataban las pupilas. Ahí estaba: el miedo. Había formado una parte tan central de mi vida que lo reconocí como quien volvía a ver

a un viejo amigo.

—Yo n-no la m-maté. —Fue el único sonido estrangulado que consiguió emitir.

—Pero le diste los medios a la mano ejecutora. ¿No es cierto?

La respuesta que estaba a punto de pronunciar quedó suspendida y murió en su garganta. Tenía los hombros rígidos, la respiración superficial. Cerró la mano en un puño alrededor de la tela del vestido.

Repetí el gesto del Gran Príncipe que tantas veces me había hecho sentir pequeña e indefensa. Le enredé los dedos en la barbilla y la obligué a mirarme a los ojos como haría un amante antes de depositar un beso. Era apenas un palmo más baja que yo y esa diferencia fue suficiente para imponer mi dominancia. Sentí la mandíbula agitándose bajo mi agarre mientras ella luchaba por aguantarse las lágrimas. Mi voz salió convertida en un ronroneo aterciopelado:

—Quiero respuestas, Milenka. ¿Tengo que llevarte ante Danayher para conseguirlas?

—A-algunas sirvientas hemos s-sido p-presionadas. Para asegurar que c-ciertas candidatas n-no lleguen al final d-de las p-pruebas. —Una lágrima le resbaló por la mejilla y fue a caer en mis dedos—. N-no quería q-que le pasara n-nada a esas chicas.

Inconscientemente, apreté el agarre. El vello de los brazos se me erizó y sentí la repulsión ascendiendo hasta la boca como si se tratase de una náusea.

—¿Presionadas por quién?

Mi voz sonó furiosa y eso solo la asustó más. Tragó saliva con esfuerzo. Si no tenía cuidado, corría el riesgo de que no fuese capaz de articular palabra.

—N-no lo sabemos. Dejan n-notas con i-instrucciones. S-si no las

cumplimos i-insisten y amenazan c-con consecuencias. —Di un paso atrás al sentir que se quedaba sin aire a mitad de frase. Necesitó un par de inspiraciones hasta que fue capaz de hablar de nuevo—. M-me pidieron q-que elaborara un t-tónico q-que produjese un d-desmayo. Una d-doncella vino a r-recogerlo.

—¿Pelo grisáceo y una quemadura en uno de los lados de la cara?

—S-sí.

Necesitaba tener vigilada a esa doncella. Sabía que lo que había estado sirviendo estaba alterado, aunque sus motivos podían ser los mismos que los de Milenka. Me pregunté si también habría sido obra de las sirvientas que el agua estuviese ardiendo el día que nos habíamos ocupado de la lavandería.

—¿A quién pretenden beneficiar?

—B-benefician a d-diferentes asp-pirantes. A-algunas r-reciben instrucciones.

Pero a mí nunca me habían dado ninguna.

—¿La princesa Danayher sabe esto?

—No estoy s-segura.

—¿Sabes si la aspirante Averelle está implicada? —inquirí usando el nombre real de Perfeccionismo.

—N-no. No he tratado n-nunca con e-ella.

Costaba creer que fuese casualidad cuando había sido ella la que me había ofrecido la copa, pero tampoco la convertía en la artífice de aquel chantaje. No podía tener poder suficiente en aquella Corte como para ejecutar represalias contra los sirvientes que se negaran a obedecer las órdenes de las notas, y dejarlo todo en manos del miedo a incumplirlo habría dejado algún cabo suelto tarde o temprano. Lo más probable era que Perfeccionismo fuese una pieza más de aquel entramado. La duda era quién estaba disponiéndolas.

Trastabilló cuando le solté la barbilla de golpe. Sentía la lengua pesada y la boca colmada del sabor del desprecio.

—Danayher debería saber quién tiene las manos manchadas de la sangre de su amiga de la infancia.

Era consciente de que no había forma de que pudiese cumplir mi amenaza. Si la princesa estaba implicada, demostrarle que yo conocía lo que estaba sucediendo solo provocaría mi expulsión.

—P-por favor. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. N-no le diga que f-fui yo. Y-yo n-no sabía p-para q-qué iban a u-usarlo. N-no…

—Estarás en deuda conmigo a cambio de mi silencio.

Parpadeó y unas lágrimas se le soltaron de las pestañas. Seguí su recorrido hasta la barbilla mientras esperaba a que respondiese.

—S-sí. Lo que q-quiera.

Debía decidir qué favor podía hacerme para beneficiarme, de modo que resolví guardarme esa ventaja para más adelante.

—Pronto volveremos a hablar, pero, por el momento, si vuelve a planearse un ataque del que yo sea el objetivo, avísame.

Abandoné la sala de remedios con sus asentimientos frenéticos a mi espalda y los pensamientos rebotándome en la mente a una velocidad demencial. El día parecía estarse estirando y me encontraba agotada pese a que solo había alcanzado la hora del almuerzo.

Me deslicé con desgana por los pasillos y ascendí por las escaleras tomándome mi tiempo, ajena a que ninguna demora podría librarme de la acusación que me esperaba en la Sala de Aspirantes.

El murmullo del almuerzo se apagó apenas entré en la habitación. Me obligué a mantener la barbilla alta mientras tomaba asiento.

Reputación tenía los codos apoyados con elegancia sobre la mesa y observó detenidamente cada uno de mis movimientos. Cuando estiré el brazo para alcanzar el agua, apartó la jarra.

Inspiré hondo antes de enfrentarme a su mirada.

—¿Hoy no repartes bebida? —dijo con su acento marcado.

La cuchara de Empatía tintineó contra el cuenco.

—¿Perdón? —pregunté.

Reputación mostró una sonrisa escueta. Deslizó los ojos hasta la aspirante pelirroja, que apartó los suyos de inmediato y se concentró en el pan que desmigaba entre los dedos.

—Tú diste copa anoche.

—Le dije que no me apetecía tomarla, pero que me parecía maleducado dejarla, sí. ¿Hay algún problema con ello?

—Dice que hablasteis antes ella sintiera mal.

—¿Y por qué no es ella la que me pregunta al respecto? —La aspirante abrió mucho los ojos—. Supongo que es más cómodo dejar que sean otros quienes asuman la carga.

Perfeccionismo no se dio por aludida. Continuó cortando su pescado con precisión meticulosa, como si la conversación no la incumbiera en absoluto.

El color subió al rostro de la muchacha pelirroja. No mostró ningún rastro de una valentía que no había logrado convocar durante el tiempo que llevábamos allí. Nunca había dado un paso adelante para defender una idea, ni para lucirse en alguna lección. Su hecho más destacable había sido proponer que nos encerrásemos en nuestros aposentos cuando Danayher y sus guardias habían desaparecido.

El nombre acudió a mí sin esfuerzo: Cobardía.

Aguardé a que tomase la palabra, que luchase por la ofensa que le había realizado. Tenía derecho a recriminármelo. Aunque yo no

había confabulado para adulterar su contenido, sí había decidido entregarle la copa a ella.

—Yo… no dije…

—Dijiste que Eira ofreció bebida —intervino Reputación con una calma irritante.

Los ojos de Cobardía bajaron al plato.

—Hablamos.

—Y que dio a ti copa —añadió Reputación.

Inseguridad dejó de comer. Xytherel se removió en su silla.

—¿Es verdad? —preguntó entonces Reputación, mirándome directamente.

Sabía que todas habían presenciado la forma en que el guardia me había golpeado y me había obligado a permanecer de rodillas. No podía acusar a Perfeccionismo de forma directa hasta saber si había una conspiración para que fuese ella la elegida. Si, por otro lado, me apresuraba a defenderme, me habría mostrado todavía más débil. Prefería otra cosa. Prefería que dudaran.

—Ya he dicho que sí le di la copa. En cuanto a si se desmayó por culpa de ello, ¿importa lo que yo diga? Ella parece tenerlo claro, pues ha decidido acusarme.

Cobardía levantó la cabeza de golpe.

—¡No acuso!

—No, es cierto. Has dejado que lo hagan por ti.

Su piel estaba cada vez más colorada. Sus dedos trituraban el borde del pan.

Reputación me observaba con atención renovada.

—¿No desmayó por bebida?

—No puedo confirmar ni desmentir los motivos por los que alguien se desmaya. No soy sanadora. Lo único que puedo decir es que a partir de ahora evitaré consumir nada que provenga de la

mano de otra aspirante.

Perfeccionismo levantó la mirada. Fue solo un instante, pero me observó como si acabara de comprender algo. Supuse que esperaba una acusación. O tal vez una mentira. No le concedí ninguna de las dos.

—Qué respuesta tan… fría —intervino entonces Empatía.

—Es una lección útil. —Tomé un sorbo de té—. Especialmente en este lugar.

Cobardía estaba completamente callada. Nadie en la mesa parecía tener demasiadas ganas de beber nada. Yo seguí almorzando como si el tema hubiera perdido todo mi interés.

Cuando las sillas comenzaron a apartarse y las aspirantes se levantaron, una voz tranquila pronunció mi nombre.

—Eira.

Xytherel estaba de pie a mi lado, entrelazando los dedos con un ritmo repetitivo.

—¿Podríamos hablar?

Asentí. No seguimos al resto de aspirantes por el pasillo, sino que nos apartamos hacia una de las galerías laterales. Xytherel tardó en empezar. Miraba a un punto fijo del suelo, justo entre ambas.

—No es seguro exponerse así. Sabotear al resto… no es la mejor forma de ganar. —Hablaba despacio, midiendo las palabras como si las hubiera ensayado antes. Quizá así había sido—. No conozco más que el resto a la princesa, pero sí sé por qué Ysolde llegó a ser tan importante para ella. —Recordé a la mujer con el cabello del color del fuego—. A Danayher no le gustan las demostraciones excesivas. Le gustan las presencias constantes.

Me crucé de brazos de forma instintiva.

—¿Eso es un consejo?

—Es una observación.

—¿Y por qué me la haces a mí?

Xytherel abrió la boca y la cerró varias veces antes de decidirse a hablar.

—Porque tengo la impresión de que necesitas quedarte aquí con tanta urgencia como yo.

Sentí algo incómodo moverse en el pecho. Como un gusano arrastrándose y dejando un surco profundo a su paso. La idea de ser vista con tanta claridad me provocó pavor.

—Te equivocas.

No lo desmintió, pero pude ver que estaba segura de su afirmación. El silencio que siguió fue demasiado largo. Por un momento estuve a punto de decirlo. A punto de admitir lo que significaría volver al Imperio. Por suerte, ella habló antes.

—También… —vaciló— me enteré de lo que ocurrió con el soldado cuando abandonasteis la fiesta. Lo siento mucho —añadió con torpeza—. Me alegro de que la princesa defendiera tu causa ante toda la guardia. Kael me dijo que estaba furiosa cuando los hizo llamar.

El nombre se le había escapado. Pude verlo en la forma en que se quedó inmóvil al terminar la frase. Ni siquiera había usado el título de sir.

—No sabía que tuvieras una relación tan… estrecha con la guardia —dije despacio.

La mejilla que se encontraba cubierta por la mancha de nacimiento fue la única parte de su piel visible que no se enrojeció.

—Yo… no es… quiero decir…

Empezó a retorcerse los dedos de nuevo.

—Gracias —dije por pura compasión. Aunque no sabría decir si hacia ella o hacia mí. Estaba perdiendo los nervios al verla acorralada—. Yo también me alegro de haber podido contar con Su

Alteza.

—Tienes suerte. La princesa no es de las que retiran la mano después de haberla tendido.

20

La luz del mediodía se filtraba por los ventanales, iluminando los reflejos del suelo pulido.

Había estado sepultada en lecciones sobre organización de correspondencia, manejo de la agenda real, redacción de informes diplomáticos y entrega de mensajes verbales. El hecho de tener una clase de baile suponía salir de esa rutina, pero no por ello sonaba más apetecible.

Xytherel se acercó al clavecín. Era la única que había recibido una asignación diferente. No era de extrañar que fuera la encargada de la música. En las ocasiones en las que habíamos tenido oportunidad de tocar, su ejecución había destacado.

Sin embargo, al sentarse sobre la banqueta, la madera cedió con un crujido seco. La muchacha soltó un grito mientras caía al suelo, provocando un golpe que resonó como una bofetada. De fondo, pude escuchar una risita, aunque no ubiqué de quién provenía. El profesor Halvar se acercó a la aspirante con el ceño fruncido y se inclinó para examinar la parte baja de la banqueta.

—Le falta un pasador. Enviaré a un sirviente a buscar otro asiento.

Cuando trajeron la nueva banqueta, la aspirante se sentó de nuevo, esta vez con los hombros tensos y la espalda encogida.

Inspiró hondo, con los dedos suspendidos, y empezó a tocar.

Falló la tercera nota.

Se detuvo. Tragó saliva. Volvió a empezar.

Otro error.

—Continúa —dijo el profesor, sin dureza pero tampoco amabilidad.

Las notas se atropellaron unas a otras. El tempo se rompió. Apartó las manos de las teclas y se las llevó al regazo. Le temblaban.

—Lo siento —susurró—. No puedo. Yo… lo siento.

Nadie respondió de inmediato y el silencio fue más cruel que cualquier reproche. Las lágrimas le cayeron sin permiso, torpes, humillantes. El banco chirrió cuando el profesor la despachó con un «Retírate».

Reputación aseguró con los dedos los mechones de pelo corto detrás de las orejas y dio un paso adelante.

—Voluntaria para tocar.

El profesor negó con la cabeza.

—Hoy aprenderemos los bailes típicos de las reuniones formales de la Corte Cisne —anunció el profesor—. Mi prioridad es que las aspirantes extranjeras los practiquéis, así que necesito a una de Eakheral.

Hizo un gesto con la mano hacia Inseguridad para que se acercase. Su forma de tocar no era brillante, tampoco despertaba emoción, pero fue intachable. Y después de la anterior interpretación, sirvió para que su ejecución pareciera experta.

El hombre nos colocó en filas y marcó posiciones con la punta de su bastón.

—Puesto que son bailes grupales, no solo busco gracia. Busco orden.

El comienzo fue caótico, con aspirantes que se cruzaban en el momento inadecuado o que chocaban con otras. Con cada error, el profesor golpeaba el suelo.

—Desde el inicio.

Y repetimos una y otra vez.

El bastón marcaba el compás.

Uno. Dos. Giro. Cambio.

Miré a Xytherel. Estaba al fondo, inmóvil, con las manos apretadas contra la falda, como si aún oyera el crujido de la banqueta hundiéndose bajo ella.

La única que recibía elogios era Perfeccionismo. Sus movimientos eran precisos. Cada giro caía exactamente donde debía. El baile era metódico. Una sucesión de pasos contados, giros calculados, manos que entraban y salían como piezas de un mecanismo. No había lugar para la improvisación ni para la duda; solo ritmo, peso y memoria. Precisamente por eso se le daba bien.

Donde ella ajustaba cada paso con una rigidez casi obsesiva, como si pudiera corregir a la perfección misma, yo solo buscaba fundirme con el resto para no destacar.

Sentía la sala demasiado llena, el aire cargado de respiraciones contenidas.

Cuando llegó el momento del giro más complicado, que requería equilibrio y coordinación, Perfeccionismo titubeó un instante, lo que le valió para perder el ritmo y estropear la fluidez que se esperaba. Giré a su lado con la cabeza erguida y los brazos extendidos. En la siguiente secuencia de pasos, bailó cerca de mí. Demasiado cerca. Noté su presencia antes de verla: el roce de la falda, el ángulo ligeramente invasivo del hombro. Sonreía con esa calma pulida que no pedía permiso. En el instante exacto en que mi peso cambió de pie, sentí el contacto. No fue un empujón brusco. Apenas una

presión breve en el costado que hizo que el suelo pareciera inclinarse.

El golpe fue torpe, sin rastro de esa gracia que el profesor había pedido. Me quedé un instante en el suelo, con el pulso desbocado y la humillación ardiéndome bajo la piel.

El bastón no sonó.

El silencio fue peor.

La música se había detenido y también la danza. Algunas aspirantes ahogaron un jadeo. Otras esbozaron pequeñas sonrisas. Perfeccionismo me miró desde arriba, con una expresión de preocupación estudiada.

Aquello no había sido un tropiezo, había sido una declaración. Y, peor aún, había sido pública. Tal vez era a ella a quien Xytherel debería haber advertido acerca de no utilizar el sabotaje como método para escalar puestos.

Apoyé la mano para incorporarme, notando ya el dolor en la cadera. Entonces llegaron los cuchicheos, pero no se debían a mi caída.

—Parece que te has magullado la espalda —murmuró el profesor Halvar. No había preocupación en su observación, lo dijo como un mero hecho—. Para enmendar tu torpeza, tendrás que lavar tú misma la prenda. —Esta vez, sí hizo sonar el bastón—. ¡Bien! ¡Empecemos de nuevo! Y un, dos, tres…

Perfeccionismo volvió a ocupar su lugar. La falsa consternación había sido sustituida por el regocijo. Sentí la ira, cálida y densa como la sangre que manaba de mis heridas. Estaba decidida a devolverle la cortesía.

Si esa pieza no se tambaleaba, me encargaría de darle el empujón necesario.

* * *

Me senté en la cama con la cajita de madera entre las manos y un vestido limpio sobre el cuerpo. Por una vez, la incomodidad no se debía solo a haber fallado una lección.

Inseguridad había terminado destacando en su ejecución tras del incidente de la banqueta. Pero no había sido un caso aislado. Cuando una doncella había manchado el vestido de Empatía antes de entrar en el Gran Salón, Perfeccionismo había tenido uno de repuesto. El día en que conocimos al Ajustador, Obediencia había perdido sus anotaciones sobre las deidades y Ambición se había ofrecido rápidamente a prestárselas. Todas ellas habían salido beneficiadas de esos pequeños incidentes. Todas habían estado preparadas. Como si ya hubieran sabido lo que iba a suceder.

Milenka me había confirmado que se estaba gestando una conspiración a mis espaldas. Que alguien estaba amañando la selección y algunas candidatas recibían instrucciones.

Debía descubrir lo que estaba sucediendo. Era mi vida la que estaba en juego.

Paseé los dedos por la veta oscura que cruzaba la tapa. La línea se interrumpía en puntos muy concretos, casi imperceptibles. Presioné el primero, que cedió mínimamente. La yema encontró la siguiente curva, donde la madera formaba un ligero desnivel, y giré la pieza oculta bajo el relieve. Mis dedos continuaron el recorrido sin detenerse, alternando presión y giro, marcando una secuencia que mi mano recordaba más por inercia que por memoria. Cada pieza respondía a la anterior; cada ajuste liberaba el siguiente. Hasta que llegué a la última muesca y la caja se abrió con un chasquido.

No guardé inmediatamente los paños sucios en su interior, sino que aparté la tela con la que había cubierto su contenido. Había

perdido la cuenta de las veces que había contemplado aquellos objetos en el Imperio como castigo por el último error que hubiera cometido. Sin embargo, era la primera vez que lograba enfrentarme a ellos desde mi llegada a Eakheral. Quizá era una señal de lo fracasada que me sentía.

«Recuerda que tu vida es un regalo de Aesnovar —me había dicho en incontables ocasiones el Gran Príncipe— y que tienes un hueco reservado en esta caja si sigues demostrando que nuestra generosidad ha sido un desperdicio».

Había convertido los recuerdos de niños de mi pueblo, niños que habían muerto gritando bajo las manos del ejército que un día él gobernaría, en un castigo. Había reducido un vínculo con mi raza a una humillación. A un castigo al que enfrentarme cuando mis acciones le desagradaban.

Y aun así, aquellos objetos eran lo más valioso que poseía.

Cerré la caja con rabia y me puse en pie.

Empatía estaba al otro lado de la puerta de mi dormitorio cuando salí con el vestido manchado de sangre colgando del brazo. Me miró con sus ojos redondos y verdes y una pequeña sonrisa avergonzada. Ladeó la cabeza y su larga melena negra se balanceó.

—¿Te encuentras bien? ¿Es grave la herida?

—No te preocupes. Me recuperaré.

A decir verdad, la agresión del guardia me había beneficiado. El verdugón que me inflamaba la cara era un recordatorio claro y una excusa muy útil para que nadie preguntase cómo una simple caída había provocado que me sangrase la espalda. La Corte era demasiado educada como para preguntar, pero también rápida en sacar sus propias conclusiones.

—No quiero ser entrometida, pero conozco una forma de lavar las manchas de sangre sin que quede rastro. Aunque aquel día que

tuvimos que ocuparnos de la colada demostraste que sabías lo que hacías, he pensado que tal vez… —se frotó el brazo— necesitabas ayuda.

—Eso es muy amable por tu parte, Mayrah, pero temo que recibas una reprimenda si me ayudas. El profesor dijo que debía ser yo quien me encargase.

El efecto de su nombre pronunciado en mis labios fue inmediato. La sonrisa se le ensanchó, se volvió genuina. Las manos le cayeron a los costados, confiadas.

—No me importa. Prefiero eso que permanecer de brazos cruzados ante una injusticia.

—Entonces ¿sabes que fue Averelle quien me empujó? —pregunté citando el nombre real de Perfeccionismo.

—Sí, igual que lo hizo en la velada donde terminaste con cristales en las manos.

Mi siguiente inspiración se quebró.

—¿Estarías dispuesta a testificar que ella provocó esas dos situaciones?

Frunció los labios gruesos.

—No.

—Es posible que ella fuera la culpable de que mancharan tu vestido de vino antes de la primera recepción con los nobles. De esa forma podía mostrar generosidad ante la Maestra mientras saboteaba tu atuendo.

Empatía torció el gesto.

—Escuché a Xytherel comentar que había llevado uno de repuesto porque tenía miedo de que a la Maestra no le gustase el que había elegido. —No era algo descabellado, pues la búsqueda de la excelencia a menudo se convertía en indecisión, pero Empatía se encargó de expresar el otro lado de mis pensamientos—: Sin

embargo, no descarto la idea. Sé que es una persona sin escrúpulos.

—¿Entonces por qué guardar silencio? Eso solo la protege.

Negó con suavidad.

—Te protege a ti. —Echó a andar por el pasillo en dirección a las escaleras—. ¿Vienes?

Solté un bufido de burla, pero la seguí.

—¿De qué?

—De empezar algo que no sepas cómo terminar. Es peligrosa, Eira. —Todas podíamos llegar a serlo—. Considera que hay aspirantes que obtienen ventaja de sus familias o lugares de origen y que el resto debe demostrar su mérito. —Dudó un instante y, cuando volvió a hablar, lo hizo con la mirada perdida, como si hablase consigo misma—: Supongo que pensó que yo entendería esa diferencia.

Sabía que todas teníamos secretos que no queríamos compartir con nuestras contrincantes y que insistir no serviría de nada, aunque el suyo me interesaba especialmente. Quería saber por qué consideraban a su familia traidora. Cuando levantó la mirada verde hasta mi rostro, no fue para añadir una aclaración a sus últimas palabras.

—Algunas tenemos motivos de peso para querer quedarnos. Algo me dice que tú también. —«¿Cuál es el tuyo, Empatía?»—. Pero la princesa no es una persona que vaya a dejarse influenciar por la lástima. No le ha temblado la mano a la hora de expulsar a aspirantes que no querían regresar a casa.

El deje de tristeza que cargó su voz me confirmó que hablaba de Obediencia, que había sido excluida de la competición por precisamente expresar ante nosotras su miedo a volver junto a una familia que tomaba decisiones por ella.

Sus palabras evidenciaron una realidad a la que no había querido

enfrentarme: era posible que a Danayher no le importase que, si me expulsaba, el Imperio pidiera mi cabeza.

—Entonces ¿por qué estás aquí? —quise saber—. Ayudarme podría causarte la enemistad de Averelle.

No quería que lo hiciera por un retorcido sentido del deber. Si debía cobrarme el favor por haber ocultado lo sucedido entre ella y Obediencia, quería que fuera en mis términos.

Rozó la barandilla con los dedos. Tardó lo suficiente en responder como para que la pregunta adquiriera más peso del que pretendía.

—Porque cuando presencias un acto vil, tomar partido deja de ser opcional.

—Podrías no haber salido de tu cuarto y nadie te habría reprochado nada. No puedes estar siempre dispuesta a ayudarnos a todas.

Se detuvo con el ceño fruncido.

—No estoy dispuesta a ayudaros a todas. Es una elección. Y cargo con las consecuencias.

—¿Y por qué a mí?

—Porque no necesitas que alguien haga tu trabajo —dijo—. Necesitas que alguien esté a tu lado mientras lo haces.

La observé más tiempo del necesario. Me repetí que si le había permitido acercarse era porque me interesaba conocer su punto débil, porque imaginar que proyectaba una imagen patética de soledad y miseria era una pesadilla.

—En esta Corte —continuó mientras retomaba el descenso—, debes decidir qué clase de persona quieres ser antes de que decidan por ti.

La frase quedó suspendida bajo la luz del fuego. Nuestros pasos resonaron acompasados sobre los escalones. Acababa de

comprender una verdad incómoda. Su prioridad era ser capaz de reconocerse cuando se mirase al espejo. Su favor no era algo que pudiera comprarse. No obedecía a un intercambio. Obedecía a una decisión. A una búsqueda de coherencia.

Y eso la volvía mucho más inamovible que cualquiera de nosotras.

21

Tenía la sensación de que los días se sucedían sin control, con una rutina asfixiante que hacía que una jornada se fusionara con la siguiente y que me había hecho perder la noción del tiempo que llevaba en palacio. No saber cuántas pruebas tendríamos que enfrentar solo fomentaba la incertidumbre y el hecho de que no hubiera una candidata expulsada por cada una convertía en inestable el suelo que pisábamos.

La Maestra nos había indicado cuál sería la siguiente. Cada una de nosotras debería realizar un pequeño obsequio a la princesa. No necesariamente costoso, sino más bien significativo.

Por ese motivo, Danayher nos invitó a acompañarla en un paseo por el mercado de la capital.

«Necesito un poco de aire —había alegado—. Después de tantos días entre los muros de palacio conviene recordar que el reino existe más allá de las galerías y las audiencias».

Lo dijo con una sonrisa breve, como si fuera un capricho inofensivo. Pero en su voz había una tirantez que no había estado allí hacía unos días.

Nuestra escolta estaba formada por nueve soldados, entre los que se encontraban los dos guardias que habían acompañado a Danayher hasta la celda en la que había permanecido cautiva. A

nuestra salida de los muros de palacio, la princesa iba en el centro de la formación, junto a un hombre de constitución ancha y cabello ralo blanco como la nieve. Pese a su edad, lucía una vestimenta similar a la de la Guardia Real.

Para desesperación de nuestros protectores, esa alineación duró hasta que llegamos al mercado.

Se extendía por una plaza irregular que se protegía del sol por medio de lonas tensadas de colores tan vibrantes como el de los productos que exhibían sus puestos. El olor a especias, a fruta y a cuero recién curtido se colaba entre los cuerpos que frenaban nuestro avance. Los vendedores pregonaban sus mercancías con voces que se superponían a las de su competencia con el golpeteo rítmico del herrero de fondo.

Danayher se escurrió entre los soldados, con la corpulenta figura del caballero anciano pisándole los talones a pesar de su cojera. No le importó que le suplicara que regresase, ella ya observaba con ojos brillantes el tenderete más cercano.

El bullicio no tardó en transformarse en un murmullo de incredulidad cuando los ciudadanos repararon en su presencia. Algunos se inclinaron en profundas reverencias, otros se apartaron de su camino con rapidez. Sin embargo, había algo que compartían las miradas despiertas y las sonrisas tímidas: una admiración que subyacía en cada gesto, en cada movimiento.

Todos parecían conocer su identidad. Incluso los niños daban tirones a las faldas de sus madres y la señalaban con entusiasmo. En Aesnovar, el pueblo desconocía cómo era el Gran Príncipe. Nunca se había tomado la molestia de pasear entre ellos o de atender personalmente sus ruegos. Solo sus ropajes lo habrían delatado como un aristócrata de alto rango, pero nadie habría podido afirmar que se trataba del heredero. Hasta que no ascendiese al poder y el

Imperio se llenase de símbolos con su rostro, su apariencia era un misterio. En la capital, en cambio, el semblante de Danayher y sus ojos dorados eran familiares. Quizá en todo el reino fuesen capaces de reconocerla.

La princesa respondió con inclinaciones de cabeza y saludos. A aquellos más atrevidos, les rozó las manos que tendían o les dedicó alguna palabra breve. Todo en ella eran sonrisas y amabilidad, pero su actitud no parecía formar parte de una visita ceremonial; tampoco de una espontánea.

Se movía con rapidez, como si necesitara caminar más que comprar. Los soldados trataban sin mucho éxito de acortar las distancias con ella, empujando a los viandantes para no perderla de vista, aunque a mí me pareció imposible que eso ocurriera. Brillaba como una piedra preciosa entre la multitud. Mantenía las manos cruzadas detrás de la espalda, y solo en ocasiones concretas se extendieron para examinar una pieza. Traté de vislumbrar todo aquello que captara, aunque fuera durante un breve instante, su interés.

La vi detenerse ante un puesto de cuchillos. No cogió ninguno, pero pasó un dedo por el filo de una hoja corta, probando el equilibrio.

Se inclinó a observar una caja de madera con bisagras de latón. No preguntó el precio. Solo la abrió, comprobó el interior y la volvió a cerrar.

Se paró frente a una mujer que vendía pan. No dijo nada durante un momento; solo escuchó lo que tenía que contarle, con la cabeza ligeramente inclinada, como si aquella conversación fuera la actividad más estimulante con la que podía llenar ese momento.

Sin embargo, al llegar frente a un puesto que exhibía bonitas vajillas, su rostro cambió. Cogió algunas teteras y tazas, y las

examinó de cerca con expresión triste.

—A Celharine le encantaba el té —murmuró Xytherel—. La princesa solía regalarle juegos completos.

Me volví hacia la candidata. Parecía ser una explicación dirigida solo a mí, pues el resto de las aspirantes estaban más pendientes de los artículos que nos rodeaban que de Danayher. Algunas de ellas correteaban por el mercado con una determinación casi desesperada. Empatía regateaba con un vendedor de cerámica; Reputación examinaba un collar de plata con atención.

Yo estaba perdida. No buscaba un regalo bonito. Quería que la hiciera detenerse o recordar algo que había perdido. Entre las mesas cargadas de mercancías intentaba imaginar qué objeto podría decirle a la princesa que la entendía, que le prestaba atención. Que conocía sus gustos, su historia, sus necesidades. Que había entendido algo que las demás todavía no habían visto.

Pero eso solo suponía engañarme a mí misma. Danayher seguía siendo un misterio. Allí, entre el polvo del mercado y las voces del pueblo, cualquier definición o rumor que hubiera oído sobre ella parecía demasiado simple. La heredera hablaba poco de sí misma. Era impredecible, de humor variable. No dejaba que las emociones se quedaran demasiado tiempo en la superficie.

Era como mirar un lago y saber que el fondo se encontraba a más profundidad de lo que aparentaba desde la orilla.

—¿Creéis que estará buscando un obsequio para la princesa —Perfeccionismo señaló con la barbilla a Reputación, que se encontraba examinando unas telas con determinación— o para su amante?

—¿Su amante? —La pregunta de Xytherel sonó demasiado aguda y atrajo por un momento la atención de un soldado de pelo cobrizo.

—Oh, ¿no os habéis enterado? —Perfeccionismo se llevó una mano al pecho, como si se encontrase profundamente consternada —. Al parecer, el profesor Halvar se ha fijado en ella. No es de extrañar que en el último ejercicio de Protocolo recibiese las mejores joyas para elaborar el conjunto con el que vestiría a Danayher.

—¿Crees entonces que tiene ventaja sobre el resto? —quiso saber Inseguridad, inclinándose para poder mirar a Perfeccionismo con sus ojos de cervatillo.

Los bucles rubios le rebotaron sobre los hombros cuando los encogió.

—Es evidente.

Siendo una aspirante que daba tanta importancia al prestigio y a la imagen de su familia, no parecía descabellado que Perfeccionismo se hubiese inventado ese romance. Sin embargo, de ser cierto, había un claro favoritismo que podría perjudicarme. En cualquiera de los casos, me convenía que el rumor ganase fuerza.

—No es lo único que podría reportarle un privilegio —añadí con calma—. La noche en que regresó la princesa Therenya, el consejero Havel de Osprey comentó que uno de sus compañeros tiene una vinculación cercana con el sultanato del que procede.

Xytherel y Perfeccionismo abrieron mucho los ojos. Inseguridad bajó la vista al suelo y parpadeó, sumida en sus pensamientos. Cobardía, en cambio, parecía haberse perdido gran parte de la conversación y observaba las expresiones horrorizadas del resto con confusión.

Los breves intercambios cargados de ansiedad y sospecha murieron cuando alcanzamos a Danayher, que se había detenido ante un hombre sentado en una caja de madera gastada. Los soldados más cercanos tenían una mano posada sobre la empuñadura de su arma, pero ella parecía completamente relajada.

Extendió la pierna, dejando que un bonito zapato dorado surgiera de debajo de la tela de su vestido anaranjado. Lo apoyó en un soporte metálico y el hombre procedió a frotarlo con un cepillo áspero cuyos movimientos rápidos y rítmicos fueron levantando una ligera nube gris. Después untó con un trapo enrollado entre los dedos una especie de cera de olor fuerte y penetrante. Se tomó su tiempo para extenderlo con movimientos circulares, como si estuviera puliendo una piedra, y tomó un cepillo diferente al anterior. Con cada pasada, el brillo del zapato se intensificaba. El último paso fue un paño limpio, que tensó entre sus manos para poder frotar la punta con movimientos veloces. Todos sus gestos denotaban un dominio adquirido durante años de oficio y me pregunté por qué alguien con tanta maestría llevaría la cara cubierta por un pañuelo a excepción de los ojos.

—¿Por qué oculta su identidad? —le pregunté en un susurro a Xytherel.

—Se considera un trabajo deshonroso. Los limpiabotas intentan no ser reconocidos para evitar el estigma.

Contemplé a Danayher, la mujer a quien había confesado que había limpiado el calzado del Gran Príncipe con la lengua. Había tendido su otro zapato y conversaba con el hombre igual que había hecho con el resto de los artesanos y vendedores.

Una vez terminó, Danayher se volvió hacia el guardia de cabello cano, quien le tendió una moneda de oro que brilló bajo el sol. La forma en que los ojos del limpiabotas se abrieron le delataron, pese a que luego sacudió la mano, en la que aún conservaba el trapo.

—El privilegio que me habéis proporcionado es pago suficiente, alteza.

Danayher le dedicó una sonrisa dulce y depositó la moneda sobre la mano que aún tenía extendida. Los dedos de la heredera

rozaron brevemente su piel manchada.

No prestó atención al corro que se había formado a nuestro alrededor, sino que siguió avanzando como si no se hubiera producido ninguna interrupción. Lo que no pudo ignorar fueron los gritos que vinieron momentos más tarde. Eran muchos; superpuestos, confusos. El murmullo habitual de la plaza se quebró, como una tela rasgada. Los vendedores empezaron a apartarse de sus puestos, algunos tirando mercancía al suelo en la prisa. La gente corría hacia los soldados que nos acompañaban, huyendo de una amenaza que pronto se hizo presente.

Un lobo descomunal, blanco y de grandes colmillos, caminaba entre los tenderetes, destrozando algunos bajo sus grandes patas. Nunca había visto una criatura de aquel tamaño, de pelaje claro, erizado sobre el lomo, y ojos a medio camino entre el azul y el gris. Brillaban con una intensidad casi humana y, cuando se posaron sobre nosotros, pude ver un destello blanco de soslayo. Cobardía había echado a correr en dirección contraria, presa del pánico.

El guardia de pelo cobrizo colocó a Xytherel tras él mientras la multitud retrocedía. Al principio pensé que se trataba de simple estrategia. Entonces vi la forma en que rozó su antebrazo para reconfortarla.

El lobo abrió las fauces. Las mesas se volcaban a su paso y la gente retrocedía en desorden, empujándose unos a otros para alejarse de sus colmillos. Inseguridad se quedó paralizada a pocos pasos de la bestia. El animal avanzó hacia ella mostrando los dientes en un gruñido bajo.

Dio un zarpazo que estuvo a punto de golpear a la aspirante. Reaccionó a tiempo y en su lugar la pata cayó sobre unos ciudadanos que quedaron tendidos en el suelo. Por un momento, deseé que le hubiese acertado. Ser capaz de esperar aquello me

asustó más que aquel animal.

Los soldados alzaron las lanzas casi al unísono, formando una barrera irregular frente a la princesa. Algunos ya habían desenvainado las espadas de hoja curva, dudando entre avanzar o contener a la multitud que se deshacía a su alrededor. Nosotras nos replegamos instintivamente en torno a Danayher, cerrando filas más por reflejo que por verdadera utilidad.

El lobo volvió a embestir y un grito seco, ahogado a medias por el caos, se quebró bajo aquel gesto. Danayher aprovechó la apertura entre dos soldados y se deslizó antes de que alguno pudiera sujetarla.

—¡Alteza!

—Apartaos —ordenó.

La vi dirigirse hacia uno de los puestos volcados, las telas desparramadas por el suelo. Arrancó de un tirón la cuerda gruesa que sujetaba uno de los toldos y se la enrolló rápidamente en la mano.

El lobo giró la cabeza y se fijó en un grupo de personas atrapadas entre dos mesas caídas. Gruñó y bajó el cuerpo, preparando el impulso.

Danayher echó a correr. Rodeó al animal y le obligó a dividir la atención. La cuerda describió un arco rápido en su mano y la lanzó hacia el cuello de la bestia con la intención de retenerle antes de que cargara.

Durante un instante pareció funcionar. La cuerda le rozó el cuello, llegó a tensarse… Pero el lobo reaccionó con violencia. El tirón fue seco. El cuerpo de Danayher se vio arrastrado hacia delante e impactó con dureza contra el suelo.

Quedó a los pies de la bestia.

El tiempo no se detuvo, pero algo en mí sí lo hizo. Más que un

pensamiento claro o una decisión consciente, fue una certeza inmediata. Si el lobo se abalanzaba, no habría nada entre ambos.

Los soldados se adelantaron, pero yo los dejé atrás. Escuché voces, pasos, órdenes que no terminé de entender. Llegué antes que ellos junto a la princesa. El lobo lanzó un gruñido de advertencia. No me detuve. Mi sombra se cernió sobre Danayher cuando me interpuse entre ambos.

La necesidad densa y firme de que no la tocara me permitió permanecer en el sitio.

Sus ojos fríos se clavaron en los míos y un fugaz pensamiento me cruzó la mente: «Con el mismo hielo que hay en sus ojos se esculpió mi cuerpo». Entonces el aliento que me quedaba se escapó en un suspiro breve, casi incrédulo. El lobo se había detenido.

El pecho subía y bajaba con respiraciones rápidas, como si estuviera conteniendo algo más que el impulso de atacar. Y, sin apartar la mirada de la mía, comenzó a descender. Primero las patas delanteras, luego el resto del cuerpo, hasta quedar completamente apoyado sobre la arena del mercado. La cabeza se inclinó después, despacio, en un gesto que evocaba una de las reverencias que habíamos practicado con la Maestra.

Sentí un hormigueo en la mano que me obligó a extenderla. Un sentimiento de familiaridad se apoderó de mí y, siguiendo un impulso, apoyé la frente contra su cuello, con su pelaje y el nacimiento de mi pelo fundiéndose, ambos del mismo color.

El contacto llegó antes que la comprensión: una presión detrás de los ojos, un pulso ajeno que no seguía mi ritmo. No tuve tiempo de apartarme. Las imágenes acudieron solas, como si hubieran estado esperándome.

Vi nieve. Removida, sucia.

Sentí el aire. Seco, áspero.

Escuché gritos. Desesperados, agónicos.

Olí la sangre. Densa, metálica.

Quise apartar la mirada.

Había fuego en los márgenes, extendiéndose sin prisa, devorando lo que encontraba a su paso sin distinguir qué era hogar y qué no.

No era una escena completa. Eran retazos. Algo que se deshacía en cuanto intentaba sostenerlo. Un cuerpo cayendo. Manos que no reconocía. Rostros que no llegaba a fijar antes de desaparecer. La silueta de las montañas recortándose contra el cielo.

Percibí el abandono. La tristeza.

—No lo hiráis —supliqué. Me avergonzó el esfuerzo que me requirió aguantar las lágrimas—. No supondrá una amenaza. Se irá de aquí y no causará más daño a la gente de Eakheral.

El lobo se irguió lentamente y comenzó a alejarse entre los puestos derribados.

Al volverme, me encontré con la mirada de oro de la princesa. Dos guardias la habían ayudado a levantarse y permanecían firmes a su lado. Pensé que me observaría escandalizada, pero esa expresión solo estaba presente en los rostros del resto. En el de la princesa solo había curiosidad.

—Su Alteza, las palabras de esta muchacha no nos aseguran que esa bestia no ataque de nuevo —advirtió uno de los guardias.

La princesa alzó una mano sin dejar de mirarme.

—Acompañarás a los soldados a las afueras de la ciudad y te asegurarás de que se vaya —me ordenó.

El soldado frunció el ceño, claramente disconforme.

—Pero, princesa…

—No todas las criaturas que parecen una amenaza merecen morir —continuó con calma—. Algunas solo necesitan que dejen de

golpearlas.

Al decirlo, me sostuvo la mirada un instante más largo de lo necesario. Luego se volvió hacia el resto de los soldados.

—Y aseguraos de que expulsan a esa cobarde —añadió con frialdad—. No quiero volver a verla entre mis aspirantes.

22

Los zapatos me hicieron rozaduras antes siquiera de haber alcanzado la periferia de la capital. Caminé tras los soldados, como si se tratase de una procesión encabezada por aquel lobo. A nuestro paso, los ciudadanos salieron corriendo o se quedaron paralizados observándonos con ojos desorbitados.

El animal se volvió una única vez hacia mí, como si quisiera comprobar que todavía seguía tras él. El resto del trayecto lo hizo sin detenerse ni prestar atención a nada que no fuese la arena que se extendía bajo sus garras. Me decepcionó que no se girase una vez alcanzamos la amplitud del desierto y me sentí estúpida por anhelar una especie de despedida. Mientras se alejaba, deseé poder indicarle el camino de vuelta a las montañas, aunque ni siquiera yo conocía la ruta más directa.

Tuve la certeza de que moriría de sed o de hambre antes de poder regresar a su hogar. Quién sabía cuántos días llevaba vagando desde que se había extraviado. ¿Habría atacado Aesnovar su guarida y se había visto obligado a huir?

Su marcha me dejó un vacío extraño que me persiguió todo el camino de vuelta y que solo intensificó las punzadas que notaba en los pies con cada escalón.

Permití que me escoltaran hasta el despacho de Danayher. Una

voz en la cabeza me decía que quizá debería haberla dejado enfrentarse sola a la bestia. Si la hubiese matado, me habrían enviado de vuelta al Imperio, pero cuando atravesase esa puerta y me negase a darle las respuestas que iba a exigirme, estaría en la misma situación.

Parecíamos haberla interrumpido en su paseo por la estancia.

—Espero que estés segura de lo que estás haciendo —dijo cuando nos quedamos solas—. No quiero que mi pueblo sufra por haber sido clemente con esa bestia.

—No volverá, alteza.

No me invitó a sentarme. Todo cuanto hizo fue observarme con severidad. Como esas primeras veces, cuando aún no sabía que tenía múltiples rostros.

—Supongo que si te preguntase qué ha ocurrido sería en vano.

Recordé las expresiones de horror con las que me habían observado justo antes de emprender la vuelta al palacio. Podía imaginar su desconcierto ante lo que habían presenciado. No solo aquella enorme criatura había detenido su senda de destrucción para inclinarse ante mí. Yo había apoyado mi frente contra su pelaje, como si se tratase de un animal domesticado.

—Me temo que ni yo misma llego a comprender lo sucedido.

—No voy a seguir tolerando evasivas, Eira.

Tratar con Danayher se sentía como caminar sobre hielo fino. Notaba las grietas cuando ya estaba encima, a punto de ser engullida por la helada oscuridad.

Me quedé callada, porque esa vez, aunque lo desease, no podía darle una respuesta. Aún recordaba las imágenes difusas que había presenciado. Había sido una sensación similar a la que había experimentado con aquel colmillo de escarcha, aunque el contenido de la visión había sido mucho más crudo. Tragué saliva cuando la

idea que llevaba ya un tiempo rondándome volvió a acapararme la atención. ¿Y si se trataba de recuerdos del genocidio?

Danayher se colocó al otro lado del escritorio y apoyó las manos sobre la madera. Tenía los hombros hundidos, pero su mirada estaba encendida.

—Podría obligarte a responder.

—La respuesta sería la misma, alteza.

—Sé que no eres humana, Eira.

Un estremecimiento me recorrió el cuerpo antes de que pudiera pensar. Sentí las piernas temblar, los músculos tensarse sin control. El mundo pareció encogerse a mi alrededor y todo cuanto pude sentir fue el frío de un miedo insistente y absoluto trepándome por la garganta.

Siguió hablando, pero su voz quedó engullida por un fuerte pitido en los oídos. Me esforcé por escucharla, aunque pareciese que su voz llegara desde debajo del agua.

—Llevo días recorriendo la biblioteca en busca de información que pudiese explicar que la celda estuviese congelada aquella mañana. —Su tono fue perdiendo el tinte de enfado para cubrirse de algo parecido a la emoción—. Pero fue consultando a unos escribas que encontré unos pergaminos que hablaban sobre una antigua raza de hielo que habitaba hace años en las montañas que nos separan de Aesnovar. Pensé que era imposible, pues dicha raza había sido aniquilada por el Imperio, pero lo que ha sucedido con ese lobo… —Se interrumpió, como si estuviese recordando algo—. Por fin le he encontrado sentido. Lo que no entiendo es cómo puedes estar viva.

Retomó el paseo por la estancia, pasando los dedos por los cachivaches metálicos cuya utilidad aún no había comprendido. Me apoyé sobre el escritorio para no perder el equilibrio.

—¿Cómo pudiste criarte en Aesnovar? ¿Eras una prisionera?

¿Una refugiada? ¿Hay más supervivientes?

No logré escuchar el resto de las preguntas. La habitación comenzó a dar vueltas, como los aros metálicos que giraban en torno a las esferas de cristal en la mesa contigua.

—¿Eira? ¿Te encuentras bien?

Me estremecí cuando me posó las manos sobre los hombros. Me costaba comprender cómo toleraba siquiera tocarme, pero permaneció allí, a mi espalda. Una presencia firme, cálida, que me ancló lentamente hasta que volví a sentir que el suelo era firme bajo mis pies. No necesitó palabras para conseguir que mi respiración se acompasase a la suya.

Su roce continuó por mi brazo y mi costado hasta que estuvo frente a mí. Tenía las cejas arqueadas; las comisuras de los labios apuntaban al suelo. Habría podido afirmar que estaba preocupada, pero esa emoción parecía impensable ante lo que había descubierto.

Llevaba días barajando la idea y, aunque me sorprendía que no hubiera sido suficiente para expulsarme, le había dado la confirmación que necesitaba para hacerlo.

—¿Quieres sentarte? —preguntó y yo asentí torpemente.

Se arrodilló frente a mí y me posó una de las manos sobre el muslo.

—Necesito que seas sincera conmigo. Puedo ser comprensiva con… —hizo un gesto con la mano libre que nos abarcaba a ambas— esto. Pero no puedo seguir tolerando que me mientas y ocultes información. —Hizo una pausa y lanzó un suspiro al techo, frustrada por mi silencio—. Quiero protegerte, Eira.

Levanté la cabeza. Quise creerla con más desesperación de la que era prudente y mi rostro debió de evidenciarlo. Me apretó la piel con la mano, las cejas se arquearon más. Allí, arrodillada ante mí, parecía estar suplicando.

—Pero necesito entender qué está pasando —continuó—. Necesito saber si Aesnovar ha enviado a esa bestia para hacer daño a Eakheral. Si has sido tú. No puedo poner a mi pueblo en peligro.

Noté la angustia en la forma en que terminó la frase.

«Si no pretendiese ayudarme, me habría echado ya», razoné. Mi única oportunidad era contarle lo que necesitaba saber.

—No puedo responder a vuestras preguntas acerca del origen del lobo. Solo puedo responder ante el mío.

—Hazlo, pues.

Mantuve la cabeza gacha y empecé a juguetear con las cutículas mientras encontraba las palabras. Igual de vulnerable que cuando le había contado mi peor momento con el Gran Príncipe.

—No conozco mucho sobre mi raza y lo que sucedió, solo aquello que mi padre convino compartir conmigo. Era un bebé cuando el Imperio de Aesnovar decidió enviar a sus tropas a las montañas que lo separan de Eakheral y buscar a mi pueblo. Masacró cada aldea que encontró y mató a todos sus habitantes sin importar género ni edad.

»El ataque fue liderado por Urthal del Estandarte Kestrel, líder de los ejércitos del Emperador, más conocido como el Máximo Ejecutor del Brazo Imperial. Él estuvo presente en el asalto de una de las principales aldeas. Él fue la espada que ejecutó a mis padres. Cuando me llegó el turno, agarró mi pequeño cuerpo con una de sus manos. La otra se quedó inmóvil.

—¿Por qué? —quiso saber Danayher al ver que estaba teniendo dificultad para continuar.

Recordaba las palabras de mi padre adoptivo narrando aquella historia. Al principio, cuando era muy pequeña, le pedía que lo hiciera decenas de veces, como si se tratase de uno más de los cuentos que el Imperio contaba acerca de sus hazañas y conquistas.

Aquellas eran las versiones que recordaba con más bondad, antes de que se volvieran amargas por el entendimiento. Había descrito con ternura la forma en que mis ojos azules buscaron los suyos. Cómo, pese a que me retorcía inquieta, no había roto en llanto. Me había hablado del repiqueteo de su espada al caer una vez se descubrió incapaz de rebanarme con ella el cuello, de la manera en que había apartado uno de los mechones casi blancos de mi pequeño rostro y yo le había sujetado con fuerza el pulgar.

—Sintió compasión por mí —fue cuanto dije. Puede que me viera obligada a destripar mi historia, pero no iba a desnudar mi corazón —. Suplicó al Emperador que me permitiera quedarme. Prometió criarme en las costumbres del Imperio y asegurarse de que nunca fuese una amenaza. El Emperador se mostró reacio al principio. Temía que pudiera vengarme, de modo que le prohibió explicarme cuál era mi origen. Me crie en la Corte Imperial, donde la mayoría de los aristócratas, al igual que yo misma, desconocían que no era la hija biológica del Máximo Ejecutor del Brazo Imperial.

Una línea roja se extendió por mi dedo cuando tiré con demasiada fuerza de una de las pielecillas. Sentí el escozor antes de que la sangre manase. Seguí haciendo lo mismo en un dedo diferente.

—Las explicaciones llegaron después, pues a medida que crecía, lo hicieron también unas alas en la espalda. —Levanté la mirada y pude ver cómo los ojos de Danayher se habían abierto por la sorpresa—. Al principio eran pequeñas, de forma que mi padre me ayudaba a ocultarlas bajo una capa. Cuando se hicieron más grandes, comenzaron a suscitar rumores e incomodidad.

»El Emperador presionó a mi padre, quien accedió a ocuparse del problema a cambio de una promesa: nunca me haría daño por mi condición, ni permitiría que otros lo hicieran en su lugar. El

Emperador apreciaba profundamente a mi padre y la labor que desempeñaba para el Imperio, de modo que accedió. Fue ese juramento el que permitió que yo fuese enviada aquí tras su muerte, en lugar de ser ejecutada.

»Mi padre cortó las alas con sus propias manos. —Tragué saliva, tratando de mantener el recuerdo a raya—. Quería asegurarse de que era rápido y conocía la compasión de su propio ejército. Las heridas que visteis después de mi encierro son lo que queda de ellas. Permanecen siempre abiertas… —Agaché la cabeza y me observé los dedos. Una gota roja se deslizó por el índice y aterrizó sobre la tela blanca de mi vestido—. Siempre sangrantes.

La princesa extendió la mano para evitar que siguiese ensañándome con mis dedos. Observó las heridas, haciéndome girar la muñeca con delicadeza.

—¿Puedo verlas?

No había indecisión, tampoco una curiosidad morbosa. Estaba muy seria y había una emoción más, una que nadaba en el oro líquido de sus ojos y que no pude interpretar. Di un cabeceo como respuesta y ella se puso en pie y rodeó el sillón hasta colocarse detrás. Me incliné hacia delante y aparté el pelo blanquecino para que pudiera hacer el vestido a un lado.

Sentí cómo el vello se me erizaba en torno a las dos largas zanjas que cruzaban la zona de las escápulas. Allí donde sus yemas me recorrieron la piel.

—Sé lo que vuestro reino opina sobre la magia —susurré—. Y también sé que aquellas culturas que la temen se alegraron de que Aesnovar pusiera fin a la existencia de mi raza.

El calor que habían dejado los dedos de Danayher desapareció cuando retiró la mano. Escuché un largo suspiro, aunque no me volví a sostenerle la mirada.

—No puedo hablar por el clero, pero sí puedo asegurarte que mi madre no celebró la decisión del Imperio. —Pensé que aquello era una excusa carente de valor, hasta que comprendí que no buscaba justificarse. Caminó hasta colocarse frente a mí y me observó con la solemnidad propia de una futura reina que había tomado la siguiente decisión—. No hay forma de compensarte lo sucedido, pero sí puedo asumir la parte de culpa que tuvo Eakheral. Estás en lo cierto al afirmar que el pensamiento que defiende nuestra sociedad solo propicia que crímenes así se lleven a cabo con absoluta impunidad. Los lugares gobernados por el miedo terminan confundiendo prudencia con crueldad. —Se dirigió hacia el sillón con gesto derrotado y se quedó sentada en el borde, con la espalda erguida y las manos entrelazadas sobre el regazo—. Quiero poner a tu disposición los documentos que he consultado. Tienen información sobre tu pueblo que es posible que conozcas, pero estoy segura de que habrá algo nuevo que puedas aprender. Concertaremos citas para que los consultes.

La observé con atención durante un instante, tratando de comprender lo que estaba sucediendo. El Gran Príncipe nunca me hubiera permitido quedarme tras lo que había contado.

—Pero en Aesnovar decían… Ese conocimiento está prohibido.

—Ningún conocimiento debería estarlo. Que cerremos los ojos no evita que la magia exista. Tú eres la prueba de ello. No entender aquello que tememos solo nos hace más débiles. La ignorancia puede explicar un error. No pienso permitir que justifique un segundo.

* * *

Danayher tardó varios días en llevar a cabo su propuesta; tantos que había comenzado a pensar que se trataba de una promesa vacía.

La espera había estado salpicada de preguntas acerca de lo ocurrido con el lobo que había decidido ignorar, y también de lecciones cada vez menos frecuentes. Tras una de ellas, una de las doncellas se aproximó para indicarme que la princesa me esperaba.

Cuando alcanzamos el piso en el que se encontraba el despacho de Danayher, mis pies hicieron amago de continuar. La mujer, sin embargo, siguió ascendiendo por la escalera de caracol. Nuestro destino fue el pasillo de los dormitorios, lo que me contrarió una vez pasamos de largo la puerta que pertenecía al mío.

Los guardias no nos dirigieron un segundo vistazo. Uno de ellos tan solo se inclinó y golpeó con los nudillos el cristal de la puerta de doble hoja. La voz de Danayher sonó amortiguada, pero permitió distinguir con claridad un «Adelante».

Aparté, dubitativa, las cortinas de suave seda que se encontraban tras el umbral. Tenía un recuerdo vago de aquella antesala, que había presenciado en la noche de nuestra primera prueba. No era grande. No había tapices ni adornos superfluos, solo la piedra desnuda y algunas piezas cuidadosamente elegidas como un cuenco de metal trabajado, una daga ceremonial apoyada sobre una mesa estrecha o un jarrón con flores frescas.

Al final de la estancia, las paredes se estrechaban ligeramente, como si quisieran guiar hasta el panel de madera que la separaba del dormitorio. Tras él apareció Danayher, aunque con una apariencia diferente a la que era capaz de reconocer. La tela de su vestido era más ligera y clara. No había bordados, solo la caída limpia del tejido, ceñido en la cintura con un lazo sencillo. El escote, más abierto de lo que en público nunca se había permitido, dejaba ver la línea firme de su clavícula y el inicio de un pecho sin cadenas

ni joyas. Cuando caminó hacia mí, los mechones de pelo que se le habían desprendido de su recogido descuidado se le balancearon en torno a la cara, suavizando sus facciones. En las manos sostenía unos pergaminos, que extendió sobre el escritorio, donde reposaban una jarra de agua y dos copas preparadas.

—De verdad espero que te sirvan, Eira —me dedicó una sonrisa, pero parecía triste—. Siéntate. Si tienes alguna pregunta, no dudes en avisarme.

Posó la mirada en el suelo, como si estuviese reorganizando sus pensamientos, y luego se dirigió al otro lado de la mesa, donde se puso a revisar sus propios documentos acomodada en un butacón.

Me tomé la libertad de llenar uno de los vasos. Ni siquiera el agua fresca deshizo el nudo que sentía en la garganta. Temía lo que pudiera encontrar en aquellas líneas de caligrafía cuidada. En Aesnovar, todo cuanto me habían enseñado sobre mi raza habían sido historias distorsionadas que la hacían merecedora del exterminio. Me obligaban a repetir aquellas infamias, por denigrantes que fuesen, y a aceptar que lo que les había ocurrido había sido justificado.

No estaba segura de poder soportar que Danayher pusiera a mi alcance ese tipo de calumnias.

Por suerte, las primeras impresiones distaron mucho de mis antiguas lecciones. Eakheral había recogido mucha información sobre la raza que habitaba cerca de sus fronteras. Mi lectura avanzó lenta, pues utilizaban términos elevados que en el idioma del reino no me resultaban tan familiares, pero no permití que eso me desanimara. Aquella era la excusa perfecta para pasar más tiempo a solas con la princesa. Mientras mis ojos recorrían las explicaciones y los dibujos que representaban los tipos de edificaciones en las que mi pueblo había habitado, me pregunté si alguna otra aspirante

habría tenido el privilegio de visitar la Cámara de la Princesa.

Pasé las páginas con avidez, contemplando cuántas temáticas diferentes contenían. Cuando encontré la sección que hablaba sobre la religión, me detuve. Mi padre siempre había sido escueto con los datos que compartía conmigo, pero había considerado que no era adecuado mantenerme apartada de la fe.

«Es bueno tener algo en lo que creer», había dicho, y puesto que la religión de las Tres Voces no resonaba en mí, había intentado acercarme a mis raíces. Me había hablado de un dios que no había creado a su pueblo en el calor de su vientre, sino que lo había esculpido en el hielo eterno, soplando un alma helada en su interior. Durante años, le recé cada noche. Mis plegarias variaban. A veces solo le pedía que mi padre volviese a salvo de la última campaña a la que el Emperador lo había enviado. Otras, cuando las garras del Gran Príncipe se me hundían con saña en la piel, le suplicaba que me permitiera reunirme con mis verdaderos padres. Todas fueron ignoradas y me sentí más desamparada que cuando había decidido no depositar mi confianza en nadie.

Pude leer como, cuando un bebé nacía, se le dejaba tendido sobre un bloque de hielo toda la noche. Si sobrevivía al frío, se consideraba que había sido aceptado por los ancestros. Entonces se escribía su nombre verdadero sobre la nieve y luego se borraba, para que solo el dios lo recordara.

Me quedé atascada en esas líneas, condenada a releerlas una y otra vez. Con cada repetición, el sentimiento de pérdida iba calando más y más hondo, hasta que el escozor en los ojos me ancló al presente. No iba a permitirme llorar delante de Danayher. Ni siquiera sabía cuál era el nombre que mis padres habían elegido para presentarme al mundo, mucho menos el que habían reservado solo para su dios.

—Enfrentarte a tu pasado puede ser duro —me sobresalté al escuchar la voz de la princesa—, si bien estoy segura de que podrá darte un sentido de pertenencia.

«Pertenencia». Hasta la palabra me resultaba ajena.

Había aprendido a moverme entre mundos sin dejar huella en ninguno.

23

El pasaje que nos ordenaron copiar era largo y denso, de esos que se enroscaban en sí mismos y castigaban al que osase confiarse. Las letras del manuscrito debían ser finas; el ritmo, constante. No había cabida para un error, salvo que se quisiera comenzar de nuevo. Los profesores se habían aficionado a limitar el tiempo en el que debíamos completar las tareas, y no habría sido un problema de haber sabido de cuánto disponíamos. «La Mariposa nunca sabe cuándo otra tarea más urgente requerirá su atención», era la justificación que había usado el profesor Halvar.

Mi resultado fue bueno. Más que bueno. La caligrafía era elegante sin parecer forzada, segura sin resultar ostentosa. Y era precisamente la seguridad de una de mis contrincantes la que quería poner a prueba.

Levanté cada hoja ante los ojos, como si buscara otro ángulo de luz, y las fui disponiendo sobre la madera. Me reservé la que tenía el acabado más impecable, cuando la muñeca aún no había comenzado a dolerme, para colocarla lo más cerca posible de Perfeccionismo, que estaba sentada a mi izquierda.

—¿Te importa si dejo mis pergaminos aquí un momento? —le susurré—. La tinta aún está fresca.

No esperé su respuesta. Tenía lo que quería. Su distracción, su

atención, su inquietud. No solo había terminado antes que ella, había puesto ante sus ojos un material con el que comparar su trabajo. Vi cómo enderezaba la espalda, cómo sus pupilas se deslizaban por mis líneas para luego recorrer las suyas. Reanudó su trabajo con una energía distinta. Corrigió una letra. Luego otra. Arrugó una hoja. Empezó de nuevo.

Era arriesgado, pero suficientemente inocente como para que no pudiese achacárseme como deliberado. Quería comprobar si contaba con impunidad, si era ella la persona a la que alguien había señalado como ganadora sin importar a quién se tuviera que eliminar en el proceso. Y, sobre todo, cómo.

Cuando el profesor anunció el final de la clase, no necesité volverme para saber que ella no había terminado. Recogí mis pergaminos y los entregué con premura. Desde que había revisado la lista de aspirantes esa mañana, había ubicado el momento concreto en que mi trayectoria se cruzaría con la de Danayher. Nos había convocado a todas en su despacho justo después de aquella actividad, aunque no sabíamos para qué. Era irrelevante, pues cualquier ocasión permitía ser vista y recordada. El resto de las candidatas parecía opinar lo mismo, por supuesto. Lo vi en los silencios tensos, en la forma en que se arreglaban los vestidos, en cómo miraban continuamente a la puerta esperando que nos permitiesen atravesarla.

Danayher no levantó la vista ante nuestras reverencias. Tenía unos pergaminos extendidos en el escritorio y el aire se había tensado como si alguien hubiera tirado de una costura. Pasó las páginas, despacio. Demasiado despacio. El rasgueo de cada una de ellas sonaba como una sentencia.

Cogió una de las hojas y la deslizó hacia delante. No necesitó alzar la voz. Su tono gélido fue suficiente.

—¿Por qué no está terminada?

Los hombros de Perfeccionismo se tensaron.

—A mitad del proceso comprendí que el manuscrito no alcanzaba la elegancia necesaria. Preferí comenzar de nuevo.

Sentí una satisfacción breve, casi cruel. Era una respuesta ambiciosa que se escudaba en esa búsqueda de exigencia que Danayher le había recriminado en la carta de la primera prueba. Justo el tipo de error que la princesa disfrutaba diseccionar.

Sin embargo, Danayher apiló todos los manuscritos y los dejó a un lado. Un sirviente se apresuró a cogerlos. Cruzó las manos sobre la mesa.

—Os he hecho llamar porque quiero que asistáis conmigo a una velada privada que ha organizado el duque de Velth. Ha acompañado a mi hermana en su viaje desde la frontera, por lo que contamos con su presencia en la Corte durante un breve periodo de tiempo. —La tela de su vestido negro se onduló alrededor de la cintura cuando se puso en pie—. Si me seguís…

El salón estaba orientado hacia el oeste, pensado para las horas en que el día empezaba a declinar. En ese momento de la tarde, la luz entraba oblicua por tres arcos abiertos que daban a una terraza estrecha. El sol caía directo, solo suavizado por celosías de piedra tallada que descomponían la claridad en retículas doradas sobre el suelo. En el centro se habían dispuesto pequeñas mesas de madera oscura que sostenían bandejas de fruta cortada, jarras de vino especiado y cuencos de metal con dátiles y frutos secos.

Era una sala pensada para pocas personas. Para una de esas veladas íntimas en las que la nobleza fingía relajarse mientras cada palabra seguía pesando lo mismo que una reunión concurrida en pleno día.

En cuanto entramos, la princesa Therenya se acercó con una

sonrisa en el rostro y tomó la mano de su hermana como bienvenida. Tras ella se encontraba el hombre de cabello ralo blanco como la nieve que nos había acompañado en el mercado. Siguió cada movimiento de Danayher en silencio, pero no se aproximó como el resto a saludarla.

Me esforcé por no encogerme cuando la mirada de la marquesa de Rethor se clavó en mí. El pinchazo que sentí en la herida que aún tenía en la cara evidenció el disgusto que me produjo encontrarla allí, sujeta del brazo del descarado de su marido.

En esa velada no se esperaba que Danayher evaluase nuestra capacidad para desenvolvernos, de modo que las aspirantes revoloteábamos alrededor de la heredera como la Mariposa que aspirábamos a ser.

Solo hubo dos excepciones.

Perfeccionismo se había abierto paso entre los cuerpos y las mesas y había terminado hablando con un hombre al que no había visto nunca. Por otro lado, la anciana que había entablado conversación con Reputación y conmigo en la última velada parecía haber captado la atención de Inseguridad. Toqueteaba con nerviosismo una cadena de cuentas de hueso. Pude contar ocho.

Me pareció significativo comprobar que Empatía y Xytherel habían preferido asistir de forma pasiva a la conversación de Danayher con el que parecía ser el anfitrión. No descarté que se tratase de una falta de afinidad con los asistentes a aquella reunión.

El duque de Velth era un hombre corpulento que vestía por completo de negro. Un brillo metálico me llamó rápidamente la atención al verlo gesticular y, al centrar la vista, comprobé que su mano era de metal. Los dedos eran rígidos, sin ninguna capacidad para articularse, de modo que cuando señaló a Therenya lo hizo con toda la mano.

—Quienes hemos servido lejos de la capital valoramos a quien entiende el precio de la seguridad del reino. Vuestra hermana siempre mostró una sensibilidad especial en ese aspecto.

—Ponéis mayores virtudes en mi persona de las que merezco, Serrik —dijo Therenya con una sonrisa. Al mirar hacia su hermana, puso los ojos en blanco y negó con la cabeza—. No le hagas ni caso. Mi labor allí ha sido simple y llanamente lo que se esperaba de mí.

—Estoy segura de que el duque de Velth habla con exactitud de tus virtudes.

No me pasó inadvertida la diferencia entre la apelación por su nombre de pila y por su título.

—Brindemos por ellas. —El hombre levantó un cáliz en su mano sana—. No sería una verdadera velada si la copa de vuestra alteza permaneciera intacta.

Danayher imitó el gesto con cortesía, si bien cuando llegó el momento de beber, fue ella quien dio un largo sorbo. El noble apenas se mojó los labios antes de apartar el vino.

Fue un gesto que se repitió a medida que entraba la noche. Con la naturalidad de quien cumple una cortesía, el duque no dejó de procurar que la copa de la heredera estuviera siempre llena, mientras la suya permanecía apenas intacta. Encontraba siempre un motivo para alzarlas de nuevo, y Danayher bebía un poco más en cada ocasión. Hasta que finalmente fue ella la que tomó la iniciativa.

Cuando mantuvo su cáliz, lleno de vino blanco, en alto, recordé aquel mismo gesto ejecutado por el Gran Príncipe. «Brindemos por la extinción de los Hijos del Hielo», había dicho, pronunciando con sorna el título. El placer con el que me había escrutado cada palmo del rostro en busca de una reacción me revolvió las tripas incluso en aquel momento, años después y con una montaña entre nosotros.

—Brindemos por el marqués de Rethor —dijo Danayher

arrastrando levemente las palabras. Pese a que el aludido levantó la cabeza con incredulidad, se apresuró a participar—, cuyo clan ha contribuido con tanta generosidad a los intereses de Eakheral… Que la prosperidad siga fluyendo limpia y sin sombras, y que cada moneda brille con la honestidad que siempre le ha caracterizado.

Hubo murmullos de asentimiento entre los presentes, envidiosos del honor que suponía haber sido señalado. Irónicamente, los únicos que no parecían estar disfrutando eran los marqueses. Él soltó una risa forzada y, tras una inclinación de cabeza, murmuró un «Me halagáis, alteza» antes de dar un sorbo. Su esposa, en cambio, había perdido el color de su piel tostada. Supe entonces que la felicitación estaba envenenada.

Mientras Danayher bebía, me dedicó una mirada por encima del cristal. Más allá de los agravios que el marqués hubiera podido provocar a la Corona con sus actividades mercantiles, había una venganza personal en sus palabras. Se me encogió el corazón. No supe cómo sentirme al respecto.

El duque rellenó la copa de Danayher con la misma premura con la que ella había apurado los posos. La voz de mi padre me resonó en la cabeza: «Quien acompaña a un emperador puede protegerlo, pero también traicionarlo. En el mundo del poder, los peores enemigos no se sientan frente a ti, sino a tu lado». Aquel noble no buscaba divertirse; de lo contrario, habría vaciado las mismas copas que ella, incluso más. Quería nublarle el juicio y soltarle la lengua para poder hablar en su nombre después.

No tardó en convocar otro motivo para beber con la misma naturalidad con la que lo hacía en tantas ocasiones. Demasiadas.

Di un paso hacia la mesa baja como si fuera a tomar un aperitivo de una de las bandejas olvidadas. Fingí calcular mal hasta rozar la base de la copa de la princesa. El contenido se volcó de golpe.

Danayher reaccionó al instante, apartándose hacia atrás. La copa se estrelló en el suelo a sus pies, convirtiéndose en añicos a un palmo de sus sandalias.

El silencio fue tan denso como el vino que se había extendido por el mantel y había comenzado a gotear por un borde, formando un pequeño charco en el suelo. Unas gotas habían aterrizado también sobre el escote del vestido de la heredera.

Un noble sacó un pañuelo con rapidez; otro ofrecía ya el suyo con una inclinación exagerada; alguien más buscaba una servilleta entre los pliegues del servicio.

Retrocedí un paso.

—Perdonad… —murmuré.

Danayher no aceptó ninguno de los primeros ofrecimientos. Recorrió con los ojos brevemente el círculo de manos extendidas hasta detenerse en el anciano que vestía como un guardia. Había permanecido rezagado, sin insistir.

—Gracias, sir Odran.

Fue su pañuelo el que tomó. Un gesto pequeño, casi invisible entre el revuelo, pero revelador.

—Hay que ser extraordinariamente torpe —dijo entonces una voz seca— para provocar un espectáculo semejante.

Levanté la vista. El comentario venía del duque. Me observaba con una severidad apenas disimulada.

—Ha sido un accidente —intervino Danayher antes de que nadie más hablara.

Su tono era sereno, pero tampoco dejó espacio para discusión. No hizo ademán de tomar una nueva copa y rechazó con un gesto cortés la que le ofrecieron.

La conversación se reanudó poco después, aunque el ambiente ya no era el mismo. Me aparté hacia el borde de la sala, procurando

desaparecer entre las sombras de la pared. Al hacerlo, crucé miradas con el caballero que atendía al nombre de sir Odran. La inclinación de cabeza fue mínima, pero suficiente para hacerme comprender que no había sido la única que había advertido las intenciones del duque.

Intenté pasar desapercibida, fingiendo que no escuchaba las conversaciones desde aquella distancia en la que unos oídos humanos solo habrían percibido murmullos ininteligibles. Sin embargo, no pude evitar levantar la cabeza cuando la anciana elevó la voz, distanciándose del volumen suave que había mantenido durante toda la velada.

—Conviene recordar ciertos gestos visibles de devoción. Especialmente bajo la presencia de Orhal, alteza. El pueblo encuentra consuelo en la fe y la tradición. Altares, ofrendas, ceremonias…, señales que puedan ver con sus propios ojos. —Dejó que las cuentas le resbalaran una a una entre los dedos—. Hay gobernantes que lo comprenden bien. Incluso en tierras… menos piadosas que las nuestras.

Posó los ojos en mí. ¿Hablaba de Aesnovar?

La frase quedó flotando con estudiada ambigüedad. Algunos de los nobles asintieron, creyendo reconocer la alusión. Fue entonces cuando Danayher alzó la mirada. Mantenía los párpados entrecerrados y tenía un ligero rubor en las mejillas.

—Suena complicado. Que vean con sus propios ojos altares y ceremonias, quiero decir. —Hizo un mohín con la boca. La calma que esgrimía rozaba el desdén—. Si no me equivoco, el cierre de los altos templos a las clases bajas se realizó bajo el pretexto de esa tradición que menciona.

Recordaba aquella reforma. La habían incluido en el ejercicio de Historia que había tenido que realizar al poco de mi llegada. Había

sido uno de los intentos de la madre de Danayher por mejorar la situación del pueblo.

—¿Qué propone, baronesa de Dorthen? Quizá podemos poner un altar en el centro de la plaza. O celebrar las ceremonias de los ocho dioses junto al mercado. —La anciana abrió los ojos con espanto. No solo las palabras de la heredera estaban resultando hirientes, también lo hacía su tono bronco—. O ya que hace referencia a gobernantes de tierras menos piadosas, ¿tal vez se refiera a ese altar que el Gran Príncipe mandó levantar con el oro de los impuestos del sur? Si construimos uno igual, es posible que brille tanto que el populacho pueda verlo desde el pie de la escalera.

—Tal vez, hermana —intervino Therenya con voz apaciguadora —, la baronesa se refiera a que algunos podrían llamar a ese tipo de actos «veneración».

—Yo lo llamo «vanidad». —Trazó un gesto vago con los dedos, como si apartara una mosca—. En Aesnovar no rezan a ningún dios. Sabes que ese altar fue construido con la imagen del Emperador.

La princesa menor tendió la mano hacia la heredera con ternura.

—No somos nadie para cuestionar la fe del resto.

—Y nosotros tenemos ocho dioses a los que venerar —convino la anciana.

Danayher soltó una risa histriónica.

—Si alguien cree que mi padre, o yo cuando le suceda, querríamos ver nuestro reino lleno de altares pagados con el hambre de nuestros súbditos…

Therenya tosió levemente, con la mirada clavada en su hermana. Había una petición en su expresión. Danayher cerró la boca de inmediato y aceptó la mano que seguía extendida hacia ella. Tenía los labios más apretados de lo que resultaba natural.

—No obstante —soltó un suspiro antes de continuar—, trasladaré

al rey su sugerencia, baronesa. Bajo la influencia de Orhal hallaremos el equilibrio entre tradición y derroche.

La mujer forzó una sonrisa e hizo una ligera reverencia antes de dar un paso atrás.

—Tenéis razón, alteza. La fe verdadera no necesita vanagloriarse; le basta con no apartarse del camino.

Era en esa intimidad que disfrazaba una advertencia de consejo donde el dogma del clero salía a reducir. Y cuanto más conocía de Danayher, más me costaba visualizar cómo encajaban las piezas.

24

Los documentos que me había proporcionado Danayher contenían mucha información que se me antojaba irrelevante. No era algo que le verbalizara, por supuesto, pues consideraba que sería insultar su buena voluntad, pero no dejaba por ello de ser decepcionante.

Había observado cómo seleccionaba con cuidado los manuscritos que me tendía, para guardar después el resto en un cajón. A medida que pasaban los días, había comenzado a albergar la duda de si los datos interesantes se encontrarían en ellos, aunque tal vez era mi forma de negarme a aceptar que no había nada interesante que narrar sobre mi pueblo.

«Quizá por eso a nadie le importó que borraran su existencia», había dicho una voz muy parecida a la del Gran Príncipe en mi cabeza. Desde entonces, había intentado no pensar demasiado en ello.

No todo era anodino. Había datos que, más que por su utilidad, había aprendido a valorar por el calor que me hacían sentir en el pecho. Quizá era eso a lo que se había referido Danayher cuando había hablado de pertenencia. Había podido ver mapas antiguos, que mostraban los picos de la formación rocosa y los lagos de las tierras del hielo con nombres que ya no existían.

Había encontrado una frase, cuya tinta había acariciado con la

punta de los dedos: «El hielo nunca olvida quién lo quebró». Había aprendido detalles como el golpecito que daban con la parte conexa de la cuchara contra la mesa para agradecer los alimentos, o que evitaban decir «sí» y «no» de forma directa. Incluso había intentado aplicarlo, aunque Danayher no siempre me permitía andarme con rodeos.

Aquel día, como tantos otros, se encontraba sentada tras su escritorio, enfrascada en los documentos que Ysolde había llevado a sus aposentos poco después de que hubiera comenzado nuestra sesión.

Las puertas se habían abierto con un sonoro chasquido y la mujer había entrado como si aquel fuese un espacio al que acostumbraba a acceder. No había habido presentaciones entre nosotras ni reverencias a la princesa. Tampoco había sido anunciada, a diferencia de como había sucedido con Therenya, pero sí la tuteó de la misma forma en que lo había hecho ella.

—Lo que habías solicitado. Ven a verme luego.

Danayher no se molestó por recibir una orden. Asintió con seriedad y se apresuró a revisar los pergaminos antes de que Ysolde hubiera terminado de abandonar la sala.

Había sido una ingenua al albergar la esperanza de que esos momentos a solas sirvieran para acercarme a ella. La única evidencia de que reparaba en mi presencia eran sus peticiones para que le acercase un cojín o para que le sirviera agua de la jarra que descansaba a mi lado.

En esa ocasión, me solicitó que le acercase vino. Indicó con una mano un aparador en el que guardaba unas botellas. Cerré los dedos en torno a la de vidrio más claro. Me acerqué hasta el butacón en el que se encontraba sentada y percibí cómo su atención se desplazaba hacia mí. Incliné la botella con cuidado. El hilo blanco

descendió limpio hasta que cerró los dedos en torno a mi muñeca en un gesto preciso y firme.

—Solo la comida y el agua se sirven por la izquierda.

Me quedé inmóvil, con la botella suspendida en el aire y el pulso atrapado bajo su palma. Su agarre no dolía, pero tampoco cedía. Levanté la vista y me encontré atrapada en su mirada dorada. No había dureza en su expresión, tampoco indulgencia. Solo atención. Concentrada únicamente en mí.

El calor me subió por dentro con una violencia inesperada. No se debía a la vergüenza por la corrección, sino a un motivo más disparatado. La necesidad de sentirme vista después de días de indiferencia.

—Tenéis razón, alteza. Lo lamento.

—Sirve otra copa para ti —dijo cuando me posicioné a su derecha y terminé de llenar su cáliz— y enfría su contenido hasta dejarlo en el punto perfecto.

Durante un instante no entendí la orden. No por lo que pedía, sino por lo que implicaba.

Magia.

En Aesnovar, cualquier desliz como el que había cometido en la celda habría supuesto la muerte. El control que mi padre me había obligado a ejercer hacía que ese poder me pareciese ajeno. Y, sin embargo, Danayher lo requería como si fuese algo natural. Clavé la mirada en ella, buscando en su expresión algún indicio que me revelase que se trataba de una trampa. No encontré nada más que una atención firme que no dejaba espacio para una negación.

Tragué saliva y tomé la copa con cuidado. El cristal estaba tibio entre mis dedos, que se cerraron a su alrededor. Busqué la magia donde recordaba haberla sentido por última vez, en un recoveco profundo de mi interior que no pensaba que fuese a querer

despertar de nuevo. No estaba allí. Solo había una quietud, espesa e incómoda, como si alguien hubiese barrido aquella esquina hasta dejarla irreconocible. Tragué saliva y me esforcé en escarbar más hondo, en tantear a ciegas y en apartar las capas que había colocado con los años: el miedo, el hábito, el control… Entonces algo se rompió. Sin permiso, sin contención, la sentí desbordándose antes de que pudiera comprender lo que era. Para cuando quise sujetarla, ya era tarde.

Sentí el frío filtrándose desde dentro, una sensación conocida y ajena al mismo tiempo. La copa estalló con un chasquido seco. El vino helado se deslizó entre los fragmentos de cristal, goteándome sobre la piel. Me quedé inmóvil, con la respiración contenida, esperando el grito, el castigo.

Danayher no se movió. Su mirada descendió durante un instante al desastre antes de volver a mí.

—Paciencia. —No había reproche en sus palabras, pero tampoco la diversión o la curiosidad que la caracterizaban. Se puso en pie y rodeó el escritorio sin dejar de mirarme—. Cuando uno se apresura, comete errores más fácilmente.

Buscó en un aparador un pañuelo que me tendió para que pudiese limpiarme. Me aparté del charco sobre el que flotaban los pedazos de cristal rotos y dejé huellas húmedas sobre la piedra con las sandalias.

—No te preocupes —dijo mientras volvía a tomar asiento—. Luego ordenaré que lo limpien. Es parte del proceso.

—¿Alteza? —Uno de los guardias asomó la cabeza tras la cortina de seda—. Su hermana desea…

Unos pasos lo interrumpieron. La heredera alargó la mano hacia los documentos que se hallaban extendidos ante mí y los apiló bajo los que ella había estado consultando. Para cuando Therenya hizo su

aparición ante nosotras, Danayher ya había colocado la bandeja que sostenía la jarra de agua encima.

—Danay, ¿con qué estás ocupando esta preciosa tarde?

Frenó en seco al verme y luego deslizó los ojos al estropicio que continuaba a mis pies. Tras recibir mi reverencia, me dedicó una sonrisa de lado similar a las que había visto en ocasiones en el rostro de Danayher.

—Eira, ¿cierto? —Arqueé las cejas por la sorpresa de que conociera mi nombre—. En todo el palacio se habla de tu valor al interponerte entre aquella bestia y mi hermana.

—Solo cumplí con mi deber.

—Admito que se asemeja más al de un soldado que al de una Mariposa. —Se encogió de hombros, como si no le diese demasiada importancia—. Mi hermana no ha querido contarme cómo lograste hacer que se fuese. Quizá tú puedas darme los detalles interesantes.

Si Danayher había decidido no contárselo, no iba a ser yo quien le proporcionase más información. Sabía lo peligroso que era que se propagase la verdad. No necesité tomarme mi tiempo para buscar una respuesta que fuese a la par convincente y respetuosa. Danayher intervino antes.

—¿Para que puedas ir repitiéndolos entre los cortesanos? —La heredera sacudió la cabeza y soltó una pequeña risa—. Ya te dije que nadie tiene claro lo que pasó, ni siquiera Eira. El animal decidió irse y es lo que importa. ¿Qué haces aquí, Nya?

Therenya se acercó a nosotras y tomó asiento de un salto sobre el escritorio. Se inclinó hacia atrás para poder mirar a su hermana con una sonrisa juguetona.

—Estaba aburrida y escuché voces. —La princesa menor había sido ubicada en el mismo pasillo en el que se encontraban nuestros dormitorios y la Cámara de la Princesa—. Últimamente parece que

prefieres la compañía de Eira a la mía.

Se volvió hacia mí y me guiñó un ojo con lo que, imaginé, era complicidad.

—Si no te he invitado a pasear hoy, es porque tenía entendido que estarías reunida con el duque de Velth.

La imagen de aquel hombre corpulento y vestido al completo de negro me acudió a la mente, donde su nombre siempre estaría vinculado a los múltiples intentos de emborrachar a Danayher. A Therenya se le escapó una risa musical que trató de contener en un gesto delicado de la mano.

—No se te escapa nada. Ha sido precisamente esa reunión la que me ha dejado en este estado de sopor. Ya sabes cómo es el duque.

—No, en realidad le conozco muy poco. Eres tú la que siempre se ha codeado con él.

Danayher se puso en pie y se colocó ante su hermana, cuyas piernas cruzadas aún colgaban desde el borde de la mesa. Extendió la mano hacia el collar que lucía Therenya. La piedra estaba estriada en tres capas claramente delimitadas. Una de un gris azulado, otra de un ámbar tan frío que parecía casi dorado y otra de un blanco sucio con grietas rojizas. Era un mineral popular entre la Corte Imperial de Aesnovar. Se llevaba engastado en todo tipo de joyas, incluso en broches masculinos, aunque yo nunca había visto uno de cerca. Hasta donde tenía entendido, estaba reservado para ocasiones concretas, y mi padre nunca había llevado uno.

—¿Y este colgante? ¿Es nuevo?

Therenya se llevó la mano a él y abrió los ojos por la sorpresa.

—Había olvidado que lo llevaba puesto. —La frase apenas fue un hilo de voz. Se llevó las manos a la nuca y se apresuró a quitárselo. Danayher retiró su agarre, si bien mantuvo el ceño fruncido—. Me lo

regaló un comerciante en la frontera.

«Debía de ser un comerciante muy rico», pensé.

—Ten cuidado. Lucir joyas que no siguen el estilo de la Corte Cisne podría molestar a algunos clanes.

La princesa menor hizo un mohín al tiempo que se guardaba la piedra en uno de los pliegues del vestido de tela vaporosa y rojiza.

—Tienes razón, pero yo no tengo un surtido tan selecto como el tuyo.

Las cejas de Danayher se elevaron.

—Oh… Puedes elegir una que te guste de mi propia colección, si es lo que deseas. —Agarró la muñeca de su hermana y con un leve tirón la apartó del escritorio—. Ven.

—¿Me dejarás coger la que quiera?

—Claro.

—¿No me dirás «No, cualquiera menos esa»? —refunfuñó Therenya mientras ambas se alejaban hacia el panel de madera tallada que separaba la antesala del dormitorio.

—Que no…

Me quedé quieta junto al escritorio, moviendo las manos en gestos torpes sin saber si se esperaba de mí que abandonase la estancia o que esperase allí. Incliné el cuerpo para poder contemplar mejor el lugar donde las había visto desaparecer, pero solo escuchaba sus voces y risas amortiguadas. Observé mi alrededor, sin tener un lugar concreto en el que detener la vista, hasta que mis ojos llegaron al escritorio. La bandeja no cubría por completo los documentos que había estado consultando. En la parte expuesta a la vista, encontré un nombre.

El mío.

Estaba escrito con una caligrafía que reconocí rápidamente, pues la veía cada mañana en la lista de aspirantes. Pertenecía a la

Maestra.

«Eira: difícil de medir. Contiene más de lo que muestra. Potencial para rebelarse».

Sentí el pulso bailándome en la garganta y golpeándome los oídos. Leí el resto de las frases visibles, tratando de encontrarle un significado distinto al que resultaba evidente.

«Xytherel: llega tarde a las conclusiones, pero observa lo que otras pasan por alto. Sabe más de lo que dice».

«Velhyra: no impone su presencia y actúa con cautela. Eso la hace fácil de subestimar». ¿Quién era Velhyra?

«Hel'vessa». No pude ver la frase que acompañaba al nombre y tampoco lo reconocí de inmediato.

Si seguía el estilo de los nombres de Eakheral, el que más se asemejaba era Velhyra, de modo que, supuse, debía de tratarse de Inseguridad, mientras que Hel'vessa pertenecía a Reputación.

«Potencial para rebelarse». ¿Contra quién? ¿Contra el reino? ¿Contra Danayher? ¿Eran ese tipo de comentarios los que hacían que Danayher desconfiase de mí y de las intenciones del Imperio al enviarme como aspirante?

El sonido de las voces de las princesas me obligó a levantar la cabeza con celeridad. Mantuve la espalda recta y la mirada fija en una veta oscura de la pared mientras las escuchaba acercarse. Entrecrucé las manos contra los muslos para que no pudieran ver que me temblaban.

—¿Qué opinas sobre mis nuevas joyas, Eira? —preguntó con diversión Therenya.

Se llevó las manos al pecho y enmarcó con los dedos largos y finos el collar que reposaba sobre la piel morena. Luego, la mano derecha viajó hasta la oreja, de la que colgaba un largo pendiente a juego. Continuaba repitiendo las palabras que acababa de leer en

aquel pergamino en la mente, pero me esforcé en encontrar un comentario a la altura.

—Destaca con el rojo de vuestros vestidos, alteza.

Los labios, más gruesos que los de Danayher, se estiraron en una sonrisa complacida. Tenía las mejillas sonrosadas por pura emoción.

—Eso pensaba yo.

Era mi momento para intentar salir de allí y aclarar las ideas.

—Si no se me necesita para nada más, alteza —me incliné para realizar la reverencia protocolaria—, os dejo a solas.

—De acuerdo, Eira. Deberías ponerte el colgante que te pedí que conservases. También destaca con el blanco de tus vestidos.

—De acuerdo, alteza.

No sonrió. Permaneció con aquel gesto comedido que llevaba días luchando por interpretar. Recordé aquella velada. No había sido mi vestido a lo que había hecho alusión entonces, sino al azul de mis ojos. Pese a su comentario, esa misma noche había colocado la joya junto al resto para que a la mañana siguiente las doncellas se la llevasen. Cuando había vuelto a mis aposentos tras las lecciones, sin embargo, había encontrado el zafiro sobre mi tocador. Desde entonces, había descansado allí, sin que yo me decidiese a ponérmelo. Ya no tenía más remedio que hacerlo, pero lo luciría de igual forma que portaba el broche de mariposa: como algo prestado, no propio.

Hacía tiempo que había decidido no asumir ninguna posesión como tal. El Gran Príncipe se había encargado de destrozar las flautas, las joyas, las cajas de música, los juguetes, las figuras… Cualquier objeto del que me hubiera encariñado o que admirase por su belleza. Lo único que me había permitido conservar con el paso de los años había sido la caja de madera.

«Nada que toquen tus manos merece durar», decía él.
Que así fuera.

25

No prestaba atención a las doncellas que se turnaban para prepararme el baño por las mañanas. Sin embargo, la repetición acababa entrenando al cerebro para reconocer patrones. Ni siquiera habría necesitado recordar sus rostros para notar que la mujer que entró aquel día por la puerta no era ninguna de ellas. Su físico destacaba. Y eso me permitió reconocerla de inmediato.

Llevaba el pelo grisáceo recogido en una coleta alta, dejando expuesta la quemadura que le cubría de rugosidades el lado izquierdo del rostro. La claridad del amanecer acentuaba todavía más la frialdad de su apariencia.

Se movió por la estancia como si yo no existiera, vertiendo agua en la bañera y disponiendo las telas limpias con gestos mecánicos. Permanecí sentada al borde del lecho, esperando que delatara algún indicio de incomodidad, una mirada furtiva que confirmara que reconocía en mí a alguien capaz de desenmascararla. No encontré nada. Me irritó que actuase con aquella serenidad, que tuviera la desfachatez de presentarse allí después de lo que había hecho.

—Fuiste tú quien me llevó la copa. Era yo quien tenía que haber quedado fuera de esa velada.

No detuvo las manos de inmediato. Ajustó el último pliegue de una toalla sin girarse hacia mí.

—Es posible.

Que no se tomase ni siquiera el esfuerzo de ocultarlo era una forma de burlarse abiertamente de mí.

Me puse en pie y avancé unos pasos hacia donde se encontraba.

—¿Averelle te pidió que lo hicieras?

Perfeccionismo había actuado como si supiera que el contenido de esa copa no era como el del resto. La doncella me sostuvo la mirada sin parpadear.

—Averelle es solo una marioneta que a veces tironea de los hilos que alcanza a ver, creyendo tener el control. Igual que tú.

Noté cómo la tensión me recorría la espalda.

—No soy como ella.

Aunque, ¿acaso no participaba en el juego de la Corte, igual que el resto?

—Es cierto. Tú perteneces a un escenario más amplio. —Hizo una pausa, como si evaluara hasta dónde podía llegar—. Eres el juguete personal del Gran Príncipe.

Las palabras impactaron con más fuerza de la que yo misma habría esperado. La sujeté del brazo y tiré para impedir que se alejara. Reaccionó al instante, girando sobre sí misma con un movimiento seco para zafarse de mi agarre. Durante un breve instante forcejeamos en silencio, demasiado cerca la una de la otra, sus dedos tratando de desprenderse de los míos mientras yo me aferraba con más fuerza de la necesaria, impulsada menos por la razón que por la rabia de escuchar en boca ajena una verdad que me negaba a reconocer.

—Retíralo —gruñí entre dientes mientras acercaba el rostro al de ella.

Entonces me hundió los dedos en la espalda, justo sobre una de las heridas. Sentí que se me nublaba la vista. El dolor me dobló

sobre mí misma con un jadeo involuntario. La solté y me alejé con pasos torpes.

Los ojos de la doncella viajaron de sus dedos a mi rostro. Aunque tenía la boca entreabierta, no pronunció palabra. Comenzó a retroceder, sin despegar la mirada de mí, y echó a correr en cuanto alcanzó el umbral.

Permanecí inclinada, con la respiración aún entrecortada. Su huida no encajaba con la seguridad que había utilizado para provocarme. Hablar así a una aspirante y después herirla podría ser fácilmente el motivo de que su lugar en palacio desapareciera con la misma facilidad con la que había entrado en mi dormitorio. Salvo que tuviera el convencimiento de que sus actos no tendrían consecuencias.

Podía sentir cómo la sangre había empapado la tela, de modo que tuve que cambiarme para acudir al encuentro con Danayher en el que le entregaríamos nuestros regalos, que tendría lugar antes del desayuno. Descarté la idea de decirle algo sobre lo sucedido. Me resultaba humillante compartir que incluso alguien del servicio se sentía en potestad de señalar mi sumisión ante el Gran Príncipe.

Cuando llegué ante el despacho de la princesa, la caja de madera atrajo la atención de las demás, aunque solo Perfeccionismo evidenció —tapándose la boca para ocultar la risa— lo estúpida que le parecía mi elección. Ella sostenía entre sus manos un cuaderno pequeño con una cubierta exquisita. En las de Xytherel había un delicado reloj de arena que brillaba con cada movimiento, mientras que Empatía sostenía una pequeña figura con piedras preciosas engastadas. Del brazo de Inseguridad colgaba un velo de seda fina de un tono naranja que recordaba al atardecer; las pequeñas cadenas de oro que lo adornaban repiquetearon cuando se giró para mirarme. Me coloqué junto a ellas con el mentón alto y actitud

confiada.

—Es fácil elegir una fragancia para la princesa cuando cuentas con ayuda —comentó Perfeccionismo como si retomase una antigua conversación.

—¿Quién piensas que la ha ayudado? —preguntó Empatía.

—El profesor Halvar, evidentemente. Su preferencia hacia ella es indudable. —Hizo una pausa y elevó una de las comisuras de los labios en una sonrisa de lado—. En todos los aspectos.

Entendí entonces que hablaban de Reputación, pues en el mercado también había insinuado que era su amante. Imaginé que se encontraba ya dentro, entregando a Danayher lo que al parecer era un perfume.

—Dudo que permitieran ese tipo de trampas —dijo Inseguridad.

Si pretendía sonar firme, su voz la había traicionado. Perfeccionismo la miró de arriba abajo, con una ceja enarcada. Señaló el velo que sujetaba.

—Igual que han permitido que tú recibieses consejo de Caelion, querida.

Arqueé las cejas en un gesto de confusión. ¿Caelion? ¿Qué tenía que ver con aquello?

Reputación salió del despacho y la voz de Danayher escapó a través del umbral para pronunciar mi nombre. Me obligué a apartar cualquier otro pensamiento.

Al entrar, sus ojos dorados se desviaron por un breve instante al zafiro que me descansaba sobre la piel pálida antes de centrarse en la caja entre mis manos. Enarcó una ceja; la expectación de su rostro era la de una niña ilusionada por recibir regalos.

La coloqué en el escritorio con delicadeza y activé con dedos temblorosos el mecanismo que permitía que se abriese. Sentí el peso de cada latido como el de los granos del reloj de arena que

Xytherel había elegido.

—El otro día, dijisteis que cargabais con arrepentimiento por lo que le sucedió a mi pueblo, pese a que no estuvo en vuestra mano evitarlo. El contenido de esta caja —levanté la tapa y la volví hacia ella— se usó para atribuirme una responsabilidad que tampoco era mía. Para hacerme sentir culpable por haber sobrevivido. Si lo deseáis, juntas podemos transformar ese significado.

Era consciente de que se trataba de un intento atrevido, pero sabía que, en las personas de buen corazón, la culpa seguía una lógica propia, basada en la creencia de que siempre existiría un gesto capaz de deshacer lo irreparable. Si bien Danayher había puesto a mi disposición los documentos sobre mi raza para intentar saldar esa deuda, aún podía encontrar otras formas de cobrármela. Aquella suponía también un favor hacia mí misma. Era el único modo que tenía de apropiarme de mi historia y arrebatársela al Gran Príncipe. Si se la entregaba a la princesa, aquella caja dejaría de ser un castigo al que acudir cada vez que fallase.

Danayher asintió, dándome su permiso para comenzar. De su interior saqué un zapato diminuto. Había tenido barro seco adherido, pero me había afanado en limpiarlo.

«Por más que corrieron, no pudieron huir —decía el Gran Príncipe cuando me obligaba a contemplarlo—. ¿Acaso crees que podrías escapar tú?».

Danayher extendió una mano y yo lo deposité sobre su palma. Antes de apartar la mía, le dije:

—Quiero que caminéis a mi lado, no sobre mí.

El siguiente objeto fue un silbato tallado en hueso. «La voz de tu pueblo era tan frágil que ya nunca volverá a sonar», acostumbraba a decir él; yo, en cambio, lo convertí en otra petición:

—Quiero que cuando mi voz se alce, sea escuchada.

Tomé entre las manos una pulsera de cuentas de madera. Cada pequeño abalorio estaba pintado de colores llamativos, con símbolos toscos dibujados sobre ellos. Danayher cogió con cuidado el hilo deshilachado. «Adornos pobres para criaturas sin valor».

—Quiero que, cuando me miréis, no veáis un adorno, sino a alguien digno de acompañaros.

Danayher alzó la mirada hacia mí. Tenía las cejas arqueadas y las comisuras de los labios inclinadas hacia el suelo. Los entreabrió apenas un instante y volvió a cerrarlos, como si se debatiera entre decir algo y no querer interrumpirme.

Deseé que lo hiciera para dejar de arder en vergüenza. Deseé que me pidiera que me fuese, que me salvase de continuar haciendo el ridículo. Pero todo cuanto hizo fue inclinarse hacia la caja para comprobar si ya estaba vacía.

A la vista solo quedaba una muñeca a la que, por muchos remiendos que tuviera, le faltaba un ojo. La repulsión me trepó por la garganta cuando evoqué con claridad la voz del Gran Príncipe: «Una criatura rota para otra criatura rota». Tensé la mano alrededor de la tela, que cedió bajo la presión hasta que el relleno estiró las costuras. Danayher extendió el brazo por encima del escritorio y me rozó los dedos en una caricia. Con reticencia, conseguí aflojar mi agarre.

—Ojalá todos contásemos con alguien dispuesto a remendarnos de forma incansable —susurró mientras la tomaba en su palma.

Allí estaba de nuevo, aquella sonrisa triste que no conseguía hacer que los ojos le brillasen. Al pensar en lo mucho que deseaba que Danayher me remendase, la vergüenza me envolvió como una tela fina que me dejaba expuesta por completo.

—¿Cuál es el mensaje que quieres transmitirme con ella? —preguntó con delicadeza.

—Quiero que cuando el resto me vea como una criatura rota, seáis vos quien me reconozca entera. —Agaché la cabeza, demasiado azorada como para sostenerle la mirada. Había ensayado cada una de aquellas frases, cuidando con minuciosidad el equilibrio entre petición y exigencia. Las siguientes palabras, sin embargo, escaparon a borbotones de mi boca—: No sois la culpable de lo que me falta, pero podéis elegir sostener lo que queda.

Inspiró hondo y el aire se quedó un instante contenido antes de salir.

—No puedo imaginar por lo que has pasado, pero puedo asegurarte que mientras estés bajo mi protección, te mantendré a salvo. Tienes mi palabra.

Asentí con torpeza, todavía incapaz de mirarla. En un primer momento, me costó discernir si era sincera o se debía a la mera cortesía. Al alzar la vista, sin embargo, me encontré con la verdad. La tensión de sus dedos sobre la tela de la muñeca había cambiado. La sostenía con más firmeza, como si temiese que pudiesen arrebatársela. Parpadeó despacio y el rastro húmedo desapareció de esos ojos que me rehuían la mirada.

—Gracias por haber compartido esto conmigo, Eira. Significa mucho para mí. Es un recuerdo de una realidad desagradable y triste, pero puede ser valioso si se honra en lugar de usarse como una cadena.

Tensó apenas los labios al final de la frase, en un intento breve de cerrar algo que no debía abrirse.

Su agradecimiento me resultó amargo, pues no había sido totalmente sincera con ella.

—Podéis quedárosla —murmuré mientras cogía los objetos que había dejado sobre la mesa.

Los guardé sobre la tela que cubría el fondo de la caja. Una que

había colocado para ocultar el compartimento que habían tallado en la madera. Al bajar la tapa, habría podido asegurar que escuché el vial tintinear. El chasquido me indicó que se había activado el mecanismo, uno que no pretendía enseñarle a la princesa. No quería que pudiese ver el peor obsequio que el Gran Príncipe me había hecho nunca. El verdadero motivo por el que había convertido aquella caja en un objeto de castigo.

«Para el día en que comprendas que deberías haber muerto con ellos».

* * *

A la mañana siguiente, la doncella que acudió a mis aposentos para prepararme el baño volvía a ser la de siempre. Nunca había interactuado con ella, y tal vez por eso su cara mostró estupor cuando le pregunté si había alguna zona en el palacio donde hubiera retratos de la familia real.

En el palacio imperial había una galería llena de los rostros de aquellos que habían precedido al Emperador, e imaginé que el palacio de Eakheral no sería una excepción. No obstante, cuando la doncella quiso saber si me refería a los cuadros en los que habían inmortalizado a las antiguas reinas, me descubrí respondiendo: «Al de Danayher. Me refiero al de Danayher».

Sin sus indicaciones, nunca habría encontrado aquella salita. La disposición de los sillones, que se orientaban los unos hacia los otros sin llegar a enfrentarse, dejaba un espacio central que invitaba a la conversación más que a la formalidad. En uno de los rincones había un pequeño clavecín, pero la capa de polvo que cubría las teclas me indicó que hacía tiempo que nadie las tocaba. Sobre una mesa junto

a la ventana, donde podían aprovecharse las horas de más luz, encontré un bastidor con la tela a medio trabajar. El hilo seguía enhebrado en la aguja, pero el dibujo se interrumpía en un punto inacabado. Allí no había polvo acumulado, pero sí esa ligera pátina que dejaba el tiempo cuando nadie lo interrumpía.

No había olor reciente a té, ni flores frescas que llenaran el elaborado jarrón. Los cojines se hundían de una forma uniforme, como si llevaran demasiado tiempo sin ser recolocados.

La habitación parecía congelada, aguardando a una persona que claramente ya no iba a volver. A la misma que presidía el cuadro que había ido a buscar.

Era un retrato familiar en el que la reina Rimeyah ocupaba el centro, sentada erguida, con una firmeza que incluso la pintura no lograba suavizar del todo. Su marido se encontraba a su espalda y una versión más joven de sus hijas ocupaba cada lado.

Danayher estaba adelantada; lo suficiente como para que la mirada se dirigiera hacia ella sin esfuerzo. Había algo en la tensión de su postura que ya reconocía. Incluso ahí, inmóvil, parecía decidida.

Therenya, en cambio, tenía el cuerpo ligeramente girado, como si no terminara de someterse a la composición. Su expresión era suave, abierta.

Aquellas representaciones no se asemejaban tanto como habría esperado. O quizá lo hacían, pero no de una forma evidente. Era en los rasgos donde se encontraba el parecido: la línea de los ojos, la forma de la boca. Pero bastaba una inclinación mínima para que esa similitud se diluyera.

Y, aun así, no podía dejar de mirarla. Danayher.

Deslicé la mirada por los detalles: la caída del tejido, la posición de las manos, la forma en que la luz caía sobre el rostro y borraba

cualquier rastro de dureza. La mirada era menos intensa, pero también más inaccesible.

No sabía si eso la hacía más real o menos.

—Fue un día largo.

La voz llegó desde la puerta. Realicé la reverencia nada más verla, con más rapidez de la necesaria. Therenya no respondió al gesto. Se colocó a mi lado sin prisa, lo suficientemente cerca como para compartir la visión del cuadro.

—Nos hicieron repetir la postura varias veces. Admito que yo no se lo puse fácil. No paraba de moverme. Tenía calor, la tela me picaba… Danay, en cambio, aguantó de forma estoica. Aunque estaba tan concentrada que el artista tuvo que pedirle que sonriera un poco para parecer más cercana.

Devolví la mirada a la obra.

Danayher no sonreía. O lo hacía de una forma tan contenida que resultaba difícil llamarlo así. Había una especie de distancia intencionada en ella.

—¿No quiso hacerlo? —me atreví a preguntar.

La respuesta fue inmediata.

—No. Le dijo que, si quería una sonrisa, tendría que pintarla en otra persona.

No pude evitar alzar las cejas. Therenya dejó escapar una risa breve.

—No perdió los modales al decirlo, si bien tampoco dejó margen a réplica. Admiré su firmeza, pues yo no fui capaz de negarme a las correcciones del pintor. Decía que parecía… distraída. Pero había una ventana abierta detrás de él desde la que se veía el patio. —Se encogió apenas de hombros. Esa vez su sonrisa fue un poco más visible—. Era más interesante que mantener la cabeza quieta durante horas. Él ajustó la postura, la mirada… todo lo necesario

para que encajara.

Me pareció identificar un deje de irritación en su tono.

—¿Os molestaron esos ajustes?

—En absoluto. Estoy segura de que las visitas que madre traía aquí ni siquiera reparaban en mi presencia en el cuadro. Padre y yo ocupábamos un papel secundario. —De modo que ese pequeño paso al frente de Danayher era intencionado—. La gente tiende a fijarse en quien ocupa el centro. Eso deja más espacio para observar sin ser observada. —El comentario cayó con una ligereza que no llegaba a tener—. Por eso mi madre insistió en que no nos situáramos demasiado cerca de ella. Recuerdo que intenté apoyar igualmente la mano en el respaldo de su sillón. Eso es algo que el pintor también se encargó de eliminar.

Fruncí ligeramente el ceño.

—¿Por qué os pidió eso?

—El retrato no debía dar la impresión de que dependíamos de su presencia para sostenernos. —La frase quedó flotando un instante—. Quizá para entonces ya sabía que iba a dejarnos —añadió sin cambiar el tono, si bien la sonrisa se quebró para convertirse en una mueca—. Murió ese mismo invierno. Después de eso, Danay dejó de discutir. Y yo dejé de distraerme tanto.

Therenya se acercó y rozó el marco dorado con las yemas de los dedos.

—Los pintores de la Corte —continuó, como si el inciso sobre su madre no hubiera existido— tienen la costumbre de suavizar aquello que podría resultar incómodo mantener en el tiempo. Quien aprende a ver más allá del lienzo entiende la verdad del poder.

Repetí aquella frase en mi cabeza e intenté buscarle un sentido. En la Corte Cisne no había palabras que se pronunciasen a la ligera. Me giré hacia Therenya por inercia, como si pudiera encontrar las

respuestas en su rostro sereno. Sus ojos viajaron a un punto detrás de mí.

No supe decir si la doncella que aguardaba en la puerta acababa de aparecer o si llevaba tiempo allí. Tampoco cuánto había escuchado.

—Señorita Eira, tiene visita. Si me acompaña.

Lo supe de inmediato.

Silas.

26

Los jardines estaban contenidos dentro de muros altos que rodeaban el palacio. Senderos de piedra pálida separaban parterres de arena rastrillada, donde crecían palmeras, adelfas y rosales bajos protegidos del viento. El agua corría por acequias estrechas y silenciosas, alimentando estanques poco profundos que reflejaban la luz blanca del cielo.

Bajo una pérgola que proyectaba sombra fresca incluso a esa hora de la mañana, se encontraba Silas. Inclinaba la espalda ancha hacia el vallado en el que había apoyado los antebrazos, y observaba con curiosidad las aves que se mojaban las plumas en la distancia.

—Se llaman «cisnes» —le indiqué con una sonrisa.

El idioma de Aesnovar me pesaba de forma extraña en la lengua. Había comenzado a considerar el del reino como propio, y volver a utilizarlo me dejó un sabor amargo en los labios.

Se giró de inmediato con la boca entreabierta por la sorpresa y la respiración agitada. Intentó mantener la compostura al ver a Therenya a mi lado, quien se había ofrecido a indicarme el camino hasta los jardines, y el pelo rubio ceniza le refulgió bajo el sol cuando se inclinó en una reverencia, ligeramente distinta a la que se utilizaba en Eakheral.

—Princesa Therenya, os presento a Silas Drask. Era uno de los

hombres de mi padre.

Silas pronunció una única palabra para saludarla. El corazón me dio un vuelco. Había usado el tratamiento utilizado en el Imperio para designar a las personalidades extranjeras que ocupaban el primer puesto en la línea sucesoria. Tenía una intención muy concreta: el reconocimiento, aunque nunca la igualdad, pues ningún heredero se consideraba a la altura del Gran Príncipe Imperial, de la misma forma que ningún otro gobernador lo estaba del Emperador. Aguardé a que Therenya le indicase su error, esperando que no me hubiese equivocado al juzgar su carácter.

—Es un auténtico lujo que se preocupen de esta forma por tu bienestar —dijo, en cambio, con una sonrisa. Me planteé que, al ser parte de un idioma extranjero, no hubiera entendido su significado —. Os dejo a solas. Estoy segura de que tenéis mucho de lo que hablar.

Durante nuestro paseo hasta allí habíamos rozado temas variados, como unos dedos acariciando la superficie del agua. Había repetido en la mente la frase que había pronunciado mientras se interesaba por las comidas típicas del Imperio o los tejidos más populares. «Quien aprende a ver más allá del lienzo entiende la verdad del poder».

La despedimos con una reverencia, la mía más inquieta que la de él. Me alegré de que la herida que me había provocado el bofetón del guardia hubiese sanado por completo, pues los ojos azules de Silas se deslizaron con rapidez por mi cuerpo, buscando algún signo de malestar más allá de aquel que siempre me acompañaba. Demostró recordarlo cuando evitó rozarme las heridas de la espalda al abrazarme. El olor a cítricos fue sustituido por el del cuero curtido y el polvo cuando le hundí el rostro en el pecho. Me permití destensar los hombros y soltar un largo suspiro. Por primera vez

desde que nos habíamos separado, sentí que podía bajar la guardia.

—Veo que te han tratado bien —murmuró contra mi pelo—. Tu respuesta a la carta no resultó convincente para el Imperio.

La breve calma que me había proporcionado su presencia se diluyó. Las dudas me aprisionaron el pecho y me cortaron el suministro de aire. Me aparté con brusquedad y él me persiguió la mirada con expresión disgustada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Bajé el volumen de la voz hasta convertirla en un susurro que el viento no pudiese llevar hasta oídos indiscretos—. Me has puesto en una situación complicada al visitarme. Los dos sabemos que al Imperio no le importa en absoluto mi bienestar.

Silas era la única persona que sabía el sufrimiento que el Gran Príncipe me había causado. Había jurado no repetirlo ante nadie, mucho menos ante mi padre; aun así, no me había atrevido a compartir algunos incidentes con él. Solo Danayher conocía cuál había sido mi paradero durante las semanas que había permanecido cautiva.

—Deberías hacerlo. —Soltó un bufido y se pasó una mano por la mejilla llena de pecas—. Cumplo órdenes directas de él, Eira. —Aunque tuvo la deferencia de no pronunciar ni su nombre ni su título, el escalofrío me recorrió la espalda de igual manera—. Me pidió que viniese a asegurarme de que estabas bien y de que tu progreso en la selección era favorable.

—¿Por qué le importa? —Las palabras me salieron de entre los dientes como el silbido furioso de una serpiente.

—¿Podemos abordar ese tema más tarde? —Una tímida sonrisa volvió a asomar en las comisuras de los labios finos—. Mañana debo partir y quiero disfrutar de este instante. Todo en lo que puedo pensar es en la alegría que me produce ser a quien ha enviado.

—¿Mañana? ¡Pero si acabas de llegar!

—No se trata de una visita, solo de la entrega de un mensaje.

«Pues entrégamelo entonces», quise demandarle. Me obligué a apartar la rabia a un lado. Había recorrido un largo viaje y no merecía un mal recibimiento por cumplir las órdenes de un tirano. Señalé el pequeño banco de madera.

—Siéntate. Debes de estar agotado.

—Tranquila, he podido descansar brevemente. —Aun así, aceptó mi ofrecimiento—. Llegué bien entrada la noche, aunque las calles estaban llenas. Pensé que habría algún festejo.

A pesar de la temperatura, la calidez de su cuerpo me resultó reconfortante.

—Esta ciudad duerme tarde. El día aquí pertenece al sol, no a las personas.

—No hace falta que lo jures. —Se pasó la mano por la frente para quitarse las gotas de sudor—. No consigo acostumbrarme al aire. Es asfixiante, se queda atascado en el pecho. ¿Cómo vivís aquí sin buscar sombra a cada paso?

Me encogí de hombros.

—Se aprende. El calor no se combate, se evita. Nadie camina deprisa al mediodía, las audiencias importantes son al amanecer o al anochecer, el mercado abre a última hora de la tarde… Supongo que el desierto enseña paciencia.

—Eso me alivia. —Soltó una risita—. La princesa necesitará mucha contigo.

—¡Oye!

Le golpeé el brazo con el puño. Él lo pasó por mis hombros y me estrechó contra su cuerpo. Sentí un vacío en el estómago cuando me soltó, pese a que sabía que no era prudente arriesgarnos a que alguien viese cómo de cercanos éramos.

—Therenya no es la mujer a la que aspiro a servir.

—Lo sé —dijo él, algo confundido por la aclaración—. Estoy al tanto de que el nombre de la heredera es Danayher.

—¿Entonces por qué has usado el tratamiento reservado para los sucesores?

Su expresión se transformó de la calma al horror. Clavó los ojos en el suelo, que recorrió con rapidez mientras, imaginé, rememoraba la conversación en su cabeza.

—¿Crees que se habrá ofendido?

Aunque hubiera considerado que sí, sonaba tan angustiado que lo habría negado.

—Lo dudo. Es posible que ni siquiera conozca el significado del término. En Eakheral ambas reciben el tratamiento de «alteza», sin distinción.

—Si ha reparado en ello, al menos podría decirse que es indulgente. ¿Qué hay de su hermana? ¿Lo es también?

—Es… —me mordí el labio mientras buscaba la palabra adecuada — impredecible. Como caminar sobre arena suelta; no sabes qué paso será firme.

—¿Ensayas lo que vas a decir como hacías en el Imperio?

Me volví hacia él con el ceño fruncido.

—¿Tanto se notaba?

Esa vez fue él quien se encogió de hombros con una mueca burlona.

—A veces respondías antes de que terminasen de hablarte.

—Porque si hubiera dudado, habrían creído que soy estúpida.

—O habrían creído que piensas.

Sacudí la cabeza reacia a darle la razón.

—No creo que nadie en una corte valore eso.

—Un gobernante sí.

Suspiré. Quizá no necesitaba aliento, sino a un amigo que me mostrase esa compasión que detestaba cuando procedía del resto. Que se sentara a mi lado, en el pozo de barro en el que me encontraba, y lamentase mi destino con la misma fuerza con la que lo hacía yo. Si el dios al que mi raza había adorado hubiera existido, estaba segura de que habría permitido que muriese con el resto de mi pueblo.

—Solo va a elegir a una, Silas. Y puedo asegurarte que no voy a ser yo. No soy una persona que deje huella. Cuando alguien se ha detenido a echarme un segundo vistazo, siempre ha sido con repugnancia en los ojos.

—Creo que deberías dejar de intentar impresionarla. Enséñale que no eres una simple aspirante intentando conseguir una buena posición a cambio de halagos, sino alguien en quien puede apoyarse. —Hizo una pausa y permitió que su mano se acercase a la mía, que reposaba en el banco. Me rozó en un gesto discreto pero tierno—. Tu padre siempre decía que la confianza no nace de la perfección, sino de la previsibilidad.

Di un puntapié a una pequeña piedra.

—Recuerdo sus enseñanzas, pero no siempre son fáciles de llevar a la práctica.

Echaba de menos la sensación de protección que siempre me había brindado. Incluso en los peores momentos, cuando se ausentaba y yo me convertía en el pasatiempo favorito del Gran Príncipe, sabía que a su regreso encontraría un refugio donde lamerme las heridas. Hasta que volvió la última vez. Dentro de una caja de madera.

Pensar en el hijo del Emperador reavivó mis dudas. El reencuentro con Silas había resultado sanador, una pizca de familiaridad en un entorno que, a pesar de las semanas que habían

pasado, seguía resultando desconocido; sin embargo, no podía seguir obviando el motivo que le había traído hasta allí.

—Dime qué estás haciendo aquí, Silas.

Soné más cansada de lo que pretendía.

—El Gran Príncipe tiene una oferta para ti. —¿Hasta dónde estaba dispuesto a seguirme con tal de que siguiera formando parte de sus retorcidos juegos? Cerré los ojos y aguardé a que continuara. Lo hizo en un susurro—: Asesina a la princesa Danayher y podrás regresar a Aesnovar con total impunidad.

Abrí los párpados de golpe. Me volví hacia él, esperando encontrar en su expresión algún rastro de burla. No podía ser una propuesta en firme.

—Con total impunidad —repetí en tono escéptico. Aunque, en realidad, lo único que ocupaba mi mente era la palabra «asesina»—. ¿Qué significa eso?

—Nos permitirá casarnos. Tendremos un buen sustento y no contarás con una posición que te obligue a involucrarte en la Corte Imperial. Ya no podrá hacerte daño.

Me agarré al reposabrazos del banco. Noté cómo perdía el equilibrio. El Emperador no me había enviado a Eakheral por respeto a la memoria de mi padre, sino con la esperanza de convertirme en un instrumento que debilitase el poder de su Corona.

—¿Por qué querría volver?

Fue mi boca la que se movió, pero no reconocí las palabras como mías. El jardín que hacía unos instantes me había parecido hermoso se tambaleó ante mis ojos.

—Tú misma lo has dicho, Eira. Nada te asegura que seas la elegida. —El tono calmado que había usado hacía un momento había desaparecido, sustituido por uno lleno de urgencia que hacía que las palabras se atropellasen las unas con las otras—. Esta es tu

oportunidad de conseguir un salvoconducto. Si vuelves con las manos vacías, sabes que el Gran Príncipe no dudará en deshacerse de ti.

—¿Qué certeza tengo de que su decisión de no matarme no se base en el deseo de continuar atormentándome? ¿Crees que su palabra tiene algún valor?

Alzó la barbilla con solemnidad. Agitó las aletas de la nariz.

—No permitiría que volviese a hacerte daño.

Sentí la carcajada gestarse en el estómago y tuve que tragármela para que no me ascendiera por la garganta. Me puse en pie y lo observé desde mi altura.

—Y dime, ¿cómo podrías tú protegerme de un futuro emperador?

Pude ver el dolor posándose en cada una de esas facciones que tan bien conocía, pero no me importó. Él había traicionado mi confianza al ofrecerme aquel embuste. Era un necio si pensaba que el Gran Príncipe bendeciría nuestra unión. Lo único que pretendía era provocar en Silas la impotencia de presenciar cómo destruía lentamente aquello que quería sin que pudiera hacer nada al respecto. Era su castigo por haber osado desearme, de igual forma que había buscado dañar a mi padre por haberme convertido en parte de la Corte Imperial.

—No tienes que tomar una decisión ahora. Medita su ofrecimiento y mientras tanto gánate la confianza de Danayher. Mantente cerca de ella. Hay un pasadizo de servicio antes del panel tallado que comunica la antesala con el dormitorio de la princesa —dijo apenas moviendo los labios—. No está sellado. Desemboca en una galería de mantenimiento. Estará vacía durante la noche. —Hablaba como si estuviera comentando algo trivial, con la mirada fija en un punto indeterminado entre la vegetación. Mi mente, entrenada durante años por mi padre, fue recopilando cada detalle,

aunque yo sintiera que las palabras perdían el sentido según las pronunciaba—. Si la sigues, encontrarás una escalera estrecha. Da a un nivel inferior de servicio, junto a los conductos de agua. Sigue el sonido. Te llevará hasta un canal de drenaje que atraviesa el muro exterior. Es anterior a las últimas reformas. Nadie lo usa ya. La cerradura de la reja está oxidada. Cederá si aplicas presión en el lado derecho.

Era imposible que él hubiese recopilado esa información. Aesnovar tenía un informante dentro de la Corte Cisne. Alguien con acceso a la Cámara de la Princesa.

Silas deslizó algo hacia mí sin mirarme. Una pequeña bolsa de tela. El sonido apagado de las monedas al chocar entre sí fue suficiente. No hice amago de cogerla.

—Con eso podrás pagar transporte una vez salgas de la ciudad. No te detengas en los alrededores. Cruza la frontera lo antes posible y una vez estés dentro del Imperio, escribe. No importa desde dónde. Nosotros nos encargaremos del resto.

¿Quiénes eran «nosotros»?

Tuve que contenerme para no retroceder un paso. La persona que se encontraba ante mí había pasado de ser el aliado que había unido cada uno de mis pedazos rotos a formar parte de una confabulación encabezada por mi peor pesadilla. No me servía como justificación que se preocupase por garantizar mi seguridad. Dudaba que se hubiera mostrado tan dispuesto si fuese a otro hombre al que le hubieran prometido mi mano.

—Y evita los atajos fáciles —añadió entonces, como si fuera lo único que realmente le importara—. Nada de venenos en comida o bebida. —Eso sí me hizo mirarlo—. Danayher lleva toda la vida preparándose para reconocerlos.

El comentario cayó con una naturalidad inquietante. Miré a mi

alrededor. Los naranjos seguían rodeándonos. La luz no había cambiado. Todo parecía igual que hacía unos instantes. Y, sin embargo, la estabilidad bajo mis pies había desaparecido.

Había sido tan estúpida al permitirme un momento de debilidad en su compañía. Me sentía como si estuviese siendo arrastrada por una riada.

No me resistí cuando me agarró la mano y depositó sobre la palma la bolsita de dinero. Al soltarme, el brazo me cayó junto al costado como si se tratase del de una muñeca de trapo. En eso me había convertido, despojada, una vez más, de todo tipo de humanidad.

Solo era una pieza más del Imperio. Incluso para el hombre que decía amarme.

—Sé que ha sido buena contigo, pero Danayher ya ha perdido esta batalla. Hay dos bandos y debes posicionarte en el ganador si quieres sobrevivir.

Entrecerré los ojos. ¿Se refería al conflicto entre la princesa y el clero?

—¿Qué quieres decir con que hay dos bandos?

—Ya has oído todo lo que necesitas saber.

Solté un bufido, incrédula.

—Entonces te deseo un buen viaje, Silas.

Hizo el amago de acercarse, como si la despedida exigiera algo más que palabras, pero el paso que retrocedí provocó que el gesto muriera antes de nacer. Me fui sin volverme para mirarlo una última vez, insegura de lograrlo sin lágrimas en los ojos. No sabía si lo que había sentido por él había sido amor, pero no había necesitado ponerle un nombre para que, al romperse, doliera.

Igual que dolía verle traspasar las mismas líneas que un día nos habían unido.

27

Esa noche mi mente había mantenido alejado al sueño. «Potencial para rebelarse». Esa era la opinión que la Maestra tenía sobre mí, y la proposición de Silas solo se burlaba de ello. ¿Era eso lo que había visto el Gran Príncipe en mí? Entonces ¿por qué me había convertido en un ser que solo sabía enseñar los dientes? Incapaz de serle leal.

Un sonido constante y rítmico me hizo incorporarme sobresaltada.

Lluvia.

Estaba acostumbrada a escucharla golpeando el cristal en las noches de ventisca, acompañada de los lamentos que el viento colaba entre las grietas de la piedra. Siempre había encontrado reconfortante la seguridad de una cama, envuelta en pieles mientras fuera las gotas se congelaban antes de haber tocado el suelo.

Allí, en cambio, las ventanas eran un agujero abierto al exterior. Nada impedía a la lluvia colarse en la habitación y, de hecho, cuando me acerqué al alféizar, mis pies descalzos encontraron la humedad del suelo. El olor a petricor llegó con intensidad y una ráfaga fría me agitó la tela del camisón.

Las primeras gotas no se habían perdido en la arena de igual forma que lo hacían en la nieve. Al tocarlas, el suelo pareció estremecerse y, durante un instante, un humo casi imperceptible

escapó como un aliento atrapado. No había tenido ocasión de conocer demasiado sobre los desiertos en mi vida, pero sí lo suficiente como para saber que la lluvia era un fenómeno insólito.

Contemplé la ciudad, silenciosa y a oscuras después de que el agua hubiera apagado por completo las brasas, y los jardines de palacio que se refugiaban tras los muros. La lluvia repiqueteaba contra los toldos y salpicaba las hojas de las palmeras. Desde aquella altura, no podía apreciar mucho detalle, aunque unos puntos anaranjados captaron mi atención bajo un cielo que comenzaba a clarear. Se movían a través de los caminos de arena, y tardé en comprender que se trataba de unos faroles cuyas llamas titilaban mientras luchaban por mantenerse con vida.

Un grupo de personas avanzó a paso calmado, sin un aparente rumbo fijo, hasta detenerse junto al lugar en el que se agrupaban los cisnes reales. Una figura se alejó del resto y se aproximó al murete. No parecía importarle que la cortina de agua la golpease sin piedad, ni parecía haber sido sorprendida por ella, pues no buscaba cobijo. Solo la familia real se movía con semejante séquito y solo uno de sus miembros afrontaba la vida con esa actitud sólida e impertérrita: Danayher.

Encontrado el origen de mi desvelo, lo más prudente habría sido regresar a la cama, pero las horas que había pasado en vela elaborando estrategias para demostrarle que no era una amenaza, ni para su reino ni para ella, me pesaban sobre los hombros.

«A Danayher no le gustan las demostraciones excesivas —había dicho Xytherel—. Le gustan las presencias constantes».

No estaba segura de poder serlo cuando ni siquiera era capaz de sostener mis propios pedazos, pero estaba dispuesta a hacer cuanto estuviera en mi mano para seguir viva.

Lo peor que podía suceder era que me rechazara y me viera

obligada a vagar por los jardines empapada para simular que nos habíamos encontrado llevadas por el mismo afán de sentir la lluvia sobre la piel. Quizá cuando llegase ya se hubiera marchado.

Me calcé y me puse el vestido más grueso que encontré, de forma que cuando la tela blanca comenzara a transparentar no me hiciese sentir desnuda. En mi armario solo había una capa ligera, más decorativa que práctica, que me eché por los hombros.

La encontré en el mismo sitio, sentada sobre los semicírculos de piedra que llamaban «fuente». El agua le había pegado el cabello negro al cráneo y había un mohín permanente en sus labios, bajo los que se acumulaban las gotas que caían hasta su regazo. Allí descansaba un cisne que la princesa acariciaba distraída. La seda naranja se había adherido a cada una de sus formas y no parecía importarle que el bajo de su vestido, en torno al que se arremolinaban más aves, se hubiera manchado de barro.

Estaba acostumbrada a que le cambiase el rostro cuando me veía, pero hacía tiempo que los ojos no le brillaban ante nada. El único reconocimiento a mi presencia fue que sus iris dorados siguieran cada uno de mis pasos a medida que me acercaba. Los soldados me miraron, dubitativos de si debían detenerme o permitirme acercarme. Al no recibir ninguna orden, sir Odran hizo un gesto con la mano. A su señal, los guardias se hicieron a un lado, formando un pasillo que atravesé hasta ella.

No sabía qué hacer o qué decir. Era Danayher quien comenzaba y ponía fin a nuestras conversaciones. Me incliné en una reverencia, no por protocolo, sino para obligarla a hablarme, aunque solo fuese para indicarme que podía erguirme de nuevo.

—Puedes unirte a mí, si lo deseas.

Se tomó su rato para pronunciar ese ofrecimiento. Por una vez no era una orden.

Me abrí paso entre los cisnes y aguanté estoicamente el miedo que me provocó que uno de ellos extendiese las alas en señal de protesta cuando le rocé con el tobillo. Tomé asiento junto a ella, aunque a una distancia prudencial.

El agua había formado charcos sobre la arena y las gotas arrancaban salpicaduras en la superficie. Mis pies, dentro de las sandalias, estaban helados; aunque eso nunca había sido una sensación molesta, no me gustaba sentirme empapada. Sin embargo, no mostré ningún gesto de incomodidad. Compartí con ella el silencio de aquella noche que llegaba a su fin hasta que obtuve suficiente valor como para romperlo:

—¿Qué os sucede?

Danayher emitió un sonido que no supe discernir si era un suspiro o una risa.

—¿Una princesa no puede languidecer bajo la lluvia con expresión taciturna sin que se le achaque algún mal?

—No me remito solo a esta noche.

Las gotas se deslizaron por los mechones que le enmarcaban el rostro cuando lo alzó hacia mí. El amanecer había comenzado a despuntar en el horizonte y su luz iluminó los dos soles que tenía por ojos.

—Vaya, muy observadora. —Su tono no era burlón. De verdad parecía sorprendida—. El canto del cisne. Eso es lo que me ocurre.

Ladeé la cabeza, intentando buscar sentido a sus palabras. Tal vez era una expresión propia de Eakheral.

—Creo que no os entiendo, alteza.

En esa ocasión no me quedó duda de que lo que exhaló fue un suspiro.

—El canto del cisne es un último gesto que se muestra al mundo antes del punto final. Una última gran obra. Se dice que los cisnes

guardan silencio toda su vida para reservarse ese instante. Como si la verdad solo pudiera decirse cuando no queda nada que perder. Como si la claridad siempre llegase tarde. Un momento breve en el que los errores, las decisiones, el pasado, cobran sentido, pero sin posibilidad de corregirlos. Es hermoso, pero también irrevocable. —Cogió entre los brazos al cisne al que estaba acariciando y lo depositó sobre el suelo con el resto. Se aclaró la garganta y se acomodó la falda, pese a que estaba tan mojada que apenas pudo despegársela de las piernas—. Mi padre enfermó hace semanas y desde entonces su estado no ha hecho más que empeorar.

Recordé el aspecto frágil que el rey consorte había mostrado en el palco el día en que Danayher e Ysolde habían hecho la demostración de lucha.

De pronto las miradas ausentes, la apariencia distraída y las sonrisas tristes de la princesa adquirieron un sentido. Eso era lo que había estado guardando en su interior durante los últimos días. Me sentí cruel por experimentar alivio al conocer el motivo tras tanta incertidumbre.

—Es el final de la era que representaba mi madre —continuó—. Cuando mi padre muera, también lo hará el último pedazo que el mundo conservaba de ella: la voluntad de que su marido se ocupara del trono hasta que yo estuviese preparada para tomarlo.

—Eso no es cierto. —Parpadeó repetidamente ante la afirmación, que se me había escapado con más brusquedad de la deseada—. El último pedazo de vuestra madre seguirá vivo en vos. En vuestra voluntad de preservar su legado. Vos misma me lo dijisteis cuando me explicasteis el porqué de la mariposa.

—No estoy segura de estar a la altura de lo que eso requiere, Eira. Son necesarios muchos apoyos.

—Tenéis todo un reinado para conseguirlos. Los cambios

requieren de paciencia para que puedan sustentarse sobre cimientos firmes.

La lluvia comenzó a amainar y deseé que las dudas de Danayher se disiparan con la misma facilidad con la que comenzaban a hacerlo las nubes.

La heredera se volvió para contemplar la imagen a nuestras espaldas. Los cisnes, ante nuestra falta de atención, se habían sumergido en la masa de agua que habían dispuesto para ellos. Dos de ellos se buscaban sin tocarse, deslizándose con una quietud engañosa que abría ondas suaves. Sus cuellos dibujaban curvas lentas, casi idénticas, esbozando formas suaves que se repetían en un compás marcado. Comenzaron a aletear con fuerza, manteniendo los cuerpos sobre la superficie sin llegar a emprender el vuelo ni salpicar. Sus movimientos eran precisos, elegantes y simétricos.

Hasta que, por fin, se permitieron rozarse. Ese gesto marcó el instante en que los dos cisnes dejaron de medirse, en que los dos ritmos se convirtieron en uno suave y acompasado. Sus cabezas se encontraron y sus cuellos evocaron las líneas de un corazón, como el que el Gran Príncipe había plasmado una vez de niño, antes de perforar el papel con la pluma y reducirlo a jirones.

—Es la danza del amor —susurró Danayher con una sonrisa que, esa vez, parecía genuina—. Los cisnes encuentran un amor para toda la vida y cada año renuevan su vínculo con este cortejo.

No apartó los ojos de ellos mientras lo explicaba. Su expresión se había dulcificado e, incluso con el maquillaje destrozado por la lluvia, estaba hermosa. Recordé que había sido una de las preguntas que las aspirantes habían hecho antes de conocerla, y no comprendí cómo la respuesta no era unánime para todo el que pudiese verla. Su belleza era una trampa silenciosa.

La oferta de Silas estaba allí, suspendida entre nosotras, aunque

no encontraba un lugar en el que posarse. Dentro de mí había una resistencia que no respondía a la razón, y no contemplaba siquiera la posibilidad de atravesarla.

En ese momento comprendí que el rechazo que había sentido hacia la propuesta no se remitía simplemente a que el Gran Príncipe hubiera intentado usarme como su herramienta privada. También me enfurecía que Silas hubiera hablado de la muerte de la princesa con aquella ligereza.

La idea de que Danayher dejara de existir abría dentro de mí un vacío que nada tenía que ver con la selección. La posibilidad de perderla me resultaba mucho más insoportable que la de regresar al Imperio, y me inquietó descubrir hasta qué punto me perturbaba imaginar un mundo sin ella.

Al encontrarme mirándola con una intensidad que me avergonzaba, la heredera me tomó la mano entre las suyas. Tenía la piel helada y me preocupó que la exposición a la lluvia pudiera llegar a enfermarla. No tuve ocasión de verbalizar mi inquietud, pues entrelazó nuestros dedos y tironeó de mí para que me inclinara. Me rozó el oído con los labios y se le escapó el aliento en un susurro que me erizó la piel. La intensidad de su voz me instó a que prestase atención a retener cada palabra.

Cuando se apartó, la miré a los ojos para cumplir la orden.

—Lo juro.

Su petición me persiguió durante mi vuelta al ala de dormitorios. Pese a que la Cámara de la Princesa estaba en la misma zona que mis aposentos, me había invitado a adelantarme para volver a mi dormitorio, pues quería un momento a solas. Al llegar al pasillo, encontré a Perfeccionismo apoyada en el marco de su puerta.

—¿Dónde has estado? —preguntó con la misma actitud demandante que usaba mi padre cuando me escabullía durante

horas, con la diferencia de que su autoridad sobre mí comenzaba y terminaba en su tono.

—Disfrutando de la lluvia.

Continué el paso hacia mis aposentos sin detenerme. Su puerta se encontraba en el mismo lado que la mía, de modo que su ventana ofrecería unas vistas similares. No necesitaba más respuesta. No me cabía duda de que había presenciado mi encuentro con la princesa en el jardín.

En ese instante, sin embargo, subestimé la importancia que una situación así podía tener en una competición como la nuestra. Todos mis pensamientos estaban concentrados en las palabras que la princesa me había susurrado contra la piel:

«Quiero que me jures que, si alguna vez te pido algo injusto, me lo negarás».

28

Me negué a volver a ver a Silas Drask.

A la mañana siguiente, una doncella vino a buscarme para llevarme a su encuentro tras una de las lecciones de Retórica y Conversación. «Trasládale mis disculpas, pero ahora mismo estoy demasiado ocupada para recibirle. Dile que le deseo un próspero viaje». Los mensajeros no necesitaban grandes despedidas. Si ese era el papel que había decidido ostentar, ese sería el trato que recibiría por mi parte.

Por supuesto, a Danayher no se le escapaban ese tipo de detalles.

—Había programado nuestro encuentro para la tarde para que tuvieras tiempo de despedirte del soldado imperial.

Me encogí de hombros, como si no le diese importancia al asunto.

—No quería robar más tiempo a mis labores de aspirante. El que me concedisteis ayer ya abusaba de vuestra generosidad.

—Puedo imaginar lo difícil que resulta estar lejos de casa; si puedes tener un mínimo contacto familiar, no seré yo quien te lo niegue. Espero que la visita resultase fructífera.

Sabía que intentaba obtener información, pero nunca había tenido tanto reparo a la hora de hablar. Cualquier desliz a oídos de

Danayher era peligroso.

Había impuesto entre nosotras una distancia más formal, en contraste con la vulnerabilidad que había mostrado la noche anterior.

—Fue agradable.

Danayher cabeceó ligeramente como asentimiento.

—Pasemos entonces al asunto que nos atañe.

Se giró hacia la mesita. Sobre ella descansaba un libro, algo bastante insólito en Eakheral, pues no solían encuadernar sus manuscritos.

—Puesto que en la quinta prueba cada aspirante me dio un obsequio, he querido corresponderos de la misma forma. Cada una recibiréis una historia diferente, que deberéis comentar conmigo en unos días.

Era de un tamaño menor a los que acostumbraba a consultar en la Biblioteca Imperial, y tenía una cubierta sobria en comparación con los adornos dorados o plateados que usaban allí. Unas letras grabadas sobre el cuero suave me indicaron el título: *Tres traiciones para Elyndor*.

La conversación no se alargó, pues Empatía e Inseguridad aguardaban en la puerta del despacho para recibir sus respectivos libros. Llevada por la curiosidad, paseé por aquella ala en busca de un lugar con buena luz en el que poder echarle un vistazo.

La galería se abría en una curva suave, siguiendo la forma de la gran torre. Los ventanales, altos y estrechos, se repetían a intervalos regulares y dejaban entrar una luz que alargaba las sombras sobre el suelo. Me senté en el alféizar de uno de ellos, recogiendo las piernas contra el pecho y apoyando la espalda en el marco. Observé el vacío a mi derecha y el pellizco que sentí en el estómago fue más un ancla a la que aferrarme que una molestia.

Al ojear el libro, confirmé que constaba de tres historias. Unas

páginas me bastaron para comprender que se trataba de un libro para niños. La pluma era ligera, con un lenguaje sencillo que agradecí, pues mi dominio del idioma era limitado. Me pregunté si ese sería el motivo de que me hubiera asignado aquella lectura, aunque una parte de mí temía que fuese una burla.

Traté de apartar la incomodidad y me concentré en Lyren, el protagonista del primer cuento. Tenía una estructura como tantos otros. Un caballero enviado a contener una invasión a su reino. Un deber claro, una orden directa y una enorme grieta que estaba a punto de cambiarlo todo: el nombre de una mujer. Su amada había sido secuestrada y eso bastaba para torcer el rumbo de cualquier relato.

Lyren no albergaba demasiadas dudas. El texto enseguida lo mostraba desertando con aquella lógica tan limpia que seguían las historias que defendían que el amor lo justificaba todo. Continué leyendo, anticipándome al siguiente paso antes de que ocurriese; el rescate, el peligro, el reencuentro, la idea implícita de que sus faltas serían perdonadas si el final era el correcto.

Entonces me topé con una línea que había sido subrayada con firmeza: «Quien traiciona por amor no compromete su lealtad, se la entrega a un nuevo dueño». La leí varias veces, primero buscando su sentido en el texto, y luego el motivo por el que Danayher había decido señalarla. No suavizaba la decisión de Lyren, no la justificaba. La desnudaba. La convertía en algo más preciso. Deslicé los dedos con una sensación incómoda en el pecho sobre el trazo que la princesa había esbozado.

* * *

Las lecturas acapararon el tema de conversación del almuerzo. Cada aspirante hablaba de las tramas de sus libros y de lo que habían entendido de los fragmentos que habían tenido tiempo de leer. Había reflexiones pulidas, conclusiones seguras, incluso alguna frase que sonaba demasiado perfecta como para no haber sido ensayada antes de pronunciarla.

Las elecciones de Danayher eran muy diferentes no solo en el contenido, sino en la intención. El de Xytherel estaba lleno de giros y de decisiones calculadas que parecían responder a una lógica interna más que a la emoción. A Reputación le habían asignado uno más directo, casi esquemático, con escenas claras y pocos rodeos, pensado para que nada importante se perdiera en la forma. El de Inseguridad, por lo que había alcanzado a escuchar, giraba en torno a un error condicionante, como si obligara a mirarse a una misma desde la duda. Perfeccionismo había recibido algo más técnico, donde cada avance dependía de tomar decisiones sin margen de fallo. Empatía, por su parte, había mencionado en más de una ocasión lo que un personaje no decía, o lo que otro parecía evitar, como si lo importante estuviera en lo que quedaba fuera del texto.

El mío no era complejo; tampoco especialmente extenso. La historia avanzaba sin rodeos, desnuda de artificio. Había algo incómodo en esa sencillez, como si no ofreciera dónde esconderse, y me avergonzó la simpleza con la que habría podido describirlo. Quizá las aspirantes que habían nacido en Eakheral incluso lo reconocieran como parte de sus lecturas cuando eran infantes. Opté por mentir y negar haberlo empezado para no tener que darles explicaciones.

No obstante, había otro elemento diferenciador: aquella línea subrayada. No me cabía duda de que mis oponentes habrían presumido de contar con anotaciones de la propia princesa en sus lecturas. De igual forma que Perfeccionismo estaba a punto de

alardear de su nueva ventaja:

—Danayher estuvo conmigo mientras hojeaba mi manuscrito. Me hizo preguntas mientras leía. Sobre lo que veía, sobre lo que entendía.

Una pausa breve. Suficiente para dejar que el resto de la sala terminara de acomodar la información.

—Y después… —añadió con una ligera inclinación de cabeza— me pidió que pasara el día con ella. Como parte de las pruebas. Incluso pude visitar la Cámara de la Princesa.

El comentario no buscaba respuesta, pero la generó igual.

—¿El día con ella? —preguntó sorprendida Empatía—. ¿Por qué?

—Dijo que quería ver cómo me adaptaba al entorno habitual de una Mariposa.

—¿Qué hicisteis? —preguntó Inseguridad. Llevaba rato sin participar de forma activa en la conversación, pero su interés parecía haberse renovado.

—La acompañé en sus tareas diarias y en sus reuniones. También tuvimos tiempo para conversar. No sobre el libro, exactamente.

Hablaba sin prisa. Cada frase caía con una seguridad que no buscaba impresionar, dando los detalles justos para provocar un efecto, pero al mismo tiempo no revelar información útil. Me irritaba concederle el mérito. La inquietud se me había instalado en el estómago.

—Supongo llama a todas —comentó Reputación, que seguía sin hablar el idioma de Eakheral con soltura.

Buscó en nuestros rostros confirmación, pero detuvo los ojos en el de Perfeccionismo, que la observaba con una sonrisa condescendiente.

—Dudo que la princesa quiera desperdiciar su tiempo. Se limitará

a elegir a las que más posibilidades tengan.

—¿Te lo ha dicho ella? —preguntó Inseguridad con voz titubeante.

Perfeccionismo ladeó la cabeza, sin perder la sonrisa. Nos observaba como si fuésemos pupilos y ella, nuestra maestra.

—Es evidente. Cada acto aquí está sujeto a juicio, no solo lo que ocurre durante nuestras lecciones o pruebas. Los vínculos con figuras de autoridad siempre generan interés. Aunque no siempre positivo.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Empatía.

Ella no había estado presente durante la conversación en la que Perfeccionismo había desencadenado el rumor sobre la cercanía entre Reputación y el profesor Halvar. Sin embargo, no estuve segura de contar con toda la información cuando respondió:

—No me corresponde a mí dar más detalles. Tenemos a dos aspirantes que pueden hablar desde su propia experiencia.

Xytherel no tardó en pronunciarse:

—Los rumores —dijo con calma contenida— suelen hablar más de quien los repite que de quien los protagoniza.

Eso me hizo imaginar que había sucedido una conversación previa entre ellas. En el mercado, el vínculo entre Xytherel y el soldado al que había llamado por su nombre de pila me pareció evidente. Estaba claro que tampoco había pasado inadvertido a ojos de Perfeccionismo, pero había preferido no exponerlo de forma directa. ¿Se debía a que el rumor sobre Xytherel era real en lugar de obra de su propia invención?

—Y, aun así —respondió Perfeccionismo—, hay interpretaciones distintas para una misma realidad, según quién la observe.

—Y otras que se fuerzan cuando no encajan con lo que se desea ver. —Nunca había visto a Xytherel tan seria ni hablando con tanta

seguridad—. Eso no convierte suposiciones en realidades.

—No —concedió Perfeccionismo—. Pero sí puede explicar las dudas de la princesa sobre las motivaciones de ciertas candidatas y las compañías que las sustentan.

Xytherel tenía razón. A veces los rumores decían más de quien los repetía que de quien los protagonizaba. Pero también era importante qué se elegía compartir y qué se decidía no mencionar.

Empatía alternó la mirada entre ambas durante su intercambio, con una clara expresión de incomodidad.

—¿Y quién es la segunda? Has dicho «dos aspirantes».

—Creo que ya sabéis la respuesta.

Las miradas se clavaron en Reputación, que ni siquiera se había dado por aludida.

—¿Con quién? —La voz de Reputación sonó cortante—. Si mancillas nombre, hazlo claro.

Perfeccionismo sostuvo su mirada sin pestañear.

—Con el profesor Halvar.

Reputación soltó una risa breve, incrédula.

—Absurdo.

—¿Lo es?

La pregunta no procedió de Perfeccionismo. La Maestra de Aspirantes había intervenido. Todas las miradas se desplazaron hacia ella. Su expresión permanecía serena, aunque había desaparecido cualquier rastro de indulgencia.

—No hace falta que esgrimáis insinuaciones veladas —dijo—. Danayher ya tomó una decisión al respecto.

Reputación se tensó.

—¿Respecto qué?

—Al objeto perteneciente al profesor que apareció entre tus pertenencias.

El silencio se volvió absoluto. Nuestros rostros expresaban la incredulidad que sentíamos. Todos menos el de Perfeccionismo, que observaba a la Maestra como si hubiese hecho un comentario acerca de la comida.

—¿Qué?

La palabra apenas salió de los labios de Reputación.

—Se encontró durante una inspección rutinaria de los aposentos. La princesa decidió no iniciar una investigación formal porque no existían pruebas suficientes para extraer conclusiones. No te afectará.

Aquello era favorable para Reputación. No iban a expulsarla. Sin embargo, que la simple posibilidad se hubiera servido sobre la mesa ponía en tela de juicio su honor.

—No importa que no haya hecho impropio. Importa que la gente habla. En días todos saben. Y cada cosa hago bien, dirán es por eso. Mi familia lleva generaciones con nombre. No voy dejar que cambie por selección.

La Maestra observó a la joven durante unos instantes.

—Nadie te está pidiendo que te marches.

Reputación realizó una inclinación impecable.

—No. Solo colocáis en posición donde quedarme perjudica más.

La acusación quedó suspendida entre ambas. Esperé una réplica que nunca llegó y la ausencia resultó más elocuente que cualquier defensa.

29

Me convencí de que esa misma tarde, cuando acudiese a sus aposentos para seguir revisando los documentos sobre mi raza, Danayher me ofrecería a mí pasar un día con ella. Era la única forma que había encontrado de paliar el dolor que sentía en la boca del estómago y a cada instante estaba más impaciente.

La princesa me había permitido leer informes bélicos, aunque pronto comprendí que cuanto iba a obtener de ellos era una lista de los puntos débiles de mi raza. La forma en que algunas frases terminaban en el aire y algunos párrafos quedaban incompletos no dejaba lugar a dudas: faltaban páginas.

Danayher se puso en pie, pero no seguí sus movimientos con la mirada. Tenía los ojos clavados en las líneas que surcaban el pergamino. Detallaban un método de castigo militar que consistía en aislar al condenado en una caverna helada, donde debía sobrevivir con las mínimas atenciones. Si lo lograba, se le consideraba purgado de cualquier agravio.

La familiaridad me hizo apretar los puños debajo de la mesa. Si aquella era una información con la que contaba Eakheral, sin duda formaba parte del conocimiento del Imperio de Aesnovar. Del conocimiento del Gran Príncipe.

Había usado una tradición de mi pueblo para castigarme.

Danayher depositó una copa ante mí. Era su forma de marcar el final de la sesión con lo que parecía haberse convertido en una rutina: un nuevo intento de enfriar su contenido.

Sentí la rabia recorriéndome el cuerpo como la cera derretida. En el momento en que más afectada me sentía, había decidido volverse hacia mí para pedirme que le sirviera de espectáculo.

—Estos textos solo hablan de cómo se debía derrotar a mi pueblo. No hay una sola mención a la forma en que ellos planeaban las ofensivas. ¿Acaso…?

Me detuve abruptamente para no continuar la frase que se me había formado con demasiada rapidez en la cabeza: «¿Acaso teméis lo que sería capaz de hacer si recordara mi verdadero filo?».

Danayher me observó, primero con extrañeza y después con irritación. Apartó la copa de mi lado y posó la mano en el lugar que había dejado libre para poder inclinarse hacia mí y evitar que le rehuyera la mirada.

—¿No te parece que ya me he arriesgado lo suficiente al poner ese conocimiento a tu alcance?

—Pero… —Moví las manos en el aire con frustración—. ¿De qué sirve si está sesgado? ¿Si seleccionáis meticulosamente la información que me proporcionáis? ¿O pensáis que no había notado que también faltaban páginas en el herbario?

Al verla fruncir el ceño, supe que debía haber cuidado la lengua. Danayher era la heredera de Eakheral; no podía cuestionarla como a una igual.

—A veces la cura y la herida nacen de la misma raíz.

Me observó desde arriba, con la mandíbula tensa, y marcó las pausas como si importaran tanto como las palabras. Tuve que contenerme para medir las mías, aunque no pude deshacerme del cinismo.

—Lo hacéis entonces por protegerme. ¿Es así?

Soltó un bufido cuando se apartó de mí en un gesto limpio. Rodeó el escritorio y rebuscó entre los papeles que guardaba dentro de uno de los cajones. Los dispuso ante mí girados, para que pudiera leerlos sin dificultad.

Uno de ellos contenía un canto tradicional, replicado en un lenguaje que yo desconocía. Al final de esa misma página, había una anotación en una caligrafía diferente y en un idioma que tanto ella como yo comprendimos sin esfuerzo: «No son humanos, son bestias heladas». El contraste fue cortante, hiriente.

Otro de los manuscritos, en ese caso de corte eclesiástico, rezaba: «Son criaturas sin alma, condenadas a imitar la vida». Ante mí había expuesto ilustraciones grotescas, cuerpos alejados del que yo poseía. Parecían hechos de cristal quebrado, con ojos vacíos y miradas carentes de expresión. Representaciones caricaturescas de lo que alguna vez habían sido.

Me alejé de la mesa en un acto reflejo y la espalda me rebotó contra el respaldo.

—A veces, disponer de toda la información es doloroso. —Danayher posó la mano sobre los documentos y los apartó antes de que pudiera leer más—. Así que sí, intentaba protegerte.

Esa fue la última vez que acudí a una sesión como aquella. Aunque no se debió a mi insolencia.

Crucé las puertas tras una disculpa y una reverencia, con una mezcla de vergüenza e irritación. Para mi desgracia, al otro lado se encontraba Perfeccionismo. Si me guiaba por su expresión, a medio camino entre la incredulidad y la repulsión, no me costaba imaginar que el día que había pasado con Danayher no había implicado entrar en la Cámara de la Princesa, tal y como nos había hecho creer.

Me lo tomé como una pequeña victoria. En ese momento no

sabía que me quedaban pocas.

* * *

A pesar de que el ejército tenía como montura a los colmillos de escarcha, el transporte convencional en Eakheral se realizaba a caballo. Todas nosotras contábamos con experiencia en equitación, pero montar en el desierto conllevaba cierto desafío.

La arena cedía bajo los cascos incluso cuando parecía firme, y cada movimiento requería de anticipación. El avance no era limpio, el galope perdía ligereza; un gesto demasiado brusco no corregía, desestabilizaba. Sin embargo, el mayor enemigo era el calor, que fatigaba al animal con mayor facilidad.

Los caballos se habían ensillado de antemano, alineados bajo la sombra escasa de las caballerizas, que se localizaban cerca de la hondonada convertida en patio de armas. Tenían un brillo inquieto en los ojos, con ese temblor leve en los flancos que no terminaba de desaparecer ni siquiera cuando permanecían quietos.

Montamos una a una. Cuando le llegó el turno a Xytherel, colocó el pie en el estribo y se impulsó con la misma precisión contenida de siempre. Sin embargo, en cuanto su peso se asentó, el caballo reaccionó. Los fuertes músculos de las patas se tensaron y el animal arqueó el cuello de forma antinatural. Las orejas se plegaron hacia atrás y la primera sacudida llegó antes de que la aspirante hubiera podido siquiera sujetar las riendas.

Xytherel se inclinó hacia delante en un intento de ganar estabilidad, pero el caballo se encabritó con una violencia seca que la obligó a aferrarse a las crines. El segundo envite le hizo perder el equilibrio. No llegó a caer de inmediato. Se quedó colgando,

aferrada con una pierna al lomo y con las manos a las bridas, pero el animal giró sobre sí mismo con un tirón brusco y la expulsó de la silla.

La aspirante cayó de lado con torpeza, sin tiempo para intentar protegerse la cabeza con los brazos.

El caballo avanzó un paso más, piafando sin control. Uno de los cascos descendió demasiado cerca del cuerpo inmóvil de Xytherel. Mi montura se removió y relinchó.

El ruido de las riendas tensándose llegó un instante después, cuando uno de los mozos logró sujetarlo con un tirón desesperado. A pesar de la resistencia inicial, consiguió que cediera lo justo para apartarlo.

El silencio que siguió fue denso, como si nadie terminara de asimilar lo que acababa de pasar. Xytherel seguía en el suelo, completamente quieta. Sin tratar de incorporarse, sin un gesto tardío de reacción.

—¡Que alguien haga llamar al sanador real! —ordenó la Maestra, aproximándose.

Algunas de las aspirantes habían avanzado un paso. Otras se habían quedado donde estaban, tensas, sin saber si intervenir. Yo había bajado de mi montura.

—¿Está…? —preguntó Empatía con los ojos verdes muy abiertos.

La Maestra se agachó junto a la candidata y le colocó dos dedos sobre el cuello.

—No, todavía tiene pulso. Dejad vuestras monturas en la caballeriza y regresad a palacio. Quiero la pista despejada para cuando acuda el sanador.

Ninguna opuso resistencia a la orden. Las aspirantes guiaron a sus caballos hacia la salida. Empatía se giró mientras se alejaba con el resto para lanzar una mirada de preocupación en dirección a

Xytherel. Lo que me detuvo a mí, sin embargo, fue escuchar un susurro pronunciado por la voz de la Maestra; lo suficientemente bajo para que un oído humano no lo percibiera.

—No quiero que esto trascienda.

Al volverme hacia el origen del sonido, la encontré junto al mozo. Este había conseguido calmar al caballo, aunque seguía sujetando las riendas con tensión. La Maestra se aproximó y revisó con atención la manta que habían colocado sobre el lomo al ensillarlo. Parecía estar comprobando algo concreto, más que realizando un examen superficial.

—Llévatelo y encárgate de que le desinfecten las heridas.

Me mantuve donde estaba un instante más, fingiendo que ajustaba las cinchas de mi caballo para no llamar la atención. Esperé a que el mozo que llevaba el animal encabritado me sobrepasara, de forma que fui la última en entregar las riendas.

Di un paso atrás, como si solo buscara dejar espacio. Luego otro, girando ligeramente el cuerpo para no quedar alineada con la salida principal. Seguí avanzando sin prisa, de modo que mi vestido blanco no captase la atención. Pasé junto a uno de los postes hacia un lateral, por donde había visto desaparecer al caballo de Xytherel. El sonido cambiaba allí. Se escuchaban menos voces, solo el roce de los animales y el golpe ocasional de un casco contra la madera.

Habían apartado y doblado la manta sin cuidado. Me agaché como si comprobara la hebilla de la bota y aproveché ese ángulo para observar la tela. Era más gruesa de lo habitual y, al darle la vuelta, encontré unas pequeñas puntas metálicas distribuidas de forma irregular. Dispuestas para hundirse en la carne bajo el peso.

No había sido un accidente.

Enderecé la espalda despacio. La idea se asentó con una claridad incómoda. Xytherel nunca había destacado especialmente en los

ejercicios, solo en la interpretación musical, y ya había sido castigada por ello con la banqueta rota. Había sido una presencia tranquila, que pasaba desapercibida a ojos de la princesa en la mayoría de las ocasiones. Y, sin embargo, había sido el blanco de aquel sabotaje.

No había un margen seguro, y quien estaba detrás de aquella criba carecía de escrúpulos.

Durante un instante consideré decir algo. Pero no supe a quién, ni si hacerlo me perjudicaría.

Caminé a mi dormitorio con la cabeza gacha y la imagen del cuerpo inerte de Xytherel grabada en la memoria. La idea de que pudiera quedarse fuera de la competición no me consoló como esperaba, y me encontré preguntándome si a mi padre le habría decepcionado mi debilidad.

* * *

Lo último que esperaba al entrar en mis aposentos era encontrar a la doncella de pelo grisáceo sentada en una silla. Se puso en pie en cuanto me vio, pero no le di oportunidad de explicar qué hacía allí.

—Fuera —ordené furiosa.

Me hice a un lado y señalé la puerta. No obstante, cuando se aproximó no fue para salir, sino para cerrarla. Apoyó la espalda contra ella y yo enarqué una ceja. Todos los músculos del cuerpo se me pusieron en alerta. Que su expresión no fuera amenazante no descartaba el peligro. Los depredadores más fieros no necesitaban mostrar los dientes.

—Necesito hablar contigo.

—¿Para que puedas volver a insultarme? —Solté una risa cínica

—. He dicho que te vayas.

—Sé que perteneces a la raza de los Hijos del Hielo. —A pesar de que su voz era un susurro, me lancé a apartarla de la puerta—. Sé lo que pasó con el lobo —continuó mientras permitía que le tirase del brazo para arrastrarla por la habitación—. Al principio me negaba a creer que fuese algo más que una casualidad, pero el otro día te vi las heridas de la espalda.

La solté y la miré con extrañeza. No había sido cuestión de azar que clavase los dedos justo donde se habían encontrado las alas.

—¿Qué tiene eso que ver con…? ¿Cómo sabes…?

Pero tenía la respuesta ante mis ojos, al menos a la segunda pregunta. La idea de que hubiera más personas como yo, después de lo que el Imperio había hecho a mi pueblo, me resultaba inconcebible hasta tal punto que había ignorado el parecido físico, e incluso la incapacidad para sudar y ruborizarse aquel día en la lavandería.

El aire se me quedó congelado en el pecho. Sentí un escalofrío recorriéndome todo el cuerpo y me senté en el borde de la cama para buscar un punto de apoyo.

—¿Cómo es posible? —pregunté sin aliento.

—Eso ahora no importa. —Se arrodilló ante mí, buscándome los ojos—. Estoy aquí porque si pudiste controlar al lobo, puedes hacer lo mismo con los *iskarths*.

—¿Los *iskarths*?

La doncella chasqueó la lengua.

—Los colmillos de escarcha. Las monturas reales. Si pudieras hacer que se doblegaran a tu voluntad…

—¿De qué estás hablando? Yo no controlé al lobo. Él decidió irse.

Soltó una risita.

—Puedo asegurarte que esas bestias no atienden a razones. Solo

algunos eran capaces de dominarlos. Aquellos que desarrollaban alas. Si aprendieses a usar ese poder… Eres muy valiosa, Eira.

Me puse de pie con la respiración alterada. Cuando intentó sujetarme por la muñeca, le di un empujón que la envió de espaldas al suelo.

—He dicho que yo no hice nada. —Marqué cada palabra para que el mensaje calase—. No soy la persona que buscas.

Fui inmune a la mirada de desprecio que me dedicó mientras se levantaba.

—Pues eres la única a la que puedo recurrir.

Cuando por fin me quedé sola en la habitación, sentí que el techo iba a caerse sobre mí, que las paredes iban a comprimirse y asfixiarme. Alguien más había sobrevivido al genocidio.

Pero eso también significaba que alguien más conocía mi secreto.

30

La segunda historia del libro hablaba de un rey joven que nunca había estado solo.

Valeron no caminaba sin que alguien lo acompañara, no hablaba sin que alguien lo escuchara, no decidía sin que antes lo hubieran orientado. La Corte de Elyndor lo envolvía con precisión, ajustando cada uno de sus gestos hasta que no quedó nada que pudiera considerar suyo.

Entonces llegó la amenaza de una guerra. No como una batalla inmediata, sino como una certeza que se iba cerrando poco a poco, obligándolo a elegir dentro de un margen que otros habían definido por él. Cada opción lo empujaba en la misma dirección: obedecer, mantenerse firme, sacrificarse si era necesario.

Valeron empezó a ejecutar pequeñas desviaciones. Sugirió nuevas rondas de negociación aun cuando sabía que fracasarían. Pospuso decisiones urgentes alegando prudencia. Envió emisarios donde otros habrían enviado ejércitos y ordenó estudios e informes para tratar problemas que exigían una respuesta inmediata.

Cada decisión parecía insignificante por separado, pero todas tenían el mismo propósito: Valeron necesitaba tiempo. Tiempo para preparar una salida. Tiempo para imaginar una vida que no perteneciera a la Corona. Tiempo para convencerse de que todavía

era posible escapar.

No actuó movido por la ambición ni por el deseo de perjudicar a su reino; sus decisiones surgían del terror y la desesperación al sentirse atrapado. No obstante, las consecuencias no distinguían entre intenciones y resultados. Mientras él aplazaba decisiones, la posición de Elyndor se debilitó y los enemigos aprovecharon cada demora. Había antepuesto su libertad al deber que juró cumplir. Y eso, concluyó el autor, era una forma de traición.

—Ese libro. Danay siempre lo llevaba encima.

Therenya se encontraba al final de la galería, donde había vuelto a encontrar un espacio tranquilo para leer en uno de los alféizares. Antes de que pudiera ponerme en pie para ejecutar la reverencia pertinente, su sombra se cernió sobre la página abierta. Estaba tan cerca que pude oler el perfume dulzón de su cuello.

—Se negaba a prestármelo, así que cuando un día lo dejó descuidado sobre uno de los bancos del jardín, lo cogí. —Curvó los labios en una sonrisa distraída—. Podría haber aprovechado para leerlo, pero estaba tan molesta que preferí escondérselo. Tendría… ¿ocho años, quizá nueve? Lo coloqué entre otros, en la biblioteca privada de mi padre.

—¿Tardó en volver a encontrarlo?

Estaba sorprendida de que Therenya hubiera decidido compartir ese recuerdo conmigo. Era la segunda vez que me contaba una anécdota. Me pregunté si se habría convertido en una nueva rutina entre nosotras. ¿Tendría alguna con el resto de las candidatas?

—Más de lo que a ella le habría gustado, pero menos de lo que yo esperaba. La vi volver sobre sus pasos dos veces. Pensé que preguntaría al servicio, pero no habló con nadie hasta que lo encontró.

—¿Y qué hizo entonces?

Me parecía útil conocer el temperamento que había usado con su propia hermana, aunque hubieran pasado años desde aquello.

—Lo ojeó durante un momento. Supongo que comprobaba que fuese su ejemplar. —Se encogió de hombros—. Luego se lo metió debajo del brazo y se dirigió a una de sus lecciones.

Fruncí el ceño.

—¿Ya está?

—Ya está. —La sonrisa se ensanchó—. Aunque no volvió a dejarlo fuera de su alcance. Incluso se lo colocaba en el regazo cuando comíamos con nuestros padres. —Bajó el tono, como si quisiera compartir conmigo una confidencia—. A madre le ponía nerviosa que lo posara sobre el mantel tras haberlo apoyado en otra decena de lugares.

Bajé la vista al cuento. El pulso se me había acelerado tras conocer la importancia que tenía para Danayher. ¿Por qué había decidido dármelo a mí? Me preocupó no estar a la altura del análisis que podría esperar de él.

—Tal vez pensó que había sido el servicio quien lo había colocado allí.

—No. Sabía que había sido yo. Pero estaba acostumbrada a mis bromas, así que se había vuelto muy paciente. Aunque también celosa con sus pertenencias más preciadas, como has podido comprobar. Me sorprende que haya decidido prestarlo. ¡Vas a poder leerlo antes que yo!

—Si queréis, puedo resumiros las dos historias que he leído —ofrecí con torpeza.

Therenya soltó una carcajada. Me tomó del brazo y me invitó con un suave tirón a bajar las piernas del alféizar.

—Pasea conmigo.

Cerré el libro con más cuidado del necesario antes de ponerme

en pie.

Caminamos sin un rumbo aparente, si bien pronto me di cuenta de que Therenya elegía de forma consciente los giros que tomaba. Los pasillos se abrían en tramos amplios, donde la luz se filtraba sin llegar a calentar. La princesa no habló de inmediato. Dejó que el silencio se asentara entre ambas, como si también formara parte de la conversación.

—Tu acento no es de aquí —observó al fin—. Tampoco tus rasgos.

No había juicio en la observación. Solo una precisión tranquila.

—Vengo de Aesnovar.

Therenya asintió, como si ya lo supiera. Posiblemente así fuera.

—Se nota en cómo eliges las palabras. Más directas. Menos… adornadas.

—En el Imperio no sirve de mucho adornar las intenciones.

—Lo sé. En la frontera se mezclan las lenguas y las costumbres. Los comerciantes cruzan las montañas todos los meses y no solo traen consigo mercancía, también historias, tradiciones, formas de hacer y de pensar.

Los pasos de la princesa eran cortos, aunque su estatura no era mucho menor a la mía. Me vi obligada a ajustar el ritmo para no sobrepasarla.

—¿Estuvisteis mucho tiempo allí? En la frontera.

—Me fui cuando tenía diez años para formarme en uno de los grandes templos. —Según tenía entendido, eso implicaba que habían transcurrido ocho desde entonces—. Aunque el territorio de la frontera forma parte de la Corona, es tradición entregárselo a la segunda hija de la reina, así que fue una forma de asentar también mi derecho sobre el territorio. Resulta extraño estar de vuelta.

—¿Es un regreso definitivo?

—Al menos por el momento. El Consejo quiere que esté cerca de mi hermana durante la transición que seguirá a su coronación. Luego, mi destino será voluntad de Danay.

—Debe de ser complicado adaptarse a tantos cambios.

Me tocó el brazo para avisarme de que tomaríamos el siguiente giro.

—No importa dónde estés. Al final, la corona siempre pesa lo mismo. —Se giró hacia mí y por primera vez me miró de forma más directa—. He tenido que formarme con la misma exigencia que ella. Si por cualquier motivo tuviera que cumplir mi papel como reemplazo, ya no habría tiempo para aprender. —Therenya desvió la vista hacia las ventanas a nuestra izquierda, como si el tema ya no requiriera más atención—. Ser la segunda no cambia los sacrificios que se esperan de ti. Solo cuándo te toca demostrarlos.

Tras la última esquina, alcanzamos el lugar al que nos había estado dirigiendo. La luz se volvió más suave, tamizada por paneles altos que dejaban pasar el sol sin permitirle imponerse del todo. El aire también era distinto.

Me detuve al poner un pie dentro, lo suficiente para que la comparación surgiera sin pedir permiso. En Aesnovar, los invernaderos eran estructuras cerradas, casi herméticas, donde cada brote se protegía del frío exterior. Los tallos eran más largos, las hojas más abiertas, como si hubieran aprendido a aprovechar cada resquicio de luz. En el palacio de Eakheral, era diferente. Avancé despacio, recorriendo con la mirada las hileras irregulares, los pequeños canales de agua, la forma en que la humedad se concentraba solo donde era necesaria.

Un leve crujido me hizo alzar la vista.

En una de las ramas más altas, donde la sombra era más espesa, se encontraba lo que parecía ser un búho oculto entre las

hojas. Tenía las plumas recogidas y la cabeza ligeramente hundida entre los hombros.

Había visto un ave similar en el palacio imperial de Aesnovar. Asomada a través de un ventanal que daba a los jardines, la había visto cortar el viento helado que me azotaba la piel. No había podido observarla con atención, pero recordaba un plumaje marrón y blanco como el que estaba contemplando en aquel instante.

—Ese es Arkh —indicó Therenya—. Como supongo que ya os habrán explicado, cada mujer de la familia real elige un animal. El búho fue mi elección. No vestirán la Corte con él, pero sí me permitieron tener uno. Viaja conmigo a todas partes.

—Es precioso —dije en voz baja.

—Pues deberías verlo despierto.

El parecido con su hermana era evidente. En los rasgos, en la línea de la mandíbula, en la forma de los ojos… Sin embargo, bastaba una sonrisa para romperlo. La de Danayher era difícil de ver, pero, cuando conseguía rajar la contención que la caracterizaba, resultaba fluida, como agua que encontraba una salida. La de Therenya era más fácil de captar, pero también más comedida. Como una puerta entornada.

—Te he traído aquí —dijo posando una mano sobre el dorso de la mía— porque creo que es un lugar más acogedor para continuar tu lectura.

Entreabrí la boca y me tomó unos instantes de más usarla para responder:

—Muchas gracias, alteza.

Cerró los dedos alrededor de mi brazo, en un apretón cómplice. Al soltarme, comenzó a caminar hacia la salida. Se volvió una última vez, con una expresión divertida en el rostro.

—Cuando lo termines, tal vez acepte ese resumen que me

ofreciste antes.

Su ausencia dejó un silencio pesado, apenas roto por el sonido del agua de riego. Busqué el refugio de un árbol frutal y apoyé la espalda contra el tronco áspero. Acaricié la encuadernación tosca, recordando la historia de Valeron.

No era la corona en sí lo que lo había atrapado, sino todo lo que exigía sostenerla; la falta de libertad que convertía cada gesto en una obligación y cada elección en una renuncia.

Pensé en Danayher, en la precisión con la que se movía y elegía las palabras. Incluso sus sonrisas más sinceras se convertían en una decisión deliberada en público. Cada error convertido en una decepción; en una amenaza.

Pensé también en Therenya. En su forma de permanecer dentro de los límites sin tensarlos, de moverse sin oponerse abiertamente a nada, pero sin llegar a diluir su voluntad.

Si había una jaula de oro, ambas estaban dentro. Solo que no la habitaban del mismo modo. No sabía cuál de las dos se parecía más a Valeron. O si la comparación, en realidad, era inevitable para cualquiera que no pudiera apartarse del deber.

Si alguien entendía lo que significaba no poder elegir sin consecuencias, esa era yo.

En la última página de ese segundo cuento, había una línea escrita en una caligrafía distinta. Era ligada, de trazos curvos y altos. Debía de pertenecer a una joven Danayher.

«¿Qué corona pesa más, la que se lleva o la que se desea?».

31

Al ver esa mañana mi nombre escrito junto al de Danayher en la lista de aspirantes, agradecí que me hubiera asignado una lectura corta, pues tendría que verla a primera hora de la tarde.

Aproveché el tiempo entre la última lección de la mañana y el almuerzo para terminar el tercer cuento. Después de los dos anteriores, esperaba otro relato sobre decisiones imposibles; otro nombre cargando con el peso de una situación que no había elegido. Pasé las primeras líneas con rapidez, deteniéndome solo cuando no reconocía alguna palabra.

Sethera había sido enviada a eliminar a una criatura maldita. El pueblo de Elyndor la temía, y eso bastaba para justificar el viaje y el desenlace evidente. Había leído suficientes versiones de esa historia como para anticipar el final antes de alcanzarlo.

Sin embargo, cuando Sethera la encontró, la trama dejó de avanzar en la dirección esperada. Seguí leyendo, esa vez con más atención.

La criatura no reaccionó con violencia ni tampoco parecía cumplir con aquella descripción que infundía tanto miedo. Entonces Sethera se cuestionó la orden que había recibido. Más que de un acto heroico, se trataba de una decisión torpe, humana. De igual forma que lo fueron sus acciones posteriores. Decidió esconder a la

criatura, la observó, aprendió de ella. Y entonces comprendió que lo único que la convertía en peligrosa era un relato distorsionado, repetido por bocas que jamás habían presenciado su comportamiento.

Tuve que detenerme un instante.

No porque no entendiera la historia. Sino porque lo hacía demasiado bien.

A medida que la criatura crecía, fue volviéndose más útil, más consciente. Cuando llegó la amenaza de la invasión que tanto el rey Valeron como el caballero Lyren habían ignorado, fue quien inclinó la balanza. No por obediencia ciega a Elyndor, sino por la confianza que Sethera había depositado en ella.

Sin embargo, un pueblo nunca cambia. Al menos no lo suficiente. A nadie pareció importarle lo que aquella criatura hubiese hecho, ni el mal que había evitado. Daba igual su valor. Lo que pesaba era que, a sus ojos, siempre había sido un monstruo.

Sethera pagó el precio de su idealismo. No reconocieron su hazaña, no celebraron su logro. Todo cuanto importaba era que no había cumplido su misión. Y tendría que ser otra mano quien la completara.

Noté la humedad antes de reconocerla y fue el escozor tras los ojos lo que le dio nombre. Apreté los párpados con fuerza para que las lágrimas no llegaran a derramarse.

Pensé en mi pueblo y también en aquella doncella, que había roto todo cuanto creía conocer sobre el exterminio del Imperio. Pensé en lo rápido que todo se había reducido a una única idea y en lo fácil que había resultado convertirnos en algo que debía desaparecer.

Si alguien hubiera dudado… Si alguien hubiera cuestionado la decisión…

Danayher no había llegado a tiempo de intervenir cuando todavía había margen para mirarnos y no ver un enemigo; sin embargo, no se había planteado ni por un instante hacerme daño.

No era un equivalente a Sethera, pero se parecía lo suficiente como para no poder ignorarlo.

Cerré el libro con cuidado. Los dedos que aferraban la encuadernación temblaban. No pude prestar atención a ninguna conversación durante el almuerzo y a duras penas logré escuchar la lección de tareas administrativas. Solo para cuando tomé asiento en aquel sillón con el que había terminado familiarizándome, había conseguido recuperar suficiente control sobre mí misma.

Danayher se encontraba en el suyo, escribiendo en un cuaderno que reconocí. Era el que Perfeccionismo le había obsequiado. Sentí un pinchazo de envidia en el estómago, hasta que al apartar la mirada vi sobre una de las repisas la figura de un colmillo de escarcha con piedras preciosas engastadas que le había regalado Empatía. Localicé el reloj de arena de Xytherel antes de toparme con mi caja.

Saber que también había decidido llevársela a sus aposentos me concedió un instante de calma. Hasta que la heredera cerró el cuaderno y alzó los ojos dorados hacia mí.

Pensé que me pediría expresar mi opinión sobre la lectura, o resumírsela, pero sus preguntas fueron muy diferentes:

—*Tres traiciones para Elyndor* es un libro que plantea que toda lealtad es una forma de renuncia. Quiero que te posiciones. ¿Cuál de ellas justificas? ¿Cuál condenas?

El libro aún seguía en mi poder, posado sobre mi regazo. Apoyé la mano sobre la cubierta, sin abrirlo de nuevo.

—El rey Valeron es el más fácil de condenar. —Levanté la vista para medir su reacción antes de continuar—. No toma una decisión

concreta e irrevocable. Es algo progresivo. Se convence de que no tiene alternativa hasta que ya no queda nada que sostener. Dice que no tiene elección, pero la tiene, aunque crea que es una simple marioneta. Traiciona antes de que lo obliguen a hacerlo. Se adelanta al miedo para no tener que enfrentarlo. —Eso era lo que me resultaba insoportable—. No puedo justificarlo. No cuando hay quienes de verdad no tienen libertad y aun así no ceden.

Pensé en Silas, que sí había sacrificado sus principios trasladándome aquella propuesta disparatada.

—Por eso lo condeno. —La afirmación se sostuvo sin necesidad de reforzarla, aunque noté, al decirla, que no era tan firme como habría querido—. No porque no entienda esa desesperación. Sino porque la entiendo demasiado bien. —Alcé la vista apenas un instante antes de apartarla de nuevo—. Y porque sé en qué te convierte si la dejas decidir por ti.

Danayher asintió, pero su postura recostada, con las piernas cruzadas y las manos entrelazadas en el regazo, no me indicó que tuviera intención de intervenir.

—Lyren, en cambio, sí tomó una decisión definitiva. Comprometió la seguridad de un reino por una sola vida. Si su amada hubiera muerto antes de su llegada… ¿de qué habría servido?

El argumento era claro. Casi cómodo. Fue entonces cuando la voz de Danayher se impuso:

—¿Crees entonces que el amor te hace débil?

La frase subrayada me volvió a la mente sin esfuerzo, como si hubiera estado esperando ese momento. «Quien traiciona por amor no compromete su lealtad, se la entrega a un nuevo dueño».

Recordé un ave surcando el cielo. El frío en las manos mientras ajustaba las correas. La paciencia con la que esperaba a que el

halcón volviera.

—Mi padre decía que el halcón no volaba por amor. Volaba por quien lo alimentaba.

Recordaba sus palabras: «Confía en quien vuelve por voluntad, no en quien obedece por hambre».

—La necesidad puede hacer que alguien te siga. Puede incluso mantenerlo cerca. Sin embargo, no hará que se quede cuando deje de necesitarte. Solo el afecto lo hace. Así que no, no considero el amor una debilidad. La lealtad que deriva de él es la más genuina que existe, pero también la menos fiable. Por eso no justifico a Lyren, pero tampoco puedo condenarlo como a Valeron. En cuanto a Sethera…

El nombre no me resultó tan fácil de colocar como los otros dos. Podía ver a Danayher leyéndome con la misma facilidad que aquel libro de niña.

—Si me aferro al pragmatismo sé que podría preguntarme: «¿Merece la pena arriesgar tanto por justicia? ¿El camino de la rebeldía trae algo más que soledad y rechazo?». Pero sabéis bien que entiendo por qué no obedeció. Que todos crean algo no lo convierte en cierto. —Tragué saliva antes de continuar—: Y ella decidió actuar en consecuencia. Aunque no garantizase nada. Aunque no evitase el rechazo. Aunque no pudiera hacer que los demás comprendieran la realidad que tenían ante sí. Creo que eso precisamente hace su elección más valiosa. La hizo a sabiendas del precio que iba a pagar. Sin esperar nada a cambio. Así que la justifico a ella.

Si bien, para mí, la verdadera traición de esa historia no la había ejecutado Sethera, sino el pueblo de Elyndor.

—No creo que esa respuesta os haya sorprendido. —Pese a que no confirmó mis sospechas, Danayher no se molestó en disimular la

sonrisa—. ¿Me asignasteis esta lectura por ello?

—No exactamente. Me pareció que podrías encontrar interesantes las anotaciones. —Tenía presente la frase que había subrayado en la primera historia y también la que había escrito en la segunda, pero no sabía qué quería que extrajera de ellas—. Y que te permitiría conocerme mejor. Fue mi libro favorito durante mucho tiempo.

La vi servir el vino, en vez de solicitar que lo hiciera yo. Me sorprendí al ver el color. Era la primera vez que la veía beber tinto. Recortó la distancia para tenderme una copa y se quedó inclinada, deslizando los ojos por mi rostro con una intimidad que me hizo desechar la idea de mencionar la conversación que había tenido con Therenya. Solo estábamos ella y yo, y eso era suficiente.

Di un sorbo para ganar tiempo y poder decidir cómo quería dirigir la conversación.

—A otras candidatas les habéis permitido todavía más cercanía.

Danayher no se apartó, aunque entrecerró los ojos con suspicacia.

—Veo que esas otras candidatas no se han quedado calladas. —No sabía si había concedido el honor a alguien más que a Perfeccionismo, pero la molestia implícita en su tono me confirmaba que me favorecía haber hablado en plural—. ¿No te parece suficiente el tiempo que te permito pasar en mi dormitorio?

Cerré los dedos con más fuerza alrededor del cristal.

—No me parece suficiente su duración.

—Si eso es lo que quieres —ladeó la cabeza y su voz sonó como un ronroneo—, entonces pídelo de forma adecuada.

Tragué saliva.

—Quiero pasar un día con vos.

Danayher se mordió el labio sin dejar de sonreír y señaló con la

barbilla mi copa.

—Déjala a la temperatura perfecta y tendrás la oportunidad.

Alcé la copa con decisión. El líquido oscuro osciló antes de asentarse. No necesité buscar la magia, tan solo la esperé.

A diferencia de otras veces, no se presentó como una grieta impredecible. Era más bien una corriente baja y constante. Me había acostumbrado a su presencia y ya no exigía ser liberada con tanta fuerza que pudiera desbordar el cauce.

Permití que siguiera su curso hasta la superficie de mi piel y la contuve allí, midiendo su peso antes de permitir que se extendiera de forma uniforme. Lo sostuve un instante más, calibrando el límite, y entonces aparté la copa.

Danayher la cogió en cuanto hice amago de ofrecérsela. Había una sonrisa de satisfacción que fue cubierta cuando el cristal le tocó los labios. No apartó los ojos dorados de los míos mientras bebía.

—Entender dónde está el límite es esencial. —Bajó la mirada a mi boca y volvió a subirla antes de que hubiera podido procesarlo—. Sin embargo, a veces cuesta no sobrepasarlo. Detenerse a tiempo es lo único que evita errores. —Sentí cómo el corazón se me aceleraba mientras daba otro sorbo. Se recostó contra el sillón y dejó la copa en la mesita—. Tendrás ese día conmigo.

Mi pulso continuó desbocado durante mi camino hasta la Sala de Aspirantes. Por primera vez desde que había llegado a aquel palacio, tenía algo cercano a una certeza. Danayher había accedido con facilidad a concederme una prueba que me colocaba en una posición favorable. La esperanza era más peligrosa que un filo bien afilado, y la sentí burbujear bajo la piel mientras una pequeña sonrisa se me extendía por el rostro.

En ese momento olvidé cualquier confabulación. Olvidé que habían matado a una aspirante y que lo habían intentado con otra.

Olvidé la propuesta que me había hecho Silas en nombre del Gran Príncipe.

Me sentía imparable.

Y eso debería haberme hecho desconfiar.

32

Las preguntas de las asistentes se mezclaron. Cada una formulaba una distinta, pero todas tenían algo en común: la confusión. «¿Desde cuándo?». «¿Por qué nadie nos ha avisado?». «¿Se recuperará pronto?».

Era sorprendente que el rumor de la enfermedad del rey no se hubiera filtrado antes. Había sido la Maestra quien lo había anunciado formalmente en el desayuno, junto con la indicación de que participaríamos en una ceremonia religiosa que velaba por su recuperación.

Permanecí en silencio, pues el sentimiento que me invadía no era la sorpresa. Era la molestia. Hasta entonces había sido la única aspirante que contaba con esa información. Resultaba evidente que, a partir de entonces, las candidatas empezarían a vigilar más de cerca el estado de ánimo de la princesa.

Mi pequeña ventaja había desaparecido.

La Maestra comenzó a repartir tareas. Nuestra función era demostrar que comprendíamos cómo sostener la imagen de la heredera incluso en el contexto religioso, o más bien «en especial», dada la mala relación que tenía con el clero.

Empatía fue asignada como portadora de las ofrendas, Inseguridad se ocuparía del incienso y Perfeccionismo sería la

encargada del ramo de flores que llevaría Danayher.

—Eira.

Alcé la vista.

—Te ocuparás de colocar la capa de la princesa antes de la entrada.

Asentí sin responder.

La sala elegida para la ceremonia no había sido concebida como un espacio de culto. Aun así, la habían transformado con la suficiente habilidad como para que la función original quedara difuminada bajo capas de simbolismo cuidadosamente dispuesto.

Los ventanales habían sido cubiertos con velos translúcidos que apagaban la luz exterior hasta convertirla en una claridad grisácea y uniforme. El olor a incienso impregnaba el aire con una densidad casi adormecedora.

En el extremo principal se había levantado un altar provisional de piedra negra pulida. El símbolo central había sido sustituido por una estructura metálica compuesta por varios círculos incompletos entrelazados entre sí, de cuyos bordes colgaban finos hilos de plata tensados como parte de un tejido invisible. Supuse que, ya que no nos habían advertido, seguíamos bajo la influencia de Orhal, el Tejido Silente.

A ambos lados del altar se extendían filas de asientos destinados a los miembros de la Corte y a los invitados de mayor relevancia. Más atrás, casi absorbidos por las sombras de las paredes, permanecían los espacios reservados al servicio y a las figuras de menor rango.

Hasta que llegase Danayher, nuestro cometido era mezclarnos con los invitados. Localicé mi objetivo en un primer vistazo. Al igual que en la velada en la que tuvimos que actuar como parte del servicio, iba ataviada con un vestido morado, el color del luto en

Eakheral. Estaba rodeada de mujeres, que murmuraban tras los velos que les cubrían la boca. Me coloqué cerca de ella, mirando a mi alrededor como si comprobase que todo se encontraba en su sitio. Si no conseguía captar su atención, pretendía contentarme con escuchar.

Ella, sin embargo, tardó un solo instante en reparar en mi presencia.

—Una de las aspirantes.

Asentí.

—Eira.

—Ya conozco su nombre. —Aquello no me sorprendió tanto como debería. A esas alturas sospechaba que buena parte de la Corte lo hacía. Se tocó el pecho con una mano llena de pesados anillos—. Yo soy la señora Odhalis.

—Lo sé —mentí. No recordaba su nombre, pero sí los motivos que habían captado mi interés—. Una de las Cisnes de la antigua reina.

Sonrió complacida por el reconocimiento. Desplazó la mirada por el resto de las candidatas, que conversaban con diversos grupos.

—Cada vez sois menos. A estas alturas, la selección hacía tiempo que había terminado para nosotras. Aunque entiendo que si solo va a tener una Mariposa, la princesa quiera asegurarse de tomar la decisión correcta. Es una elección crucial. —Soltó una risa al ver mi expresión de sorpresa—. ¿No lo esperaba? La persona que ocupe ese puesto verá cosas que nadie más verá. Escuchará conversaciones que nunca llegarán al Consejo. Estará presente cuando los nobles y los diplomáticos ya se hayan marchado. Una asistente real puede determinar el éxito o la caída de un reinado.

Podría haberse tratado de falsas pretensiones, de un afán de ensalzar una posición que ella misma había ocupado. No obstante,

sus palabras se alineaban con las piezas que llevaba tiempo encajando. Quien pretendía amañar la selección lo hacía porque sabía que la de la Mariposa era la posición más valiosa. La única capaz de influir directamente sobre la futura reina.

—Por eso las familias prestan tanta atención a este proceso —continuó—. Cada una de vosotras llega acompañada de una historia. Algunas más complejas que otras.

—¿Como Mayrah?

La noble arqueó una ceja.

—Veo que habéis oído los rumores.

—Solo fragmentos. Acerca de que su familia arrastra una mancha difícil de borrar.

Guardó silencio unos instantes.

—Su tío fue acusado de traicionar a la reina Rimeyah. Era uno de los consejeros reales y, durante la Rebelión de los Nueve Sellos, cuando la situación llegó a su punto más crítico, pactó a espaldas de la reina.

—¿Sin su permiso?

La mujer asintió y unos rizos negros le cayeron sobre la frente.

—Movió hilos para permitir que quienes habían desafiado a la reina conservaran sus cargos. —Arrugó la nariz con desagrado—. Mientras, aquellos que habían permanecido leales a la Corona durante meses perdían fortunas. O a familiares. Y, al final, se les dijo que todo había sido en vano. —Suspiró y se inclinó hacia una de las mesas a nuestra espalda para tomar una copa y dar un largo trago —. La autoridad de Rimeyah quedó profundamente dañada. Los edictos tuvieron que ser retirados y ella proyectó una imagen de debilidad al permitir que otros decidieran.

—Entonces ¿por qué elegir a su sobrina como parte de la selección?

La señora Odhalis soltó una risita contra el cristal de la copa.

—Porque Su Alteza siempre ha tenido una preocupante tendencia a fijarse en las personas que otros descartan.

No estuve segura de si había sido una alusión directa hacia mí, ya que sus ojos se movieron hacia la entrada. Allí pude ver un destello dorado, el de unas cadenas adornando una melena negra. La Maestra de Aspirantes me hizo un gesto con la mano para que me acercase, lo que no me dejó más remedio que despedirme de la noble con una inclinación de cabeza apresurada.

Danayher estaba de pie en la cámara anexa, mientras dos doncellas le ajustaban la cola del atuendo ceremonial. Tomé la capa entre las manos y avancé hacia ella. El tejido era pesado, bordado con hilos oscuros que parecían absorber la luz en lugar de reflejarla. La elevé para colocársela sobre los hombros y, en el instante en que me aproximé lo suficiente, Danayher giró apenas el rostro.

El gesto bastó para que su aliento me rozara el cuello. Me estremecí de una forma que el frío no podía provocarme, y toparme con sus ojos fijos en mí solo empeoró mi agitación. No aparté las manos del broche mientras terminaba de fijarlo, aunque tuve que controlar la tensión de los dedos para que no resultara evidente.

Entonces Perfeccionismo apareció junto a nosotras y yo me aparté varios pasos, azorada. Sostenía un ramo ceremonial, que tendió a la princesa. Tallos oscuros, pétalos afilados y hojas estrechas como pequeñas cuchillas. Los murmullos comenzaron antes siquiera de que Danayher lo mirara, sin intención de tomarlo.

—Déjalo a un lado.

La aspirante palideció, pero no dudó en obedecer.

—¿En qué estabas pensando? —Escuché que preguntaba Empatía en un susurro.

—La Maestra dijo que confiaba en mi criterio. Pensé que a la

princesa le gustaría algo que representara su fortaleza.

Empatía cerró los ojos un instante.

—En Eakheral, esas flores pueden interpretarse como un desafío en lenguaje cortesano.

—O una amenaza —añadió Inseguridad en voz más baja.

Perfeccionismo cuadró la mandíbula, con las aletas de la nariz dilatadas.

—Basta. —La voz de la Maestra cortó el murmullo con precisión —. Buscad vuestros asientos. —Antes de que hubiera podido avanzar con el resto, pronunció mi nombre—. Olvidé el estandarte ceremonial. Ve al guardarropa y tráelo.

Eché a correr en cuanto estuve segura de que ningún invitado me vería. La tela del vestido que nos habían asignado para la ceremonia me llegaba hasta los pies y dificultó mis zancadas, pero eso no hizo que redujese el paso. Recorrí las galerías hasta el guardarropa, que localicé, más tarde de lo que me habría gustado, en una de las alas menos transitadas.

El estandarte descansaba apoyado contra una pared, junto a otras piezas utilizadas durante festividades y ceremonias. Era más pesado de lo que aparentaba. Lo tomé y emprendí el camino de regreso.

A medida que me aproximaba, el silencio de los corredores fue desapareciendo. Primero llegaron las voces y después el eco grave de una plegaria colectiva que se extendía a través de las puertas cerradas de la sala ceremonial.

Se me aceleró el pulso.

Había empezado.

Cuando extendí la mano hacia el picaporte, con la respiración acelerada, una voz se alzó a mi espalda.

—Lo siento, pero las puertas no pueden abrirse hasta que

termine el oficio.

Sir Odran estaba apoyado en la pared, con aquella vestimenta ajada que recordaba a la Guardia Real.

Apreté con más fuerza el asta del estandarte. La Maestra me había enviado sabiendo que no llegaría a tiempo. ¿Había sido una prueba? ¿Debería haberme negado? ¿Haber priorizado la ceremonia?

Sir Odran extendió una mano.

—Dádmelo. Yo me encargaré.

Vacilé un instante antes de entregárselo.

—No parece muy importante si han podido empezar sin él.

El caballero me sostuvo la mirada.

—No todo lo importante ocupa el centro de la sala.

Aquello me hizo fruncir el ceño, recordando las palabras de Therenya.

Ninguno de los dos habló durante un rato. Un murmullo amortiguado escapaba del interior, pero no era suficiente para llenar el silencio incómodo.

—¿A usted también lo han dejado fuera?

Sir Odran miró las puertas.

—No. Pero prefiero aguardar hasta que finalice. Mi presencia no es requerida. Hace tiempo que dejó de serlo.

La respuesta me descolocó. No sonó amarga, tampoco resignada. Era la simple constatación de un hecho.

—¿Por qué estáis aquí, entonces?

Guardó silencio un momento, como si estuviera recordando algo.

—Porque la princesa sonríe distinto cuando yo estoy en la puerta.

La sencillez de la respuesta me descolocó. Había esperado algo relacionado con el honor. Con el deber. Incluso con el orgullo o el sacrificio. No encontré ninguna de ellas. Solo afecto.

No era tan distinto de lo que se esperaba de una Mariposa.

El oficio se prolongó todavía un rato más. Cuando las puertas finalmente se abrieron y los asistentes comenzaron a abandonar la sala, el caballero ya había desaparecido en el interior con el estandarte.

Permanecí donde estaba, aguardando al resto de las aspirantes. La Maestra fue una de las últimas en salir. Posó la mirada sobre mí de inmediato. Pensé que preguntaría por el retraso, si bien en su lugar su expresión se suavizó en una sonrisa indulgente.

—El deber ante todo —dijo.

La observé alejarse sin responder. Las palabras parecían amables; sin embargo, ella había pasado junto al guardarropa aquella misma mañana para recoger la capa ceremonial que yo había colocado sobre los hombros de Danayher.

Resultaba difícil creer en los descuidos cuando procedían de alguien que había dedicado años a enseñar que cada detalle tenía un propósito.

33

Si algo habían intentado inculcarnos era que la Mariposa de Danayher debía ser una extensión de su voluntad. Una figura que mantuviese el orden sin imponerlo; capaz de delegar, pero también de ejecutar llegado el caso.

Me bastó la escueta explicación de la Maestra: «Hoy vamos a simular una recepción de visitantes extranjeros», para saber que ese sería el objetivo del ejercicio.

Quedábamos cuatro candidatas, o cinco si contábamos a Xytherel. De su estado, solo sabíamos que se encontraba estable y que había despertado, pero no teníamos información sobre cuándo se recuperaría o si seguiría formando parte de la selección. A pesar de que Empatía había intentado visitarla, no se lo habían permitido.

El aire en la sala ya estaba cargado antes de que entráramos.

En la mesa lateral había dispuestas bandejas de comida que no seguían un orden aparente, de igual forma que tampoco lo hacían las copas. La alfombra estaba levemente desplazada hacia un lado y rompía la distribución de los sillones bajos.

Entré sin colocarme en una posición visible, con las palabras de Therenya demasiado presentes. «La gente tiende a fijarse en quien ocupa el centro. Eso deja más espacio para observar sin ser observada».

La primera tarea de una Mariposa era estudiar el espacio. Vi las entradas, dos principales, otra lateral más estrecha que podía destinarse al servicio. Y los obstáculos…

Perfeccionismo se movió y cortó el hilo de mis pensamientos.

—El flujo principal será aquí —dijo al tiempo que señalaba un camino imaginario que atravesaba la sala—. Y la princesa puede colocarse aquí a esperar.

Lancé una mirada a la Maestra, que nos observaba en silencio desde uno de los rincones. No parecía molesta ante el liderazgo que Perfeccionismo había tomado de forma unilateral. Imaginé que podía ser la intención. Evaluar quién detectaba el vacío de autoridad y si conseguía llenarlo. De igual forma que en el ejercicio de lavandería, cuando me habían seguido a mí.

Nadie se mostró dispuesto a cuestionar la lectura que el tono de Perfeccionismo había convertido en estructura. Pese a que no llegaron a moverse para obedecer, pude ver cómo el resto dejaban de pensar por sí mismas. De haberlo hecho, habrían identificado que el eje que había marcado no absorbía el tránsito natural de la sala, sino que lo forzaba a cruzarse en un punto estrecho donde ninguna trayectoria podía mantenerse sin interrumpir otra. Sin embargo, no intervine. Su error quedaría evidenciado tarde o temprano y sería ahí cuando podría proponer una corrección sin que fuese vista como un intento de desacreditarla.

En la preparación de elementos materiales, el orden empezó a romperse de otra manera. Perfeccionismo pidió a Empatía que contase las copas, envió a Inseguridad a recolocar la alfombra y me asignó la tarea de reorganizar las bandejas de comida. No eran sugerencias, eran órdenes.

La simetría empezó a imponerse sobre la utilidad. Vi cómo se desplazaba un mueble lateral para «alinear el conjunto», o cómo se

me pedía que dispusiera los alimentos por colores, aunque eso supusiera mezclar entrantes con postres.

A pesar de que Empatía había alineado las copas con cuidado, Perfeccionismo movió sin su permiso algunas de forma casi imperceptible.

La Maestra salió de la sala para, según dijo, poder apreciar el resultado final. El espacio quedó en una quietud extraña, como si al desaparecer su mirada se hubiera aflojado una tensión invisible. Perfeccionismo no tardó en recuperarla.

—Bien. Empezamos.

Nos dispusimos según las posiciones que había marcado. No había invitadas todavía, solo nosotras y el servicio, que simulaba sus trayectorias. Nuestro papel no era desplazarnos libremente, sino acompañar, sostener, anticipar sin interferir. Aun así, el sistema exigía que entendiéramos los tiempos.

Di el primer paso cuando correspondía, ajustando mi posición a una Danayher que aún no estaba presente. El recorrido era limpio en apariencia, pero no tardó en quebrarse.

—No. Empezad otra vez.

Nos detuvimos y volvimos a colocarnos.

—Te has adelantado. —Señaló a Inseguridad.

La aludida retrocedió medio paso, lo suficiente para invadir el espacio de Empatía. Perfeccionismo chasqueó la lengua y avanzó hacia ella, tomándola por el hombro para girarla físicamente.

El contacto fue breve, pero bastó para romper el ritmo. A partir de ese momento, ninguna se movió sin mirarla antes.

Obedecí cada indicación sin filtrar, incluso cuando contradecía la anterior. Si me pedía avanzar, avanzaba. Si me ordenaba detenerme cuando ya había iniciado el gesto, lo cortaba sin corregir la posición. El resultado eran interrupciones limpias, fallos que no nacían de una

ejecución incorrecta, sino de una sucesión de instrucciones que no podía sostenerse.

«Más rápido». «Así no». «Espera».

Las órdenes se superponían, hasta que una fue dirigida exclusivamente hacia mí.

—Si alguna invitada se aproxima antes de tiempo, la detienes tú.

Supe de inmediato que estaba aprovechando la ausencia de la Maestra. Esa indicación suponía una invasión directa del espacio de la princesa. Interceptar a una invitada no solo rompía el protocolo: implicaba asumir una autoridad que no nos correspondía. Asentí con los labios fruncidos y en el último ensayo ocupé la posición que me había indicado.

Cuando la Maestra regresó, se colocó en el lugar que Perfeccionismo había reservado para la princesa, para interpretar su papel en aquel teatrillo. Varias doncellas entraron tras ella, simulando ser invitados. Me alegré de no ver entre ellas a la mujer que había asegurado pertenecer a mi misma raza.

Su presencia alteró el espacio de inmediato. Lo que hasta entonces había sido un ensayo contenido pasó a exigir continuidad. Al principio funcionó, pero en cuanto el servicio comenzó a moverse para simular la reposición, los cruces empezaron a cerrarse sobre sí mismos.

—Ella primero. —Una doncella se adelantó—. No, detente. Tú espera.

Cada corrección generaba una nueva desviación. Las aspirantes y las sirvientas empezaron a mirar más a Perfeccionismo que al espacio que tenían delante.

No obedecí la orden que me había indicado para tratar de dejarme en evidencia, de modo que fue ella quien acabó bloqueando el paso de una invitada con el cuerpo, obligándola a detenerse en

seco. Precisamente lo que había esperado que hiciese yo. La Maestra torció el gesto desde su posición, apenas un matiz, pero suficiente para que decidiese pasar a la acción.

En lugar de seguir el recorrido marcado, abrí el arco de mi paso y deslicé con disimulo un sillón para ensanchar una de las vías laterales. Empatía lo aprovechó sin mirarme, deslizándose por esa apertura.

Me desvié hacia la mesa lateral, aprovechando que los invitados aún no la habían alcanzado, y la moví. Sin necesidad de indicación, el servicio dejó de cruzar por el centro y empezó a desplazarse por el perímetro.

Perfeccionismo trató de intervenir, pero su intento fue inútil en un sistema que había dejado de necesitarla. Vaciló. Por primera vez, ya nadie la miraba.

—¡Bien! ¡Fin del ejercicio! —anunció la Maestra. El servicio abandonó la sala de forma escalonada—. Aunque habéis conseguido el resultado esperado, el camino hasta él ha sido demasiado accidentado para mi gusto. —Inclinó la cabeza en mi dirección, aunque su expresión era severa—. Eira ha sido un buen ejemplo de que, a veces, es preferible seguir vuestro propio criterio en lugar de cumplir órdenes de forma rígida. Sobre todo cuando esas órdenes han sido lanzadas sin juicio. —Clavó los ojos negros en Perfeccionismo. Pude ver con satisfacción cómo sus mejillas se enrojecían—. Por suerte, cuando una de vosotras se convierta en la Mariposa de la princesa, recibirá la mayoría de las instrucciones de su boca. Repetiremos más ejercicios de este tipo. Esperadme en la Sala de Aspirantes para almorzar.

Perfeccionismo no se unió al coro de asentimientos. Los tirabuzones rubios enmarcaban una expresión de profundo odio y tuve el honor de que fuera dirigida solo a mí. No le di oportunidad

de que me increpara. Ni siquiera cuando pronunció mi nombre entre dientes detuve mi avance. Me escurrí entre el resto y recorrí el camino hacia la sala. No contaba con que antes de entrar me sujetara por el brazo y me obligara a encararla.

—No te pedí que improvisaras.

Le dediqué una sonrisa lobuna.

—No lo hice, simplemente enmendé tus errores. Se trataba de un trabajo en equipo, ¿no?

—Eres patética, Eira. —No se molestó en bajar el tono, de modo que las otras dos aspirantes se giraron hacia nosotras con sorpresa —. Crees que eres astuta, que humillándome destacarás. Pero el único motivo por el que alguien te miraría dos veces es que supieras abrir bien las piernas. —Entrecerró los ojos y una sonrisa amenazadora se le extendió por los labios finos cuando traté de zafarme de su agarre—. ¿Es así como pretendes ganarte el favor de la princesa?

Ignoré los gritos ahogados de las demás. Di un paso hacia ella y cerré la mano en torno a su brazo para apartarla. Perfeccionismo no retrocedió. Al contrario. Elevó el mentón y me empujó de vuelta. El contacto rompió mi contención. Perdí el control: la golpeé en la cara y noté que sus dedos se me clavaban en el hombro.

—¡Basta! —gritó una voz que reconocí sin esfuerzo.

Intenté volverme hacia su origen y esa distracción se cobró mi equilibrio. Antes de que hubiera podido incorporarme, el peso de Perfeccionismo cayó sobre mí. El aire se me quedó atrapado en el pecho. Empujé, pero no conseguí desplazarla.

—Mírate —escupió, inclinándose apenas—. Ni siquiera sabes…

No le dejé acabar la frase. La siguiente palabra se convirtió en un aullido de dolor cuando le clavé los dientes de forma instintiva en el hombro. Sentí la tela ceder primero y después la piel. El sabor

metálico llegó casi de inmediato, caliente, real.

Aproveché la sorpresa para girarme, pero no llegué a incorporarme. Unas manos cayeron sobre mí antes, tirando hacia atrás, separándonos a la fuerza.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. El impulso de responder estaba ahí. Era familiar. Peligroso. Y, gracias a Danayher, ya no se encontraba contenido.

Sentí la magia agitarse, buscando una salida.

—¡He dicho basta!

Su severidad tuvo un efecto inmediato. Dejé de resistirme. Las manos que me sujetaban aflojaron su agarre. Me incorporé despacio, con el labio manchado y el sabor a sangre en la punta de la lengua.

Danayher nos observó desde arriba con las facciones crispadas.

—Cuando doy una orden, la obediencia no es opcional. Poneos en pie, ¡ya!

Clavé la mirada en el suelo, maldiciéndome por haberme dejado llevar de esa forma. Perfeccionismo, en cambio, se posicionó a mi lado con la barbilla alzada en actitud desafiante.

—Deberás abandonar el palacio al alba.

El corazón me dio un vuelco. Levanté la cabeza con la misma rapidez que si hubiese sido activada por un resorte. Sin embargo, no era a mí a quien miraba la princesa.

—Una vez más, el mundo recompensa la cercanía al poder en lugar del mérito. Este es un sistema tan corrupto como el resto. —Perfeccionismo chasqueó la lengua—. Y me habéis hecho partícipe hasta que he dejado de resultar útil.

Me tensé al escucharla. Acababa de evidenciar que ella había sido cómplice de aquella farsa. Busqué la reacción de Danayher con la mirada, pero su rostro seguía igual de impenetrable.

—Te equivocas —rebatió—. Tu expulsión se debe a que esta Corte prefiere a perros leales que muerden a aquellos que fingen estar amaestrados para luego gruñir a su amo. —El cuerpo de Danayher estaba rígido. Reconocí la aspereza en su tono. Era la misma que había utilizado para dirigirse a los guardias tras mi encierro—. No pienso tolerar que se me vuelva a faltar al respeto. Ni que las confesiones que comparto sean aireadas sin ningún recato.

Se alejó de nosotras para pasearse junto a las otras dos aspirantes, que contemplaban la escena con los ojos muy abiertos.

—Desde el principio formasteis parte de una prueba. Una de confianza. Y tú —señaló a Perfeccionismo con un gesto perezoso de la barbilla— has demostrado no ser digna de ella. Abandona esta sala.

Tenía claro que no iba a resistirse como había hecho Ambición. Se marchó con la espalda recta y la dignidad tan alta como su ego.

Danayher no dijo nada más. El pecho aún se le movía al ritmo de su respiración agitada cuando se dirigió a la salida. La seguí con la mirada, preguntándome si la petición de adentrarme en los aposentos del marqués a recuperar sus pendientes también había sido parte de esa prueba de confianza.

La única que se acercó a mí fue Empatía, pero no le permití entablar conversación. Tomé asiento en una de las sillas, con la cabeza clavada en la madera, hasta que la Maestra apareció con el servicio detrás.

Me había quedado sola con las aspirantes de Eakheral.

34

La primera sorpresa fue descubrir una nueva edificación fuera de las torres de palacio. La segunda, que la persona que había enviado a una doncella a buscarme no fuese Danayher.

Therenya estaba arrodillada dentro de aquel pequeño templo. No parecía estar dedicado a ninguno de los ocho dioses en concreto, o, más bien, no de forma permanente. Había en él una neutralidad estudiada: paredes lisas, relieves apenas insinuados y el incienso que, según el Ajustador, estaba reservado para la familia real.

Orhal. El Tejido Silente.

Su presencia se sentía en la forma en que el espacio rechazaba cualquier intento de desajuste. Como si la tradición no necesitara mostrarse para imponerse, como si el hilo ya estuviera trazado y todo lo que quedaba fuera resultara incorrecto.

Al escuchar mis pasos, Therenya se volvió hacia mí con una pequeña sonrisa.

—No me esperabas a mí, ¿verdad? —Se carcajeó mientras se levantaba para recibirme—. Me temo que es complicado encontrar a Danay aquí. Antes era muy devota, ¿sabes? Veníamos juntas a rezar con frecuencia, acompañadas de nuestra madre. Sin embargo, hace unos años cortó su relación con la fe.

—¿Por algo en concreto? —Abrí los ojos al darme cuenta de que

la pregunta se me había escapado de la boca antes de que hubiera pasado un filtro de prudencia—. Perdón, no es asunto mío.

—No te disculpes. No tendría problema en decírtelo si lo supiera. No hemos hablado del tema. Supongo que ahora que he regresado podremos tratarlo en algún punto. —Se encogió de hombros con ligereza, como si fuese un asunto que no le despertaba inquietud—. El Consejo confía en que mi presencia ayude a acercar posturas entre el clero y mi hermana. —Volvió a reír—. Creo que me sobrestiman.

¿Tan irrevocable era ese alejamiento de la religión? ¿Qué había sucedido para que la opinión de Danayher hubiera cambiado de forma tan tajante? Ninguna de aquellas preguntas era adecuada, de modo que solo pude asentir.

—Para mí la fe fue esencial mientras estuve en la frontera. Dejó de ser algo en lo que creer para convertirse en algo a lo que volver cuando no tenía a nadie más.

Therenya me posó la mano sobre el brazo brevemente, en un gesto que había parecido más distraído que consciente. Luego se volvió hacia el altar, sobre el que reposaba un único hilo metálico, tensado entre dos soportes. Se encontraba ligeramente descentrado respecto al altar, pese a recorrerlo de un lado al otro, pero en una perfecta alineación con la sala.

—Reza conmigo, Eira.

Su petición me pilló desprevenida, pero, antes de que pudiera reaccionar, Therenya volvió a ponerse de rodillas con una disciplina casi militar. Yo, en cambio, alterné mi peso de una pierna a la otra, sin saber si debía agachar la cabeza o voltearme para darle intimidad.

—¿No te arrodillas? —inquirió al cabo de un rato, girando la cabeza para poder mirarme con las cejas arqueadas.

—En mi tierra, el pueblo solo se arrodilla ante el Emperador.

—¿Y en Eakheral ante quién estarías dispuesta a hacerlo?

Me tomé un tiempo para contestar, evaluando si su pregunta escondía alguna trampa.

—Ante vuestra hermana.

Dio un cabeceo casi imperceptible, que preferí interpretar como aprobación.

—¿No veneráis a los dioses allí?

Negué con suavidad.

—En Aesnovar no hay deidades propiamente dichas, sino concepciones que rigen la esencia humana. —Deslicé los dedos sobre mi propia muñeca, más por hábito que por intención—. Se dice que hay tres voces. Piel, sangre y hueso. No se les pide nada. No escuchan. No conceden. Están ahí como un referente para no olvidar en qué parte de ti estás apoyándote cuando decides y evitar inclinarte demasiado hacia una.

—¿Qué ocurre si sucede?

Therenya seguía girada hacia mí y la curiosidad que pude verle en los ojos me hizo darme cuenta de que las preguntas iban a continuar. Decidí acercarme a ella, sin salvar la distancia que dictaba el protocolo, para que pudiese mirarme frente a frente.

—No hay una penitencia. Son tus actos futuros los que deben enmendar el exceso. Lo más grave no es fallar, sino negar en qué has fallado. Si tus faltas son reiteradas, es la justicia del Emperador quien se encarga de castigarte.

—Entonces ¿tampoco oráis?

Deslicé los ojos por el techo de piedra mientras intentaba encontrar la explicación más adecuada.

—Más que de una plegaria, se trata de un recordatorio. Suelen hacerse al principio del día o antes de tomar una decisión

importante.

—Enséñame cómo.

La petición no llegó envuelta en desafío ni en burla. Precisamente por eso tardé un instante en reaccionar.

No era algo con lo que estuviera familiarizada, pero había visto a mi padre ejecutarlo en incontables ocasiones.

—Se debe encontrar una superficie firme. La piedra del suelo es perfecta para ello. —Me senté a su lado. Ella permaneció de rodillas, con una sonrisa escueta—. Hueso.

Elevé una mano, despacio, apoyando la yema de los dedos en la piel del cuello. El contacto fue ligero, suficiente para notarlo.

—Piel.

La otra mano descendió hasta el pecho, donde el pulso se dejaba sentir sin esfuerzo.

—Sangre.

Aguardé a que ella imitara mis gestos en silencio.

—Hay que notar cuál pesa más. Si uno se impone, los otros dos se quedan atrás.

—¿Qué significa cada uno?

—Un exceso de piel, superficialidad y manipulación; un exceso de sangre, temeridad; un exceso de hueso, rigidez e incapacidad de cambio.

Therenya agachó la cabeza, aún con las manos colocadas. Descubrí que cuando sus sonrisas eran tristes, sí me recordaba a Danayher.

—Entonces no necesito meditarlo mucho. Ya sé la respuesta. Estoy aterrada ante la idea de lo que está por venir. Por eso he venido aquí hoy. —Su voz se volvió un susurro. Alzó los ojos marrones hacia mí y el ceño fruncido que los coronaba aportó una intensidad extraña a su mirada—. Y por eso quería compañía.

«¿Por qué yo?», quise preguntarle. Pero Therenya volvió a agachar la cabeza. Esa vez, las manos cayeron sobre el regazo.

—Supongo que tengo exceso de hueso, porque no concibo que mi padre pueda dejarnos. Y eso me hace sentir egoísta. Desde que enfermó, me he debatido entre desear su curación y rogar para que cese su sufrimiento.

—Entonces pedid fuerza para soportar lo que suceda.

La franqueza de mi respuesta me sorprendió tanto como a ella. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pese a que los labios se le curvaron en una sonrisa tímida.

—Para no haber rezado nunca, no se te da nada mal —dijo tras contener un sollozo.

Pero la realidad era que sí lo había hecho. Había repetido las mismas frases hasta desgastarlas. Esperaba que el dios de Therenya fuera más indulgente.

—Ni siquiera he tenido fuerzas para ir a visitarlo —confesó—. Por un lado, es lo que más deseo, pero por otro… Sé que verle despojado de toda su vitalidad me destrozaría. Todos los años que he pasado lejos pesan como losas. Me siento como una niña asustada ante la idea de perderle.

La vergüenza que empapaba su tono fue lo que me hizo decidirme a intervenir.

—Conozco ese desamparo. En Aesnovar el clima impide que nada prospere, de modo que cultivan las plantas en invernaderos. Cuando mi padre se ausentaba por alguna campaña, dejaba la orden de que se llevasen flores a mi dormitorio. En cuanto morían, el servicio las reemplazaba por otras nuevas. A veces, al recordarle, también vuelvo a ser la niña que iba a recibirle con una flor a su regreso. Y eso no me hace débil, solo evidencia que fue un buen padre.

La princesa extendió una mano para coger la mía, a la que dio un leve apretón.

—Gracias por tus palabras y por tu compañía. Me esforzaré en equilibrar mi hueso. —Mis labios imitaron a los suyos cuando su sonrisa se ensanchó—. Y en recompensar el bien que hoy me has hecho.

* * *

En mi primera visita a aquel enorme vestidor, una colección de vestidos infantiles había captado mi atención. Los tamaños variaban, a medida que la edad había ido cambiando el cuerpo de las princesas, pero había una constante que me hizo preguntarme el porqué de la decisión: el color. Naranja para Danayher y rojo oscuro para Therenya.

A cada una de las tres aspirantes presentes se nos entregó un vestido en diferentes tonos de naranja, hechos de gasa vaporosa. Un verdadero obstáculo para nuestro cometido: coser el dobladillo. Siempre debíamos estar preparadas para un caso de emergencia.

—Pertenecen a la princesa —dijo la Maestra de Aspirantes—, así que tratadlos con el mimo que merecen. Esta noche, usará el que mejor remendado esté. —Disfrutó unos instantes de nuestra tensión —. Podéis comenzar.

Extendí la falda sobre mi regazo con cuidado. Era una tela ingrata, tan fina que casi se deshacía entre los dedos. Enhebré un hilo de seda, apenas un tono más claro, y doblé el bajo dos veces. Lo justo para que el peso no marcase línea. Me esforcé en dar puntadas invisibles, muy separadas, mordiendo solo un hilo de la trama cada vez. Si atravesaba más, se notaría; si tensaba, se

ondularía.

Mi mano fue acostumbrándose al ritmo, motivada por la imagen que alimentaba mi mente. Danayher avanzando por la estancia con la gasa del color del atardecer rozándole las piernas al caminar; las mangas, abiertas hasta el antebrazo, agitándose con cada mínimo gesto. Pensé en cómo la luz del fuego quedaría atrapada en los pliegues y en cómo el tono acompañaría al bronceado de su piel.

Di la siguiente puntada con más cuidado del necesario. No quería que el más mínimo error se interpusiera. Sería mi vestido el que llevase esa noche.

A dos mesas de distancia, Inseguridad murmuraba para sí:

—Es mejor reforzar el borde, ¿no? Para que no se suelte…

A juzgar por el grosor, había doblado el bajo más de dos veces; demasiado para una tela así. La puntada atrás dejaba un rastro rígido en cada avance, como una fina cicatriz. Cambió el hilo, descosió, volvió a coser. Cada incisión de la aguja dejaba pequeñas perforaciones en la seda, como puñaladas en la carne. Por más que mirase a su alrededor, solo podía copiar gestos que no lograba entender del todo. Y aquel tejido no perdonaba a aquellos que solo aspiraban a que la técnica les llegase por contagio.

Empatía fue la primera en presentar su trabajo. La Maestra sostuvo el vestido al contraluz y lo dejó caer. La gasa descendió limpia, obediente solo a su propio peso y sin memoria de la aguja.

—Correcto —dijo.

No «excelente». No «bien». No parecía una palabra a la altura de vestir a una futura reina.

Perdí seguridad en mi resultado, pero no demoré la entrega. La Maestra revisó el dobladillo con los dedos, despacio, como si buscara un fallo que no terminaba de aparecer. Anotó algo en su tablilla y colocó la prenda sobre el respaldo de la silla más cercana en lugar

de en la mesa, con el otro.

—Un buen resultado —fue cuanto dijo, aunque suficiente para hacer a Empatía apretar los dientes.

A mi derecha, Inseguridad cosía por tercera vez, murmurando para sí misma: «No, así no». Para cuando se puso en pie, la Maestra ya estaba torciendo el gesto.

—Demasiado peso —sentenció sin alzar la voz mientras la aspirante se retorcía las manos con nerviosismo—. Esto no resistiría una velada.

La mujer dejó el vestido sobre el de Empatía mientras el mío permanecía apartado. Un sirviente lo recogió con cuidado. Un mensaje que no necesitaba explicación.

—Ahora redactad unas instrucciones de lavado adecuadas para cada prenda.

Por supuesto, las lavanderas tenían un mayor conocimiento que nosotras, pero era nuestro deber señalar cualquier necesidad específica que pudiera pasarles desapercibida debido a la carga de trabajo. Anoté la indicación que debía acompañar siempre a una prenda de la princesa: «No debe entrar en contacto con prendas usadas por rangos inferiores»; y una advertencia de que no se tensara ni colgara por el bajo. El dobladillo había sido remendado con premura y cualquier peso podía deshacerlo. Me aseguré de añadir la indicación más importante: la prenda debía estar lista para esa misma noche.

Ver a Danayher vestirla fue una auténtica recompensa. La luz se filtraba a través de la gasa naranja y le teñía la piel de un tono más cálido, como una llama contenida. Le marcaba la línea de las caderas sin ceñirlas, insinuaba la longitud de las piernas sin dibujarlas del todo. Había algo en la forma en que la tela se separaba y volvía a encontrarse que obligaba al ojo a seguirla, incluso contra la

voluntad. Pero yo sabía dónde debía centrar la vista. El dobladillo seguía la línea de los tobillos con una limpieza casi insolente. Ni una tensión indebida ni una ondulación traicionera. Sentí una satisfacción breve, punzante, que se deshizo al comprobar que no pretendía dedicarme ni una mirada de reconocimiento.

Nos había convocado al anochecer, sin protocolo escrito ni advertencias previas. Solo una invitación breve, pronunciada con esa calma que siempre ocultaba una intención. «Una velada íntima en la que poder conocernos mejor».

La sala estaba dispuesta para la conversación. Una mesa baja, alargada, rodeada de cojines en lugar de sillas. Luz cálida y tenue que suavizaba los rasgos. Las copas ya estaban servidas cuando entramos; el aroma del vino se mezclaba con el de la cera caliente y las especias de la cocina palaciega.

Therenya también estaba presente, aunque se mantenía al margen y solo intervenía cuando se la apelaba de forma directa. Permitió que su hermana fuese el centro de atención.

Danayher rio ante un comentario. Se acercó para escuchar mejor una anécdota trivial. Hizo preguntas breves y amables y agradeció las respuestas.

Su atención se movía por la mesa como una corriente suave que evitaba mi orilla con una exactitud cruel.

Cada vez que la heredera se inclinaba hacia otra aspirante, sentía el tirón seco en el pecho, una expectativa absurda que no encontraba dónde posarse. Esperé una mirada casual. Un gesto mínimo.

Lo máximo que recibí fue una pequeña sonrisa de consuelo por parte de Therenya, que claramente había notado la frialdad con la que me evitaba.

Probé el vino. Me supo amargo.

Danayher. Una persona capaz de dártelo todo para luego arrebatártelo.

Clavé las uñas en la palma de la mano bajo la mesa. Primero para anclarme. Luego para no moverme. La piel cedió con docilidad; el dolor era limpio, manejable. El vacío, cuidadosamente emplatado, no. El vacío era una habitación pequeña y sin puerta.

35

No hubo un aviso; tampoco una palabra fuera de lugar o un gesto que bastara por sí solo para explicarlo.

No sabía en qué momento había cambiado todo. Ni qué había hecho para provocarlo. Lo único constatable era la distancia, tan presente como si fuera corpórea.

Danayher se había desplazado lejos de donde yo podía alcanzarla.

Evitaba mi compañía. No solo no me invitó a más sesiones en las que consultar los documentos sobre mi raza, sino que continuó sin ofrecerme pasar un día con ella, pese a habérmelo ganado.

Antes, Danayher me sostenía la mirada un instante más de lo necesario, como si evaluara algo que no decía en voz alta. No obstante, en las breves ocasiones en las que habíamos coincidido después, su atención se había deslizado por mí sin detenerse.

Me descubrí repitiendo conversaciones enteras en mi mente, intentando encontrar una frase concreta, una respuesta distinta, algo que pudiera haber virado la dirección sin que yo lo viera.

La posibilidad de que estuviera enfadada por que hubiese acudido a rezar con Therenya era una constante que cada vez cobraba más fuerza. Como si se tratase de una elección propia y no de una petición que no habría podido rechazar sin ofender a una

princesa.

Empecé a fijarme en detalles que antes no importaban. El momento exacto en el que apartaba la vista. La forma en que terminaba una frase antes de lo habitual si estaba cerca. El orden en el que nombraba a las aspirantes.

Nada de eso era una respuesta. Pero era lo único que tenía.

Intenté buscar sus elogios y, cuando eso tampoco funcionó, repetí fallos por los que anteriormente había sido amonestada. Solté una mentira obvia en su presencia, pero la princesa se limitó a seguir la conversación como si mi intervención no hubiera sucedido. En un ejercicio de escritura, introduje un error evidente en una de las cartas. Cuando Danayher las ojeó, no dedicó un segundo vistazo a la mía. Ese profundo vacío me aplastó y tuve que morderme el labio hasta sangrar. Me odié por necesitar una reprimenda que no llegaba.

Y, aun así, seguí intentándolo.

Con correcciones perfectas. Con silencios adecuados. Con la expectativa ridícula de que, si hacía todo bien, algo volvería a colocarse en su sitio. Al final, la única motivación que quedó fue no darles un pretexto para poder expulsarme. Como si Danayher necesitase uno para imponer sus deseos.

Comencé a recorrer las galerías de los pisos superiores de las torres de palacio, con intención de propiciar un encuentro a solas con Danayher. Al no dar resultado, me dirigí a la hondonada.

Descarté rápidamente la presencia de la princesa desde lo alto de la escalera. Sin embargo, seguí descendiendo escalón a escalón, motivada por una razón muy distinta.

Los colmillos de escarcha.

Me acudió a la mente el nombre que la doncella había usado. *Iskarths*. Ni siquiera estaba segura de saber pronunciarlo bien, pero

intenté replicar el sonido que recordaba y la palabra me hizo cosquillas en la lengua. Era la primera que escuchaba en el idioma de mis padres.

«Los colmillos de escarcha. Las monturas reales. Si pudieras hacer que se doblegaran a tu voluntad…». La seguridad con la que había hablado me confundía. «Si aprendieses a usar ese poder… Eres muy valiosa, Eira». Nadie me había descrito así antes. Quizá por ese motivo no podía quitarme aquella conversación de la cabeza.

Descendí por las terrazas que conducían hacia la parte baja de la hondonada, con la vista clavada en aquellas criaturas que disfrutaban de la sombra tras el murete de piedra.

No llegué a pisar la arena.

—No puede continuar. —Uno de los guardias avanzó hacia mí con el semblante serio—. La princesa Danayher ha dado orden de que no se acerque a las monturas.

No «las aspirantes».

No «nadie».

Sentí cómo el pulso se me aceleraba, siguiendo el ritmo de mis pensamientos, al tiempo que la comprensión se abría paso entre ellos.

Danayher sabía lo que era capaz de hacer. Y había decidido ocultármelo.

Recordé las páginas faltantes, los párrafos que terminaban en frases inacabadas, y también la justificación que la heredera había dado para dichas omisiones: «A veces, disponer de toda la información es doloroso».

Había limitado cuánto podía conocer sobre mi pueblo y después se había asegurado de que jamás llegara a descubrirlo por accidente. ¿Podía seguir llamando a aquello protección?

Quería creer que sí, pero eso no impedía que me sintiese

traicionada.

Todas aquellas conversaciones. Todas las veces que Danayher había medido sus palabras. Las preguntas sin responder. La paciencia calculada con la que siempre parecía observarme.

Lo había sabido desde el principio.

Y yo lo había tenido delante y había sido tan estúpida como para obviarlo. Ella misma había mencionado al lobo. Aquel suceso había sido la confirmación que había necesitado para reconocer mi origen. Igual que la doncella.

Empecé a buscar a Danayher por cada rincón. La constancia jugó a mi favor y, finalmente, una tarde la encontré en una de las galerías. La luz entraba en un ángulo que remarcaba el contorno de su figura con una claridad que yo no necesitaba para reconocerla. Estaba revisando unos documentos, con la espalda apoyada contra una de las columnas.

—Alteza —dije antes de inclinarme en una reverencia.

—Eira.

Mi nombre sonó preciso en sus labios. La palabra justa para permitirme levantarme. Durante un instante, pensé que diría algo, que me preguntaría al menos qué quería. Mi postura indicaba que no había sido un saludo cordial.

Di un paso hacia ella, suplicante, y entonces desvió la mirada hacia una doncella que recorría con rapidez la galería. Tras responder a la reverencia que le hizo, sus ojos no volvieron a mi rostro, sino que viajaron directamente al documento. Me quedé allí un patético instante de más, hasta que fue evidente que no iba a recuperar su atención.

No me di por vencida. Quizá hubiera sido mejor.

—¿Alguna de mis acciones o palabras os ha ofendido? De ser así, me gustaría que me dierais la oportunidad de enmendarlo.

No fue tan cruel como para ignorar la apelación directa.

—No hay nada que tengas que cambiar ni reparar —dijo sin mirarme. No cuestionó el motivo de mi pregunta. Era perfectamente consciente de cómo nuestra relación había cambiado—. Esto no depende de ti.

Y con aquella simple frase erradicó toda posibilidad de consuelo o comprensión. Me dejó allí, quieta, sin ser vista. Sin una causa. Sin una reparación posible. ¿Por qué me mantenía en el palacio entonces?

Desde ese momento, empecé a verla de otra manera. No como alguien a quien seguir. No como alguien en quien confiar. No como alguien que pudiera defenderme.

Dejé de esperar momentos favorables. También de buscarlos.

Empecé a escucharla de otra forma. Ya no buscaba lo que podía mejorar. Las palabras que antes podrían haber provocado incluso una sonrisa en el rostro de la heredera habían comenzado a caer sin eco.

Cuanto más tiempo pasaba, menos alternativas me quedaban. La rueda continuaba girando, sin importar quién quedase debajo en la próxima vuelta.

Me di cuenta de lo fácil que era aceptar cualquier distancia cuando existía durante el tiempo suficiente. Lo rápido que el silencio se convertía en norma si nadie lo interrumpía. El poco esfuerzo que suponía para la princesa mantener aquella barrera que había levantado con sus propias manos.

Como si yo fuera la única que seguía recordando una versión de algo que ya no existía.

* * *

Recordaba el camino hasta el comedor del servicio. Parecía que hubiesen pasado años desde que lo había recorrido para indagar sobre el asesinato de Celharine. Y seguía sin saber qué le había sucedido.

En esa ocasión, sin embargo, iba buscando otro tipo de respuestas.

No sabía en qué departamento del servicio estaba asignada, pues la había visto tanto en la lavandería como sirviendo aquella copa en la fiesta y en mi dormitorio. Mi única opción para encontrarla era una zona común.

El lugar cambiaba por completo según la hora. A veces rebosaba ruido y movimiento; otras, quedaba reducido a unas pocas figuras agotadas inclinadas sobre cuencos de sopa tibia.

La primera vez solo encontré doncellas de lavandería. La segunda, ayudantes de cocina y varios rostros que reconocí del ala oeste. La tercera vez permanecí demasiado cerca de la entrada y una supervisora terminó preguntándome si me había perdido.

La esperanza de cruzarme con ella me había abandonado, incluso me había planteado si evitaba deliberadamente dejarse ver cuando, al asomarme durante uno de los cambios de turno, la distinguí al fondo de la estancia.

El cabello grisáceo destacó de inmediato entre el resto. Me quedé quieta en la puerta, dudosa de si acercarme, y fue la atención que otras doncellas me dedicaron la que hizo que terminase girándose hacia mí.

Su reacción fue inmediata. Los dedos se le tensaron alrededor de la copa que sostenía en la mano. Se incorporó tan deprisa que movió el banco y a las doncellas que estaban sentadas sobre él.

Llegó hasta mí cruzando la estancia con pasos rígidos. La quemadura del rostro parecía todavía más tirante bajo la luz

amarillenta de las lámparas.

—No deberías estar aquí —murmuró apenas llegó a mi altura.

Pasó de largo, en una invitación muda a que la siguiera lejos de oídos indiscretos. Caminé unos pasos por detrás, recorriendo pasillos con los que no estaba familiarizada.

—Intenté acercarme a los colmillos de escarcha —dije sin rodeos en cuanto se detuvo para encararme—. No pude, pero te creo. Creo lo que me contaste.

Pude ver cómo algo parecido al alivio y al miedo se mezclaban durante un instante en su expresión.

—No deberías haberte expuesto así. —Extendió la mano y me sujetó del brazo, mirando a nuestro alrededor con nerviosismo—. Ya trataron de exterminarnos una vez. No te conviene que nadie sepa de lo que eres capaz. No sabemos qué podrían hacer con esa información.

Curvé los labios en una sonrisa peligrosa.

—Ocultármela.

36

El almuerzo transcurrió entre conversaciones dispersas y una tensión que se había vuelto habitual a medida que la selección se acercaba a su final.

—¿Es cierto que la acompañaste a todas sus reuniones? —preguntó Empatía.

Inseguridad asintió sin demasiado entusiasmo.

—Fue un día agotador. Se me cerraban los ojos mientras la ayudaba a prepararse para acostarse.

Registré en la mente esa información. Podía estar mintiendo, como imaginaba que había hecho Perfeccionismo al decir que había visitado la Cámara de la Princesa, pero su tono monótono me resultó más genuino que el que había utilizado nuestra antigua oponente para pavonearse.

No era ningún secreto que en los últimos días Danayher había mostrado una preferencia por Inseguridad. Lo que me sorprendió fue que ella no pareciese satisfecha.

—Tienes la cara de alguien que acaba de recibir malas noticias —comenté.

—Quizá porque no todo el mundo considera esa prueba un premio.

Las cejas de Empatía se arquearon con preocupación.

—¿Tan mal fue?

—No. —Inseguridad bajó la vista hacia su plato—. Solo fue… esclarecedora.

La elección de palabras me llamó la atención.

—Que te haya escogido es un privilegio. Piensa en tu familia —dijo Empatía con una sonrisa sincera—. Deben de estar encantados. Es la recompensa a su esfuerzo por conseguir que te recomendaran a la princesa.

Inseguridad se tensó visiblemente.

—Sí. Mi familia quería que tuviera una oportunidad.

La respuesta fue tan seca que la conversación se apagó de inmediato, a diferencia de mis pensamientos.

Recordé el ataque de Perfeccionismo en la entrega de regalos a Danayher. Había acusado a Inseguridad de haber recibido ayuda de Caelion para elegir el suyo.

—¿Fue Caelion? —pregunté de forma directa. Solo quedábamos tres aspirantes sentadas a la mesa. El tiempo de las sutilezas había terminado—. ¿Él te recomendó?

Inseguridad asintió sin levantar la mirada de su plato.

Antes de que pudiera indagar más sobre el asunto, la Maestra de Aspirantes reclamó nuestra atención con un carraspeo.

—Tengo un anuncio para vosotras. —Su expresión parecía más satisfecha de lo habitual—. En unos días se celebrará una recepción extraordinaria. Allí, Su Alteza presentará ante la Corte Cisne a su Mariposa.

Empatía ahogó un grito. Inseguridad se removió en su asiento. Yo me quedé inmóvil.

«Unos días». Salvo que algo cambiase, eso era cuanto me quedaba en la Corte. Tras ese evento, no volvería a contemplar el rostro de Danayher.

Era irónico que la idea me atormentase con más fuerza que la posibilidad de volver a estar ante el Gran Príncipe.

Me giré instintivamente hacia la lista donde la Maestra actualizaba las actividades diarias de cada aspirante. Repasé cada línea sin necesidad de forzar la vista.

Eira.

Mayrah.

Velhyra.

Y Xytherel.

Observé su nombre unos instantes, con el murmullo de Empatía e Inseguridad de fondo. Pese a lo ocurrido, continuaba formando parte de la selección. Lo que significaba que aún éramos cuatro.

Sabía que no era prudente poner a una de ellas en mi contra, pues no tenía la certeza de cuál era aquella a quien pretendían favorecer. No obstante, era más peligroso seguir actuando con pasividad cuando todo aquello que me permitía quedarme en Eakheral se desmoronaba a mi alrededor.

Solo una de nosotras iba a conseguir ese puesto.

Y tenía que ser yo.

* * *

Tras preguntar al servicio, descubrí que la Corte Cisne reservaba habitaciones próximas a la enfermería para que los nobles que requerían reposo prolongado pudiesen descansar lejos del bullicio de las residencias principales.

Xytherel se encontraba en una de ellas.

La ventana estaba cubierta con una cortina tupida para evitar que entrase el calor de la tarde y varios libros descansaban sobre

una mesa cercana.

Arqueó las cejas al verme entrar.

—Eira —pronunció mi nombre con evidente sorpresa.

Parecía encontrarse bien, aunque uno de sus brazos estaba inmovilizado por una férula ligera.

—¿Cómo te encuentras?

—Aburrida.

La respuesta me arrancó una sonrisa involuntaria.

—Podría ser peor.

—Eso es lo que todo el mundo me repite.

El hecho de que pusiese los ojos en blanco hizo que se me ensanchara la sonrisa. Solo podía verla como una oponente, más aún después de haber comprobado que seguía formando parte de la selección; aun así, de igual forma que nunca había sentido simpatía por aspirantes como Ambición, Reputación o Perfeccionismo, Xytherel me despertaba sentimientos contradictorios.

Tal vez fueron dichos sentimientos los que me llevaron a tomar asiento junto a su cama. O quizá fue la contradicción la que hizo que me inclinara hacia ella para susurrar:

—Lo que sucedió con el caballo… Pusieron puntas metálicas bajo la manta para que se clavasen en el lomo del animal al subirte. No fue un accidente.

Una sonrisa amarga le apareció en los labios.

—Lo sé.

Eso provocó que fuese yo quien la mirase con extrañeza. Xytherel se recostó en las almohadas con un largo suspiro y, durante un momento, mantuvo la mirada clavada en el techo.

—No conozco los detalles de lo sucedido —explicó cuando sus ojos, oscuros como la mancha que le cubría parte del rostro, se centraron en mí—, pero sí sé quién lo provocó. Si hubiera

reaccionado antes, no estaría aquí tumbada. Pero esa es mi condena. Llegar siempre un latido tarde, como si el mundo respirase más rápido que yo. —Soltó un bufido y su sonrisa tensa desapareció —. Estoy segura de que es lo que Danayher escribió en mi sobre, en la primera prueba.

—No creo que esa sea tu debilidad —confesé con sinceridad. A decir verdad, no había logrado descubrir cuál era—. Si has conseguido destapar quién está detrás de esta farsa, ya vas por delante de muchos.

Incluso de mí.

Negó con la cabeza. Parecía muy cansada.

—Desconozco quién está detrás. Es un entramado con varias capas, como todo en esta Corte. Lo único que sé es que la Maestra está amañando la selección, y que descubrirlo es lo que me ha traído aquí.

Señaló la habitación con un gesto vago.

Aquella información no me provocó una reacción extraordinaria. Era una sospecha sostenida en cada vez más fundamentos, si bien confirmarla se sentía distinto. Asfixiante.

Después del asesinato de Celharine, había resultado evidente que quien pretendía manipular la selección carecía de escrúpulos, pero tener ante los ojos las consecuencias de haber indagado demasiado era una llamada a la prudencia.

—Pensé en decírselo a Danayher, pero… —Torció el gesto—. Es delicado. No estoy segura de cómo se tomaría semejante acusación. —Conocía esa duda. Xytherel tenía tanto que perder como yo si la enviaban de vuelta a casa—. Si te lo he contado a ti es porque has sido sincera sobre lo que ocurrió —hizo una pausa en la que pareció meditar si debía continuar— y porque creo que corres el mismo peligro que yo.

Me incliné todavía más hacia ella en un acto reflejo.

—¿Sabes a qué aspirante pretenden beneficiar?

—No, pero tengo claro que no eres tú. Reconozco en mí misma la desesperación que veo en tus ojos. —Se encogió de hombros, como si estuviese hablando de un tema trivial en vez de desnudando mi interior—. Si supieras que han amañado la selección en tu favor, no tendrías tanta urgencia por quedarte. —Volvió a suspirar y me miró con los ojos húmedos—. No sé qué hacer, Eira. Tengo miedo de salir de esta sala y reincorporarme a la competición.

Mi siguiente exhalación salió entrecortada. Por primera vez desde que nos conocíamos, no vi en ella a una competidora.

Solo a una muchacha asustada.

—Deberías marcharte.

Parpadeó.

—¿Qué? Sabes lo que me espera en mi hogar.

«Un hombre que solo sabe comportarse cuando hay alguien mirando». Recordaba sus palabras. Negué con la cabeza.

—Deberías marcharte de Eakheral —aclaré—. Con él.

Xytherel se quedó inmóvil.

—¿Con quién?

—Sabes perfectamente con quién.

Pude ver como, pese al jadeo inicial, estaba barajando la posibilidad. Precisamente porque compartíamos la misma desesperación, sabía que a veces las ideas más disparatadas se convertían en la única salida.

—No esperaba que dijeras eso.

—Yo tampoco —admití con sinceridad.

La confesión le arrancó una pequeña sonrisa, cansada pero sincera.

—Gracias, Eira.

La gratitud de Xytherel dejó tras de sí una incómoda sensación de calidez. Quise reírme por la ironía de la situación. Había logrado el propósito de aquella visita; sin embargo, mi intención había sido usar a aquel soldado como extorsión, no como salvación. Esperaba que él estuviese a la altura de las circunstancias.

«Si les das compasión, te arrancarán los ojos».

Mi padre me había enseñado aquella lección con la misma firmeza que a empuñar un cuchillo. Lo que nunca me dijo era que negársela a todo el mundo tenía un precio.

Porque apartar a cualquiera capaz de herirte también significaba arrancarse partes de una misma.

37

Avarne, la doncella que pertenecía a mi raza, entró con cuidado en mi habitación.

Puesto que estaba asignada a la sección del servicio encargada de las prendas de la familia real y de las aspirantes, habíamos ideado un sistema de comunicación al comprender que depender de encuentros casuales era demasiado arriesgado. No era nada sofisticado. Bastaba con pedir pequeños ajustes para mis prendas o señalar que alguna parte se había descosido. Tarde o temprano mis comentarios llegaban a sus oídos.

La doncella cerró la puerta tras de sí.

—No puedes abusar de esto. Empiezan a preguntarse por qué tus vestidos necesitan tantos retoques. Con nuestro parecido físico es cuestión de tiempo que saquen conclusiones.

Me dejé caer en la cama.

—No creo que importe. En unos días la competición habrá acabado.

Aquello pareció desarmar parte de su enfado.

—¿Por la selección? —preguntó en un tono mucho más suave.

Asentí. Avarne tomó asiento junto a mí en el colchón. Desde mi posición podía apreciar en su rostro un deje de preocupación.

—Hay mucho secretismo en los pasillos —comentó—. Ni siquiera

al servicio nos han dicho qué sucederá en el evento, pero es algo más grande que el simple anuncio de quién será la Mariposa, Eira.

Me incorporé para poder mirarla directamente a los ojos.

—Necesito que me ayudes.

No hubo necesidad de aclarar con qué. La tensión de sus músculos evidenció que sabía a qué me refería, aunque fue su ceño el que me dio la respuesta antes que sus labios.

—Eira…

—Sé que la Maestra está detrás.

El silencio fue la reacción más reveladora de todas.

Avarne cerró los ojos un instante. Cuando volvió a abrirlos parecía agotada. No como alguien atrapado en una mentira, sino como alguien cansado de cargar con ella.

—No puedo ayudarte.

—¿Por qué?

Una sonrisa amarga le cruzó fugazmente el rostro.

—Porque no tengo poder para desentenderme de este sabotaje. —Antes de que pudiera formular ninguna pregunta, continuó—: ¿Recuerdas la copa? Cuando la Maestra me envió a ver a Milenka, intenté hablar con ella. Le dije que no me parecía bien lo que estaba sucediendo. —Aunque ya hablaba en susurros, su voz descendió todavía más—. Que ya era bastante grave seguir eliminando aspirantes como para obligarme a participar. Como castigo, me enviaron a mí al salón. Me expusieron ante decenas de ojos, aunque eso me pusiese en peligro.

Tardé un momento en ser capaz de hablar.

—¿Has dicho «eliminando»?

La pregunta pareció incomodarla. Durante un momento contempló la ventana, como si valorara cuánto debía contarme.

—La Maestra vertió todo el vial, aunque el tónico estaba pensado

para varios usos. En esa alta dosis, podía ser mortal. Si esa muchacha solo se desmayó, es porque debió de tomar poco.

Por un instante, mi mente quiso seguir aferrándose a la versión de los hechos que había aceptado hasta entonces: una aspirante indispuesta, una copa adulterada, un desmayo oportuno. Solo cuando la doncella me sostuvo la mirada me enfrenté a la realidad.

No habían buscado perjudicar a una candidata en una de las pruebas. Habían intentado eliminarla de la competición por completo.

Sentí una punzada desagradable en el estómago, si bien no podía decir que me hubiese pillado desprevenida. Solo había necesitado unas semanas en la Corte Cisne para comprender que el asesinato no era algo que se reservase para el Imperio.

No obstante, por mucho que Perfeccionismo nunca hubiera despertado en mí simpatía, no me parecía el tipo de persona capaz de arrebatar la vida a otra a sangre fría.

—¿Averelle sabía qué contenía esa copa?

Avarne negó con la cabeza.

—Imaginó que no era una bebida normal cuando se la ofrecí, de modo que intentó que otra cayera en la trampa. Como hiciste tú. —Soltó un suspiro—. Fue útil durante un tiempo. Recibía instrucciones y las ejecutaba. Hasta que empezó a hacer preguntas al comprender que no era a ella a quien querían beneficiar.

—Necesito saber quién es la favorecida —pedí con una repentina urgencia.

Cerró la mano en torno a mi muñeca con tanta fuerza que temí que sus dedos dejasen marcas en mi piel pálida.

—¿Es que no has escuchado lo que acabo de decir? Te matarán. Lo único que te ha protegido hasta ahora es la distancia que Danayher ha interpuesto entre vosotras. —Me quedé helada. ¿Ese

era el motivo por el que la princesa se había alejado? La pregunta quedó en el aire cuando me tiró del brazo y me acercó el rostro—. No tienes posibilidades, Eira.

«Sí. Si descubro quién está detrás, Danayher me recompensará. Al final, la última decisión la tiene ella».

No expresé el pensamiento en voz alta. Aunque fuese contra su voluntad, Avarne estaba íntimamente implicada, y su supeditación a la Maestra podía ser un impedimento para el plan que había elaborado tras la conversación con Xytherel. Solo necesitaba saber con quién de las dos, Empatía o Inseguridad, podía contar para ejecutarlo.

Posé una mano sobre la que todavía me sujetaba, ejerciendo presión con suavidad para que aflojase su agarre.

—No voy a rendirme sin intentarlo.

Parecía debatirse entre seguir tratando de convencerme o aceptar la inutilidad del esfuerzo.

—Velhyra —dijo tras soltarme y apartar la mirada.

Inseguridad.

Pensé en la falta de entusiasmo tras haber tenido el privilegio de pasar un día con Danayher. La tensión en los hombros. La expresión angustiada que había mostrado al escuchar que la decisión estaba próxima. Nada de eso encajaba con la imagen de alguien a punto de obtener lo que deseaba.

—Entonces ¿por qué parece tan desgraciada?

Avarne se puso en pie.

—Porque no todo el mundo quiere convertirse en la herramienta de otra persona.

La respuesta me recordó demasiado a mí misma. Demasiado al Gran Príncipe. Demasiado a todo lo que intentaba dejar atrás.

Cuando volvió a hablar, lo hizo desde la puerta.

—He oído otra cosa. Dos machos de colmillos de escarcha pelearon hace unos días. Tienen a uno de ellos aislado en una jaula por las noches. Sin vigilancia.

No necesitó decir más. Comprendí de inmediato la intención tras sus palabras. Una oportunidad para confirmar que había interferido en las acciones de aquel lobo.

La doncella agarró el pomo.

—Todavía podemos marcharnos, Eira.

«¿A dónde?», quise preguntarle, pero desapareció por el pasillo.

Yo permanecí inmóvil mucho tiempo después de que se hubiera ido, observando el espacio vacío que había dejado tras de sí. Nunca había usado el plural.

* * *

Encontré a Empatía en una de las galerías cerca de los dormitorios. La luz de la tarde atravesaba los arcos y le dibujaba franjas pálidas sobre la piel. Estaba sola, apoyada en la balaustrada de piedra mientras observaba a varios sirvientes cruzar las pasarelas que conectaban las torres.

—Necesito un favor.

Volvió la cabeza hacia mí.

—Eso suena preocupante.

—Necesito entrar en el despacho de la Maestra.

Me miró como si hubiera perdido el juicio. El rechazo llegó antes de que terminara de exponer mi idea.

—No. Y no insistas. —Devolvió la mirada al exterior—. Si quieres colarte en el despacho de una de las personas más poderosas de la Corte Cisne, prefiero no conocer los detalles.

Había previsto su respuesta. Empatía llevaba toda la selección caminando con pasos cuidadosos. Había aprendido a medir cada palabra, cada gesto y cada alianza. No era la clase de persona que se lanzaba voluntariamente hacia un problema.

—La ventaja que está consiguiendo Velhyra también te afecta.

—¿A mí? —Soltó una sonrisa sardónica—. Yo no tengo ninguna posibilidad de salir elegida. Sé que conoces la historia de los Yssen. Una de las damas que acompaña a la señora Odhalis me dijo que estuviste hablando con ella sobre el tema.

Puse los ojos en blanco. Por supuesto, en la Corte Cisne no había cabida para los secretos.

—El criterio de Danayher no se rige por lo que otros creen. Si ella te eligió, es porque vio algo en ti que…

—Es porque ella sabe lo que pasó en realidad —me interrumpió.

Fruncí el ceño. Empezaba a cansarme de las capas de medias verdades que se apilaban en aquel palacio.

—¿Qué quieres decir?

Empatía suspiró y se volvió hacia mí, apoyando la espalda en la columna que enmarcaba el ventanal.

—Mi tío no traicionó a la reina. Durante la Rebelión de los Nueve Sellos, la situación era mucho peor de lo que aparece en los registros. La reina había aceptado retirar los edictos, pero sabía que no bastaría para detener a quienes se habían levantado contra ella. Además, las concesiones que permitían aplacar su descontento habrían enfurecido a quienes le habían sido fieles. —Recordé las palabras de la señora Odhalis: «Movió hilos para permitir que quienes habían desafiado a la reina conservaran sus cargos»—. Si las hubiera hecho públicas, sus aliados se habrían sentido traicionados.

—Y si no lo hacía, corría el riesgo de perder el reino. —Asintió—.

Así que tu tío…

—Asumió la culpa. Se presentó como el responsable de las negociaciones.

—¿La reina se lo pidió?

—No. —La respuesta llegó sin vacilar—. Lo hizo por iniciativa propia.

Había solo un puñado de motivos que llevarían a una persona a actuar así, y algo en su voz me hizo sospechar a cuál de ellos se podía atribuir aquel acto heroico.

—¿La amaba?

Empatía volvió a mirar por la ventana. El viento agitó ligeramente los pliegues de su vestido blanco.

—La gente prefiere la historia de la traición. Es más sencilla.

Podía entenderlo. A los humanos les cuesta comprender las escalas de grises; prefieren ceñirse a la condena o al engrandecimiento. Un hombre ambicioso suscitaba menos preguntas que uno dispuesto a destruir su reputación para proteger a otra persona.

—¿Danayher sabe eso?

Empatía se rio.

—Lo sabe todo.

Pensé una vez más en aquella maldita cita. «Quien traiciona por amor no compromete su lealtad, se la entrega a un nuevo dueño».

—Y ahora que ya conoces la historia completa —añadió aún sin mirarme—, sigo sin pretender ayudarte.

Avancé hacia ella hasta apoyarme a su lado en la balaustrada. Pese a que no había querido recurrir a las amenazas, no me había dejado otra opción.

—Me debes un favor.

Eso sí consiguió que me devolviese la atención, si bien lo hizo

con una ceja enarcada y las comisuras de la boca apuntando al suelo.

—No te debo nada.

—Puedo pensar en una persona que no estaría de acuerdo.

Empatía se quedó inmóvil. No necesité hacer una alusión directa a Obediencia. La expresión de su rostro confirmó que estaba reviviendo el día en que Obediencia estaba recogiendo sus cosas para irse de Eakheral y yo las había encontrado juntas.

—Eira…

Usó el mismo tono que entonces. Cuando me había pedido con urgencia fingir que no había visto nada. No estaba segura de que en la familia Yssen viesen con buenos ojos lo sucedido: Empatía era la última descendiente de su linaje. Sin embargo, tenía la certeza absoluta de que, si un rumor así llegaba a la Confederación de Kharrûn, podía costarle la vida a Obediencia. A diferencia de Eakheral, allí no toleraban ese tipo de relaciones. Aunque su romance hubiese sido breve, sabía que Empatía jamás dejaría abierta la posibilidad de perjudicarla.

—Ayúdame a entrar en ese despacho y no volveré a usarlo en tu contra. Por favor.

Durante un momento nos observamos en silencio. La resignación apareció en sus ojos verdes antes incluso de que respondiera.

—Voy a arrepentirme muchísimo de esto.

38

Había bastado con observar desde lo alto de la escalera a quienes transportaban la comida de las bestias para descubrir dónde mantenían encerrado al colmillo de escarcha. Luego solo tuve que esperar hasta la noche, cuando el palacio estaba sumido en una calma engañosa. La mayor parte de la actividad se concentraba en las cocinas, las dependencias del servicio y los puestos de guardia. En cambio, la enorme hondonada en la que se ubicaba el patio de armas se encontraba silenciosa bajo la luz de la luna.

Desde arriba parecía una cicatriz abierta. Las terrazas escalonadas emergían de la oscuridad como gradas vacías. Me detuve unos instantes en uno de los niveles superiores, desde donde distinguí las siluetas de dos soldados que conversaban en voz baja apostados cerca de la entrada principal.

Descendí aprovechando las zonas más oscuras. La jaula estaba apartada del cercado donde se encontraban los demás ejemplares, junto a la pared rocosa que se elevaba en vertical sobre ella.

Noté que algo se tensaba dentro de mí al reconocer los dos puntos que brillaban en la oscuridad. Los ojos del animal estaban fijos en mí. No obstante, fueron los barrotes los que me impidieron avanzar.

Mi respiración se volvió más superficial mientras los

contemplaba. Recordaba demasiado bien la impotencia de depender por completo de decisiones ajenas. Me dije que aquella vez yo estaba al otro lado. Que aquella vez era libre.

Pero ¿lo era?

Volví a sentir el hambre, el olor de la celda, la certeza de que iba a quedarme allí hasta que muriera.

El colmillo de escarcha avanzó el mismo paso que yo retrocedí. Su respiración era lenta y profunda. No apartó los ojos de mí y yo tampoco fui capaz de quitar los míos de él.

Avarne me había dado esa información porque quería que comprobase por mí misma aquella absurda historia sobre bestias obedeciendo órdenes. Intenté buscar en él algo que me permitiese creer que podía ser cierto, pero solo encontré un depredador. Uno enorme. Uno que de pronto enseñó los dientes.

El rugido estalló con tanta fuerza que sentí la vibración en los huesos. Antes de que pudiera reaccionar, el colmillo de escarcha se lanzó contra los barrotes. Retrocedí de forma instintiva, con el corazón amenazando con estallar. Pese a que era consciente de que el ruido podría atraer a los soldados, fui incapaz de moverme. El animal continuó observándome desde el otro lado de la jaula.

Aquella noche soñé con esos ojos.

* * *

Quizá fueron ellos los que me dieron el arrojo para volver dos noches después, o tal vez solo quería que dejasen de perseguirme cada vez que cerraba los míos.

Había intentado convencerme de que aquello era una estupidez. De que la doncella se equivocaba y me había condenado a perseguir

un espejismo cuando tenía problemas mucho más urgentes que resolver. Sin embargo, mientras avanzaba por los pasillos vacíos del palacio, comprendí que no había sido capaz de dejar de pensar en la conexión imposible que había sentido con el lobo. También había visto imágenes al mirar en los ojos de Sahr, el colmillo de escarcha de Danayher, y se me acababan las excusas con las que poder explicar la conexión entre ambos sucesos.

La adrenalina comenzó a recorrerme incluso antes de llegar.

El colmillo de escarcha estaba despierto y sus ojos volvieron a encontrar los míos de inmediato. Tuve que obligarme a seguir avanzando pese al escalofrío que me recorrió la columna. Mis costillas se convirtieron en barrotes para mi corazón, que amenazaba con escapárseme del pecho.

Cada parte de mí quería alejarse y precisamente por eso continué.

Recordaba lo que había sentido con el lobo: necesidad. La certeza de que, si fracasaba, moriría, y Danayher conmigo. Lo que me había llevado a interponerme entre ella y la bestia había sido una desesperación absoluta que había obligado a todo lo demás a desaparecer.

Extendí la mano y sus pupilas rajadas parecieron seguir el movimiento de los dedos temblorosos. Tragué saliva y la colé entre los barrotes.

Me convertí en la presa.

El gruñido llegó de inmediato desde lo más profundo de su pecho. Vi cómo los músculos de sus hombros se tensaban. El instinto me pidió apartarme, pero me obligué a permanecer quieta. Como con el lobo, se trataba de elegir qué miedo era más fuerte.

Y yo tenía pánico a seguir engañada.

El colmillo de escarcha se agazapó, preparándose para saltar.

Apenas podía respirar, de modo que la palabra no llegó a abandonarme la boca. Solo se materializó en mi mente cuando el animal se impulsó sobre las patas traseras.

«Detente».

El colmillo de escarcha se quedó inmóvil, como si hubiese chocado contra una pared invisible. Observé la distancia que separaba sus fauces de mis dedos.

El miedo regresó con más fuerza. Solo que, esta vez, no iba dirigido al animal, sino a mí misma, a lo que era capaz de hacer. Y a las represalias que podría traerme que otros llegasen a descubrirlo. El Emperador y el Gran Príncipe me habían mantenido lejos de cualquier conocimiento sobre mi raza. Mi padre seguramente también había sabido cuáles eran mis capacidades una vez comenzaron a crecerme las alas. Habían decidido que el desconocimiento sería la mejor arma contra mí, pero Danayher, en su lugar, había optado por proporcionarme acceso a mi pasado. Solo que sesgado a su conveniencia.

Durante semanas me había aferrado a la idea de que me había ocultado aquella información para protegerme. Era una explicación cómoda. Incluso generosa. Sin embargo, mientras contemplaba al colmillo de escarcha quieto frente a mí, comprendí que había tratado aquel asunto como una cuestión de confianza entre nosotras cuando no lo era.

Los colmillos de escarcha no eran simples bestias. Eran las monturas del ejército real. Una parte del poder militar de Eakheral. Si yo podía imponerles mi voluntad, también podía volverlos contra quienes los montaban. Y eso me convertía en una amenaza para el reino. Danayher no había tomado aquella decisión como mujer.

La había tomado como futura reina.

* * *

Empatía estaba esperándome apoyada contra la pared del pasillo de nuestros dormitorios. Al verla, permití que me siguiera de vuelta al interior de mis aposentos y cerrase la puerta.

Extrajo una pequeña llave de entre los pliegues de la manga y me la depositó en la mano.

—La necesito de vuelta antes de la quinta hora de la tarde. Más te vale asegurarte de que lo que vayas a hacer ahí dentro no me involucre. —Sonó mucho menos resignada que la última vez que la había visto. Había irritación genuina bajo las palabras—. He tenido que pedir muchos favores para conseguirla.

Tomé la llave entre las manos.

—Las respuestas que encuentre nos ayudarán a ambas.

—La selección me da igual, Eira. Solo quiero que, si esto sale mal, no me arrastres contigo.

La dureza de sus palabras contrastaba con el nerviosismo que intentaba ocultar. No podía culparla por estar asustada. Yo misma empezaba a sospechar que la diferencia entre valentía y estupidez era mucho más pequeña de lo que había creído.

Y, en Eakheral, mucho más letal.

Antes de marcharse vaciló un instante.

—Sea lo que sea que estés buscando, espero que merezca la pena.

«Yo también».

Se alejó por el pasillo hasta desaparecer tras una esquina. Solo entonces abrí la mano y contemplé de nuevo la llave.

Era sencilla y discreta. Como muchas cosas peligrosas.

Pasé un par de horas observando con discreción los movimientos alrededor del despacho de la Maestra. Cuando finalmente la vi

abandonar la sala para acudir al almuerzo, sentí el pulso acelerarse.

El despacho se encontraba en una zona relativamente tranquila de la torre, pero eso no significaba que estuviera desierta. Varias personas cruzaban los pasillos cercanos y, aunque ninguna parecía prestarme atención, tuve la incómoda sensación de que todos podían leer mis intenciones con solo mirarme.

Cuando llegué a la puerta, descubrí que había apretado con tanta fuerza la llave que me había dejado marcado su contorno en la palma. La introduje en la cerradura y cogí aire al escuchar el chasquido del mecanismo. Disponía de poco tiempo antes de que empezaran a preguntarse el motivo de mi ausencia en la Sala de Aspirantes.

El despacho era más austero de lo que esperaba. Después de tantos meses viendo a la Maestra moverse por la Corte Cisne como una figura casi omnipresente, había imaginado una estancia cargada de muebles ostentosos o algún indicio visible de la influencia que ejercía sobre el servicio a su cargo. Sin embargo, lo que predominaba no era la autoridad, sino el orden.

Una gran mesa ocupaba el centro de la estancia. Sobre ella descansaban varios montones de documentos clasificados con una precisión casi obsesiva. Incluso el tintero y las plumas parecían colocados siguiendo algún criterio invisible pero inquebrantable.

Comencé por ahí, revisando la correspondencia más reciente. La mayoría eran asuntos administrativos: listas de suministros, peticiones de personal, horarios de actos, informes sobre necesidades de las aspirantes. Nada que justificara el riesgo que estaba corriendo.

Pasé a los cajones. Más documentos. Evaluaciones del profesor Halvar. Anotaciones sobre protocolos.

La frustración empezó a crecer.

Comencé a revisar los estantes que cubrían las paredes, llenos de archivos e informes etiquetados con una letra impecable. Había registros de décadas enteras de formación en la Corte. Informes sobre candidatas anteriores. Correspondencia diplomática. Inventarios.

Entonces encontré una sección sin identificación. Una anomalía tan minúscula que estuve a punto de pasarla por alto. Los pergaminos eran tan pequeños que más bien merecían el nombre de «nota». Tomé la primera y leí: «Evita nuevas interferencias. La situación ya ha requerido demasiadas correcciones».

Cogí con rapidez la segunda, con el corazón adquiriendo un ritmo cada vez más acelerado. «Confío en que se elimine cualquier rastro de traición antes de la elección final». Una tercera rezaba: «Una lesión no debe alterar el calendario previsto». Estaba claro que hablaban de Xytherel.

No obstante, lo que hizo que mis dedos se quedasen rígidos en torno al papel no fue el contenido de esas misivas. Fue la letra. Reconocí aquella caligrafía ligada, de trazos curvos y altos. La había visto antes. En la página de un libro.

Tres traiciones para Elyndor.

La hoja me tembló ligeramente entre los dedos.

«¿Qué corona pesa más, la que se lleva o la que se desea?», había escrito una joven Danayher al final de la segunda historia.

Sentí que el mundo se balanceaba.

No. No podía ser.

Bajé la vista de nuevo hacia la hoja, buscando alguna diferencia que hubiera pasado por alto. Algo que demostrara que estaba equivocada.

La letra seguía siendo la misma.

Durante semanas había buscado una mano oculta detrás de los

sabotajes. Nunca había contemplado la posibilidad de que la respuesta fuese tan sencilla.

Danayher.

Recordé el momento en que Perfeccionismo había evidenciado haber participado en aquella manipulación antes de ser expulsada. Pensé que la princesa había estado demasiado enfadada como para reaccionar cuando, en realidad, la falta de emoción se había debido a que ya lo sabía.

No había ninguna confabulación para colocar a una candidata en un puesto ventajoso. Solo se trataba de la heredera asegurándose de que la aspirante seleccionada era aquella que quería a su lado.

Pero ¿para qué representar aquella farsa? Era la futura reina, podría haber elegido a quien quisiera como su Mariposa.

Entonces un nombre me acudió a la mente, como si alguien me lo hubiese susurrado al oído.

Caelion.

Él era quien había recomendado a Inseguridad, y una velada rodeada de los nobles de Eakheral me había bastado para entender que su palabra jamás habría bastado. No importaba cuánto apreciara Danayher a su amigo, para la mayoría de la Corte Cisne seguía siendo un bufón extravagante. Si la princesa hubiera fundamentado su decisión en aquella opinión, los clanes la habrían cuestionado. En cambio, si conseguía que Inseguridad superase una selección de once aspirantes… Nadie podría dudar de su legitimidad.

Sin embargo, ¿por qué incluir a Celharine, su amiga de la infancia, en la selección? No creía que la tristeza que había mostrado tras su muerte hubiese sido fingida. ¿Quizá había sido un error de cálculo? ¿Tal vez alguien había actuado al margen de sus órdenes?

Sentí que el despacho se volvía más pequeño. Se me aceleró la respiración.

Me negaba a creer que Danayher hubiese sido capaz de condenar a Celharine. Aunque, ¿no había estado a punto de morir también Xytherel? Me alegré de haberla animado a huir. Si hubiese confesado sus sospechas a la heredera…

Volví a bajar la mirada hacia la última nota y esa vez su significado sí llegó a traspasarme. «Confío en que cualquier rastro de traición sea eliminado antes de la elección final».

Traición.

Mayrah.

Dejé las notas con todo el cuidado que me permitieron los dedos temblorosos y lancé una última mirada a la habitación para asegurarme de no haber trastocado aquel orden enfermizo.

Eché a correr en cuanto escuché el chasquido de la cerradura tras girar la llave. Las aspirantes estaban ya sentadas en la mesa y me disculpé entre murmullos bajo la atenta mirada de la Maestra. Los criados comenzaron a servir los platos y bastó con mover mi silla hacia atrás cuando iban a llenar el de Empatía para que parte del contenido de la bandeja acabase derramándose sobre su vestido.

La aspirante se apartó de golpe, tocando la tela empapada con una exclamación ahogada.

El sirviente se deshizo en disculpas mientras yo me ponía de pie.

—Lo siento mucho —farfullé—. Deja que te acompañe a cambiarte.

Empatía alzó la vista y pude ver el estallido de rabia que hizo que comenzase a articular una negativa. Detuvo los labios, sin embargo, al ver la intensidad con la que la estaba mirando.

—De acuerdo.

Permitió que la sujetase del brazo y la condujese por los corredores, alejándonos cuanto podíamos del comedor al tiempo que la conversación se reanudaba a nuestras espaldas. Tras un par de

giros, Empatía tiró del brazo para soltarse.

—¿Se puede saber qué ha pasado?

Su irritación era genuina. No era descabellado que pensase que me habían descubierto en el despacho de la Maestra. Le entregué la llave con rapidez, obligándola a cerrar la palma con la otra mano.

—Van a por ti.

La reacción no fue la que esperaba. No vi asomo de sorpresa o de incredulidad. Era como si aquella posibilidad hubiera estado esperando en algún rincón de su cabeza desde hacía tiempo.

—¿Qué encontraste exactamente?

Le expliqué cuanto había visto. Las notas. Las alusiones veladas a las candidatas. La caligrafía de Danayher… A medida que hablaba, la expresión de Empatía se volvía cada vez más sombría. Y entonces la comprensión se me asentó en el estómago con un peso desagradable. Ella no necesitaba ser elegida. No iba a poner su vida en riesgo por las simples pretensiones de convertirse en Mariposa. En lugar de buscar una manera de protegerse, estaba ideando un plan de huida.

Lo vi en sus ojos con una claridad imposible de confundir. Había visto aquella mirada antes. En Xytherel. En Avarne.

Pero si Empatía se marchaba, solo quedaríamos Inseguridad y yo. Y eso significaba que todavía tenía tiempo. Me necesitaban para interpretar el número final.

No habría una selección si solo quedaba una candidata.

39

En la Corte Imperial no había tenido amigos. Si conocía el concepto había sido porque mi padre me lo había explicado. El Emperador había sido una especie de amigo para él o, al menos, en la medida en la que su posición lo permitía. Supongo que en algún momento albergó la esperanza de que el Gran Príncipe se convirtiera en una figura similar para mí. Quizá llegó a pensar que lo era, a juzgar por la cantidad de tiempo que pasábamos juntos.

O quizá sabía la verdad, pero su vínculo con el Emperador requirió que mirase hacia otro lado.

Pensaba que los años de soledad me habrían curtido. Que lo sucedido con Silas me habría enseñado que la decepción necesitaba expectativas para existir; que, si no volvía a confiar en nadie, el dolor no tendría lugar en el que posarse.

Y, sin embargo, allí me encontraba. Apoyada en uno de los árboles del invernadero que me había enseñado Therenya, mientras deseaba poder compartir con alguien la desesperación que sentía.

Las aspirantes con las que había entablado conversaciones más largas eran Xytherel y Empatía, y ambas se encontraban lejos de poder atender mis lamentos. El soldado, según me había dicho Avarne, también había huido, y los pasillos se habían llenado de comentarios al respecto. Junto con Reputación y la aspirante del

Reino Lacustre de Loryss, que se había marchado por sus discrepancias con la religión, ya eran cuatro candidatas que abandonaban la selección por voluntad propia, lo que no dejaba en buen lugar a la heredera.

Aunque yo no pretendiese irme, era consciente de que mi viaje de regreso estaba programado. Solo debía aguardar a que Danayher me lo notificase. Tal vez había pedido a Silas que deshiciera el tramo de viaje que había recorrido, de modo que fuese él quien me acompañara y no tuvieran que proporcionarme siquiera escolta.

Contemplé los retazos del plumaje del búho de Therenya que las hojas verdes me permitían entrever.

«Me esforzaré en equilibrar mi hueso. Y en recompensar el bien que hoy me has hecho». Esas habían sido sus palabras antes de que mis esperanzas comenzaran a quebrarse. No habíamos tenido ocasión de hablar desde que había perdido el contacto con Danayher, pero siempre que habíamos coincidido había tenido una sonrisa cálida reservada para mí.

Sabía que aspirar a la compañía de una princesa era una pretensión que no podía permitirme. Pero, de igual modo que había conseguido propiciar encuentros casuales con Danayher, podía provocar lo mismo con su hermana.

Solo tuve que aguardar dos días a que el sol alcanzase el punto en el que se había encontrado cuando me había hecho llamar para que la acompañase a rezar. En esa segunda ocasión, la encontré arrodillada ante el mismo altar. Sobre él había un espejo rajado. No necesité una explicación para comprender que el dios Orhal había abandonado la Corte Cisne.

Therenya se giró al escuchar mis pasos. Había esperado ver sorpresa en su semblante, o quizá molestia por el atrevimiento; sin embargo, todo cuanto me dedicó fue una pequeña sonrisa.

—Eira.

Separó las manos antes de incorporarse con calma, como si no tuviera prisa por abandonar la posición en la que la había encontrado. Cuando estuvo en pie, la estancia pareció más pequeña.

—Esperaba tu visita.

Aquella afirmación me desconcertó. ¿Tan necesitada me mostraba ante el resto? Ladeó la cabeza y me sentí expuesta, más que si me hubiera hecho una pregunta directa.

—Intuyo que el dios en Presencia ha cambiado —comenté para desviar la atención de mí.

La princesa se volvió hacia el espejo y asintió.

—A raíz de hacerse pública la enfermedad de mi padre, los Cronistas de Ciclo tuvieron una reunión extraordinaria que duró días. Determinaron que la diosa en Presencia era Elyndra, la Fisura. —Le temblaron las comisuras de los labios en un amago de sonrisa—. No sé si estás familiarizada con ella.

—Recuerdo que pertenece, junto a Savor, a los dioses del Umbral, que representan los cambios de fase.

Therenya volvió a asentir, aunque esa vez con más vehemencia.

—Bajo su dominio, los roles tradicionales colapsan, en contraposición a lo que sucede bajo la influencia de Orhal que hemos arrastrado durante bastante tiempo. Cuando ella está en Presencia, algo se rompe para que algo nazca. Su aparición es la señal inequívoca de que el mundo se prepara para un nuevo equilibrio. —Extendió una mano hacia mí, con la palma vuelta hacia el techo—. El primer cambio lo tendremos en dos días, cuando Danay haga pública su decisión. Aunque quizá nos acompañe un nuevo dios para entonces.

Sentí que la sangre se me congelaba en las venas. La Maestra no había determinado cuándo sucedería el evento exactamente y

acababa de obtener mi respuesta: en dos días.

—He notado que ya no pasas tardes en la Cámara de la Princesa —señaló ignorando la expresión de horror que debía de haberse adueñado de mis facciones—. Pero no te has rebelado. Has decidido resignarte.

Fruncí el ceño confusa.

—No he sido yo quien lo ha decidido. Su Alteza no me dirige la palabra.

—Y eso ha bastado para que te rindas. Igual que esas cobardes que han huido. —Su acusación estaba llena de reproche—. Vas a dejar que esa inútil que no sabe ni cuándo inclinar la cabeza se convierta en su Mariposa.

Alcé las cejas cuando se refirió a Inseguridad en esos términos. Su contundencia me invitó a creer durante un breve instante que había algo que aún no hubiese contemplado. Que todavía podía hallar la forma. Pero no era así, y la simple idea de verbalizarlo hacía que me doliera el pecho.

—No hay nada que pueda hacer.

—Mi hermana no ha tenido reparos a la hora de expulsar a las candidatas no aptas. Mi familia valora el filo, no solo los modales. Es precisamente ese carácter el que has de utilizar para recuperarla.

—Ya la confronté. Le pregunté si había hecho algo mal.

Abrió los ojos, aunque no supe si por la sorpresa o por la curiosidad.

—¿De veras? ¿Y qué te respondió?

Recordaba las palabras como si las acabase de pronunciar.

—Que no había nada que tuviese que reparar. Que no dependía de mí.

Y por fin había entendido a qué se refería. La decisión estaba tomada. Lo había estado desde el principio. Yo solo había sido un

títere más en aquel teatrillo.

—Debes seguir insistiendo. La asistente de la reina es el último filtro de cordura. No solo es Danayher quien necesita una sombra leal a su lado, también el reino. Y esa sombra deberías ser tú, Eira.

No entendía qué había hecho para ganarme su favor, ni por qué abogaba por mí, pero en aquel momento no me lo cuestioné. Sentí la congoja retorciéndose en el pecho y pronuncié las siguientes palabras con voz lastimera:

—Es difícil ser su sombra cuando evita estar cerca de mí.

«Y cuando ya ha decidido a quién quiere a su lado».

Formó un pequeño mohín con los labios antes de curvarlos en una sonrisa triste.

—No creo que te evite. Tal vez te acostumbró a una cercanía que no era propia de su posición y ahora está enmendando ese error.

Extendió la mano y me acarició con ligereza la mejilla. Sentí un calor en la piel que no se debía al roce de sus dedos, sino a la humillación de percibir de forma tan flagrante su lástima.

—Danay siempre ha sido el centro. —Se paseó por la pequeña sala con pasos lentos—. No porque ella lo impusiera, sino porque así se había establecido. Madre decía que eso evitaba conflictos. Cuando cada pieza acepta su posición, el conjunto se sostiene sin fricciones. La reina es el núcleo al que el resto se aferra, y mi hermana fue criada para eso. Para ser el punto al que todo vuelve.

El dedo de Therenya se deslizó por los bordes de cristal rajado, sin llegar a cortarse.

—Pero eso no hace que deje de ser humana. Es capaz de sentir fascinación y también de dejarse llevar por ella. Hubo una temporada en la que se encaprichó con una de las chicas del servicio. Tendría unos catorce años. —Una leve exhalación, casi la sombra de una sonrisa—. La siguió durante días. Se sentaba con ella

en sus ratos libres y le hacía preguntas para conocerla más.

»Durante un tiempo, todo giró en torno a eso. Comía en el comedor del servicio y se escapaba de las lecciones. Pero cuando dejó de interesarle, volvió exactamente al mismo punto. La otra chica no. Todavía recuerdo las miradas lastimeras que lanzaba a Danay cada vez que se cruzaban. Lo mismo sucedió con Celharine. De niñas eran inseparables, pero su vínculo se enfrió cuando llegó Ysolde. —¿Por eso Danayher había permitido que Celharine muriese sin importar que fuese su amiga de la infancia? ¿Con tanta facilidad olvidaba la princesa?—. Y ahora ya ves, a ella también la mantiene lejos de la Corte Cisne, enfrascada como está en tareas diplomáticas. La atención no es lo mismo que el desplazamiento. El eje puede inclinarse, pero nunca abandona el centro.

La frase se asentó con una familiaridad incómoda. Algo en la cadencia, en la manera de cerrarla, resonó en mi interior. La misma estructura. La misma manera de reducirlo todo a una única lógica. Durante un instante, vi otra sala. Escuché otro idioma. Otra voz.

La que ocupaba gran parte de mis pesadillas.

—Incluso como Mariposa, hay distancias que jamás podrás recortar. Las reinas no aman. Las reinas poseen. Y tú no eres una excepción, Eira. Cuanto antes entiendas esa realidad, menos sufrirás aquí.

Amor.

La palabra quedó suspendida entre nosotras sin que yo la reconociera como propia. No comprendía qué había llevado a Therenya a sacar esas conclusiones, de igual forma que tampoco lograba encontrar sentido al dolor que me produjo la realidad que había plasmado, en la que no había cabida para sentimientos, solo una jerarquía de la que ya se me había excluido.

El recuerdo de las manos de Danayher sosteniendo las mías no

tardó en imponerse sobre cualquier otro pensamiento. Evoqué su aliento rozándome la oreja. Las sonrisas pícaras. Lo único que me quedaba era observar a Danayher desde la distancia, como la doncella que Therenya había mencionado, hasta que me pidiera que me marchara.

¿En qué momento había empezado a esperar algo diferente?

En Aesnovar, incluso cuando el Gran Príncipe había decidido convertir mi existencia en una lección cruel, había existido una dirección hacia la que me veía empujada. Una forma de ser reconocida, aunque fuera como objeto de corrección.

En Eakheral no me quedaba nada. Solo silencios y miradas que evitaban posarse en mí. Había dejado de ser el punto de atención que inclinaba el eje. Me había convertido en un miembro irrelevante de su Corte. Y aquellas personas que no ocupaban un papel definido no se sostenían dentro del sistema. No había inercia que las protegiera, ni estructura que las mantuviera en pie.

Si nunca había tenido un lugar en Eakheral, debía recuperar el que Aesnovar me había ofrecido antes de que fuese tarde.

Aunque ese lugar fuese a los pies del Gran Príncipe.

40

El zafiro que tanto había alabado Danayher descansaba sobre mi pecho cuando la vi salir de la Cámara de la Princesa.

La elección de la futura Mariposa tendría lugar al día siguiente y, desocupada como estaba mi mañana, había dedicado las horas tras el desayuno a aguardar pacientemente en la galería de nuestros dormitorios.

Llegué a plantearme que la princesa hubiese abandonado sus aposentos a primera hora, si bien los dos guardias apostados en la puerta me indicaban que aún estaba dentro. No habían hecho amago de preguntarme qué quería, ni de ofrecerme avisar a Danayher. Actuaron como si no me encontrase allí, como una extensión más del vacío que la princesa tenía reservado para mí.

La luz del mediodía iluminó sus ojos dorados cuando me localizaron. Antes de que pudiese rodearme e ignorarme una vez más, di un paso adelante para tomar la palabra.

—Alteza. —Hice la reverencia oportuna y continué mi petición sin haberme erguido—: Dado que la selección está llegando a su fin, he venido a solicitaros el día que me prometisteis con vos. Me gustaría tener oportunidad de mostraros mi desempeño como Mariposa.

Tardé en recibir una indicación para levantarme y, al hacerlo, encontré desconcierto en su expresión. Vi claro que iba a

rechazarme. Me habían asignado un papel irrelevante en aquel espectáculo cortesano y pretendían que lo cumpliese hasta el instante en que dejase de ser necesaria.

—De acuerdo —dijo entonces, y todos mis pensamientos se volatilizaron como hojas de papel consumidas por el fuego—. Acompáñame.

La sala era distinta a cualquier otra en la que hubiera estado dentro de la Corte Cisne. A diferencia de la amplitud ceremonial de los salones de audiencias, era reservada, con una mesa central de piedra clara que parecía pensada para sostener el poder en silencio en lugar de exhibirlo.

Therenya ya estaba sentada y a su espalda se encontraba una doncella con la espalda recta y las manos entrelazadas en un gesto de educada espera. Tras mi reverencia, Danayher tomó asiento y el servicio depositó las bandejas y jarras de su almuerzo en la mesa auxiliar. Mientras repasaba varias veces el lado desde el que debía servir cada elemento, notaba la tensión en las manos como si respondiesen a otra persona en lugar de a mí. Ni siquiera era capaz de prestar atención a la pequeña conversación que se había iniciado entre las hermanas.

Las palabras de ambas murieron cuando una puerta lateral se abrió. Nadie anunció al hombre que la atravesó y, puesto que Danayher ni siquiera levantó la mirada, interpreté que lo esperaban. Con una precisión entrenada, el hombre tomó unos cubiertos y se deslizó entre platos: era el catador. Observó, cortó y se llevó pequeñas porciones a la boca sin expresión alguna. Cuando terminó, simplemente inclinó la cabeza y se retiró al fondo de la sala. La sensación que dejó tras él no era de seguridad, sino de espera contenida.

A falta de órdenes o instrucciones, me esforcé por recordar las

lecciones de la Maestra, los gestos que debían anticiparse, la forma en que el servicio se convertía en lectura constante del entorno. Me volví buscando la mesa en la que habrían dejado la correspondencia de la familia real y me enfrasqué en la tarea asignada a la Mariposa: filtrarla antes de remitirla a su reina.

Comencé a revisar los sobres con cuidado. Había cartas administrativas e informes menores a nombre del rey regente. Seguí buscando el de Danayher cuando me topé con el de Therenya.

El papel era distinto. Más rígido. El sello no estaba colocado con la ostentación habitual de la Corte Cisne, sino prensado en lacre oscuro, sin ornamentos visibles más allá de una marca geométrica.

El reconocimiento trajo consigo una punzada en el pecho.

No era un símbolo que se anunciara, el Imperio rara vez se nombraba a sí mismo cuando podía evitarlo; no obstante, alguien que se había criado entre las paredes de su palacio podía identificar sin dudar aquel emblema. Un rombo cerrado, demasiado limpio para haber pasado por manos intermedias, atravesado por una línea vertical. Era una carta escrita por el Gran Príncipe en persona.

Una carta dirigida a Therenya.

Tomé solo las dos destinadas a la heredera y las dejé en la mesa, esforzándome por no mirar en dirección a la princesa menor. Danayher dio un asentimiento al ver los sobres.

—Las leeré luego en mi despacho. Ahora siéntate. —El silencio se estiró tiempo después de haber obedecido la orden—. Quiero hacerte tres preguntas. —Mi mente tardó en procesar que estuviese hablándome de nuevo—. Primera. ¿Cuál es el mayor error que has cometido?

El impulso inicial fue responder con algo seguro, que no revelara demasiado. Pero luego me recordé que mi tiempo en la Corte Cisne había llegado a su fin, y que mis actos ya no debían regirse por el

deseo de impresionarla.

—Esperar demasiado de alguien —dije al fin.

Danayher no reaccionó.

—¿Y cómo lo arreglaste?

—Reduciendo mis expectativas.

Frunció los labios y pasó a la segunda sin transición.

—¿Qué harías si supieras que una decisión mía puede arruinar el reino?

Por un instante pensé en admitir que no lo sabía. Que no entendía por qué me estaba haciendo esas preguntas después de tanto tiempo de silencio. Sin embargo, esa era una respuesta demasiado honesta. Y me había cansado de regalar mi sinceridad a Danayher y recibir mentiras a cambio.

—Intentaría entender dicha decisión.

Danayher me observó durante unos instantes. Therenya se había quedado tan quieta que llegué a olvidar que se encontraba en la mesa con nosotras.

—¿Y si siguieras pensando que me equivoco?

Aquella respuesta, después de todo lo que había vivido en la Corte Cisne, sí la tenía clara, así que me permití concedérsela:

—Me aseguraría de que el daño no se extendiera más de lo necesario. Después, haría lo que estuviese en mi mano para sobrevivir a las consecuencias.

Danayher suspiró.

—La última. ¿A quién servirías si tu deber y tu conciencia se contradijeran?

Esa vez el recuerdo apareció antes que las palabras.

—Mi padre decía que el deber es la forma que tiene el mundo de decirte qué hacer —respondí—. La conciencia es la forma que tienes tú de responderle.

El aire del desierto pareció volverse más frío cuando Danayher comenzó a comer sin previo aviso.

* * *

El resto de la mañana y buena parte de la tarde transcurrieron entre preparativos para la celebración. Comenzamos en los salones de costura, donde modistas y bordadoras sometieron a Danayher a una sucesión de pruebas y ajustes que parecían no terminar nunca. Lejos de resultar tedioso, el proceso tenía algo hipnótico; se examinaba cada detalle con una atención que rozaba la obsesión.

A continuación, nos reunimos con la Maestra y con varios responsables del servicio para revisar el estado de los preparativos. Durante horas se debatieron cuestiones que, a simple vista, parecían insignificantes: dos arreglos florales casi idénticos, distintos tipos de manteles, la distribución de los invitados o el menú. Sin embargo, nadie se atrevía a tomar esas decisiones por ella.

El paseo por los jardines tampoco ofreció un respiro. Nobles, oficiales y doncellas aprovecharon cada oportunidad para acercarse con preguntas, solicitudes o noticias que requerían atención inmediata. Algunos encuentros duraban apenas unos instantes; otros obligaban a detener la marcha durante periodos más extensos o incluso a tomar asiento. Lo más sorprendente era la facilidad con la que Danayher recordaba nombres, fechas y conversaciones anteriores. Hacía que su capacidad para ostentar el cargo pareciese innata, en lugar de adquirida.

Cuando el sol comenzó a descender y el calor dio una tregua, volvimos a sus aposentos. El alivio se me asentó en el estómago al ver que me concedía regresar a su intimidad, aunque no me atreví a

confiarme. Tenía que asegurarme de que me permitiría acompañarla hasta que se acostase.

Al entrar, busqué con la mirada la caja que le había regalado y la localicé en el mismo estante donde la había visto la última vez.

Danayher se dirigió de inmediato a su escritorio, pues su trabajo no concluía tras las puertas cerradas. Revisó informes sobre cosechas, rutas comerciales y el estado de varios caminos. Apenas terminaba un documento cuando ya tenía otro entre las manos. Mientras tanto, me encargó responder parte de su correspondencia y revisar la agenda del día siguiente.

Lo único que puso fin a la jornada fue la aparición del servicio portando bandejas de plata. Tras ellos se encontraba el catador. Al igual que había sucedido en la comida, bastaba un leve movimiento de los dedos de Danayher para que volviese a tomar bocado. En un plato de frutas le hizo probar piezas distintas del mismo racimo. En otro, varias porciones separadas de una misma preparación. La precisión de sus elecciones era más reveladora que la presencia del hombre. No confiaba en que el peligro fuese uniforme. Como si llevase tanto tiempo estudiando venenos que hubiera aprendido a pensar igual que quien los vertía.

—Siéntate conmigo —me pidió cuando el catador abandonó la sala tras esperar un tiempo prudencial.

El tono me resultó familiar y dolió como una herida abierta. Hacía tiempo que no se dirigía a mí con la voz suave y el rostro expectante. En esa ocasión, no me preguntó nada. Solo siguió mis movimientos con sus ojos dorados y comenzó a picotear de los diferentes platos.

—¿Por qué me escogisteis como aspirante?

Era una pregunta que albergaba en el fondo de mi mente desde que me habían comunicado que viajaría a Eakheral para participar

en aquella selección. Y no quería renunciar a la respuesta para siempre.

—Quería contar con candidatas extranjeras. —Danayher encogió un hombro, sin apartar la mirada de la comida—. Es una buena forma de establecer lazos con otros territorios y me permitía desvincularme de los intereses de las familias de Eakheral. Me arriesgaba, por supuesto, a que fueseis espías, pero Ysolde había investigado a cada una de las nobles que se ofrecieron. Excepto a ti. —Esa vez sí levantó la vista—. La solicitud del Emperador llegó en el último momento. Cuando pedí referencias, definieron tu relación con el Gran Príncipe como «estrecha».

—¿Y eso os pareció algo beneficioso?

Danayher se llevó la copa a los labios.

—«Beneficioso» no es la palabra. «Interesante», quizá. Las demás candidatas llegaban acompañadas de una lista interminable de virtudes, alianzas y expectativas. Tú, en cambio, estabas rodeada de incógnitas. —Dio finalmente un largo sorbo—. Si el Gran Príncipe había considerado enviar lejos a alguien tan cercano, quería saber por qué. Las amenazas evidentes suelen ser más fáciles de manejar que las ocultas.

Me esforcé por no tensarme, dudosa de si sus palabras intentaban evidenciar que conocía mis intenciones. La observé detenidamente, tratando de detectar cualquier rastro de sospecha. La princesa, sin embargo, devolvió la atención a su cena.

Dejé que el silencio se sentase también a la mesa, de modo que Danayher pudiese comer tranquila. Cuando los pedazos que se llevaba a la boca comenzaron a distanciarse y se limpió los labios con la servilleta, decidí realizar la otra pregunta que me corroía desde la primera prueba:

—¿Cuál fue la debilidad que escribisteis en mi sobre?

—Lealtad —dijo con simpleza. Como si fuese evidente.

Nunca me había considerado una persona especialmente leal. Siempre había sido recelosa, siempre había guardado secretos… Había llegado a dedicar pensamientos terribles a mi padre: la única persona en la que me había permitido confiar de forma ciega.

Recordé la frase que Danayher había subrayado en el libro.

—¿No la consideráis una virtud?

—La mayoría de las personas creen que su debilidad es aquello que las hace caer. —Dobló la servilleta y la dejó sobre la mesa—. Yo creo que es aquello que las hace doblegarse. Cuando escribí ese sobre pensé que habías acudido por lealtad a él o al Imperio. Luego comprendí que no me había equivocado en mi elección, aunque sí en el motivo. —Me mantuvo la mirada mientras se ponía en pie—. Si un enemigo intentara destruirte, sabrías defenderte. Lo que me preocupa es lo que harías por alguien a quien amas. —Extendió la mano hacia mí, en una invitación a seguirla, antes de que hubiera podido siquiera procesar su explicación—. Ven.

Danayher se dirigió al panel de madera que separaba la antesala de la Cámara de la Princesa de su dormitorio. Contuve la respiración cuando se detuvo para mirarme antes de desaparecer tras él.

Las paredes de su dormitorio estaban revestidas con madera oscura tallada y varias lámparas suspendidas proyectaban una luz cálida que suavizaba las sombras.

Un amplio lecho con dosel dominaba la estancia. Las cortinas, de un azul profundo bordado con hilos de plata, permanecían recogidas alrededor de los postes. Frente a ella se extendía una alfombra gruesa que amortiguaba los pasos y cubría buena parte del suelo de piedra pulida.

Danayher tomó asiento en el tocador y se llevó la larga melena negra hacia delante, para dejar descubierta la nuca. Evité tocarle la

piel cuando solté el cierre del collar, al tiempo que ella se quitaba los pendientes.

En el Imperio, tocar las pertenencias de la Emperatriz era un privilegio reservado a muy pocas personas. Tocar a un miembro de la familia imperial era algo todavía más restringido.

Danayher, en cambio, se limitó a mirarme con fijeza a través del espejo.

Cuando terminé de quitarle las cadenas que le decoraban el cabello oscuro, lo cepillé y comencé a trenzarlo. Varias veces le rocé el cuello o los hombros mientras trabajaba, lo que me envió ligeros estremecimientos por los brazos.

Sabía que el siguiente paso era ayudarla con la ropa, pero, una vez se puso en pie, mis dedos vacilaron antes de acercarse a su espalda, donde una hilera de pequeños broches le ajustaba el vestido al cuerpo.

—¿Eira?

—Sí.

Podía percibir el calor que desprendía su piel incluso sin llegar a tocarla. Intenté concentrarme en cualquier cosa que no fuese la curva de su cintura o la forma en que el cabello se le mecía a la espalda.

Cuando terminé, la tela cayó al suelo y me apresuré a recogerla en cuanto sus pies escaparon de ella.

Debería haber retrocedido, pero durante un instante absurdo me descubrí observándole el cuerpo.

—¿Ocurre algo?

La pregunta estaba cargada de falsa inocencia.

—No.

Mi voz sonó extraña incluso para mí.

Danayher cogió el camisón que las doncellas habían dejado

sobre las sábanas y lo sostuvo entre las manos. Tomé la prenda y la abrí de modo que pudiese deslizar los brazos por las mangas. Era un gesto práctico, casi cotidiano. Me dije que no significaba nada. Sin embargo, mi pulso parecía empeñado en contradecirme.

Era demasiado consciente de la distancia que nos separaba. O, más bien, de la ausencia de ella. Me afané en alisar los pliegues, en acomodar la tela junto al cuello. Tragué saliva cuando se giró para quedar frente a mí. Los pequeños botones recorrían la parte frontal del camisón y dejaban una franja de piel morena expuesta.

Esperé un instante, convencida de que comenzaría a abrocharlos por sí misma, pero Danayher no hizo ademán de tomar el relevo. La observé bajar la vista hacia la prenda y luego volver a alzarla hacia mí.

Comencé por abajo, concentrándome en la tarea con una dedicación casi desesperada. Un botón. Luego otro. Después otro más. Mis manos dejaron de moverse con la soltura habitual mucho antes de llegar a la mitad. Cuando alcancé los botones de su escote, levanté ligeramente la vista. Un error. Danayher también me estaba observando con una expresión difícil de interpretar. La distracción hizo que le rozara la curva de uno de los pechos y su aliento se entrecortó.

Retiré las manos y di un paso atrás con más rapidez de la necesaria. Algo parecido a una sonrisa le rozó la comisura de los labios, aunque su respiración seguía afectada.

Necesitaba distancia. Necesitaba aire. Necesitaba recordar por qué estaba allí.

Porque si esperaba más tiempo, acabaría encontrando una excusa para no hacerlo.

Me incliné en una despedida breve, sin aguardar a que ella me diese permiso para levantarme.

—Buenas noches, alteza.

Cerró los dedos alrededor de mi muñeca.

—No sé si quiero que ganes o si temo lo que serías capaz de hacer si perdieses.

La confesión me sorprendió más que el contacto.

—Entonces estamos en el mismo punto.

41

Escuché el ruido de las sábanas mientras recorría la Cámara de la Princesa apagando las lámparas a mi paso. Puede que para Danayher la prueba hubiese terminado, pero para mí el verdadero reto apenas había comenzado.

Me dirigí a la puerta con la misma naturalidad con la que había realizado el resto de las tareas de la jornada. La entreabrí lo justo para dirigirme a los guardias apostados al otro lado.

—La princesa ha ordenado que no se la moleste salvo emergencias —susurré.

Ambos asintieron sin mostrar sorpresa. Estaba bastante segura de que no era la primera vez que Danayher solicitaba no ser interrumpida en compañía de una mujer.

—¿Necesita algo más, mi señora?

Negué con la cabeza y cerré con suficiente fuerza para que el sonido resonase en la estancia.

Crucé la antesala sin hacer ruido y me refugié en el rincón más alejado de la puerta. Allí, entre una estantería y el muro, la luz que se colaba por las ventanas apenas alcanzaba las sombras, que formaban un pequeño ángulo muerto.

Me senté en el suelo, recogiendo las piernas contra el pecho.

Entonces comenzó la espera.

Al principio solo escuché sonidos dispersos. El crujido ocasional de la cama. Una copa apoyándose sobre una superficie de madera. El silencio absoluto tardó en llegar y, aun cuando lo hizo, no me moví. Mi padre me había enseñado que la quietud no implicaba ausencia de peligro. En muchas ocasiones, señalaba precisamente una amenaza agazapada.

El tiempo se alargó hasta que pude distinguir la respiración de Danayher a través del panel. Primero irregular y luego más profunda. Nunca había agradecido con tanta vehemencia tener una vista y un oído fuera de las limitaciones humanas.

Conté cien latidos y solo cuando la cadencia permaneció inalterable me puse en pie con lentitud. Mis piernas protestaron tras tanto tiempo encogidas y tuve que apoyar una mano sobre la estantería para recuperar el equilibrio. Había memorizado la balda en la que se encontraba mi caja, de modo que pude buscarla a tientas hasta que mis dedos se toparon con los familiares relieves. Contuve la respiración mientras activaba los mecanismos, pendiente de escuchar si alguno de los chasquidos provocaba una reacción en Danayher. Para cuando conseguí levantar la tapa, las inspiraciones profundas de la princesa contrastaban con el ritmo frenético de mis pulsaciones.

Busqué bajo los objetos el compartimento que había cubierto con tela y sentí el frío del vidrio contra las yemas. Me deshice el moño con los dedos y cogí la jeringuilla que Milenka me había proporcionado antes del desayuno.

Esa había sido mi forma de cobrarme el favor que me debía, junto con un somnífero lo suficientemente potente para sedar a un hombre de la complexión de mi padre adoptivo, y en suficiente cantidad para que sirviera para más de una persona. Extraje ese segundo vial, más grande y alargado que el que había encontrado

en la caja, de entre los pliegues del cinturón que se me ceñía con fuerza a la cintura.

Danayher había dejado encendida una lámpara en el rincón, cuya llama estaba convirtiéndose ya en brasas. La luz tenue me permitió ver su silueta entre la tela bordada.

Cada paso era un latido; cada respiración, un grito ahogado en la garganta.

Había visto a Danayher luchar en la arena. La idea de forzarla para que tragase el veneno se me había antojado ridícula desde el principio, de modo que la única forma de conseguirlo era anular por completo su voluntad. Introduje la jeringuilla en el vial del somnífero, siguiendo las instrucciones precisas de Milenka, y observé cómo el líquido ascendía con lentitud por las paredes de cristal.

A pesar de todo, cuando estuve lo suficientemente cerca como para contemplar su rostro, sentí algo romperse dentro de mí. O, tal vez, siempre había estado roto.

La rabia que me había alimentado se desmoronó y lo único que quedó en mi pecho fue una tristeza tan profunda que me costó respirar. Habría preferido odiarla, porque eso habría hecho que matarla resultase más sencillo.

Había podido mantenerme firme mientras sentía que ya la había perdido. Esa noche, sin embargo, había sentido un atisbo de esperanza envuelto entre caricias veladas, alimentado por la breve atención que había vuelto a dispensarme.

La punta de la aguja quedó suspendida sobre la piel del cuello. Pensé en los colmillos de escarcha, en la información que Danayher me había ocultado; en Celharine y en Xytherel, que habían sufrido las consecuencias de aquella farsa; pensé en las notas dirigidas a la Maestra, y en la frase con aquella misma caligrafía en el libro que me había prestado, como si quisiera que yo misma llegase a aquella

conclusión para poder burlarse.

Pero, justo en ese momento, otra anotación de ese mismo libro me acudió a la mente.

«Quien traiciona por amor no compromete su lealtad, se la entrega a un nuevo dueño».

¿Podía llamarse traición a mi incapacidad de matarla? ¿Acaso alguna vez mi lealtad había pertenecido al Gran Príncipe? ¿A quién se la había entregado, entonces?

Danayher había dicho que era mi debilidad y empezaba a comprender que tenía razón, porque daba igual cuánto daño me hubiese hecho.

Imaginé sus ojos perdiendo ese brillo frío que contrastaba con el dorado, como si alguien hubiese soplado una llama que no debía apagarse nunca. Pensé en su piel suave, tornándose en un tono más pálido y llevándose el color de sus mejillas. Visualicé su sonrisa, desdibujándose hasta quedar reducida a una línea sin vida. La firmeza de su gesto, la forma en que sostenía el aire incluso en silencio, la manera en que su sola presencia parecía ordenar el espacio alrededor, su voz, su risa.

Entonces lo supe.

No era capaz.

No podía matarla.

Aquella certeza llegó acompañada de otra aún peor: si lo hacía, él habría ganado. Volvería a pertenecerle. Todo habría terminado exactamente donde comenzó. Seguiría siendo una pieza más dentro de sus planes, un arma que empuñaba a voluntad.

Prefería morir.

Cualquier cosa antes que regresar a él.

Aparté la aguja del cuello de Danayher y abrí la mano izquierda. La escasa iluminación arrancó un destello del tapón plateado que

sellaba el vial que había sacado de la caja. Sin vacilación, dejé la jeringuilla en el suelo y destapé el veneno.

«Para el día en que comprendas que deberías haber muerto con ellos», había dicho el Gran Príncipe.

Ese día había llegado.

No recordaba la última vez que había llorado. Tras beber hasta la última gota, las lágrimas llegaron, silenciosas al principio, aunque pronto se volvieron imposibles de contener. Me cubrí el rostro mientras intentaba recuperar una respiración que ya no me obedecía.

—Dime que aún estoy viva porque así lo has decidido.

La voz me obligó a levantar la cabeza.

Danayher estaba sentada en el borde del lecho. No parecía confundida ni sorprendida. Me observaba con una serenidad que hizo que el nudo de la garganta se cerrara todavía más.

No intenté apartarme cuando se arrodilló frente a mí.

Sus manos se entrelazaron en mi espalda y trajeron el calor que le faltaba a mi cuerpo, derritiendo mi corazón helado. La sensación fue tan extraña que no supe cómo reaccionar. Sentí que estaba a salvo.

Me sentí en casa.

Cerré los ojos y enterré el rostro en el hueco de su clavícula. Noté sus dedos deslizarse por mi cabello.

«Llora rápido —me había dicho mi padre hacía cientos de noches —. Luego no habrá tiempo».

Me había encontrado sollozando a escondidas después de una visita del Gran Príncipe. Él sabía mejor que nadie que, en el Imperio, cada lágrima era una prueba de que habías dejado de resistir, una grieta que otros no dudarían en agrandar.

«Nadie debe ver lo que cargamos por dentro. Eso es lo que

realmente importa».

Me aferré a la tela de su camisón. La voz convertida en un hilo.

—Danayher… —Fue la primera y la última vez que pronuncié su nombre—. Me he tomado el veneno.

* * *

Danayher sacó a Milenka de la cama.

Agradecí que la princesa estuviera demasiado alterada como para notar el pánico con el que la muchacha me miró. Parecía lo suficientemente inteligente como para haber comprendido quién había sido el objetivo del somnífero que le había pedido.

Conseguí llegar por mi propio pie a la sala de remedios, donde Milenka corrió hasta su mesa con el vial, para entonces vacío.

Primero lo olió y a continuación introdujo un instrumento con el que raspó el cristal. Recorrió las estanterías y ojeó algunos de sus libros. Volvió a la mesa para observar los restos secos de veneno con una lupa y luego los sumergió en una sustancia.

Danayher me había acercado una silla, aunque yo no notaba nada particular en mi cuerpo.

—Date prisa —le ordenó, si bien su voz sonó temblorosa, no imperativa.

Una parte de mí sabía que no lograría encontrar el antídoto a tiempo. Otra, en cambio, deseaba aferrarse a cualquier esperanza de mantenerme con vida.

Milenka suspiró y dejó el vial sobre la mesa antes de volverse.

—T-todos los compuestos q-que he identificado son i-inocuos.

—¿Qué quieres decir? —demandó Danayher.

—D-de ser veneno, e-excede mis c-conocimientos.

Danayher me miró angustiada. Antes de que pudiese decir algo, Milenka se aproximó a mí. Me apoyó dos dedos en la cara interna de la muñeca y movió los labios mientras contaba en silencio. A continuación, me sujetó el mentón y me giró el rostro hacia la luz de la lámpara. Clavó los ojos castaños en los míos, examinándolos con determinación. Me puso una mano en la frente con los labios fruncidos y me pidió enseñarle la lengua.

—¿S-sientes t-temblor? ¿M-mareos?

Negué a cada pregunta y terminó por apartarse. Miró a la princesa.

—N-no lo entiendo. S-si hubiera ingerido v-veneno, d-debería tener s-síntomas. N-no tiene n-ninguno.

Mi primer pensamiento fue que el Gran Príncipe se habría asegurado de que mi muerte fuese lenta y angustiosa, de modo que no me sorprendía que el efecto tardase más de lo normal en llegar. Pero había algo mucho más propio de él, y mis ojos comenzaron a abrirse con horror al comprenderlo.

Solo había una cosa que le habría complacido más que verme renunciar a mi propia vida: que lo intentase con la herramienta que él había dejado a mi alcance y descubriera que no podía apagar mi sufrimiento.

«Nada de venenos en comida o bebida —había dicho Silas—. Danayher lleva toda la vida preparándose para reconocerlos».

No dudaba de la veracidad de sus palabras, pero la advertencia había procedido del Gran Príncipe. La única persona que sabía que había viajado a Eakheral con veneno en una caja.

Las tres permanecimos en silencio hasta que Milenka pudo confirmar que cualquier veneno conocido debería haberme matado para entonces.

—Gracias por tu ayuda, puedes volver a tu dormitorio —concedió

Danayher, que parecía no haber dormido en días.

Permaneció apoyada en el marco de madera hasta que la silueta de la chica se perdió entre las sombras. Entonces cerró la puerta. No necesitó hacer preguntas. Le bastó una leve elevación de las cejas para indicar que quería una explicación.

Ordenar las palabras me requirió varios intentos. Permaneció de pie frente a mí, sin interrumpirme, mientras le explicaba el acuerdo que el Gran Príncipe había impuesto a cambio de un salvoconducto.

—Silas me dio instrucciones para abandonar la Cámara de la Princesa. Eran muy concretas, solo podían venir de alguien de dentro.

Vi cómo la atención de Danayher se afilaba.

—¿Qué instrucciones?

Repetí el recorrido de memoria. El pasadizo del servicio, la escalera, el canal de drenaje, la reja. Apenas había terminado cuando ella negó con la cabeza.

—Es imposible. Esos túneles ya no existen. Los accesos se tapiaron durante el reinado de mi abuela.

El aire me abandonó los pulmones. Cabía la posibilidad de que el Imperio contase con información desactualizada, pero Danayher confirmó mis sospechas cuando susurró:

—Querían asegurarse de que no sobrevivieras. De que ninguna de las dos lo hiciéramos.

Tenía razón. Yo era un cabo suelto.

Aun así, había algo, quizá una profunda ingenuidad, que me decía que no había sido una mentira del Gran Príncipe. Su plan siempre había sido recuperarme. Una herramienta rota podía repararse. Una perdida, no. Y yo era una que había dedicado años a afilar, hasta moldearla a su gusto.

—Vuelve a tu habitación, Eira. No vamos a poder resolver nada

más esta noche.

Pude ver que levantaba de nuevo la barrera con tanta claridad como si fuese física. Aquel día había sido una tregua, un acercamiento puntual motivado por su palabra, que había cumplido incluso sabiendo que intentaría matarla.

Y precisamente eso último fue lo que me llevó a preguntar:

—¿No vais a expulsarme?

¿Tan necesario era seguir actuando? ¿Aquella pantomima estaba por encima de su propia seguridad?

Danayher negó con la cabeza.

—Sé lo que la desesperación provoca en las personas, igual que soy consciente de que yo misma te empujé a ella con mi distancia. —Cerró los ojos y se masajeó las sienes antes de responder—. Pero, lo creas o no, trataba de protegerte.

Intenté que el aire que solté sonase como una risa incrédula, pero se asemejó más a un resoplido.

—¿Igual que ocultándome mi influencia sobre los colmillos de escarcha?

Había llegado a mi límite. Cuando sus cejas pasaron de representar una expresión de confusión para fruncirse, no provocó nada en mi interior.

—No solo soy Danayher —dijo más derrotada que molesta—. Soy la futura reina de Eakheral. Mis motivaciones están divididas. Aunque sé que lo que te hice estuvo mal, mi deber era…

Soltó un suspiro y, antes de que pudiese buscar las palabras adecuadas con las que continuar, me adelanté:

—Lo entiendo. —Lo había hecho desde el momento en el que había logrado contener al animal—. Al menos la parte de los colmillos de escarcha. —Entrecerré los ojos—. El por qué haberme retirado la palabra me protegía es algo que no logro comprender.

Danayher se apoyó en el borde de la mesa. Tamborileó con las manos sobre la misma mientras evadía mi mirada.

—Fui descuidada y mi cercanía te marcó como el siguiente objetivo del sabotaje. Ya viste qué hicieron con Celharine, que era, en apariencia, la rival más fuerte y… temía que pudieras seguir un destino similar.

Me levanté de la silla y me acerqué a ella con el ceño fruncido y muchas preguntas. Verbalicé la más urgente:

—¿No sois vos quien lo ha orquestado?

La máscara de tristeza que le había cubierto el rostro al mencionar la muerte de su amiga de la infancia se resquebrajó por el horror y la confusión.

—¡No! ¡Claro que no! ¡Intento impedirlo! —Se acercó un paso más, devolviendo su voz a un susurro—. Mañana… pretendo elegir a Mayrah.

¿Empatía?

Sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies, al igual que todas las certezas sobre las que creía haber estado caminando en los últimos días.

—Mayrah se ha marchado —dije con un tono seco empapado de resquemor.

—Lo sé. Hablé con ella. Mañana volverá para la selección. —Se acercó todavía más, hasta que su rostro quedó frente al mío. Extendió el brazo, como si quisiese alcanzarme la mano, pero a medio camino lo devolvió a su lugar junto a su costado—. Quiero que tú también te quedes. No como mi Mariposa, sino como parte de mi Corte. «Quiero que caminéis a mi lado, no sobre mí», me dijiste en la prueba de los obsequios. —Me sorprendió que recordase las palabras exactas—. Y eso pretendo. Mantenerte a mi derecha, no bajo mis órdenes.

La miré buscando algún indicio de que estuviera mintiendo, pero su rostro tenía aquella expresión de sinceridad desesperada y cruda que había esgrimido cuando me había pedido que confiase en ella el día en que me había interrogado por la muerte de Celharine. Como si su decisión llevase tiempo tomada.

¿Cómo podía haber estado tan equivocada sobre ella?

Me sentía tan reacia a creer que Danayher estuviera dispuesta a concederme incluso más que aquello por lo que había estado luchando que no llegué a sentir felicidad. Solo desconcierto.

—Entonces ¿quién? —pregunté con urgencia.

—Ahora lo mejor que puedes hacer es descansar. —Me dedicó una suave sonrisa que me indicó que la primera que necesitaba dormir era ella—. Mañana todas las piezas encajarán en su lugar. Ten paciencia, Eira.

Pero ya había tenido demasiada.

Mi cerebro no dejó de trabajar mientras ascendía por las escaleras hacia mi dormitorio.

Si Danayher no había orquestado aquello, solo había otra persona a la que podía pertenecer la caligrafía de las notas.

La única que había tenido en su poder el cuento de *Tres traiciones para Elyndor* que tanto había atesorado Danayher. Pese a que había asegurado no haberlo leído.

Therenya.

Según había relatado, cuando Danayher lo había encontrado se había limitado a ojearlo un momento. «Supongo que comprobaba que fuese su ejemplar».

En realidad, lo que había analizado era el mensaje que su hermana menor había dejado para ella. Uno que evidenciaba sus pretensiones de conseguir el trono.

«¿Qué corona pesa más, la que se lleva o la que se desea?».

42

La mañana de la selección me despertó un murmullo de voces.

Abrí los ojos confusa y tardé en comprender que había tres doncellas en mi habitación, en vez de la única que solía atenderme cada mañana. Se desplazaban de una punta a otra de la sala con una coordinación impecable. Mientras una preparaba el agua para el aseo, otra se encargaba de las joyas y los adornos del pelo. La tercera estaba extendiendo el vestido que llevaría esa noche.

Había tardado en poder conciliar el sueño. Mi cerebro se había empeñado en recrear cada conversación que había tenido con Therenya. Le había entregado mi confianza sin los reparos que había tenido con Danayher, y la facilidad con la que le había permitido engañarme me resultaba humillante.

Había caído en el mismo error que siempre habían cometido conmigo: subestimarla.

En cuanto su nombre me acudió a la mente, me incorporé, lo que hizo que las doncellas por fin reparasen en mí.

—Id a buscar a Avarne —pedí con un tono imperativo.

Las tres intercambiaron una mirada.

—Hoy todo el servicio está redistribuido, señorita. Seguramente esté ocupada con…

—Id a buscarla.

La doncella que sostenía el vestido vaciló.

—Señorita, me temo que…

—He dicho que la traigáis.

No me hizo falta alzar el tono. La firmeza bastó para que una de ellas abandonase mis aposentos tras una inclinación de cabeza. Despaché también a las otras dos, pues no había forma de ocultarles las heridas de las alas si me ayudaban a asearme y vestirme. Me ocupé yo misma de ambas tareas, aunque me resultó complicado atar los corchetes de la espalda.

La seda era grisácea, en lugar del blanco puro que solo se me había permitido vestir hasta el momento. La tela caía en una línea continua desde los hombros hasta rozar el suelo, formando una silueta estilizada que apenas se abría al caminar. Hilos de plata recorrían la tela como las nervaduras de unas alas, naciendo en el cuello y extendiéndose por el torso antes de llegar a un cinturón que simulaba unas ramas entre las que se ocultaban pequeñas mariposas.

Las únicas joyas preparadas junto al vestido eran discretas: unos pendientes de perlas blancas y un brazalete estrecho grabado con el emblema de la Corona. No había collar, lo que me hizo comprender que Danayher quería que llevase el zafiro.

Avarne cruzó el umbral con la respiración acelerada y una mirada que me acusaba sin palabras de haber perdido el juicio.

—¿Sabes el caos que hay ahí fuera? No puedes hacer que vengan a buscarme cada vez que…

—Lo sabías.

Avarne frunció el ceño.

—¿De qué hablas?

La miré fijamente.

—Sabías que quien estaba detrás del sabotaje era Therenya.

Su reacción distó de la impasibilidad que había mostrado cuando había evidenciado saber la implicación de la Maestra. Tensó la mandíbula y ensanchó las aletas de la nariz.

Estaba cansada de pasarme días persiguiendo respuestas para que quienes las tenían decidieran por mí qué debía o no saber. Apreté los puños.

—¡Respóndeme!

Avarne dio un paso en mi dirección y habló en un susurro lleno de frustración:

—¿Qué esperabas que hiciera? ¿Que te dijera que una de las personas con más poder de este reino intentaba decidir quién se sentaría junto a la heredera? ¿Para que fueras corriendo a acusarla? Nos habrían matado a las dos.

Negué con la cabeza.

—No habría sido tan estúpida como para relacionarte.

Avarne se pellizcó el puente de la nariz con una sonrisa irónica en los labios.

—No se trata de eso. Therenya habría sabido que era yo quien te lo había contado.

Cogió un butacón que había colocado junto a la ventana y lo arrastró hasta ponerlo frente a la cama, en la que yo tomé asiento. Se dejó caer sobre él con un suspiro cargado de dramatismo y vi en la determinación con la que me miró que por fin estaba dispuesta a ser sincera.

—Ya te había visto antes de que llegases a Eakheral. Estuve unos años infiltrada en la Corte Imperial. Como doncella. —Guardó silencio para que las palabras se asentasen entre nosotras—. Allí fue donde conocí a Therenya. Visitaba con frecuencia al Gran Príncipe desde la frontera.

Sentí un pellizco incómodo. Él nunca me había hablado de ella.

Nunca la había visto en los salones imperiales.

—¿Para qué? —pregunté con más fiereza de la que pretendía.

Avarne se encogió de hombros.

—No siempre eran visitas oficiales. A veces simplemente permanecían horas hablando mientras recorrían el palacio. Yo acabé sirviéndoles en varias ocasiones.

Recordé la presencia de aristócratas de Aesnovar en la velada en la que Therenya había regresado a la Corte Cisne. El consejero Havel de Osprey había comentado que su asistencia les había sorprendido.

Entonces otro pensamiento me asaltó. Aquel búho que había visto desde el ventanal que daba a los jardines… Su plumaje marrón y blanco me había recordado al de Therenya. ¿Y si siempre había sido el mismo?

—La princesa se fijó en mí —continuó Avarne, devolviéndome a aquella habitación—. Empezó a solicitarme como su doncella personal cada vez que viajaba al Imperio. En una de aquellas visitas le pidió al Gran Príncipe llevarme consigo cuando regresara a la frontera.

Me quedé inmóvil.

—¿Y él aceptó?

Una sonrisa amarga le cruzó fugazmente el rostro.

—Sí. Ni siquiera preguntó quién era. Le bastó con que ella me quisiera. —Bajó la vista—. Si hubiera tenido la curiosidad de comprobar qué doncella estaba entregando, quizá habría visto el parecido. —Me miró de soslayo—. Therenya sí lo vio. Empezó a hacer preguntas y a indagar.

—¿Entonces sabe lo que eres?

Avarne me sostuvo la mirada.

—Y también lo que eres tú. El Gran Príncipe debió de contárselo.

La mujer que llevaba meses moviendo los hilos de la Corte

conocía desde el principio aquello que yo había tratado de ocultar desesperadamente. Lo había sabido incluso antes que Danayher. Sabía que le había mentido cuando había preguntado por el incidente del lobo.

—Therenya me enseñó a leer y a escribir para poder enviarme a la Corte Cisne. Necesitaba a alguien dentro del palacio que pudiera observar sin levantar sospechas.

Las piezas comenzaron a ordenarse con una claridad casi dolorosa. Por eso el sabotaje había empezado antes de que Therenya regresase de la frontera. No había necesitado estar presente. Ya tenía unos ojos entre aquellas paredes de piedra. Azules, como los míos.

—¿Por qué? —pregunté inclinándome hacia ella—. Si sabías que tenía afinidad con el Imperio que masacró a nuestra raza… ¿por qué la ayudaste?

—Porque no era como el Gran Príncipe, ni como el Emperador. O, al menos, eso creía. —Desvió la mirada hacia la ventana—. Recuerdo pensar que era la primera noble que me miraba como si fuera una persona. Cuando descubrió lo que era, no me entregó a Aesnovar. Me prometió que, si colaboraba con ella, el Imperio no volvería a hacerme daño.

La habitación se quedó en silencio.

¿Podía acaso culparla? ¿No había confiado yo en Danayher por el mismo motivo? Para alguien que había vivido bajo la sombra del Gran Príncipe, cualquier mano tendida parecía una salvación.

—Lo que tardé demasiado en comprender es que hay personas que no necesitan parecer monstruos para hacer monstruosidades. —Se encogió de hombros con expresión triste—. Y cuando quise darme cuenta… ya no podía marcharme. Me puso al cargo de la Maestra para que la ayudase a redactar las instrucciones para el

servicio. Digamos que esa mujer no comulga con las ideas transgresoras que Danayher planea llevar a cabo en su reinado. En cambio, para ella Therenya personifica la tradición que tanto valora el clero, así que le es profundamente leal. Urdimos juntas la manipulación para conseguir que Velhyra fuese seleccionada como Mariposa.

—¿Por qué Velhyra?

—Porque es manipulable. Y su familia le debe favores a Therenya.

La aspirante había defendido la historia de que había sido su familia quien le había pedido un favor a Caelion para que la recomendase a la heredera, pero la verdadera interesada había sido Therenya. ¿Había traicionado Caelion a Danayher?

—¿Y qué tengo que ver yo con todo esto? ¿Por qué Therenya se acercó a mí? ¿O hizo lo mismo con todas las aspirantes?

Los labios de Avarne se fruncieron en un rictus que evidenció su reticencia a contestar.

—La Maestra le dijo a Therenya que tenías potencial para rebelarte. Y Therenya conocía la propuesta que el Gran Príncipe te había hecho a cambio de asesinar a su hermana.

Cerré la mano en un puño alrededor de las sábanas.

Yo había leído esas palabras. ¿Significaba eso que el documento que Ysolde había llevado a Danayher, el que la heredera había escondido de la vista de su hermana, no había ido dirigido a ella, sino a Therenya?

Ella tenía que ser la informante del Imperio. La que había dado unas indicaciones falsas sobre pasadizos de huida que ya no existían. Me había empujado con sus engaños a no ver más salida que el asesinato de Danayher para luego deshacerse de mí.

Pensé en Silas, utilizando el título reservado para los herederos

al saludarla. Therenya había conspirado con el Gran Príncipe para hacerse con el trono de Eakheral. Y conocía a ambos lo suficiente como para saber que no habrían dejado el destino de la Corona del Desierto en mis manos. Estaba segura de que habían urdido una estrategia que no estuviese condicionada por la muerte de la princesa.

Debía advertirla.

—Tengo que hablar con Danayher —dije con la mirada ausente, poniéndome en pie más por inercia que por convicción.

Apenas había dado un paso cuando Avarne me sujetó del antebrazo con urgencia.

—No, tenemos que marcharnos.

La miré sin comprender.

—¿Marcharnos?

—Sí, juntas. Llevo años esperando una oportunidad como esta. Tras la selección, yo dejaré de serle útil. —Se le quebró la voz por primera vez desde que había entrado en la habitación—. Sé demasiado. He visto demasiado. Solo seré un cabo suelto.

El miedo con el que pronunció aquellas palabras me dejó claro que tras ellas había una certeza. No estaba especulando.

—¿Marcharnos adónde?

Una chispa de esperanza le cruzó el rostro.

—No somos las únicas. Hay más supervivientes al genocidio.

Sentí que el aire se me detenía en los pulmones.

—¿Qué?

—Algunos lograron escapar antes de la masacre. Otros llevaban años ocultos cuando ocurrió. Han permanecido dispersos, sobreviviendo como han podido, esperando que apareciera alguien capaz de reunirlos. —Tenía los ojos llenos de súplica—. Esperándote a ti.

Retrocedí un paso negando con la cabeza.

—¿A mí? No.

—Con lo que eres capaz de hacer… todavía tenemos una oportunidad de dejar de escondernos. De no doblegarnos más.

La posibilidad de dejar de pertenecer a otros, de no tener necesidad de huir, despertó una llama en mí, si bien también trajo consigo un cansancio tan profundo que casi dolía.

—¿Y volver a empezar? —pregunté en un susurro.

Cada vez que encontraba un lugar al que aferrarme, el mundo volvía a arrebatármelo. Danayher me había prometido un nuevo comienzo en la Corte Cisne. Uno a su lado.

—No quiero volver a huir. —Mi voz sonó mucho más frágil de lo que pretendía—. No quiero pasar el resto de mi vida buscando otro refugio que también acabaré perdiendo.

Avarne aflojó el agarre con el que aún me sujetaba el brazo. Los ojos le brillaban con una tristeza serena, pero sabía que el orgullo no iba a permitirle suplicar. Agradecí que no lo hiciera.

—Ven a verme esta noche si cambias de opinión. Después, ya no creo que me encuentres en este palacio.

Dejé que se marchase y me coloqué las joyas en aparente silencio. Pese a que solo se escuchaba el sonido del aire, mi cabeza estaba llena de ruido.

Supervivientes.

Era imposible.

Abandoné mis aposentos distraída, con el pulso todavía acelerado y unas estúpidas ganas de llorar a las que ni siquiera lograba dar nombre. Tal vez por eso no reparé en el guardia que se había adelantado por el pasillo hasta apostarse cerca de mi puerta.

—Señorita —me llamó al verme pasar de largo—. Su Alteza Danayher desea verla.

En el breve tramo entre mis aposentos y la Cámara de la Princesa, me asaltó el temor de que se hubiese arrepentido de la indulgencia que me había mostrado la noche anterior. Los sucesos habían sido caóticos. Tal vez había hablado movida por la conmoción. Quizá, al quedarse sola, había comprendido el alcance de lo que significaba confiar en alguien que había intentado asesinarla.

Aún estaba a tiempo de condenarme a muerte.

Antes de apartar la cortina que daba a la antesala, tuve la tentación de huir.

La estancia se encontraba en silencio, bañada por la luz dorada de la mañana. Los grandes ventanales estaban abiertos hacia el balcón, dejando entrar una corriente cálida que hacía ondular las cortinas como si respirasen.

Danayher estaba apoyada en la balaustrada de piedra y contemplaba la capital que se extendía a sus pies. Los tejados de arenisca se deslizaban por aquel océano inmóvil de dunas como si hubieran brotado de la propia arena. Las torres rodeadas de pasarelas, los jardines suspendidos y las cúpulas claras atrapaban la luz del sol hasta convertir toda la ciudad en un mosaico de ocres, marfiles y reflejos dorados.

Desde aquel balcón era imposible no sentirse pequeña.

—Alteza —murmuré con una reverencia.

El viento le agitó algunos mechones cuando se volvió con rapidez.

—Acércate —pidió al tiempo que extendía una mano hacia mí.

Coloqué la palma sobre la suya y mi corazón reverberó con fuerza cuando ella entrelazó nuestros dedos. A pesar de que sus facciones conservaban el cansancio de la noche anterior, la dureza que había esperado encontrar no estaba allí. Al contrario. Había algo

extrañamente vulnerable en sus ojos; recorrieron mi vestido y una de las comisuras de sus labios se alzó.

—Anoche… —comenzó, dejando escapar con lentitud el aire—. Creo que seguía demasiado conmocionada por todo lo que había ocurrido. No llegué a decirte lo verdaderamente importante. —Sentí que los músculos se me tensaban—. Agradezco a los dioses que el veneno no fuese letal.

Me sorprendió que mencionase a los dioses, cuando siempre se había mostrado tan alejada de la fe, si bien el desconcierto se diluyó entre mis dedos al ver que Danayher alzaba la mano libre hasta mi rostro. Clavó los ojos dorados en mis labios y recorrió el inferior con el pulgar. Aunque el gesto tuvo la delicadeza de una caricia, el efecto que provocó en mí fue devastador. Se me escapó un jadeo contra su yema.

—Me alegro mucho de que sigas viva, Eira.

La vida me había preparado para los golpes y la desconfianza, no para la ternura. Formé un puño a mi costado, luchando por quedarme quieta.

—Tengo que advertiros. Sobre vuestra hermana.

Los labios de Danayher se fruncieron en una mueca. Bajó la mano, aunque no me soltó.

—Puede esperar. Necesito explicarte algo antes de que las doncellas vengan a ayudarme con los preparativos.

—Pero… Es importante. Planea…

Danayher alzó la mano para pedir mi silencio.

—No hay nada relacionado con Therenya que sea más importante que lo que tengo que decirte.

Lo dudaba, pero su palma seguía apuntándome, así que no tuve más remedio que morderme la lengua hasta hacerla sangrar.

—Los Cronistas de Ciclo han establecido a Khoren, el Latido

Inefable, como dios en Presencia. Como uno de los dioses del Pulso, justifica cambios acelerados, ascensos imprevistos, decisiones pequeñas que desencadenan avalanchas… —Sacudió la cabeza—. Pero si elegí esta fecha para celebrar este evento es porque quien nos acompañará realmente esta noche es Shyr, la Balanza. Pertenece, junto con Orhal…

—A los dioses de la Trama —susurré perdida.

¿Por qué Danayher se empeñaba en contradecir a los Cronistas de Ciclo? Lo mismo había sucedido con Meyra, la Resonancia Inversa.

Comprendí demasiado tarde que la había interrumpido, pero Danayher asintió y continuó antes de que hubiera podido disculparme:

—En la política de Eakheral suele temerse a los dioses del Umbral por representar finales de fase. Sin embargo, los más peligrosos son los dioses de la Trama. Ellos son los que determinan qué perdurará, qué se sostendrá y qué se derrumbará. —Nunca la había visto tan seria en lo que a la religión respectaba—. Shyr nos enseña que, para ganar, se debe entregar un equivalente. Todo exige un sacrificio. Y hoy me veré obligada a hacer el mío. — Escuchamos el sonido de la puerta y Danayher se giró sobresaltada. Rodeó con ambas manos la mía, que aún sostenía, y susurró con urgencia—: Esta noche, más que nunca, necesito que confíes en mí.

43

Llegué acompañada de la Maestra de Aspirantes y de Inseguridad, que llevaba un vestido idéntico al mío. Los nobles se agolpaban al pie de la enorme escalera, frente a las puertas del Gran Salón, a la espera de que la presencia de la heredera les permitiera acceder a él. Ocupaban cada espacio disponible, distribuidos en pequeños grupos que apenas lograban disimular su impaciencia bajo capas de protocolo y cortesía.

El murmullo constante de conversaciones superpuestas llenaba el aire como el rumor lejano de la tormenta que estaba gestándose sin que lo supiéramos. No había ninguna voz que se elevase sobre el resto y, como si de una marea se tratase, los ojos se desviaban de forma constante de sus interlocutores a la gran escalinata esperando encontrar en ella a la princesa.

Los míos, en cambio, buscaban a Empatía. Al hallarla, me di cuenta de que, de no haber sabido que se encontraría allí, me habría resultado imposible localizarla; había cubierto su vestido grisáceo, idéntico al mío, con una capa azulada. En el breve instante en que nuestras miradas se cruzaron, mientras ocupaba el lugar que la Maestra nos había señalado, me regaló una sonrisa cómplice que alcanzó sus grandes ojos verdes.

Cuadré los hombros e intenté mantener la respiración tranquila

mientras Inseguridad, a mi lado, se toqueteaba las mariposas del cinturón. A nuestro alrededor, la Corte Cisne parecía contener el aliento a la espera del verdadero motivo por el que se nos había congregado allí, pues todos sabíamos que aquella ostentación no podía deberse únicamente a la selección de la Mariposa.

Fue entonces cuando un grupo de no más de veinte personas hizo su aparición por una de las múltiples puertas. Sus pieles pálidas y sus cabellos claros destacaban en la gama de dorados, marrones y negros que salpicaba la habitación. Los nobles de Eakheral tendían a vestir como si quisieran ser observados. Brocados, capas pesadas y joyas destinadas a exhibir linajes enteros. Las prendas de ese grupo, en cambio, se construían alrededor de líneas limpias y estructuras rígidas que obligaban a mantener una postura impecable.

Pese a haberse visto despojados de las pesadas pieles para adaptarse al clima del desierto, reconocí la disposición exacta de las cadenas de rango y los discretos emblemas angulares cosidos en los puños.

Aristócratas de Aesnovar.

Había demasiados para tratarse de enviados diplomáticos. Parecía…

Un séquito.

Mi mirada saltó de un rostro a otro. A algunos los reconocí; pertenecían a familias demasiado cercanas al núcleo del poder imperial como para haber sido enviados a una celebración cualquiera. Sentí una presión desagradable instalándose bajo las costillas.

Busqué en las reacciones de los clanes la misma sorpresa y desconcierto que debía de evidenciar mi rostro. Entonces me topé con el de Ysolde, que sonreía complacida. Dejé de lado cualquier protocolo y me acerqué a ella con zancadas largas.

—¿Qué está pasando? —demandé con la voz más autoritaria que había usado desde que había llegado a Eakheral. Quizá en toda mi vida.

El pigmento verdoso que le decoraba los párpados refulgió con la misma fuerza que su cabello rojo cuando bajó la mirada hasta mis pies. Me recorrió el cuerpo subiendo hasta mi rostro, como si estuviese decidiendo si merecía la pena responderme.

—Hoy van a cambiar muchas cosas.

—¿El rey ha muerto? —pregunté sin aliento.

Eso le provocó una carcajada. A nuestro alrededor los murmullos se acrecentaron.

—No, pero Danayher sí está de luto —respondió al tiempo que devolvía la mirada al frente.

La aludida había aparecido en lo alto de la escalinata.

No importaba cuántas veces la hubiera visto ni cuántas personas llenaran la sala. Cuando estaba presente, la atención terminaba organizándose a su alrededor con la misma inevitabilidad con la que el agua busca una pendiente.

Llevaba un vestido ajustado y de pronunciado escote. La seda negra le caía desde los hombros como tinta derramada. Las cadenas doradas le trazaban constelaciones sobre la piel y la pieza metálica de la cintura parecía contener, por sí sola, toda la luz que el vestido se negaba a reflejar. Desde los hombros caían dos amplias extensiones de tela oscura que sustituían a las mangas y colgaban a ambos lados del cuerpo, enmarcándola como si el resto del mundo fuese un simple telón de fondo. Al comenzar a descender, la tela, adornada con detalles anaranjados, se extendió sobre los escalones como las alas de una mariposa nocturna.

La multitud contuvo el aliento. Y yo con ella.

—Agradezco vuestra presencia esta noche. —Su voz se deslizó

por el silencio expectante—. Durante generaciones, Eakheral ha depositado gran parte de su estabilidad en las personas que han estado dispuestas a servirlo por encima de sus propios intereses. La lealtad es una cualidad que apreciamos profundamente. También lo son el sacrificio, la responsabilidad y la capacidad de pensar más allá del presente. —Hizo una breve pausa, en la que pensé que introduciría la selección de la Mariposa—. Sin embargo, ningún reino prospera aislándose del mundo que lo rodea. —Sentí que algo se tensaba dentro de mí—. Durante demasiado tiempo hemos entendido la fortaleza como una cuestión de fronteras. Como si mantener distancia fuese siempre la mejor forma de proteger aquello que valoramos. Pero las fronteras también pueden convertirse en muros que terminan limitando a quienes los construyen.

Supe el territorio al que se dirigía el discurso antes de que pronunciara su nombre.

—Eakheral y Aesnovar han compartido siglos de desconfianza, disputas y rivalidad. Hemos heredado historias que nos enseñaron a observarnos con recelo. Y, sin embargo, también hemos compartido comercio, conocimiento, cultura y largos periodos de paz que rara vez reciben la misma atención que los conflictos.

El Imperio volvía una y otra vez a sus labios, no como una referencia casual, sino como un eje alrededor del cual giraba su intervención. Podía parecer que era solo política, una mención más dentro de una diplomacia construida con cuidado. Pero había escuchado suficientes discursos en Aesnovar como para reconocer cuándo alguien estaba preparando a una audiencia para una idea difícil de aceptar.

—Ha llegado el momento de preguntarnos si debemos seguir definiendo nuestro futuro por las diferencias que heredamos o por

las oportunidades que tenemos delante.

Se me aceleró el pulso antes de que otra silueta se uniese a ella en lo alto de la escalera. El aire se volvió irrespirable.

El Gran Príncipe.

No.

No podía estar allí.

El pensamiento apareció con una desesperación infantil. Había millas, fronteras, ejércitos y montañas entre nosotros. Había reconstruido mi vida entera alrededor de esa distancia. Cada paso que había dado había tenido un único propósito: alejarme de él. Tuve el impulso irracional de esconderme, como si todavía fuese la niña a la que había torturado a su antojo.

Sentí que sus ojos grises, fríos como el hielo, se clavaban en mí, provocándole aquella sonrisa cruel a la que estaba acostumbrada.

—Hay ocasiones en las que la prosperidad no depende de lo que dos naciones son capaces de conseguir por separado. —Danayher apoyó una mano sobre la barandilla de la escalinata—. Sino de aquello que son capaces de construir juntas.

No estaba hablando de alianzas comerciales o militares, sino de una unión mucho más difícil de deshacer una vez anunciada.

Busqué a Therenya y la encontré de espaldas a mí, en la base de la escalinata. Llevaba años tejiendo una red entre la Corte Cisne y el Imperio y había aguardado a que su presa terminara enredándose en ella. Ante mis ojos estaba el plan que habían urdido para no depender de mi capacidad para asesinar a la heredera.

Una…

—Boda —farfullé con incredulidad.

¿Por qué Danayher estaba colaborando?

Pese a no haberme dirigido a nadie en particular, Ysolde respondió con un tono de diversión:

—Y adivina a qué princesa escogió el príncipe.

Me volví hacia ella con los ojos desorbitados.

—No.

Danayher y el Gran Príncipe cruzaron miradas cuando la heredera entrelazó un brazo con el de él. Una sonrisa rajó sus rostros y sentí esa misma brecha deslizándose en mi interior, con la lentitud insoportable de un corazón que se agrieta mientras intentas sostenerlo.

Mi primera reacción no fue el miedo.

Fue una decepción tan profunda que me dejó sin aire.

Sus ojos dorados me buscaron. Sus labios se movieron, dibujando unas palabras mudas que no pude comprender. Apenas veía tras el muro acuoso que me entorpecía la visión.

Recordé cada vez que había pronunciado con miedo el nombre del Gran Príncipe en su presencia. Las cicatrices, tanto las visibles como las ocultas, que le había mostrado.

«No puedo imaginar por lo que has pasado, pero puedo asegurarte que mientras estés bajo mi protección, te mantendré a salvo. Tienes mi palabra».

Su palabra no valía nada.

Había traicionado cualquier lealtad y por fin entendí a qué se había referido al señalarla como mi debilidad. Llevaba toda mi vida buscando motivos para perdonar a aquellos que me habían herido. Sin embargo, ya no podía seguir buscando justificaciones que defendieran a Danayher.

La Corte Cisne comenzó a aplaudir y el sonido me atravesó como una burla.

El Gran Príncipe había ideado la forma de arrebatármela también a ella. Como todos aquellos objetos bellos que había destrozado por el mero placer de que no pudiera disfrutarlos más.

El zafiro tintineó contra el suelo de piedra cuando me lo arranqué del cuello.

Mi único pensamiento mientras me abría paso entre la gente era que debía encontrar a Avarne. «Ven a verme esta noche si cambias de opinión. Después, ya no creo que me encuentres en este palacio».

Antes de alcanzar las puertas por las que había aparecido el séquito de Aesnovar, alcancé a ver un destello rojo atravesándolas. El color de Therenya.

No había sido la mariposa quien había caído en la trampa de la araña.

Danayher había tejido los hilos.

EPÍLOGO

«Esta noche, más que nunca, necesito que confíes en mí», me había dicho con urgencia mientras me sujetaba la mano entre las suyas.

Pero yo le había jurado que, si alguna vez me pedía algo injusto, se lo negaría.

«Y no hay nada más injusto que reclamar lealtad cuando eres incapaz de darla». Eso es lo que me digo cada vez que el recuerdo de Danayher amenaza con derrumbarme.

Desearía que el viento cortante pudiese llevarse consigo el dolor, pero este páramo helado solo alberga una indiferencia más antigua que cualquier promesa.

Durante toda mi vida, las montañas formaron parte del horizonte que podía contemplar desde las ventanas del palacio imperial. Una muralla impasible que separaba el mundo que conocía de otro que pensaba que jamás llegaría a pisar.

La había atravesado con una caja llena de horrores como única posesión y había regresado con una enseñanza: «El fuego consume. El hielo resiste».

Esa fue la frase que me repetí mientras seguía a Avarne por el sendero que ascendía entre riscos cubiertos de nieve y bosques donde el viento apenas encontraba espacio para pasar. Durante

nuestro avance, no se había detenido a comprobar si la seguía. No lo necesitaba. Sabía que ya había cruzado un punto en el que volver habría sido otra forma de pérdida.

Tardamos en encontrar huellas: una hoguera apagada entre unas rocas, un refugio excavado en la ladera, una pequeña gruta cerrada con ramas. Sin embargo, fueron los silbidos de Avarne los que provocaron que los Hijos del Hielo comenzaran a mostrarse con cautela. Ninguno llevaba el porte de un ejército ni la dignidad de una corte. Solo el cansancio de quienes habían pasado demasiados años resignados a esperar el siguiente invierno.

Cuando sus miradas azules se iluminaron al ver las heridas en mi espalda, hice una promesa. Una que sé que cumpliré porque no es para ellos; es para mí misma.

A cada lado de estas montañas se extienden dos naciones.

Una me arrancó las raíces; la otra les negó un lugar donde volver a crecer.

Si Aesnovar y Eakheral me han relegado a ser una nota al pie de su historia, me aseguraré de convertirme en un capítulo que no puedan borrar.

El hielo y el desierto tienen más en común de lo que parece.



Eira ha crecido ocultando sus dones, y también sus debilidades. Cuando su lugar en el Imperio de Aesnovar se desmorona, se ve forzada a huir a Eakheral, la Corte Cisne. Allí competirá con otras aspirantes para convertirse en la asistente de la futura reina. Eira no solo desea el puesto: lo necesita para seguir con vida.

Para lograrlo, deberá acercarse a la heredera al trono, Danayher, que vive tras un escudo de frialdad y autoridad el cual, conforme la selección se vuelve más y más feroz y las intrigas palaciegas aumentan, amenaza con romperse.

Si quieren ser dueñas de su propia vida, ambas tendrán que elegir entre el poder… y la lealtad.

Marta Morillo nació en 1997 en Palencia. A los diez años, el amor por la lectura derivó en su interés por escribir pequeñas historias y fanfics. En la actualidad, divide su tiempo entre ambas pasiones y su trabajo como ingeniera informática.

De nigromantes y gatos fantasma (Akane Editorial, 2024) es su primera novela, y forma parte de una serie realizada por encargo para presentar la saga Academia de Élite para Brujas Extraordinarias. Posteriormente, ha publicado *La balada de las tres lunas* (Ediciones Kiwi, 2024), un retelling de Mulán con alta fantasía.

Puedes encontrarla como @martamorillog en redes sociales.



Primera edición: octubre de 2026

© 2026, Marta Morillo
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez
Ilustración de la cubierta: © Sara Gil Alfageme (Gracer Studios)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-88277-41-2

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El canto del cisne
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Epílogo

Sobre este libro

Sobre Marta Morillo

Créditos